LA CIENCIA OCULTA



Rudolf Steiner

LA CIENCIA OCULTA

Rudolf Steiner

RUDOLF STEINER
LA CIENCIA OCULTA

Un bosquejo
EDITORIAL RUDOLF STEINER
Guipúzcoa, 11 1ºizda
28020 MADRID (España)
Telf. 91.553.14.81

Título original: *DIE GEHEIMWISSENSCHAFT im Umriss*
© Rudolf Steiner Nachlassverwaltung GA nº13
© 2000 - Editorial Rudolf Steiner S.A. Tercera edición
© 2000 - Editorial Antroposófica. Argentina.
© 2011 - Editorial Rudolf Steiner
© 2014 - Editorial Rudolf Steiner - 4ª reimpresión

Traducción: Jose Llinas
Texto refundido Segunda edición: Juan Berlín
Correción tercera edición: Equipo de la editorial

ISBN nº 978-92843-18-3

Depósito legal:
Diseño Portada: G. Costa
Impresión: Gráficas Lavel
Fotomecánica: Montytexto

Nota de la Editorial
Hemos numerado de cinco en cinco los párrafos de cada capítulo para facilitar el trabajo siguiendo la "Guía de estudio para la Ciencia Oculta" de Clopper Almon.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA 5

PRESENTACIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA 13

PREFACIO PARA LA SÉPTIMA EDICIÓN. 20

PREFACIO PARA LA DECIMOSEXTA EDICIÓN ALEMANA 21

I. ¿QUE ES CIENCIA OCULTA? 31

II. INTEGRACIÓN DE LA ENTIDAD HUMANA 48

III. EL SUEÑO Y LA MUERTE 73

IV. LA EVOLUCION DEL MUNDO Y EL HOMBRE 123

V. EL CONOCIMIENTO DE LOS MUNDOS SUPERIORES 266

VI. ESTADO ACTUAL Y PORVENIR DEL MUNDO Y DEL HOMBRE 348

VII. OBSERVACIONES COMPLEMENTARIAS. 366

A propósito de la percepción del cuerpo etéreo del hombre. 366

A propósito del mundo astral 369

A propósito de la vida humana después de la muerte. 370

A propósito de los períodos de la vida humana 372

Las regiones superiores del mundo espiritual. 374

A propósito de los miembros constitutivos de la entidad humana. 375

A propósito del soñar 376

Alternativa a la adquisición de conocimientos suprasensibles. . . 377

La observación de hechos y seres particulares en el mundo espiritual 378

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA

El que publique un libro como éste, tiene que poder imaginarse con serenidad, todo género de críticas que actualmente sean posibles. Podría ser, por ejemplo, que al empezar alguien a leer la exposición que aquí se da sobre cualquier asunto, la encontrara incompatible con el criterio que él se ha formado, de acuerdo con los resultados de la investigación científica, y así llegar a la conclusión siguiente: "Es sorprendente que tales afirmaciones sean posibles en nuestra época. El autor maneja los conceptos más simples de las ciencias naturales de una forma que acusa una ignorancia inconcebible hasta de las nociones más elementales; emplea conceptos, como por ejemplo el del "calor", como sólo puede hacerlo quien no ha tenido contacto alguno con el modo de pensar propio de la física contemporánea". Y deducir: "el que conoce, aunque sean solo los rudimentos de esta ciencia, podría mostrarle que lo que dice no merece siquiera el nombre de charlatanería, pues no puede calificarse más que de ignorancia crasa...". Se podrían mencionar muchos más ejemplos de semejante modo de juzgar, absolutamente posibles. Pero también podemos imaginar otra deducción: "quien haya leído unas páginas de este libro, lo dejará de lado con sonrisa o con indignación, según su temperamento, y se dirá: "es realmente extraño a qué aberraciones puede conducir, en la actualidad, un modo de pensar equivo-

cado. Lo mejor será archivar estas consideraciones entre otras muchas curiosidades con que uno tropieza hoy en día". Ahora bien: ¿qué diría el autor de este libro si realmente se encontrara con críticas de esta especie? ¿No debería, desde su punto de vista, considerar sencillamente a su crítico como un lector incompetente o que no posee la buena voluntad necesaria para formarse un criterio inteligente? A esto responderemos: No; no siempre dará el autor esta respuesta, ya que puede muy bien imaginarse que su crítico sea persona muy sensata, hombre de ciencia experimentado, que forma sus juicios con gran circunspección. El autor puede, en efecto, ponerse en el lugar de tal persona y comprender las razones que le hayan inducido a ese criterio. A fin de poner en claro cual sería realmente la respuesta a lo que antecede, es necesario que el autor, haciendo excepción a una regla que adopta por lo general, dé algunos detalles de carácter personal: el contenido de este libro le obliga a ello. Ciertamente, estos detalles han de quedar circunscritos a lo que se relaciona con la decisión de escribir este libro. Este no tendría ninguna razón de ser si llevase solamente carácter personal: el libro debe contener descripciones accesibles a todo hombre, presentadas de forma que, en la medida de lo posible, se evite todo tinte personal. Así pues, no es en este sentido que entendemos el elemento personal; nos valemos de él solamente para hacer comprender cómo el autor pudo escribir este libro, a pesar de comprender que originaría las mencionadas críticas. Habría un método que haría superflua la introducción de pormenores personales, método que consistiría en hacer resaltar, circunstancialmente, todo aquello que muestre que el contenido de este libro concuerda, en realidad, con todos los adelantos de la ciencia contemporánea. Mas para esto se necesitarían muchos volúmenes a guisa de introducción. Dado que esta tarea no puede llevarse a cabo por el momento, el autor siente la

necesidad de decir por qué circunstancias personales se siente autorizado a considerar sus aserciones en concordancia con la ciencia moderna: nunca se habría atrevido a publicar lo que en este libro se expone, por ejemplo, acerca de los procesos calóricos, si no pudiese afirmar lo siguiente: hace más de treinta años estuvo en condiciones de dedicarse al estudio de la física en sus diversas ramificaciones; ocupaban entonces el punto central de este estudio, en el dominio de los fenómenos calóricos, las explicaciones relativas a la llamada "teoría mecánica del calor", teoría que le interesó muy particularmente. El desenvolvimiento histórico de las interpretaciones correspondientes, relacionado entonces con los nombres de Jul. Robert Mayer, Helmholtz, Joule, Clausius, etc., formaba parte de sus constantes estudios. De este modo, el autor se creó, en sus años académicos, la base adecuada para seguir de cerca, hasta hoy en día, todos los adelantos positivos en el dominio de la teoría del calor, sin tener que tropezar con dificultades cuando intenta penetrar en lo que la ciencia realiza en este campo. La incapacidad de esta asimilación hubiera sido para el autor razón suficiente para abstenerse de decir y escribir lo expuesto en este libro, pues constituye una máxima para él, decir o escribir en el dominio de la ciencia espiritual solamente aquello acerca de lo cual también podría disertar de modo satisfactorio desde el punto de vista de la ciencia actual. Y no pretende con esto postular un requisito general valedero para todos los hombres, pues cualquiera puede, con derecho, sentirse impulsado a decir y publicar lo que le dicte su discernimiento, su sentido sano de la verdad y su sentimiento, aunque ignore el punto de vista de la ciencia contemporánea sobre el asunto. Sin embargo, el autor, en lo personal, prefiere atenerse a dicha norma; y sirva de ejemplo la afirmación de que no habría escrito las líneas que se encuentran en esta obra relativas al sistema glandular o al nervioso, si no

estuviera en condiciones de disertar sobre este tema en la forma en que lo haría un naturalista contemporáneo desde el punto de vista científico. Por consiguiente, a pesar de que se pueda llegar a la conclusión de que el que habla de "calor", como aquí se hace, ignora los rudimentos de la física contemporánea, el autor de este libro se considera plenamente autorizado a proceder como lo ha hecho, puesto que se ha esforzado por conocer la investigación contemporánea, y habría desistido de su empeño si la desconociera. El autor se da cuenta de que el motivo que le ha inducido a formular el principio mencionado puede muy fácilmente tomarse por inmodestia; sin embargo, es necesario hacer estas aclaraciones para que los verdaderos motivos del autor no se confundan con otros motivos enteramente distintos, confusión que podría ser mucho peor que la imputación de inmodestia.

También podría emitirse una crítica desde un punto de vista filosófico, crítica que podría presentarse de la forma siguiente. Quien lea este libro en actitud filosófica, podría preguntar: "¿Ignora el autor todo lo llevado a cabo en nuestra época referente a la teoría del conocimiento? ¿Es que no se ha enterado de que ha existido un Kant, y que, según éste, es filosóficamente inadmisible decir tales disparates?". Podría la crítica abundar en esta dirección. Mas también podría surgir la siguiente deducción: "Tales disparates demuestran tanta ingenuidad e ignorancia, y una ausencia tan completa de espíritu crítico, que son intolerables, y no puede el filósofo continuar perdiendo en ello su tiempo". Por las mismas razones arriba expuestas y a pesar de todos los malentendidos que esto pueda originar, nuevamente el autor se ve obligado a decir algo personal: empezó su estudio de Kant a los dieciséis años, y hoy en día cree, verdaderamente, poder juzgar muy objetivamente, desde el punto de vista de Kant, todo lo que contiene el presente libro. También

desde este aspecto se habría creído obligado a desistir de escribirlo, si ignorara por qué razones un filósofo puede encontrarlo ingenuo, si aplica el criterio contemporáneo. No obstante, uno puede saber muy bien que, en sentido de Kant, aquí se traspasan los límites del conocimiento posible; saber por qué Herbart encontraría aquí un "realismo ingenuo" que no ha llegado a la "elaboración de los conceptos", etc.; saber cómo el pragmatismo moderno de James, Schiller, etc. le reprocharía haber traspasado los límites de las "representaciones verdaderas", aquellas que "podemos apropiarnos, hacer valer, poner en vigor y comprobar"; incluso haber tomado muy seriamente en consideración y estudiado la filosofía del "Como si", el "bergsonismo" y la "Crítica del lenguaje"; se puede saber todo esto y, a pesar de ello, o precisamente a causa de ello, considerarse autorizado a escribir la presente obra. El autor de este libro ha tratado las corrientes del pensamiento filosófico en sus obras: "Teoría del conocimiento basada en la concepción goetheana del mundo", "Verdad y Ciencia", "Filosofía de la Libertad", "Goethe y su visión del mundo", "Concepciones del mundo y de la Vida en el Siglo XIX" y "Los Enigmas de la Filosofía".

Podrían enumerarse todavía muchas más críticas posibles. Por ejemplo, podría darse el caso de que alguien hubiera leído una de las primeras obras del autor, "Concepciones del mundo y de la Vida en el Siglo XIX", o quizá su opúsculo "Haeckel y sus adversarios", y dijera: "Es verdaderamente inconcebible que sea una misma persona la que haya podido escribir estas obras y un libro como "Teosofía", publicado recientemente, y el volumen que ahora nos presenta. ¿Cómo puede uno defender así a Haeckel, y luego dar de bofetadas a todo lo que como "monismo" sano se desprende de sus investigaciones?. Comprenderíamos que el autor de esta 'Ciencia Oculta' arremetiera contra Haeckel a 'sangre y fuego'; pero que lo haya defendido,

e incluso le haya dedicado su obra "Concepciones del mundo y de la Vida en el Siglo XIX", es seguramente lo más descabellado que uno pueda imaginarse. Haeckel habría declinado con aversión significativa esta dedicatoria si hubiese sabido que su autor escribiría un día disparates como los de esta "Ciencia Oculta" con su más burdo dualismo. Ahora bien, el autor de este libro opina que se puede comprender muy bien a Haeckel, sin necesidad de creer que sólo se le comprende, si se califica de absurdo todo lo que no proviene de las concepciones e hipótesis del propio Haeckel. Opina, además, que no se llega a comprender a Haeckel combatiéndole "a sangre y fuego", sino reconociendo lo que la ciencia le debe. Y, sobre todo, no cree, ni mucho menos, que la verdad esté del lado de los adversarios de Haeckel, contra los cuales el autor ha defendido al gran pensador naturalista, por ejemplo, en su mencionado opúsculo "Haeckel y sus adversarios". En verdad, si el autor de este libro va más allá de las conclusiones de Haeckel, estableciendo una concepción espiritual del mundo al lado de la doctrina puramente naturalista que éste sostiene, no por esto necesita compartir la opinión de sus adversarios. Quien se esfuerce en analizar los hechos con acierto, no dejará de descubrir que las obras actuales del autor concuerdan con sus obras anteriores.

El autor asimismo comprende perfectamente al crítico que, de un modo general y sin miramientos, considere el contenido del presente libro como el desbordamiento de una fantasía descabellada o como ensoñación veleidosa. Sin embargo, todo lo que pueda responderse a este respecto, se halla contenido en el libro mismo. En él muestra cómo el pensamiento racional puede y debe ser la piedra de toque de lo expuesto, pues sólo quien aplique a este libro el mismo examen racional que aplica a las ciencias naturales, podrá discernir lo que la razón dice en este examen.

Después de haber comentado extensamente las personas que, a primera vista, podrían rechazar este libro, permítasenos decir algunas palabras acerca de las que tienen motivos para aprobarlo. Para ellas, lo esencial se halla contenido en el primer capítulo: "¿Qué es Ciencia Oculta?"; pero debemos añadir algo más. Es verdad que este libro expone el resultado de investigaciones que el entendimiento ligado al mundo sensible no puede llevar a cabo; sin embargo, en él nada se expone que no sea accesible a la comprensión mediante un criterio imparcial y un sano sentido de la verdad, aplicados por quien quiera hacer uso de ellos. El autor lo dice sin rodeos: quisiera, sobre todo, tener lectores que no estén dispuestos a admitir con fe ciega lo que yo expongo, sino que se esfuercen en corroborar todo según sus propios conocimientos y experiencias*. Quisiera tener, ante todo, lectores precavidos, que sólo admitan lo lógicamente justificable. El autor sabe que su libro no tendría ningún valor, si dependiera únicamente de la fe ciega: es útil sólo en la medida en que puede justificarse ante el criterio imparcial; la fe ciega puede confundir muy fácilmente lo absurdo y supersticioso con lo verdadero.

También habrá quienes se contenten con la mera creencia en lo "suprasensible", y opinen que en este libro se exige demasiado del pensamiento. Sin embargo, con las informaciones que en él se hallan contenidas no se trata solamente de comunicar algo, sino de que la exposición sea adecuada a la percepción concienzuda en el campo correspondiente. En este dominio, las verdades más elevadas y la charlatanería descarada, el conocimiento y la superstición, colindan muy fácilmente en la vida real y pueden también confundirse con facilidad.

Los versados en la investigación suprasensible notarán al leer esta obra, que se ha procurado mantener estrictamente los

límites entre lo que puede y debe comunicarse actualmente, y lo que no debe exponerse sino más tarde, o al menos, en otra forma distinta.

– Rudolf Steiner
Diciembre de 1909

PRESENTACIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

El que se decide a exponer resultados científico-espirituales como los que se hallan consignados en el presente libro, debe aceptar, ante todo, que una exposición de esta especie será considerada actualmente como imposible para la mayoría de los lectores. En efecto, en las páginas que siguen se sustentan afirmaciones que el pensamiento supuestamente exacto de nuestra época estima que "probablemente para siempre quedarán fuera del alcance de la inteligencia humana". El que conoce y sabe apreciar en lo justo las razones que inducen a muchas personas serias a proclamar esta imposibilidad, no renunciará a mostrar, siempre de nuevo, en qué malentendidos se basa la convicción de que el conocimiento humano es incapaz de penetrar en los mundos suprasensibles.

Veamos el asunto en dos aspectos. En primer lugar, ningún alma humana después de seria reflexión vacilará en reconocer el hecho de que lo más importante, relativo al sentido y significado de la vida, quedaría sin respuesta si los mundos suprasensibles fuesen inaccesibles. Aduciendo teorías, puede uno engañarse sobre este hecho, pero la hondura de la vida anímica no acepta ese autoengaño. Quien no quiera prestar oídos a esta hondura, rechazará naturalmente toda exposición relativa a lo suprasensible, lo que no excluye que un respetable número de

personas en modo alguno pueda hacerse sorda a las exigencias de esa hondura; y así se sienten impelidas a llamar sin cesar a las puertas que encierran lo que, en opinión de los demás, está fuera del alcance humano.

En segundo lugar, de ninguna manera hemos de desdeñar las explicaciones procedentes del "pensamiento riguroso", y quien en ellas se detenga, las tomará muy en serio ahí donde se imponga la seriedad. El autor del presente libro no quiere que se le tilde de superficial ante el enorme esfuerzo mental realizado para determinar los límites del intelecto humano, esfuerzo que no puede dejarse de lado calificándolo de "sabiduría erudita" u otra cosa por el estilo, y que tiene a menudo su origen en un auténtico afán de conocimientos y verdadera escrupulosidad. Iremos todavía más lejos: se han aducido razones para mostrar que el conocimiento considerado actualmente como científico, no puede penetrar en los mundos suprasensibles, razones que son, en cierto sentido, irrefutables.

Considerando que el autor del presente libro admite esto sin el menor reparo, a muchos podrá extrañarles que, a pesar de ello, se resuelva a disertar acerca de los mundos suprasensibles. Parece, en efecto, contradictorio el que alguien admita en cierto sentido las razones en pro del carácter incognoscible de los mundos suprasensibles, y, por otro lado, diserte sobre ellos.

Sin embargo, es posible adoptar este modo de proceder, aun cuando parezca llevar implícita una contradicción. Y es que hay quienes rehusan tomar en cuenta las experiencias que se tienen cuando el intelecto humano se acerca a la región suprasensible; estas experiencias le enseñan a uno que las pruebas intelectuales pueden ser irrefutables, y que, a pesar de su carácter irrefutable, no son decisivas para la realidad. En vez de discutir

teóricamente, procuraré hacerme comprender por medio de una comparación: admito sin reparo que las comparaciones no tienen fuerza probatoria, lo que no impide que, a menudo, hagan inteligible lo que se quiere expresar.

Se puede demostrar, de modo irrefutable, que el conocimiento humano, tal como opera en la vida cotidiana y en la ciencia ordinaria, está constituido de forma tal, que no puede penetrar en los mundos suprasensibles; sin embargo, para cierta modalidad de la vida anímica, esta prueba no posee más valor que la que se aduciría para mostrar que, con su poder visual, el ojo natural del hombre no puede penetrar hasta las pequeñas células de un ser vivo o hasta la constitución de los astros. Tan exacta y demostrable como la afirmación de que la vista normal no puede llegar hasta las células, lo es la aserción de que el conocimiento ordinario no puede introducirse en los mundos suprasensibles. Y, sin embargo, la prueba de que la vista normal no alcanza hasta las células, no invalida en absoluto su investigación. ¿Por qué razón, pues, la prueba de que la ordinaria facultad de conocimiento debe detenerse ante los mundos suprasensibles, habría de ser decisiva contra la investigación de dichos mundos?.

Fácil es imaginar la reacción que una comparación de esta especie suscite en muchas personas, y puedo muy bien simpatizar con los que duden que quien apela a esta comparación, tenga la menor idea del carácter profundamente serio del esfuerzo mental mencionado. Y, sin embargo, el que escribe estas líneas, no sólo está hondamente persuadido de la seriedad de la ciencia fenoménica, sino que opina que su esfuerzo se incluye entre las actividades más nobles de la humanidad. Demostrar que la vista humana no puede llegar hasta las células sin el auxilio de instrumentos adecuados, sería seguramente super-

flua empresa; en cambio, adquirir conciencia de la naturaleza del pensamiento mediante un riguroso ejercicio de este mismo pensamiento, es una empresa mental necesaria. Es fácilmente comprensible que el que se dedica a un trabajo de esta especie, no se dé cuenta de que la realidad puede contradecirle, y, aunque el prefacio de este libro no pueda ser el lugar adecuado para abordar ciertas "refutaciones" esgrimidas contra las primeras ediciones por quienes carecen de la comprensión más elemental del fin que perseguimos, o dirigen contra el autor sus ataques contrarios a la verdad, debo acentuar enérgicamente que sólo pueden achacarme menosprecio hacia el serio trabajo mental científico, quienes quieran mantenerse sordos al elevado propósito que prevalece en esta obra.

La cognición humana puede aumentar e intensificarse, al igual que puede intensificarse la potencia visual del ojo; sólo que los medios para vigorizar esa cognición son de naturaleza enteramente espiritual, y consisten en procedimientos interiores puramente anímicos, que en este libro se describirán como meditación, concentración o contemplación. La vida anímica ordinaria está ligada a los órganos corporales; la vida anímica vigorizada se libera de ellos. Para ciertas concepciones contemporáneas, una aserción de esta especie parecerá completamente absurda, basada únicamente en autosugestión; desde su punto de vista, a tales doctrinas se les hace fácil demostrar que "todo el psiquismo" está ligado al sistema nervioso. Quien comparte el punto de vista que ha inspirado este libro, comprende su argumentación; comprende el que digan que es afirmación superficial sustentar que puede existir una vida anímica independiente del cuerpo, y comprende el que estén enteramente convencidos de que, para tales experiencias anímicas, existe una conexión con la vida nerviosa, conexión que la "charlatanería científico-espiritual" es incapaz de comprender.

Enfocado así el asunto, existe entre el contenido de este libro y ciertos hábitos del pensamiento, muy comprensibles, un contraste tan marcado, que una conciliación es, por ahora, imposible. Ante esta situación, se insinúa con la mayor intensidad el deseo de que la vida espiritual de nuestra época se libere de su propensión a tachar de fantástico y veleidoso todo rumbo de investigación que se aparte del que constituye el suyo propio. Mas, por otra parte, se ha convertido en un hecho que la investigación suprasensible, tal como se expone en este libro, ya cuenta con la comprensión de quienes han entendido que el sentido de la vida no se revela en lugares comunes sobre el alma, la individualidad, etc., sino que tan sólo puede descubrirse mediante el estudio efectivo de los resultados de la investigación suprasensible. Profunda satisfacción siente el autor ante la necesidad de publicar una cuarta edición de este libro tras un período relativamente corto. El autor reconoce, sin embargo, cuán poco corresponde incluso esta nueva edición a lo que ella debería ser como "bosquejo de una cosmovisión suprasensible", a pesar de haberla sometido a una revisión completa e introducido en ella muchas ampliaciones y aclaraciones en pasajes importantes, sin que por todo esto el autor deje de darse cuenta de lo rudimentarios que son los medios de expresión de que dispone, frente a las realidades de la investigación suprasensible. De ahí que apenas ha podido señalar nada más que el trazo de un camino para que pueda visualizarse, a través de este libro, lo que han sido los ciclos saturnal, solar y lunar. En relación con ello, he tratado someramente un nuevo aspecto importante en esta edición. Sin embargo, toda experiencia suprasensible difiere tanto de las que corresponden al mundo sensible, que su exposición implica una incesante lucha en busca de expresiones que, hasta cierto punto, parezcan satisfactorias. En este sentido, el lector benévolo notará, quizá, que, mediante el modo de de-

scripción, he procurado recoger ciertos matices que el lenguaje árido no puede expresar, un modo de descripción distinto, por ejemplo, según se trate del ciclo saturnal, solar, etc.

La segunda parte de este libro, que se ocupa del "conocimiento de los mundos suprasensibles" donde se ha juzgado necesario, ha quedado enriquecida y ampliada considerablemente en esta nueva edición. El autor se ha esforzado por describir claramente el carácter de los procesos anímicos internos, mediante los cuales el conocimiento transciende los límites que le impone el mundo sensible y se hace apto para experimentar el suprasensible. El autor ha procurado mostrar que esta experiencia, si bien se adquiere por medios y vías enteramente internos, no por eso tiene un valor meramente subjetivo para el individuo que la adquiere. De la descripción debe desprenderse que, en su intimidad, se despoja el alma de su carácter individual y su peculiaridad personal, y que así alcanza una experiencia que se produce de un solo modo para todo aquel que, partiendo de sus experiencias subjetivas, lleve a cabo su desarrollo en la forma adecuada. Sólo cuando el "conocimiento suprasensible" se conciba con esta característica, será posible distinguirlo de todas las otras experiencias de un misticismo puramente subjetivo, y del que puede decirse que, más o menos, es asunto personal del místico que lo practica. En cambio, la disciplina científico-espiritual del alma, en el sentido en que aquí la exponemos, tiende a experiencias objetivas cuya verdad es reconocida mediante un proceso puramente interno, proceso que precisamente es lo que le da validez general. De nuevo, aquí tropezamos con algo cuya conciliación con ciertos hábitos del pensar propios de nuestra época es bastante difícil.

Para terminar, el autor quisiera hacer notar que incluso los lectores benévolos deberían tomar sus palabras simplemente

por lo que expresan en virtud de su contenido. Hoy día se observa a menudo la tendencia de dar a tal o cual movimiento espiritual, uno u otro nombre sacado de la antigüedad; para muchos, sólo así adquiere valor. Sin embargo, permítasenos preguntar: ¿qué ganarán las ideas de este libro con que se las califique de "rosacrucianas" o algo parecido?. Lo que importa es que pretendemos, con los medios posibles y adecuados en el momento evolutivo actual, adquirir una visión de esos mundos suprasensibles y, desde este punto de vista, considerar los enigmas del destino y de la existencia humana más allá de los límites del nacimiento y de la muerte. No se trata, pues, de un esfuerzo que lleve este o aquel nombre antiguo, sino de una aspiración hacia la verdad.

También se han utilizado calificativos malintencionados de la cosmovisión expuesta en este libro. Aparte de que son absurdos y objetivamente falsos tales calificativos con que los opositores han querido zaherir y desacreditar gravemente al autor, la bajeza de los mismos se caracteriza por el hecho de que quienes los manejan, denigran un esfuerzo independiente hacia la verdad, no juzgándolo por lo que es en sí mismo, sino queriendo sugestionar a los demás para que haya subordinación a tal o cual tendencia, ya sea personalmente inventada, ya sea gratuitamente aceptada y difundida. Si bien han sido necesarias estas palabras en vista de algunos ataques, le repugna al autor extenderse más sobre el asunto en este lugar.

– Rudolf Steiner
Junio de 1913

PREFACIO PARA LA SÉPTIMA EDICIÓN

Para esta nueva edición de mi "Ciencia Oculta", he refundido casi enteramente el primer capítulo: "¿Qué es Ciencia Oculta?". Creo que así se evitarán las interpretaciones erróneas que, como he visto, suscitaba su redacción anterior. Muchos han alegado que "las otras ciencias ofrecen pruebas, mientras que lo que aquí pretende ser ciencia dice simplemente: la ciencia oculta constata esto o aquello". Es natural que en el conocimiento suprasensible, el elemento probatorio no puede imponerse por medio de la exposición, como se lleva a cabo en la que corresponde a las correlaciones de la realidad sensible. Mediante la refundición del primer capítulo, he tratado de destacar que, efectivamente, se trata solamente de un prejuicio, lo que parece que no pude lograr en ediciones anteriores. En los demás capítulos he procurado, ampliando su contenido, perfilar mejor, mucho de lo expuesto anteriormente. De página en página me he esforzado en introducir modificaciones en la forma expositiva del contenido que me han parecido útiles después de una renovada convivencia con el tema.

– Rudolf Steiner
Berlín, mayo de 1920

PREFACIO PARA LA DECIMOSEXTA EDICIÓN ALEMANA

Transcurridos quince años desde la primera publicación de este libro, me parece pertinente exponer al lector algo acerca de la disposición de ánimo que lo originó.

En un principio, mi plan consistía en añadir su contenido esencial, como último capítulo, a mi libro "Teosofía" publicado mucho antes; pero no resultó factible. En la época en que apareció "Teosofía", aquel contenido no se me había perfilado todavía en el mismo grado de perfección que el de "Teosofía". En mis Imaginaciones, estaba presente ante mi alma el ser espiritual del hombre individual y podía describirlo; pero carecía todavía de las relaciones cósmicas que habían de exponerse en "La Ciencia Oculta"; yo poseía sus pormenores, pero no el cuadro de conjunto.

Por esta razón, decidí publicar "Teosofía" con el contenido que yo había percibido como lo esencial en la vida del ser humano individual, y seguir luego adelante con "La Ciencia Oculta" con toda calma.

De acuerdo con mi criterio, el contenido de este libro debía presentarlo por medio de pensamientos que constituyeran una forma más avanzada de los que se aplican a las ciencias naturales, pero adecuada a la exposición de lo espiritual. En el prefa-

cio de la primera edición, reproducido en el presente libro, se ha visto hasta que punto, con todo lo que escribí entonces acerca del conocimiento de lo espiritual, me he sentido responsable ante las ciencias naturales.

Sin embargo, esos pensamientos no bastan para exponer lo que, del mundo espiritual, se revela a la contemplación superior, puesto que esta revelación no encaja en un mero contenido mental. El que, por propia experiencia vital, ha conocido la índole de esas revelaciones, sabe que los pensamientos de la conciencia ordinaria son apropiados para expresar lo percibido por los sentidos, mas no lo percibido espiritualmente.

El contenido de lo percibido espiritualmente puede traducirse tan sólo en imágenes (imaginaciones), a través de las cuales hablan Inspiraciones que proceden de sustancialidad espiritual, intuitivamente vivida. En la "Ciencia Oculta" y en mi libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?", se encontrará lo esencial acerca de la naturaleza de la Imaginación, Inspiración e Intuición.

Pero el expositor de imaginaciones procedentes del mundo espiritual no puede, hoy en día, limitarse a exponerlas simplemente, pues si lo hiciera, presentaría algo que se encontraría frente al contenido de conocimiento de nuestra época como contenido de conciencia completamente distinto, sin ninguna conexión con aquel. El expositor debe enriquecer la conciencia actual a través de lo que puede captarse mediante otro tipo de conciencia, esto es, mediante la que se dirige al mundo espiritual. Entonces, su descripción tendrá por contenido el mundo espiritual, pero este contenido se le presentará vestido en forma de pensamientos comprensibles para la conciencia ordinaria que piensa en sentido de la época actual, pero que todavía no

contempla el mundo espiritual. Puede faltar esta compresión si nosotros mismos le ponemos obstáculos, si hacemos nuestros los prejuicios que nuestra época se ha creado en lo tocante a los "límites del conocimiento", partiendo de una concepción errónea de la naturaleza.

El conocimiento espiritual es íntima vivencia anímica; no sólo la percepción espiritual como tal, sino también la comprensión que la conciencia ordinaria, no vidente, brinda a los resultados del vidente: quien afirma a la ligera que el que cree comprender se sugiere a sí mismo la comprensión, no tiene la menor idea de esta intimidad.

No obstante, es un hecho que lo que, dentro de la captación del mundo físico, se expresa meramente en conceptos verdaderos o falsos, ante el mundo espiritual se convierte en vivencia.

Quien, si bien sintiéndolo apenas, deje que en su juicio se introduzca la afirmación de que lo contemplado espiritualmente es incomprensible para la conciencia ordinaria todavía no vidente -a causa de sus limitaciones-, se encontrará con que este juicio emotivo se convierte ante su captación en oscura nube; y, efectivamente, no podrá comprender. En cambio, lo contemplado será enteramente comprensible para la conciencia no vidente, libre de prejuicios, si el vidente logra expresarlo en forma de pensamientos; y es entonces tan comprensible como lo es el cuadro terminado para el que no es pintor, con la salvedad de que la comprensión del mundo espiritual no puede equipararse a la comprensión estética y emotiva que se aplica a una obra de arte, sino que lleva enteramente el carácter de pensamientos, tal como se emplea en el conocimiento de la naturaleza.

Para que exista realmente una comprensión de esta especie, el vidente espiritual debe llevar sus percepciones hasta

verterlas en un molde de pensamientos, sin que así pierdan su carácter imaginativo.

Todo esto estaba presente ante mi alma mientras elaboraba mi "Ciencia Oculta".

Más tarde, en 1909, sentí que con estas condiciones podría escribir un libro que, en primer lugar, presentase el contenido de mi visión espiritual refundido en forma de pensamientos en grado suficiente por el momento, y que, en segundo lugar, pudiese comprenderlo toda persona inteligente que no tienda a poner obstáculos a su comprensión.

Digo esto ahora, pero no sin advertir que, en aquel entonces (1909), la publicación del libro me parecía un atrevimiento; sabía, en efecto, que precisamente los que, por su profesión, se dedican a las ciencias naturales, no pueden tener la imparcialidad necesaria; y lo mismo vale para las numerosas personas que, en cuanto a su juicio, dependen de ellos.

No obstante, yo era consciente de que, en la época en que la humanidad había alcanzado el máximo distanciamiento del mundo espiritual, era una necesidad imperiosa la información relativa a dicho mundo. Contaba con el hecho de que también existen personas a quienes, en diverso grado, ese distanciamiento de toda espiritualidad les significa un impedimento tan grande en la vida, que acogen con anhelo interior las informaciones procedentes del mundo espiritual. Esto se confirmó plenamente en los años que siguieron: la "Teosofía" y la "Ciencia Oculta" se han difundido ampliamente como libros que presuponen en el lector la buena voluntad de tratar de hacer suyo un lenguaje difícil; con toda intención, me he esforzado en evitar una presentación "popular", dando, por el contrario, una descripción que exija gran esfuerzo mental en el afán de penetrar

en su contenido. De este modo, he dado a mis libros un carácter tal, que ya su lectura constituye, por sí misma, el primer paso de la disciplina espiritual. En efecto, el esfuerzo mental juicioso y reposado que su lectura exige, fortalece las energías vitales y las capacita para acercarse al mundo espiritual.

El haber dado a mi libro el título de "Ciencia Oculta", originó inmediatamente malentendidos. Muchos objetaron que lo que quiere ser "ciencia" no puede estar "oculto"; ¡con cuán poca reflexión se hizo esta objeción!. Como si el que publica un contenido quisiera, al mismo tiempo, mantenerlo "oculto". Todo el libro muestra que nada en él puede calificarse de "secreto"; se ha elaborado en forma tal, que es comprensible como cualquier otra ciencia. ¿O es que, al usar el término "ciencia natural", no se quiere dar a entender que se trata del conocimiento de la "Naturaleza?". La ciencia oculta es la ciencia de lo que ocurre "ocultamente", en el sentido de que no se percibe lo oculto en la naturaleza exterior, sino ahí hacia donde se orienta el alma cuando se dirige al espíritu: "ciencia oculta" es, pues, lo contrario de "ciencia natural".

Se me ha objetado, una y otra vez, que mis percepciones del mundo espiritual no son sino reproducciones transformadas de las imágenes que, en la antigüedad, se formaban los hombres acerca del mundo del espíritu; se decía que mi subconsciente había absorbido el caudal de mis lecturas, y que luego lo relataba creyendo que era percepción propia, o sea, que extraía mis relatos de las enseñanzas gnósticas, de los poemas de la sabiduría oriental, etc.

Semejante aseveración es completamente gratuita; mis conocimientos relativos a lo espiritual son el resultado de mi propia percepción; tengo plena conciencia de ello. En todo momento,

en todos los pormenores y en los grandes cuadros sinópticos, me examiné estrictamente para cerciorarme de que cada paso en mi vivencia superior iba acompañado de una conciencia clara y discernible. Así como el matemático progresa de un pensamiento a otro, sin la intervención de algo inconsciente, de autosugestión, etc., así también —me dije— debe progresar mi percepción espiritual, de una Imaginación objetiva a otra, sin que en el alma viva ningún otro elemento que no sea el contenido espiritual de una conciencia clara de discernimiento.

La certidumbre de que una imaginación no es una imagen meramente subjetiva, sino la reproducción en imágenes de un contenido espiritual objetivo, se obtiene mediante la sana experiencia interior, y se llega a esta certidumbre por un procedimiento anímico-espiritual, del mismo modo que, en el campo de la percepción sensoria y presupuesta una organización sana, distinguimos perfectamente entre imágenes ilusorias y percepciones objetivas.

Así es como se me ofrecían los resultados de mi percepción espiritual, sin nombre al principio; y para transmitirlos necesitaba las expresiones verbales adecuadas. Poste-riormente busqué en antiguas descripciones de lo espiritual, para encontrar los términos con que expresarlos. Libremente empleé estas designaciones verbales, de suerte que apenas se encontrará una sola que coincida con lo que significaba allí donde la encontré; busqué siempre la forma de expresarme después de que se me manifestara el contenido en mi propia percepción. Y en esta investigación vidente propia, mía, conseguí excluir lo leído previamente, gracias al estado de conciencia que acabo de describir.

Ahora bien, en mi terminología se pretendió encontrar reminiscencias de representaciones antiguas, y la gente puso reparos

a mis términos sin penetrar en su contenido. Si hablaba yo de las "flores de loto" activas en el cuerpo astral del hombre, se veía en ello la prueba de que reproducía enseñanzas hindúes donde se encuentra la misma expresión; si sólo hablaba del "cuerpo astral", se me recordaba como lector de escritos de la Edad Media; si me servía de las expresiones "Ángeles", "Arcángeles", etc., parecía que estaba renovando representaciones de la gnosis cristiana. Así, este modo de pensar que se mueve en la superficie, es lo que constantemente salía a mi encuentro.

He considerado conveniente mencionar lo que antecede, en ocasión de la nueva edición de la "Ciencia Oculta". Por contener este libro el bosquejo global de la Antroposofía, se ve particularmente afectado por las interpretaciones erróneas a que ella se halla expuesta.

Desde la época en que las Imaginaciones reproducidas en este libro convergieron en mi alma en un cuadro de conjunto, he desarrollado sin cesar mi facultad perceptiva de investigación del hombre, de la evolución histórica de la humanidad, del Cosmos, etc., y en los detalles continuamente he obtenido nuevos resultados. Pero, lo que presenté como un bosquejo en la "Ciencia Oculta" hace quince años, no ha sufrido para mí ningún quebranto. Todo lo que he podido decir desde entonces, aparecerá como una ampliación del esbozo dado en aquella época, siempre que se inserte en este libro en el lugar que le corresponde.

– Rudolf Steiner
Goetheanum, 10 de enero de 1925

LA CIENCIA OCULTA

I.

¿QUE ES CIENCIA OCULTA?

Para el contenido de este libro se empleará un antiguo término: Ciencia Oculta. Este término puede despertar en diversas personas de la época actual sentimientos del carácter más opuesto: repelente para muchas, provocando burlas en otras, o bien sonrisas de lástima y tal vez desprecio. Estas personas se imaginan que el modo de pensar así designado puede estribar solamente en sueños fantásticos y ociosos; que tras una "pretendida" ciencia sólo puede encubrirse el impulso para renovar toda clase de supersticiones justamente esquivadas por quienes se han impuesto el "verdadero método científico" y el "genuino afán de conocimiento". En otras personas, este vocablo conducirá a imaginarse que, a través suyo, puede adquirirse lo que no es posible por otros caminos, y hacia lo cual, según su predisposición, se sienten atraídas por una profunda ansia interna de conocimiento o por la curiosidad sublimada del alma. Entre estas opiniones tan diametralmente opuestas, existen todos los matices posibles de estados intermedios de repudio o aceptación condicional, relacionados con las distintas interpretaciones a que dan lugar las palabras "Ciencia Oculta". No hay que negar que, para muchos, tienen un sonido mágico: parecen satisfacer una pasión fatal por el conocimiento de un algo "ignoto", misterioso y aún oscuro, que no puede

conquistarse de manera natural, ya que muchas personas no desean satisfacer las ansias más profundas de su alma mediante algo que pueda ser claramente entendido. Están convencidas de que, además de lo naturalmente cognoscible, ha de existir algo en el mundo que se substrae a toda cognición, y en forma extrañamente paradójica, de la que no se dan cuenta, rechazan, para sus ansias más profundas de saber, todo lo "conocido", y sólo están dispuestas a aceptar lo que no pueda decirse que sea cognoscible por medio de la investigación conforme a la Naturaleza.

Al hablar de "Ciencia Oculta", sería conveniente tener presente el hecho de que nos vemos confrontados con interpretaciones erróneas, causadas precisamente por este tipo de defensores de una ciencia de este género, defensores que, en realidad, no luchan por alcanzar el conocimiento, sino su antítesis.

Esta obra se dirige a lectores que, firmes en su imparcialidad, no se dejan despojar de ella sólo porque, por diversas circunstancias, una palabra suscita determinados prejuicios. No nos ocuparemos aquí de un conocimiento que, en uno u otro aspecto, haya de considerarse como "secreto" y, por tanto, accesible únicamente a ciertos individuos por un favor especial del destino. Haremos justicia al empleo de este término, en el sentido que aquí se usa, si consideramos lo que Goethe se propone cuando habla de los "misterios manifiestos" en los fenómenos del Universo: se considera como contenido de un conocimiento suprasensible, lo que en ellos permanece "oculto", es decir, no manifiesto, cuando se les capta sólo por medio de los sentidos y del entendimiento a éstos ligado*.

Obviamente, lo que aquí se entiende por ciencia oculta no es ciencia para el que considere "científico" solamente lo que se revela a través de los sentidos y mediante el intelecto a su

servicio. Sin embargo, si tal persona quisiera comprenderse a sí misma, debería reconocer que rechaza la ciencia oculta, no con base en una comprensión bien fundamentada, sino obedeciendo un mandato que surge de su apreciación puramente subjetiva. Para comprender esto, basta considerar cómo se origina la ciencia y qué significado tiene en la vida humana. El origen de la ciencia en su naturaleza esencial, no se descubre examinando los objetivos que ella abarca, sino observando el género de actividad científica: hemos de considerar la actitud del alma en el proceso mismo en que ella adquiere el conocimiento científico. Con el hábito de poner en movimiento este género de actividad tan sólo cuando nos ocupamos de las manifestaciones de los sentidos, fácilmente nos formamos la opinión de que la manifestación sensoria es lo esencial, sin darnos cuenta de que determinada actitud anímica ha sido aplicada nada más que a la manifestación de los sentidos. Es posible, no obstante, transcender esta arbitraria limitación personal y, haciendo a un lado esa aplicación peculiar, considerar las características de la actividad científica, como tal. En esto nos basamos para referirnos al conocimiento de un contenido del mundo, no perceptible a los sentidos, como algo "científico". La comprensión humana quiere ocuparse de este contenido del mundo, de la misma manera que está activa en el de las ciencias naturales.

La ciencia oculta pretende desvincular los métodos de investigación y la actitud mental inquisidora, propios de las ciencias naturales, de su aplicación especial en su propia esfera, donde se circunscriben a la relación y al decurso de los fenómenos físicos, pero al mismo tiempo desea conservar su manera especial de pensar y sus demás peculiaridades. La ciencia oculta se propone enfocar lo no sensible de la misma manera que las ciencias naturales enfocan lo sensible, lo que implica que, en tanto éstas mantienen su método de investigación y manera

de pensar dentro del mundo sensible, la ciencia oculta trata de considerar el empleo de esta actividad mental relacionada con la Naturaleza, como una especie de autoeducación anímica, para aplicar luego lo adquirido a los dominios de lo suprasensible. Su modo de proceder consiste en que, si bien no se ocupa de los fenómenos de los sentidos como tales, enfoca el contenido no sensible del mundo, precisamente de la misma manera que el investigador de la Naturaleza habla del contenido del mundo sensible; retiene del método científico natural la actitud anímica que prevalece en él, es decir, precisamente aquello que define la investigación natural como ciencia. De ahí que esta investigación oculta pueda, con razón, llamarse ciencia.

Quien reflexione sobre la significación de la ciencia natural en la vida humana, encontrará que su pleno valor no puede agotarse con la adquisición de conocimientos relacionados con la naturaleza, porque tales conocimientos nunca pueden conducir sino a experimentar algo que el alma humana misma no es. El elemento anímico no vive en lo que el hombre capta de la Naturaleza, sino tan sólo en el proceso de conocer; el alma se experimenta a sí misma por hallarse en esa actividad de conocer la Naturaleza. Lo que ella adquiere vitalmente en esta actividad, es algo distinto de un simple conocimiento de la Naturaleza misma: es un autodesarrollo experimentado gracias a esta cognición. El científico de lo oculto aplica los frutos de este autodesarrollo a dominios que se encuentran más allá de la simple Naturaleza; lejos de negar el valor de la ciencia natural, desea reconocerlo más aún que el hombre de ciencia mismo. Sabe que, sin el rigor que priva en el modo de pensar de la ciencia natural, no puede fundamentarse ninguna ciencia; y sabe también que, una vez adquirido tal rigor por haber penetrado a fondo en el espíritu del pensar científico-natural, puede retenerlo el alma para emplearlo en otros dominios.

Sin embargo, hay algo que puede darnos en qué pensar. Al estudiar la Naturaleza, se siente el alma sostenida por el objeto que estudia, en grado mucho mayor que cuando corresponde a contenidos no sensibles del mundo. En este caso, es necesario que el observador, por impulsos puramente internos, posea, en mayor grado, la facultad de mantener el carácter del modo de pensar científico. Como muchas personas inconscientemente creen que este modo de pensar sólo puede mantenerse intacto dentro del cauce ofrecido por los fenómenos naturales, se sienten inclinadas a decidir, mediante una declaración tajante, que tan pronto como se abandona este cauce, el método científico camina a tientas en el vacío. Quienes así piensan no se han dado cuenta de la peculiaridad del auténtico espíritu científico; basan sus opiniones, en su mayor parte, sobre los errores que, por necesidad, surgen cuando la actividad científica no está suficientemente robustecida por la observación de los fenómenos naturales, y cuando, a pesar de esto, el alma desea entregarse a la consideración de las regiones no sensibles del mundo. Así resulta, naturalmente, mucha palabrería no científica sobre el mundo no sensible, pero no porque en su esencia sea incapaz de ser científico, sino porque, en el caso especial, se ha descuidado la autoeducación científica al observar la naturaleza.

Por lo que antecede, quien se ocupe de la ciencia oculta, sin duda necesitará tener conciencia plena de toda clase de fuegos fatuos que se presentan cuando, sin apoyo en un sólido criterio científico, se discute algo relativo a los misterios manifiestos del mundo. No obstante, precisamente en este punto, a nada se llega si, al principio de una exposición sobre ciencia oculta nos detenemos en toda clase de errores, ante personas influidas por prejuicios que desacreditan cualquier investigación de tipo oculto, ya que por la existencia efectiva de numerosos errores opinan que todo este esfuerzo carece de justificación. Sin em-

bargo, considerando que los hombres de ciencia o los críticos de mentalidad científica, rechazarán la ciencia oculta con base únicamente en la declaración tajante antes mencionada, y que la referencia a los errores es sólo un pretexto a menudo inconsciente; toda discusión con tales opositores se convierte en infructuosa. En realidad, nada les impedirá objetar, muy justificadamente, que nada puede determinar de manera definitiva, a priori, hasta qué punto es válida la creencia de una persona de que otra se halla en error. Por tanto, quien aspire a la ciencia oculta no puede sino presentar simplemente lo que, a su juicio, cree poder sustentar. Sólo aquellos que, evitando toda declaración autoritaria, sean sensibles a la índole de las informaciones que se relacionan con los misterios manifiestos de los eventos cósmicos, pueden apreciar la justificación del ocultista para impartirlas. De hecho, le incumbe mostrar la relación entre sus asertos y otras conquistas alcanzadas en el campo del conocimiento y de la vida; qué objeciones son posibles y hasta qué grado las realidades directas, externas, obvias de la vida, corroboran sus observaciones. Sin embargo, no deberá nunca tratar de presentar sus informaciones en forma tal que el efecto se produzca mediante su arte de persuadir, más que por el contenido de aquéllas.

He ahí una objeción que se oye con frecuencia respecto de las exposiciones de la ciencia oculta: estas exposiciones no ofrecen prueba de lo que alegan; afirman simplemente esto o aquello, y dicen que la ciencia oculta lo constata. Lo que sigue será tergiversado si se supone que este criterio rige su contenido. Lo que aquí se pretende es procurar que la capacidad del alma, desarrollada al contacto con el conocimiento de la Naturaleza, continúe desarrollándose hasta donde su índole se lo permita, y luego llamar la atención sobre el hecho de que en tal desarrollo el alma tropieza con hechos suprasensibles, y con ello se da

por supuesto que todo lector capaz de convenir en lo que se ha dicho, topa necesariamente con tales hechos.

Es cierto, sin embargo, que, desde el momento en que entramos en los dominios de la ciencia espiritual, existe una diferencia en comparación con el punto de vista puramente científico-natural; en la ciencia natural los hechos se encuentran dados en el mundo sensible; el expositor de la ciencia natural considera la actividad del alma como secundaria frente a las relaciones y al curso de los acontecimientos en aquel mundo sensible. En cambio, el expositor de la ciencia espiritual se ve en la necesidad de colocar en primer término la actividad anímica, pues depende de ella el que sus oyentes o lectores puedan llegar a los hechos de manera apropiada. No es como en las ciencias naturales donde los hechos existen, aunque incomprendidos, ante la percepción humana, incluso sin su actividad anímica: en la percepción espiritual sólo entran gracias a la actividad del alma. El expositor de la ciencia espiritual supone, por consiguiente, que el lector busca los hechos mancomunadamente con él; impartirá la presentación narrando el proceso de su descubrimiento; y en la narración prevalecerá la actitud mental propia de los métodos de la ciencia oficial, no una arbitrariedad personal. Por lo tanto, será también necesario que el expositor explique los métodos mediante los cuales se llega a la consideración de lo no sensible, de lo suprasensible.

Quien esté dispuesto a aceptar una presentación basada en la ciencia oculta, pronto verá que, por su medio, adquiere representaciones e ideas que antes no tenía, con lo que llega a un nuevo criterio también respecto de lo que anteriormente se había imaginado acerca de la esencia de la "demostración"; se dará cuenta de que, en una exposición de la ciencia natural, la "prueba" es algo que se le agrega, como si dijéramos, desde

fuera; mientras que en el método de pensar de la ciencia espiritual, la actividad, que, en el método científico-natural, el alma aplica a la prueba, existe ya en la búsqueda de los hechos. Estos hechos no pueden descubrirse si el sendero hacia ellos no es ya de por sí probatorio. Cualquiera que lo recorra, habrá experimentado la prueba en el proceso mismo: nada puede ganarse mediante una prueba agregada exteriormente, y por no reconocerse esto como característico de la ciencia oculta han surgido tantos malentendidos.

Toda ciencia oculta debe arrancar de dos pensamientos que pueden arraigar en el hombre. Para el ocultista, tal como aquí lo entendemos, expresan hechos que pueden experimentarse, si se recurre a los métodos adecuados; para muchas personas significan aseveraciones sumamente discutibles, cuando no los consideran como algo cuya imposibilidad puede "demostrarse".

He ahí los dos pensamientos: primero, tras el mundo visible existe uno invisible, oculto por ahora a los sentidos y al pensar vinculado a ellos; segundo, es posible, mediante el desarrollo de las facultades latentes en el hombre, penetrar en este mundo oculto.

Habrá quien diga que no hay tal mundo oculto; que el mundo percibido por medio de los sentidos es el único; que sus enigmas puede resolverlos este mismo mundo, y que, aunque el ser humano, en el momento actual, se encuentre todavía lejos de poder resolver todas las preguntas que le plantea la existencia, seguramente llegará el tiempo en que la experiencia sensoria y la ciencia basada en ella, ofrecerán toda respuesta.

Otros admiten la existencia de un mundo oculto tras el visible, pero al mismo tiempo afirman que las facultades humanas de cognición son incapaces de penetrarlo; que éstas tienen

límites que no pueden traspasarse; que los que tengan necesidad de la "fe" se refugien, si quieren, en un mundo de este género: la ciencia verdadera, basada en hechos demostrados, no tiene por qué ocuparse de él.

Luego hay un tercer grupo que considera como una especie de audacia el que el hombre pretenda, mediante su actividad cognoscitiva, penetrar en un dominio respecto del cual debe renunciar a todo "saber" y contentarse con la "fe". Los partidarios de esta opinión consideran indebido que el débil ser humano pretenda introducirse en un orbe que sólo pertenece a la vida religiosa.

También hay quienes sostienen que el conocimiento común de los hechos del mundo sensible está al alcance de todos, pero, en lo que corresponde a lo suprasensible, vale únicamente la opinión personal del individuo, lo que excluye el hablar de ello con certidumbre de alcance general.

Otros alegan muchas otras cosas.

Evidentemente, en la consideración del mundo visible surgen enigmas imposibles de resolver dentro del campo de ese mismo mundo; ni serán jamás resueltos sin trascender lo fenoménico por grandes que fueren los progresos de la ciencia, porque los hechos visibles, por su propia naturaleza interna, apuntan claramente hacia la existencia de un mundo oculto. Todo aquel que no se dé cuenta de esto, se cierra a los enigmas que, por todas partes, surgen de la realidad sensible; no quiere darse cuenta de ciertas interrogaciones y problemas; cree, por tanto, que todos los problemas pueden resolverse por medio de los hechos manifiestos. Admitamos, desde luego, que, efectivamente, todas las preguntas que sí quiere formular, podrán hallar respuesta con base en hallazgos científicos futuros. Mas

una persona que nada pregunta sobre ciertas cosas, ¿por qué habría de esperar recibir respuesta?. Los que aspiran a la ciencia oculta ponen de manifiesto, simplemente, que para ellos es evidente por sí misma la existencia de tales preguntas, como expresión plenamente justificada del alma humana. Al fin y al cabo la ciencia no puede quedar comprimida dentro de límites, prohibiéndole al hombre el hacer preguntas libres de prejuicio.

A la opinión de que existen límites para el conocimiento humano que no pueden trascenderse y que obligan al hombre a detenerse ante un mundo invisible, hemos de replicar que no puede haber duda alguna con respecto a la imposibilidad de penetrar ese mundo con su tipo de cognición. Quien la considere como el único tipo posible no podrá menos que creer que no le está permitido al ser humano penetrar en un mundo superior, aunque existiera. Pero, si es posible desarrollar otro modo de cognición, este otro podrá conducirnos al mundo suprasensible; en cambio, de considerarlo imposible, se llega a un punto de vista desde el cual toda discusión acerca de lo suprasensible aparece como puro absurdo. El único fundamento para semejante opinión, imparcialmente considerada, es el hecho de que, para quien la sostiene, esta otra clase de cognición le es desconocida. ¿Cómo puede alguien emitir un juicio sobre algo que él mismo confiesa no conocer? Lógicamente, sólo es lícito hablar de lo que se conoce, y nada debe afirmarse de lo que se ignora. Tal manera de pensar sin prejuicios sólo puede reconocer el derecho a transmitir lo que es experiencia propia, mas no el de declarar inexistente aquello que no se conoce o no interesa. A nadie puede negársele el derecho de permanecer indiferente ante lo suprasensible, pero nunca podrá haber razón válida de que alguien se constituya en autoridad, no sólo en lo que él mismo puede saber, sino también con respecto a los presuntos límites de los demás seres humanos.

A todos los que sostienen que es audacia introducirse en el mundo espiritual, la ciencia oculta les advierte que sí es posible esta penetración, y que es un pecado dejar que se estanquen las facultades que posee el hombre, en vez de desarrollarlas y hacer uso de ellas.

Finalmente, aquel que piense que las opiniones relativas al mundo suprasensible son asunto estrictamente personal, niega lo que es común a todo ser humano. No cabe duda de que la certera visión de estas cosas debe adquirirla cada cual por sí mismo, pero es también un hecho que todos los seres humanos que avanzan lo suficientemente llegan, no a resultados diferentes, sino a lo mismo. Las diferencias de opinión existen únicamente en tanto que los hombres deseen llegar a las supremas verdades, no por un sendero científico consagrado, sino por el de la arbitrariedad personal. Por otra parte, hemos de admitir, sin más, que sólo el que está dispuesto a adentrarse vitalmente en sus peculiaridades es capaz de reconocer la autenticidad de la senda de la disciplina oculta.

En el momento oportuno puede encontrar esa senda toda persona que, partiendo del mundo manifiesto, reconozca, o se imagine siquiera, o adivine, la existencia de un mundo oculto, y que, teniendo conciencia de que las facultades de percepción son susceptibles de desarrollo, sea llevada a sentir que lo oculto puede revelársele. A la persona que haya llegado a la ciencia oculta por medio de tales experiencias anímicas, se le abre no sólo la perspectiva de encontrar la respuesta a ciertas preguntas que surgen de su sed de conocimiento, sino también la perspectiva, muy diferente, de convertirse en vencedor de todo lo que estorba y debilita la vida. El verse obligado a apartarse de lo suprasensible o a negarlo significa, en cierto sentido superior, debilitamiento de la vitalidad, de hecho, muerte del alma. Es más:

bajo ciertas condiciones, el perder toda esperanza de lograr que lo oculto se le revele, sume al hombre en una angustia profunda. Aquella muerte y esta desesperación en sus múltiples formas, son, al mismo tiempo, antagonistas anímicos interiores de las aspiraciones en el sentido de la ciencia oculta; surgen cuando decrece la fuerza interior del hombre, en cuyo caso toda fuerza vital, para que entre en su posesión, ha de introducirse desde fuera. En este estado de mengua percibe, eso sí, las cosas, los seres y los acontecimientos que aparecen ante sus sentidos; los analiza con su intelecto; le causan placer y dolor; le impelen a realizar los actos de que es capaz. Puede seguir así adelante por cierto tiempo, pero de todos modos, llega, tarde o temprano, al momento en que muere interiormente, al agotarse lo que el mundo puede ofrecer a su limitada personalidad. Este no es un aserto derivado de la experiencia personal de un individuo, sino el resultado de una consideración sin prejuicios de todo lo que es vida humana. Es ese algo oculto que reposa en el fondo de las cosas lo que evita aquel agotamiento, y si se extenúa la energía para descender a ese fondo y extraer de él fuerza vital renovada deja, finalmente, de ser vitalizante incluso lo externo de dichas cosas.

En lo tocante a esta cuestión, no se trata únicamente del ser humano individual con sólo sus goces y penas personales. Precisamente mediante acertadas consideraciones científico-espirituales adquiere el hombre la certeza de que, desde un punto de vista superior, esos goces y penas del individuo están íntimamente ligados al bienestar o malestar del mundo entero. Esas consideraciones le ofrecen un camino por el que llega a comprender que si no despliega sus facultades de la manera debida daña al mundo entero y a todas las criaturas que lo habitan. Si esteriliza su vida descuidando su relación con lo suprasensible no sólo destruye algo en sí mismo, destrucción que puede

acabar por llevarle a la desesperación, sino que, a causa de su flaqueza, obstaculiza la evolución del orbe en que vive.

Sin duda, el ser humano puede equivocarse; ceder a la creencia de que no existe ese mundo oculto, y que la totalidad de lo efectivo o potencial existente está ya contenido en lo que aparece a sus sentidos y a su entendimiento. Pero esta ilusión sólo es posible para la superficie de la conciencia, no para sus profundidades; el sentimiento y el deseo no se supeditan a esa engañosa creencia. De una manera u otra, volverán siempre a ansiar algo oculto, y si se les priva de ello, conducirán al hombre a la duda, o a la inseguridad en la vida, e incluso, como ya hemos dicho, a la desesperación. Una cognición que revele lo oculto es capaz de superar todo abatimiento, toda duda, toda inseguridad, toda desesperación; en una palabra, todo lo que debilita la vida y la incapacita para el necesario servicio al mundo.

He ahí el admirable fruto del conocimiento de la ciencia espiritual: proporcionar a la vida fuerza y entereza, no sólo satisfacción al deseo de saber. Inagotable es la fuente de donde este conocimiento deriva su energía para el trabajo y la confianza en la vida; nadie que alguna vez haya realmente bebido y se haya refugiado repetidas veces en esa fuente, se alejará de ella sin sentirse fortalecido.

Hay personas que no quieren saber nada acerca de este conocimiento porque ven algo morboso en lo que acabamos de decir, y tienen absoluta razón con respecto a lo superficial y externo de la vida: no quieren ver atrofiado lo que ellos sienten que constituye la llamada realidad vital. Les parece signo de flaqueza volver la espalda a esa realidad y buscar la salvación en un mundo oculto que, para ellas, es sólo fantástico e imaginario. La investigación científico-espiritual, so pena de caer en

un estado morboso de ensueño y debilidad, ha de reconocer que no son del todo injustificadas tales objeciones, pues descansan en un criterio sano que, por la única razón de no penetrar en lo profundo de las cosas, quedándose sólo en su superficie, no llega a la verdad total, sino sólo a una verdad parcial. Si el esfuerzo por alcanzar el conocimiento suprasensible tendiera a debilitar la vida y a apartar a los hombres de la verdadera realidad, tales objeciones serían ciertamente lo bastante sólidas para hacer perder pie a este movimiento espiritual. Mas aún: en respuesta a tales puntos de vista, los esfuerzos científico-espirituales no tomarían tampoco el camino correcto si pretendieran "defenderse" en el sentido usual de la palabra. También en este caso el único enfoque correcto consiste en destacar su propio valor, reconocible por todo espíritu imparcial, evidenciando cómo aumentan las fuerzas y el vigor vitales en aquellos que se adentran en su disciplina de la forma debida. Ningún afán hacia lo espiritual puede transformarnos en personas extrañas al mundo, en soñadores; por el contrario, fortifica al hombre suministrándole las energías procedentes de las fuentes de vida de las que también procede el hombre en cuanto a su elemento espiritual y anímico.

Ciertas personas encuentran todavía otros obstáculos al topar con la disciplina de la ciencia oculta. De hecho, si bien es fundamentalmente cierto que el lector encuentra la exposición de esa ciencia como una descripción de experiencias anímicas mediante cuya prosecución puede acercarse al contenido suprasensible del mundo, en la práctica esto sólo puede desenvolverse como una especie de ideal. El lector debe, en primer lugar, hacer suyas, en forma de informaciones, una cantidad relativamente grande de experiencias suprasensibles que él no ha vivido todavía. Esto no puede ser de otro modo, y así será también con el presente libro: el autor describirá lo que él cree

saber respecto de la naturaleza del ser humano, de su conducta en el nacimiento y la muerte, así como en su estado incorpóreo en el mundo espiritual, y describirá, además, la evolución de la Tierra y de la humanidad.

Por lo tanto, podría parecer como si, a pesar de lo dicho, se estableciese la condición de presentar cierta dosis de pretendido conocimiento en forma de dogmas para los cuales se exige la creencia basada en el principio de autoridad. Pero éste no es el caso. En realidad, lo que puede conocerse acerca del contenido del mundo suprasensible se encuentra presente en el autor como un contenido viviente del alma, y si uno se familiariza con este contenido, el acto mismo de familiarizarse enciende en uno mismo los impulsos que conducen a los correspondientes hechos suprasensibles. La lectura de los conocimientos científico-espirituales provoca una vivencia distinta de la originada por la comunicación de hechos manifiestos. Cuando leemos informaciones relativas al mundo manifiesto quedamos al margen de ellas, simplemente leemos sobre ellas; en cambio, cuando leemos de la forma debida informaciones relativas a los hechos suprasensibles, aunamos nuestra vida a la corriente de la existencia espiritual. Así, al dar cabida a los resultados, damos cabida al mismo tiempo a nuestra propia senda interior hacia ellos. Es cierto que, a menudo, el lector no se da ninguna cuenta, al principio, de lo que aquí se trata; nos imaginamos la entrada en el mundo espiritual demasiado parecida a una experiencia sensible; de ahí resulta que lo experimentado al leer acerca de dicho mundo sea considerado como demasiado intelectual. No obstante, por el hecho de dar cabida verdaderamente a estos pensamientos estamos ya dentro de ese mundo, y lo único que hace falta es darnos cuenta clara de que lo que tomábamos tan sólo por información intelectual se había experimentado ya, aunque inconscientemente.

La claridad completa acerca de la naturaleza real de lo experimentado se hace evidente al llevar a la práctica lo que, en la última parte del libro, se describe como "sendero" hacia el conocimiento suprasensible. Fácilmente podría creerse que lo correcto fuera lo contrario, esto es, que primeramente debiera describirse este sendero; pero no es éste el caso. Para todo el que, sin dirigir su mirada anímica hacia hechos determinados del mundo suprasensible, practique los "ejercicios" sólo con el fin de penetrar en él, seguirá siendo ese mundo un caos confuso e indefinido. El procedimiento correcto consiste en familiarizarse con la realidad suprasensible de manera ingenua, por decirlo así, informándose acerca de hechos determinados de ella, y luego dándose cuenta de cómo, transcendiendo la ingenuidad, se adquieren en plena conciencia las experiencias de las que ha recibido información. Si nos adentramos en las descripciones de la ciencia oculta nos convencemos de que ella ofrece el único camino seguro hacia el conocimiento suprasensible; reconocemos asimismo lo infundado de la opinión de que el conocimiento suprasensible podría, en un principio, obrar como dogma mediante cierta fuerza de sugestión. En efecto: este conocimiento se adquiere mediante una actividad anímica que le despoja de toda tendencia meramente sugestiva, y sólo le da la posibilidad de hablar a otra persona valiéndose de los mismos medios por los que ella recibe todas las verdades que apelan a su sensato criterio. La razón de que, al principio, el lector no se dé cuenta de que vive en el mundo espiritual no reside en una percepción sugestiva y desconsiderada de lo que ha leído, sino en la sutileza y lo desacostumbrado de lo que se experimenta gracias a la lectura. Por lo tanto, recibiendo primero las informaciones tal como se dan en la primera parte del libro nos convertimos, por de pronto, en partícipes del conocimiento del mundo espiritual; mediante la aplicación práctica

de los ejercicios anímicos indicados en la segunda, nos convertimos en conocedores independientes de dicho mundo.

Ateniéndose al espíritu y al verdadero sentido de lo expuesto, ningún genuino hombre de ciencia podrá encontrar contradicción entre su ciencia edificada sobre los hechos del mundo sensible y la forma en que se investiga el mundo suprasensible. Aquél se sirve de instrumentos y métodos determinados; construye sus instrumentos transformando lo que le suministra la naturaleza. También la cognición suprasensible se sirve de un instrumento: el hombre mismo, instrumento que asimismo debe primeramente acondicionarse para la investigación superior, pues las capacidades y energías que, en un principio, recibió de la Naturaleza sin su cooperación, deben transformarse en capacidades y energías superiores; de esta manera podrá convertirse, él mismo, en instrumento para la investigación del mundo suprasensible.

II.

INTEGRACIÓN DE LA ENTIDAD HUMANA

Cuando la ciencia espiritual se aboca al estudio del hombre, de inmediato entra en vigor lo que vale para este modo de conocer en general: ese estudio supone que se admita la presencia de un "misterio manifiesto"* en la propia entidad humana. A los sentidos y al entendimiento ligado a ellos sólo les es accesible una parte de lo que por el conocimiento suprasensible se abarca como entidad humana: el cuerpo físico. Para elucidar el concepto de este cuerpo físico hemos de empezar por dirigir la atención hacia el fenómeno que, como un gran enigma, se extiende sobre toda observación de la vida: la muerte y, en relación con ella, la llamada naturaleza inanimada, el reino mineral, que siempre lleva en sí la muerte, hechos cuyo esclarecimiento total sólo es posible mediante el conocimiento suprasensible, y a los cuales habremos de dedicar una parte importante del presente libro. Primeramente, y como orientación, vamos ahora a suscitar algunos conceptos fundamentales.

Dentro del mundo sensible, el cuerpo físico es el aspecto del hombre igual al mundo mineral; en cambio, no puede considerarse como cuerpo físico aquello que diferencia al hombre del mineral. Para el examen imparcial se destaca particularmente

el hecho de que la muerte pone al descubierto la parte de la entidad humana que es consubstancial con el mundo mineral: el cadáver es la parte del hombre que, después de la muerte, está sujeta a procesos análogos a los del reino mineral. Al señalar que en este miembro constitutivo de la entidad humana, el cadáver, están en actividad las mismas substancias y fuerzas que en el reino mineral, hay que destacar que, con la muerte, no puede este cuerpo físico continuar existiendo: se descompone. Si bien es cierto, pues, que en el cuerpo físico humano se hallan activas las mismas substancias y fuerzas que en el mineral, durante la vida del organismo humano esa actividad está supeditada a algo superior; solamente después de la muerte su actividad será igual a la del mineral. Entonces estas substancias y fuerzas actuarán según su propia característica, esto es, como disolventes de la estructura corporal física.

Así, pues, hemos de distinguir netamente en el hombre lo manifiesto de lo oculto, puesto que durante la vida ese elemento oculto lucha continuamente contra las substancias y fuerzas minerales presentes en el cuerpo físico, y, al cesar esta lucha, la actividad mineral se pone al descubierto. Con esta distinción queda señalado el punto donde ha de arrancar la ciencia de lo suprasensible. A ella le incumbe buscar el elemento que sostiene la lucha indicada, elemento que se esconde para la observación sensoria, y que sólo es asequible para la suprasensible. En un capítulo posterior se indicará cómo consigue el hombre que este elemento "oculto" se haga para él tan manifiesto como los fenómenos sensibles lo son para el ojo normal; mas por el momento empezamos por describir los resultados de la observación suprasensible.

Ya hemos dicho que las instrucciones relativas al sendero que conduce a la visión superior pueden ser de algún valor sol-

amente si el hombre se ha familiarizado primero, por simple narración, con lo que revela la investigación suprasensible, puesto que, en lo que se refiere, a la visión superior, se puede comprender incluso lo que todavía no se percibe. Es más: el buen camino hacia ella es el que parte de esa captación.

El elemento oculto que sostiene en el cuerpo físico la lucha contra la descomposición es observable solamente para la visión superior; no obstante, sus efectos están al alcance del discernimiento que se restringe a lo manifiesto, efectos que se expresan por la forma o configuración en que las substancias y fuerzas minerales del cuerpo físico se encuentran asociadas durante la vida. Sobrevenida la muerte, desaparece poco a poco esta forma, y el cuerpo físico se reintegra al mundo mineral extrahumano. Pero la percepción suprasensible es capaz de observar, como miembro autónomo de la entidad humana, aquello que durante la vida impide que las substancias y fuerzas físicas sigan su propio camino, camino que conduce a la disolución del cuerpo físico. Llamemos "cuerpo etéreo" (cuerpo vital) a este miembro autónomo.

Para evitar que se infiltren malentendidos desde un principio, habrá que tener en cuenta dos cosas respecto a estas denominaciones que designan un segundo miembro constitutivo de la entidad humana: la palabra "éter" se emplea aquí en distinto sentido del que tiene en la física, que aplica el nombre de éter, por ejemplo, al vehículo de la luz. En cambio, aquí circunscribimos esta palabra en el sentido que acabamos de precisar: la aplicamos a aquello que es accesible y se da a conocer sólo por sus efectos, esto es, su capacidad de imprimir una forma o configuración determinada a las sustancias y fuerzas minerales que integran el cuerpo físico. Similarmente, tampoco la palabra "cuerpo" debiera ser objeto de un malentendido. Aun

para designar los elementos superiores de la existencia, no nos queda más recurso que servirnos de los vocablos del lenguaje corriente, vocablos que expresan solamente lo sensible para la observación corriente, claro que, sensorialmente, el "cuerpo etéreo" nada tiene de corporal, por sutil que podamos representárnoslo*.

Habiendo llegado en la descripción de lo suprasensible hasta la mención del cuerpo etéreo, ya hemos alcanzado el punto en que nuestra descripción tropezará con la oposición de más de una opinión contemporánea. La evolución del criterio filosófico ha conducido a que se considere poco científico hablar de semejante aspecto de la entidad humana; el modo de pensar materialista ha llegado al extremo de no ver en toda criatura viviente sino una combinación de substancias y fuerzas físicas, como existe también en el cuerpo llamado inanimado, en el mineral, con sólo la diferencia de que en lo viviente dicha combinación es más compleja que en lo inanimado. No hace todavía mucho tiempo, también en la ciencia oficial, se profesaban otros puntos de vista: no pocos hombres de ciencia de categoría, de la primera mitad del siglo XIX, tenían conciencia de que en el cuerpo viviente existe todavía algo más que en el mineral inanimado: se referían a una "fuerza vital". Verdad es que no se la representaban a semejanza de lo que aquí llamamos cuerpo vital o etéreo; no obstante, su postulado se basaba en el presentimiento de que debe existir algo semejante. Ellos se representaban esa "fuerza vital", poco más o menos, como agregada a las substancias y fuerzas físicas en el cuerpo viviente, del mismo modo que la fuerza magnética es adicional al hierro en el imán. Luego vino la época en que esta "fuerza vital" quedó eliminada del ideario de la ciencia: las meras causas físicas y químicas se consideraron suficientes para explicarlo todo. Actualmente (1909) se ha producido de nuevo una regresión entre

los pensadores naturalistas al respecto: hay quienes admiten que la suposición de algo parecido a la "fuerza vital" no es, al fin y al cabo, una pura locura. Sin embargo, incluso el científico que la estime posible no querrá hacer causa común con nuestro concepto del "cuerpo vital". Por regla general y partiendo del punto de vista del conocimiento suprasensible, no conduce a nada entrar en discusión con los que profesan semejantes opiniones, pues hemos de reconocer que el modo de pensar materialista es un fenómeno concomitante de los grandes adelantos de las ciencias naturales modernas. Estos adelantos se basan en un perfeccionamiento admirable de los medios de los que se sirve la observación sensoria. Y es propio de la entidad humana el que, en fases sucesivas de su desarrollo, lleve a cierto grado de perfección preferencial determinadas facultades a expensas de otras. La observación sensoria exacta, que gracias a las ciencias naturales se ha desarrollado de un modo tan trascendental, tuvo que relegar a segundo término el cultivo de las facultades humanas que conducen a los "mundos ocultos". Pero ha llegado una época en que este cultivo nuevamente es necesario. No se vindica lo oculto combatiendo opiniones que no son sino consecuencia lógica de su denegación, sino presentándolo en su verdadero aspecto. Ya lo reconocerán luego aquellos para quienes "haya llegado la hora".

Hemos debido decir esto para que no se crea que ignoramos los puntos de vista de las ciencias naturales, al hablar de un "cuerpo etéreo", al que en muchos círculos se considera como algo absolutamente fantástico.

Este cuerpo etéreo es, como se ha dicho, un segundo principio de la entidad humana; a él le es propio -para el conocimiento suprasensible- un grado más alto de realidad que al cuerpo físico. Una descripción de acuerdo con el conocimien-

to suprasensible sólo se podrá hacer más tarde, en este libro, cuando se vea debidamente en qué sentido hay que tomar tales descripciones. Por ahora será suficiente decir que el cuerpo etéreo impregna todo el cuerpo físico, y que se le debe considerar en cierto modo como el arquitecto de este último.

Todos los órganos son mantenidos en su forma y estructura por las corrientes y movimientos de ese cuerpo vital o morfogenético. En el corazón físico subyace un "corazón etéreo"; en el cerebro físico, un "cerebro etéreo", etc.…, al igual que el cuerpo físico, también el etéreo posee una estructura interna, sólo que más compleja, todo en viviente fluir y refluir, ahí donde en el cuerpo físico las partes existen separadamente.

El hombre tiene en común con el vegetal este cuerpo vital, del mismo modo que comparte el físico con el mineral: todo lo viviente posee cuerpo vital.

La observación suprasensible asciende del cuerpo vital a otro miembro más de la entidad humana. Para imaginarlo conviene traer a colación el fenómeno del sueño, como hemos aludido a la muerte al tratarse del cuerpo vital. Toda obra humana, en cuanto a sus aspectos manifiestos, se basa en su actividad en estado de vigilia, actividad sólo posible si el hombre busca, una y otra vez, en el sueño la regeneración de las energías agotadas. La acción y el pensamiento desaparecen en el sueño; en la inconsciencia se hunden toda pena y todo placer. Al despertar, fuerzas conscientes emergen de la inconsciencia del sueño, como procedentes de fuentes escondidas y misteriosas. Es la misma conciencia que, al dormirnos, se sumerge en profundidades oscuras y que emerge de nuevo al despertar. Aquello que, una y otra vez, despierta la vida y la saca del estado de inconsciencia es el tercer miembro constitutivo de la entidad humana, y que podemos llamar cuerpo astral. Así como el cuerpo físico es inca-

paz de mantener su forma por medio de las substancias y fuerzas minerales que en él existen, exigiendo, para este mantenimiento, que lo penetre el cuerpo vital, tampoco las energías del cuerpo vital pueden iluminarse por sí mismas hacia el nivel de la conciencia: abandonado a sí mismo, el cuerpo vital no podría trascender el estado de sueño; en otras palabras, sólo podría mantener en el cuerpo físico una condición vegetal.

El cuerpo etéreo despierto se halla interiormente iluminado por el cuerpo astral. Cuando el hombre se duerme, desaparecen, para la observación sensoria, los efectos del cuerpo astral, si bien él, para la observación suprasensible, continúa subsistiendo, aunque separado o desprendido del cuerpo etéreo, y es que la percepción sensible nada tiene que ver con el cuerpo astral propiamente dicho, sólo con sus efectos manifiestos, no presentes de modo inmediato durante el sueño. En el mismo sentido en que el hombre tiene su cuerpo físico en común con los minerales, y su cuerpo vital en común con las plantas, su cuerpo astral es consustancial con el de los animales.

Las plantas permanecen en estado de sueño continuo. Quien no discierna esto con exactitud, podrá fácilmente cometer el error de atribuir también a las plantas una especie de conciencia como la tienen los animales y el hombre estando despiertos. Semejante error se debe a una idea inexacta de lo que es la conciencia, en cuyo caso se aduce, por ejemplo, que la planta, en respuesta a un estímulo externo, ejecuta ciertos movimientos a semejanza del animal, y así se habla de la sensibilidad de ciertas plantas que, por ejemplo, cierran sus hojas cuando objetos exteriores ejercen sobre ellas una influencia. Sin embargo, no es característico de la conciencia el que un ser responda a una acción con cierta reacción, sino el que en su interior experimente algo que venga a añadirse, como elemento nuevo, a la mera reac-

ción. De lo contrario, podríamos atribuir conciencia también al trozo de hierro que se dilata bajo la influencia del calor. Sólo hay conciencia cuando el ser en cuestión experimenta, por ejemplo, un dolor interior bajo la acción del calor.

El cuarto miembro constitutivo, desde luego suprasensible, que caracteriza al hombre, ya no lo tiene en común con el mundo manifiesto que le rodea; es lo que le singulariza entre los demás seres; aquello que le sitúa en la cúspide de la creación que, le pertenece en primer lugar. Para formarnos una idea de este miembro de la entidad humana recordemos que existen también notables diferencias en las experiencias de vigilia, diferencias que inmediatamente resaltan si nos detenemos en que, en estado de vigilia, por una parte, nos encontramos entre experiencias que necesariamente van y vienen y, por otra, entre experiencias que carecen de esa necesidad. Este hecho se destaca con particular claridad, si comparamos el mundo empírico del hombre con el del animal: este último experimenta con gran regularidad las influencias del mundo exterior: bajo la influencia del frío y del calor adquiere conciencia del dolor y del placer, y bajo ciertos procesos que transcurren regularmente en su cuerpo adquiere conciencia del hambre y la sed. En cambio, la vida del hombre no se agota con experiencias de esta especie: puede desarrollar apetitos y deseos que trascienden todo esto. En el caso del animal, se podría demostrar siempre, si se investiga con suficiente hondura, dónde, dentro o fuera del cuerpo, se encuentra la motivación de un acto o de una sensación. No así en el hombre, que puede producir deseos y apetitos para cuya generación no es suficiente el motivo ni dentro ni fuera del cuerpo: hemos de atribuir un origen particular a todo lo que cae dentro de ese área. La ciencia de lo suprasensible lo sitúa en el "yo" del hombre, en verdad, el cuarto miembro de la entidad humana.

Si el cuerpo astral quedase abandonado a sí mismo, seguirían produciéndose en él sensaciones de placer y dolor, hambre y sed, pero no la sensación de que en todo ello hay un elemento de continuidad. Insistimos en que no es ese elemento permanente lo que aquí llamamos "yo", sino que éste es lo que registra la presencia de aquel elemento. Al percatarse de que existe algo que continúa siendo a través del vaivén de las vivencias interiores, empieza a alborear el "sentimiento del yo", sentimiento que no se genera a consecuencia de la sensación del hambre, por ejemplo, pues ésta no se presenta hasta que vuelvan a hacerse sentir los motivos de la misma, en cuyo caso el ser hambriento se lanza sobre su sustento precisamente en función de estos motivos renovados. Para que nazca el sentimiento del yo es necesario no solamente que haya semejante nueva motivación que impela a buscar el sustento, sino, además, que una saciedad anterior haya dado origen a un placer y la conciencia de este placer subsista, de modo que no es sólo la experiencia actual del hambre lo que incita a tomar el sustento, sino también la experiencia pasada del placer.

Así como el cuerpo físico se desintegra si no lo mantiene unido el cuerpo etéreo, y así como éste, se sumerge en la inconsciencia si no lo ilumina el astral, asimismo este último dejaría que lo pasado se hundiera continuamente en el olvido, si el "yo" no lo rescatase para el presente. Lo que la muerte es para el cuerpo físico, y el sueño para el etéreo, lo es el olvido para el cuerpo astral. En otras palabras: la vida es propia del cuerpo etéreo, la conciencia lo es del cuerpo astral, y el recuerdo es privativo del yo.

Aún más fácilmente que el error de atribuir conciencia a la planta, se puede cometer el de atribuir recordación a los animales: es tan natural considerar como recordación el recon-

ocimiento de parte del perro con respecto a su dueño al que quizá no ha visto por mucho tiempo. Sin embargo, en realidad este reconocimiento no se basa en la recordación, sino en algo completamente distinto: el perro siente cierta atracción hacia su dueño, atracción que parte de su personalidad. Esta personalidad le causa placer al perro cuando el dueño está en su presencia, y cada nueva presencia da origen a una renovación del placer. La recordación, en cambio, implica, además de emoción por las experiencias presentes, conservación de las del pasado. Aún admitiendo esto, se podría, no obstante, caer en el error de creer que el perro es capaz de recordar, y alegar que, en efecto, se entristece cuando lo abandona su dueño, lo que es indicio de recuerdo. También este juicio es inexacto: por convivir con su dueño, su presencia se convierte en necesidad para el perro, que siente la ausencia de manera similar a como siente el hambre. Sin hacer semejantes distinciones, no se esclarecen las verdaderas relaciones de la vida.

No faltará quien objete contra lo expuesto que, al fin y al cabo, nadie puede saber si en el animal existe o no algo análogo al recuerdo humano. Sin embargo, el que observe adecuadamente cómo se comporta el animal en el conjunto de sus experiencias, notará la diferencia entre ese comportamiento y el del hombre, y se dará cuenta de que el comportamiento del animal es precisamente resultado de su carencia de capacidad recordativa. Este hecho, completamente obvio para la investigación suprasensible que lo percibe de modo directo, puede también reconocerlo por sus efectos la percepción sensoria penetrada de actividad pensante. Es un error fatal creer que el hombre se percata de su memoria por medio de la observación anímica interior que, claro está, él no puede aplicar al animal: lo que el hombre puede llegar a saber acerca de su capacidad recordativa, en modo alguno puede deducirlo de la introspección, sino

solamente de lo que experimenta consigo mismo en su conducta ante las cosas y hechos del mundo exterior. El hombre adquiere estas experiencias de idéntica manera, ya sea en relación consigo mismo, con otra persona, o también con los animales. Creer que la existencia de la memoria se aprecia tan sólo por medio de la observación interna es dejarse ofuscar por la mera apariencia. Lo que como potencia subyace en la recordación, no hay inconveniente en considerarlo facultad interior; pero el juicio acerca de esta potencia se adquiere, también en lo referente a la propia persona, dirigiendo la atención hacia los manifiestos nexos de la vida en el mundo exterior, y estos nexos son accesibles a nuestro juicio, tanto los nuestros como los del animal. A este respecto, la psicología corriente adolece de conceptos deficientes, inexactos y engañosos, debido a errores de observación (1).

Para el "yo", el recuerdo y el olvido corresponden a algo muy parecido a lo que la vigilia y el sueño significan para el cuerpo astral. Así como el sueño hace desaparecer en la nada las preocupaciones y cuitas del día, así también el olvido extiende un velo por encima de las experiencias ingratas de la vida, extinguiendo de este modo una parte del pasado. Y así como el sueño es necesario para regenerar las fuerzas vitales agotadas, así también el hombre ha de borrar de la memoria ciertas partes de su pasado, para estar en condiciones de afrontar nuevas experiencias, libre y no prevenido: precisamente gracias al olvido, el hombre recibe vigor para la percepción de lo nuevo. Consideremos, por ejemplo, el proceso de aprender a escribir: todos los detalles por los que ha de pasar el niño durante el aprendizaje se olvidan; lo que queda es la capacidad de escribir. ¿Cómo sería la escritura del adulto si, cada vez que toma la pluma, surgiese en su alma, como recuerdo, todo lo que tuvo que experimentar para aprender a escribir?

Ahora bien, la recordación se manifiesta en diversos grados: su forma más simple consiste en que, después de haber percibido un objeto y haberse apartado de él, el hombre es capaz de resucitar la representación del objeto en cuestión. El hombre formó esta representación al percibir el objeto, es decir, tuvo lugar un proceso entre su cuerpo astral y su yo. El cuerpo astral llevó a la conciencia la impresión exterior del objeto, pero su conocimiento duraría tan sólo mientras el objeto se hallara presente, si el yo no fuese capaz de asimilar ese conocimiento, de hacerlo suyo. Aquí es donde la ciencia espiritual distingue entre lo corporal y lo anímico: nos referimos al cuerpo astral en tanto que atendemos la adquisición del conocimiento de un objeto presente; en cambio, aquello que otorga duración al conocimiento lo llamamos alma. De lo dicho se deduce, a la vez, cuán íntimamente unidos se encuentran en el hombre el cuerpo astral y la parte del alma que otorga duración al conocimiento. Pudiéramos decir que los dos integran un solo miembro de la entidad humana, por lo que podemos aplicar el término "cuerpo astral" también a esta fusión. Precisamente por ser portador corpóreo de las funciones anímicas, se justifica que llamemos cuerpo astral o cuerpo anímico a este cuerpo, y al alma, en tanto que unida a éste, alma sensible.

El yo se eleva al siguiente grado superior de su esencia si dirige su actividad sobre lo que ha logrado extraer, cual posesión permanente, de su conocimiento de los objetos. Mediante esta actividad, el yo se retira cada vez más de los objetos de percepción para trabajar en su propio patrimonio. Llamemos alma racional a la parte anímica en que esto tiene lugar. El trabajo, tanto el del alma sensible como del alma racional, se vincula con el contenido de las impresiones sensorias procedentes de los objetos y conservadas en la memoria. En este trabajo, el alma se halla enteramente entregada a algo que le es exterior, puesto

que, al fin y al cabo, también ha recibido del exterior aquello que ella convierte en posesión suya mediante la memoria.

Pero el alma puede todavía ir más allá; ella no es solamente alma sensible y alma racional. Para ilustrar esta trascendencia llamemos la atención sobre un hecho sencillo pero de gran alcance: en todo el vasto dominio del lenguaje existe un solo nombre que se distingue esencialmente de todos los demás: el término "yo". Cualquier otro nombre puede aplicarlo cualquiera al objeto respectivo; en cambio, el "yo", como designación para un ser, tiene sentido solamente si este ser se lo aplica a sí mismo. El término "yo" nunca podrá llegar desde fuera al oído de un ser humano como su designación; sólo el individuo en cuestión puede emplearlo para designarse. "Soy un yo sólo para mí; para cualquier otra persona soy un tú, y todas las otras personas son para mí un tú." Este hecho es la expresión externa de una verdad profunda: la verdadera esencia del "yo" es independiente de todo lo exterior; por esta razón, ningún ser exterior puede llamarlo por éste, su nombre. De ahí que en los sistemas religiosos que, con plena conciencia, han conservado su conexión con la sabiduría suprasensible, se considere la voz "yo" como el "nombre inefable de Dios", expresión que alude acertadamente a la situación que acabamos de indicar: se trata de la parte del alma humana a la que nada exterior tiene acceso. He aquí el "santuario secreto" del alma, y sólo podrá penetrar en él un ser que sea esencialmente idéntico a ella: "El Dios que mora en el hombre, empieza a hablar cuando el alma se reconoce como yo". En tanto que el alma sensible y el alma racional conviven con el mundo exterior, un tercer miembro del alma se sumerge en lo divino cuando ella alcanza la percepción de su esencia propia.

Lo que antecede no implica que consideremos a Dios y al yo como idénticos: no afirmamos en modo alguno que el yo sea Dios, sino solamente que es de Su misma naturaleza y esencia. ¿Acaso se pretende que la gota de agua sacada del océano sea el océano al afirmar que es de su misma esencia o sustancia?. A título de comparación, podemos decir que el "yo" se encuentra respecto a lo divino en la misma relación que la gota respecto al océano: el hombre tiene la posibilidad de encontrar en sí mismo un elemento divino porque su ser primordial proviene de Él.

Gracias a dicho tercer miembro anímico, el hombre adquiere, pues, un saber interior de sí mismo, del mismo modo que mediante el cuerpo astral lo adquiere del mundo exterior: de ahí que se justifique dar a este tercer miembro el nombre de alma consciente. Lo anímico, pues, aparece constituido por tres miembros, a saber: el alma sensible, el alma racional y el alma consciente, lo mismo que lo corporal consta de tres miembros, o sea, el cuerpo físico, el etéreo y el astral.

Errores psicológicos de observación, semejantes a los ya mencionados con respecto a la apreciación de la facultad recordativa, dificultan también la debida comprensión de la esencia del "yo". Ciertos hechos que uno cree haber comprendido se insinúan como refutación de nuestras afirmaciones, cuando en realidad las confirman. Este es el caso, por ejemplo, de las observaciones que, acerca del "yo", hace Eduard von Hartmann en su "Manual de Psicología": "La conciencia de uno mismo es más antigua que la palabra yo; los pronombres personales son producto tardío de la evolución del lenguaje, y tienen para éste sólo valor de abreviación. La palabra yo es un corto sustituto para el nombre propio del que habla, pero un sustituto que todo el que habla aplica a sí mismo, cualquiera que sea el nombre propio con que los demás le designen. La conciencia

de uno mismo puede alcanzar un alto nivel en los animales, y también en los sordomudos sin instrucción, aún sin vincularse a un nombre propio; la conciencia del nombre propio puede suplir completamente la falta de uso del yo. Así considerado, queda eliminado el nimbo mágico del que, para muchas personas, está rodeada la palabra yo; ésta no puede añadir lo más mínimo al concepto de la conciencia de sí mismo; antes al contrario, recibe sólo de esta última todo su contenido." Podemos estar totalmente de acuerdo con este punto de vista, y también con que sólo enturbia el ponderado criterio sobre este punto. Pero la forma en que paulatinamente se ha originado la designación verbal para una cosa, no determina su esencia. Lo decisivo es, precisamente, que en la conciencia de uno mismo la verdadera esencia del yo es "más antigua que la palabra yo", y que el hombre se siente obligado a usar esta palabra, con las propiedades que le pertenecen únicamente a ella, para las experiencias que, en sus relaciones con el mundo exterior, él tiene de un modo distinto a como puede tenerlas el animal. Así como no se puede aclarar la esencia del triángulo investigando el origen de esta palabra, tampoco será determinante para la esencia del yo lo que pueda saberse acerca de cómo, en la evolución del lenguaje, el uso de la palabra yo se ha desarrollado a partir de otros fonemas anteriores.

La verdadera naturaleza del "yo" se revela tan sólo al nivel del alma consciente: por la sensación y el entendimiento, el alma se entrega a otros objetos; como alma consciente penetra en su propia esencia. De ahí que el alma consciente no puede percibir el "yo" sino mediante cierta actividad interna. Las imágenes mentales de los objetos exteriores se forman según el vaivén de estos objetos, y continúan obrando en la mente por propio impulso; mas para que el "yo" se perciba a sí mismo no basta con que se entregue, sino que ha de empezar por extraer activa-

mente su esencia de sus propias profundidades, y así adquirir conciencia de ella.

Con la percepción del "yo", esto es, con la reflexión sobre uno mismo, el yo entra en actividad interior, y en virtud de ella, la percepción del yo dentro del alma consciente tiene para el hombre mucho mayor significado que la observación de todo lo que le llega a través de sus tres miembros corpóreos y de las almas sensible y racional. La potencia por cuyo medio el yo se revela en el alma consciente es, desde luego, la misma que se manifiesta en el resto del Universo; sólo que en el cuerpo y en los dos miembros inferiores del alma no se destaca de un modo directo, sino por sus efectos en gradación ascendente. La inferior de estas manifestaciones es la que tiene lugar a través del cuerpo físico; de ahí se asciende gradualmente hasta lo que constituye el contenido del alma racional. Pudiéramos decir que, en cada escalón que se asciende, cae uno de los velos que cubren lo escondido; finalmente, en lo que satura el alma consciente lo escondido entra sin velo en lo más recóndito del santuario anímico, y aunque allí se revele sólo como una gota del omnipenetrante océano de espiritualidad, es precisamente allí donde el hombre deberá asirla: reconocerla primero en su propio interior y luego descubrirla en todas las manifestaciones exteriores.

Eso que como gota penetra en el alma consciente, es lo que hemos de llamar espíritu, por lo que procede considerar que el alma consciente está unida al espíritu, que constituye lo oculto en todo lo manifiesto. Ahora bien, si el hombre desea captar el espíritu en lo manifiesto, tendrá que hacerlo en la misma forma en que capta el yo en el alma consciente, es decir, aplicar al mundo manifiesto la actividad que le ha conducido a la percepción de este yo, con lo cual su entidad se desarrolla hacia es-

calones más elevados y añade algo a sus miembros corporales y anímicos. La etapa siguiente consiste en que él conquista, por sí mismo, lo escondido en los miembros inferiores del alma, y esto se logra gracias a la acción del yo sobre ella. Podemos obtener una imagen gráfica de la índole de este trabajo si comparamos a un individuo dado completamente a los apetitos inferiores y al placer sensual con un noble idealista: el segundo surge del primero si éste renuncia a ciertos deseos inferiores y se orienta hacia aspiraciones más elevadas, con lo cual, partiendo del yo, habrá obrado el hombre sobre su alma, la habrá ennoblecido y espiritualizado; el yo se habrá constituido en soberano dentro de la vida del alma. Esta soberanía puede llegar hasta tal perfección, que ningún deseo, ningún placer, penetre en el alma sin que el yo sea la autoridad que le permita el acceso. De esta manera, el alma en su triple aspecto se convierte en una manifestación del yo en lugar de serlo únicamente el alma consciente. En el fondo, toda vida cultural, toda aspiración espiritual, significa un esfuerzo para realizar esa soberanía del yo. Todo hombre en la época actual se halla empeñado en este esfuerzo, quiéralo o no, tenga o no conciencia de este hecho.

A través de este proceso el hombre se va elevando a niveles superiores, y en ellos se van desarrollando ciertos miembros constitutivos anteriormente escondidos tras lo manifiesto. Pero esta acción del yo no ha de limitarse a establecer la soberanía del hombre tan sólo en el alma para que ella haga surgir lo escondido de lo manifiesto, sino que puede también ampliarse, extenderse al cuerpo astral, con lo cual el yo se posesiona de él y se une a su esencia escondida. Al cuerpo astral conquistado y transformado por el yo démosle el nombre de yo espiritual, (es el mismo miembro que la sabiduría oriental designa con el nombre de "Manas"). El Yo espiritual es un miembro superior de la entidad humana que, por decirlo así, late en ella como

germen y va actualizándose en la medida en que ella actúa sobre sí misma.

Así como el hombre conquista su cuerpo astral si penetra hasta las energías tras él escondidas, asimismo puede hacer extensivo este proceso al cuerpo etéreo en el curso de la evolución (2). Pero la acción sobre este cuerpo vital ha de ser más intensa que la que aplica al cuerpo astral, puesto que dos son los velos que ocultan su parte escondida, mientras que uno sólo cubre la del cuerpo astral. Para formarnos un concepto de la diferencia en el trabajo sobre ambos cuerpos, conviene que llamemos la atención sobre ciertas modificaciones que pueden producirse durante el desarrollo del hombre. Detengámonos primero en cómo empiezan a manifestarse ciertas cualidades anímicas cuando el yo encauza sus energías para transformar el alma; cómo pueden metamorfosearse el placer y los apetitos, la alegría y el dolor. Para ello, basta que recordemos nuestra niñez. ¿Qué fue lo que nos producía alegría? ¿Qué lo que nos causaba pena? ¿Qué conocimientos nuevos hemos logrado tras los adquiridos en la niñez?. Todo esto no es sino expresión de cómo el yo ha ido dominando el cuerpo astral, vehículo de placer y desplacer, de alegría y dolor. En cambio, consideremos cuán poco se transforman, en el curso del tiempo, ciertos otros perfiles constitutivos del hombre, por ejemplo, el temperamento, los rasgos más profundos del carácter, etc. El hombre que de niño fue colérico conservará a menudo, en su desarrollo hacia la edad madura, ciertos aspectos de su carácter violento. Esto es tan patente, que ciertos filósofos le niegan al hombre toda posibilidad de que transforme su carácter fundamental; afirman que el carácter permanece inmutable durante la vida, y que lo único variable es su manifestación. Sin embargo, semejante juicio se basa en un defecto de observación: en realidad también el carácter y el temperamento pueden modificarse bajo la influencia del yo, si bien

esta modificación, comparada con la que tiene lugar en el alma y en el cuerpo astral, se distingue por su lentitud. La relación entre las dos modalidades de modificación puede compararse a las distintas velocidades entre la manecilla de las horas y el minutero del reloj. Las energías que operan esta modificación del carácter y del temperamento arrancan de la región escondida del cuerpo etéreo; son análogas a las que prevalecen en el reino de la vida, es decir, a las energías al servicio del crecimiento, de la nutrición y de la reproducción. (Todo esto se irá aclarando en los capítulos que siguen). Así, pues, el yo no se halla activo en el cuerpo astral cuando el hombre se abandona simplemente al placer y a la aflicción, a la alegría y al dolor; interviene tan sólo cuando se trata de modificar las peculiaridades de estas disposiciones anímicas. Similarmente, la acción del yo se hace extensiva al cuerpo etéreo, cuando ejerce su influencia en la transformación de los rasgos caracterológicos, del temperamento, etc., en cuya transformación, en analogía a lo que hemos dicho sobre la acción del yo en relación con el alma, se encuentra empeñado todo hombre, tenga o no conciencia de ello.

Los impulsos más poderosos en la vida corriente para propiciar esta transformación, son los religiosos. Si el yo se deja influir, una y otra vez, por el estímulo que emana de la religión, se genera en él un potencial cuyos efectos se proyectan en el cuerpo vital y lo transforman, del mismo modo que estímulos menores contribuyen a la transformación del cuerpo astral. Estos últimos estímulos, que derivan del estudio, la reflexión, el refinamiento de la vida afectiva, etc., siguen el vaivén de las múltiples peripecias de la existencia, mientras que la emoción religiosa imprime un sello unitario al pensar, sentir y querer; difunde, por decirlo así, una luz común y uniforme sobre el conjunto de la vida anímica. El hombre, por los motivos más diversos, cambia de un día a otro en su pensar y sentir; en tanto que

sus sentimientos religiosos, cualesquiera que éstos sean, introducen una saludable continuidad en su manera de ser, pues le permiten vislumbrar la existencia de algo que persiste a través de todo cambio, y así referir a este temple básico lo que piensa y siente hoy arrancado del ayer, lo mismo que sus vivencias anímicas de mañana. De ahí que las creencias religiosas ejercen una acción radical en la vida psíquica; sus influencias aumentan con el tiempo, puesto que obran en constante repetición, y así adquieren el poder de influir sobre el cuerpo vital.

Similar es la influencia que ejerce sobre el género humano el arte verdadero: cuando el hombre, a través de la forma exterior, del color o del sonido de una obra de arte, penetra su substrato espiritual con viveza mental y emotiva, los estímulos que entonces recibe el yo alcanzan en verdad también al cuerpo vital. Si se profundiza este pensamiento hasta sus consecuencias finales, se puede apreciar la importancia capital del arte para todo desarrollo humano.

Con lo que antecede hemos señalado sólo algunos de los móviles que impelen al yo a obrar sobre el cuerpo etéreo, pues existen en la vida humana muchas influencias similares, aunque no tan fáciles de descubrir. Por lo que hemos indicado, ya se echa de ver, sin embargo, que en el hombre yace escondido otro miembro de su entidad, que el yo va perfilando progresivamente. Podemos considerarlo como segundo elemento del espíritu y designarlo con el nombre de espíritu de vida, (es el mismo elemento que la sabiduría oriental llama "Buddhi"), pues en él obran las mismas energías que en el cuerpo etéreo o vital. La diferencia consiste en que, cuando esas energías se manifiestan como cuerpo etéreo, no hay intervención del yo, en tanto que, cuando se manifiestan como espíritu de vida, sí se hallan impregnadas de su actividad.

El desarrollo intelectual del hombre, la purificación y ennoblecimiento de sus sentimientos y de sus expresiones volitivas, constituyen el índice de la transformación de su cuerpo astral en yo espiritual, en tanto que las vivencias religiosas, así como ciertas otras experiencias, se imprimen en su cuerpo vital y lo transforman en espíritu de vida. En el curso usual del vivir humano, esta sublimación se produce más o menos inconscientemente; cuando ella es consciente, recibe el nombre de iniciación, en cuyo caso la inteligencia suprasensible le indica al hombre los medios que le permiten modelar, en plena conciencia, el yo espiritual y el espíritu de vida. Estudiaremos estos medios en otra parte del presente libro; por el momento nos basta mostrar que en el hombre, además del alma y del cuerpo, también está activo el espíritu; veremos asimismo más adelante cómo este espíritu constituye el elemento eterno del hombre, en contraposición al cuerpo, su elemento transitorio.

Mas la actividad del yo no se agota con su acción sobre el cuerpo astral y el cuerpo vital, sino que se extiende también al cuerpo físico. Un leve indicio de esta influencia del yo sobre el cuerpo físico puede observarse, por ejemplo, cuando, a consecuencia de ciertas experiencias, el hombre palidece o se ruboriza. En tales casos, el Yo es efectivamente el causante de procesos en el cuerpo físico. Cuando, gracias a la actividad del yo en el hombre, se producen cambios en cuanto a su influencia sobre su cuerpo físico, es que el yo está efectivamente unido con las fuerzas ocultas de dicho cuerpo, las mismas que generan sus procesos físicos. Esto se expresa diciendo que, a través de su actividad, de ninguna manera de índole burda y material, el yo actúa sobre el cuerpo físico. Lo que en el cuerpo físico aparece como lo meramente material es tan solo lo manifiesto. Detrás de lo manifiesto se hallan las fuerzas ocultas de la naturaleza del cuerpo físico; y éstas son fuerzas de índole espiritual. El yo no

ejerce su influencia sobre el elemento material que aparece como "cuerpo físico", sino sobre esas potencialidades invisibles que provocan su generación, así como su posterior desintegración. En la vida ordinaria esta actividad del yo sobre el cuerpo físico apenas si llega a la conciencia; no se torna consciente hasta que el hombre, ya conocedor de las realidades superiores, se responsabilice él mismo de este proceso. Entonces se pone en evidencia que existe en el hombre un tercer miembro espiritual que podemos llamar hombre espíritu, (en la sabiduría oriental se le da el nombre de "Atma"), en contraposición al hombre físico.

En lo tocante a este hombre espíritu puede desorientar al lector el hecho de que suele considerarse al cuerpo físico como el miembro inferior del hombre. ¿Cómo concebir que sea este miembro inferior el que, por la acción del yo, dé origen al miembro más elevado?. Precisamente porque el cuerpo físico cubre con tres velos el espíritu que en él palpita, se requiere del máximo de los esfuerzos humanos para que el yo se unifique con este espíritu velado.

Hemos visto, pues, que el hombre es una entidad constituida por diversos miembros. Son de naturaleza corporal el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral; de naturaleza anímica, el alma sensible, el alma racional y el alma consciente, en cuya tríada el yo difunde su luz; y son de índole espiritual el yo espiritual, el espíritu de vida y el hombre espíritu.

Recuérdese que ya hemos insistido anteriormente en que el alma sensible y el cuerpo astral se encuentran estrechamente unidos, y que, hasta cierto punto, forman un todo. De un modo similar forman también un todo el alma consciente y el yo espiritual, puesto que el espíritu resplandece en el alma consci-

ente y, desde allí, irradia su luz por los demás miembros de la naturaleza humana. Teniendo esto en cuenta, los miembros constitutivos pueden agruparse también en la forma siguiente: englobar en un solo miembro el cuerpo astral y el alma sensible; asimismo, el alma consciente y el yo espiritual. Considerando, además, que al alma racional participa de la naturaleza del yo y, hasta cierto punto, ya se identifica con él, si bien al nivel en que éste no tiene todavía conciencia de su índole espiritual, podemos llamarla simplemente "yo". Con lo cual llegamos a la constitución septenaria del hombre, a saber: cuerpo físico, cuerpo etéreo o vital, cuerpo astral, el yo, yo espiritual, espíritu de vida y hombre espíritu.

Aún para quien esté acostumbrado al enfoque materialista, esta división septenaria no tendrá el carácter "vago y hermético" que a menudo se le atribuye, si se atiene exactamente al sentido de lo expuesto, sin que él mismo introduzca ese elemento hermético en dicha división. Nos referimos a estos "siete" aspectos de la entidad humana desde una atalaya más elevada, del mismo modo que se mencionan los siete colores de la luz o las siete notas de la escala, (considerando la octava como una repetición del tono fundamental). Así como la luz se manifiesta en siete colores, y el sonido en siete gradaciones, así también la naturaleza humana unificada se manifiesta en los siete miembros mencionados. Y del mismo modo que la división septenaria del sonido y del color no implica superstición, así tampoco ella existe en lo referente a la estructura del hombre.

A quien arguyera que la división septenaria es inexacta en el caso de los colores, puesto que más allá del rojo y del violeta existen todavía otros, sólo que el ojo no los percibe, podría aclarársele que aun así continúa siendo exacta la comparación de la entidad humana con la escala de colores, ya que también

ella se proyecta, por una parte, más allá del cuerpo físico y, por la otra, más allá del hombre espíritu, si bien en proyecciones "espiritualmente invisibles", como lo son para el ojo físico los colores más allá del rojo y del violeta. Procede hacer aquí esta advertencia porque hay quienes creen que la investigación suprasensible es menos escrupulosa que las ciencias naturales y que, al respecto, es superficial. En realidad, lo aquí expuesto, debidamente interpretado, nunca se halla en contradicción con la verdadera ciencia natural, lo mismo cuando aducimos a los hechos científicos como ilustración, que cuando con nuestras explicaciones destacamos una relación directa con dicha ciencia.

NOTAS AL SEGUNDO CAPÍTULO

(1) Explicaciones como las que se encuentran en este libro acerca de la facultad recordativa, pueden muy fácilmente dar lugar a interpretaciones erróneas. En efecto, al que observe solamente los procesos exteriores no le saltará a la vista, sin más, la diferencia entre lo que ocurre en el animal, y en la planta, cuando se produce algo parecido a la memoria, y lo que aquí hemos descrito como recordación real en el hombre. No negamos que cuando un animal ejecuta una acción por tercera o cuarta vez, el proceso exterior puede parecer como si existiera la facultad recordativa y lo que se aprende gracias a ésta. Siguiendo el ejemplo de ciertos naturalistas, se puede extender el concepto del recuerdo o de la memoria hasta el punto de afirmar que cuando el polluelo, al salir del huevo, pica los granos y hace con la cabeza y el cuerpo los movimientos apropiados, no habiendo podido aprender esto dentro del huevo, lo ha aprendido gracias a los miles de seres de los que procede (como lo afirma Hering, por ejemplo). Este fenómeno presenta cierta semejanza con la memoria, pero nunca se llegará a una verdadera comprensión de la entidad humana si no se tiene en cuenta el carácter singular de lo que en el hombre tiene lugar como proceso

de auténtica percepción a posteriori, de experiencias anteriores, y no como una simple reacción del pasado sobre el presente. En este libro llamamos recordación a esta percepción del pasado, y no a la mera reaparición —aunque esté modificada— de lo anterior en lo posterior. Si se quisiera emplear la palabra recordación para designar los procesos correspondientes en los reinos vegetal y animal, habría que encontrar otro término distinto para el hombre. No es el término lo que importa; lo que importa es que, para la comprensión de la entidad humana, se reconozca la diferencia en cuestión.

Asimismo, ciertas manifestaciones de una inteligencia aparentemente muy grande en los animales nada tienen que ver con lo que aquí llamamos memoria.

* * *

(2) No es posible trazar límites fijos entre los cambios que, gracias a la actividad del yo, se producen en el cuerpo astral y los que operan en el cuerpo vital, puesto que ambos se compenetran. Cuando el hombre aprende algo y adquiere así cierta facultad de juicio, se habrá producido un cambio en el cuerpo astral; en cambio, si este juicio modifica su constitución anímica en forma tal que el hombre se acostumbra a sentir, frente a un asunto cualquiera, diferentemente de como hubiera sentido antes de instruirse, se habrá producido un cambio en el cuerpo vital. Todo lo que deviene propiedad del hombre pudiendo éste recordarlo una y otra vez es modificación del cuerpo etéreo. El hecho de que progresivamente se vaya formando un acervo permanente de la memoria, se basa en que el trabajo llevado a cabo en el cuerpo astral se ha transmitido al cuerpo etéreo.

III.

EL SUEÑO Y LA MUERTE

No se puede penetrar la naturaleza de la conciencia de vigilia sin observar el estado por el que el hombre pasa durante el sueño; e imposible es abordar el enigma de la vida sin estudiar la muerte. Para el que no siente el alcance del conocimiento suprasensible pueden surgir reparos contra dicho conocimiento ya empezando por el modo en cómo éste persigue sus observaciones sobre el sueño y la muerte. Podemos apreciar los móviles que originan semejantes reparos; en efecto, es muy comprensible que se diga que el hombre fue creado para la vida activa y eficaz y que el cumplimiento de su misión depende de su consagración a dicha vida; que la exploración de estados como el sueño y la muerte sólo puede nacer de la propensión al ensueño ocioso y no conduce sino a fantasías vanas. Habrá quienes consideren como indicio de salud mental el rechazo de tales "fantasías", y como mórbida la inclinación a "ensueños ociosos" de esta especie, propia solamente de personas carentes de vitalidad y optimismo e incapaces de "verdadera productividad". Sería injusto tachar de desacertada esta opinión, sin más ni más, puesto que contiene cierto grado de verdad o, mejor dicho, un cuarto de verdad que debe complementarse con los otros tres cuartos. Y si se combate ese cuarto de verdad, lo único

que se logra es suscitar la desconfianza de los que ven muy bien este cuarto pero no sospechan la existencia de los otros tres. En efecto, admitimos sin reserva que el estudio de lo que el sueño y la muerte encubren es mórbido si conduce a la debilitación, al alejamiento de la verdadera vida; aceptamos asimismo que mucho de lo que desde siempre se ha llamado ciencia oculta, y que actualmente se practica bajo este nombre, lleva el sello de lo malsano y hostil a la vida. Pero ese elemento malsano en modo alguno procede del verdadero conocimiento suprasensible. La verdad es más bien lo siguiente: así como el hombre no puede estar siempre despierto, tampoco es capaz de corresponder cabalmente a las auténticas necesidades de la vida si prescinde de lo que puede ofrecerle lo suprasensible. La vida no se interrumpe durante el sueño y las fuerzas que trabajan y operan durante la vigilia extraen su energía y frescor de lo que les da el sueño. Lo propio acontece con lo que el hombre puede observar en el mundo manifiesto; la realidad es más extensa de lo que aparenta su manifestación. Y los conocimientos que el hombre puede adquirir explorando lo visible, deben completarse y fecundarse con lo que le es posible saber acerca de las realidades invisibles. El individuo que no buscase, una y otra vez, en el sueño la recuperación de sus menguadas energías, acabaría por destruir su vida; asimismo, el enfoque del mundo que no recibiera fecundación por el conocimiento de lo que queda fuera del alcance de la percepción directa conduciría fatalmente al agotamiento. Algo parecido hemos de decir con respecto a la "muerte": los seres vivos sucumben a ella para que pueda nacer nueva vida; y precisamente el conocimiento de lo suprasensible nos permite apreciar a plena luz la hermosa sentencia de Goethe: "La naturaleza ha inventado la muerte para tener mayor plenitud de vida."

Sin la muerte no puede haber vida en el sentido usual de la palabra; asimismo, tampoco se puede llegar a un conocimiento verdadero del mundo si en él no se da cabida a lo suprasensible. Todo conocimiento de lo visible, a fin de desarrollarse, tiene que sumergirse, una y otra vez, en lo invisible. Evidentemente, pues, la ciencia de lo suprasensible es la que vivifica el conocimiento empírico; nunca debilita la vida si se realiza en su verdadera forma, por el contrario, la fortifica, reanima y restablece cada vez que, abandonada a sí misma, ha devenido débil y enfermiza. Cuando el hombre se duerme, cambia la ensambladura de sus miembros constitutivos. La parte que del durmiente reposa en el lecho, contiene el cuerpo físico y el vital, mas no el cuerpo astral y el yo. Las funciones vitales continúan durante el sueño gracias a que el cuerpo vital sigue unido al físico; en el momento en que éste quedase abandonado a sí mismo, se desintegraría. Lo que sí se extingue en el sueño son las representaciones mentales, el dolor y el placer, así como la facultad de exteriorizar una voluntad consciente, y otras realidades similares de la vida, de todo lo cual es portador el cuerpo astral. Para un criterio imparcial sería absurdo pensar que este cuerpo astral, con todos sus placeres y dolores, con todo su mundo de representaciones y voliciones, pudiera ser aniquilado durante el sueño: existe sencillamente en otro estado. Para que el yo y el cuerpo astral no sólo estén saturados de placer y dolor y los demás procesos mencionados, sino que, además, tengan una percepción consciente de los mismos, es necesario que el cuerpo astral se encuentre unido con el cuerpo físico y el vital. Lo está durante la vigilia, mas no durante el sueño cuando se ha retirado de ellos y ha adoptado una forma de existencia distinta de la que le corresponde durante su unión con dichos cuerpos. Por consiguiente, es tarea del conocimiento de lo suprasensible, contemplar esa otra forma de existencia

del cuerpo astral. Durante el sueño cesan la manifestaciones del cuerpo astral accesibles a la observación externa, en tanto que la percepción suprasensible puede seguirlo en su existencia hasta el momento en que, al despertar, vuelve a tomar posesión de los cuerpos físico y vital. En este caso, como en todos aquellos en que se trata del conocimiento de elementos y fenómenos ocultos, se requiere de la observación suprasensible para descubrir, en su forma propia, los hechos reales del estado del sueño; pero si se pasa a enunciar lo descubierto por dicha observación suprasensible, todo entendimiento libre de prejuicios puede comprenderlo sin más, puesto que los fenómenos del mundo oculto se revelan en sus efectos en el mundo manifiesto; y si se echa de ver que lo expuesto por la observación suprasensible permite comprender los fenómenos manifiestos, entonces esta confirmación por la vida misma constituye la prueba que puede exigirse para estas cosas. El que no quisiera hacer uso de los medios para la adquisición de la percepción suprasensible que expondremos más adelante, podría hacer el siguiente experimento: aceptar provisionalmente las aserciones del conocimiento suprasensible y aplicarlas a los hechos manifiestos de su experiencia. Descubriría que, de este modo, la vida se torna clara y comprensible; y su convicción será tanto mayor cuanto más examine con precisión y en detalle esta vida cotidiana.

Si bien es verdad que durante el sueño el cuerpo astral no percibe representación alguna, como tampoco placer ni dolor, no por eso permanece inactivo; por el contrario, durante el sueño se halla en plena actividad, modalidad que él debe penetrar una y otra vez en sucesión rítmica después de haber estado activo por algún tiempo en asociación con los cuerpos físico y etéreo. Así como el péndulo de un reloj, después de haber oscilado hacia la izquierda y vuelto de nuevo al centro, tiene que oscilar hacia la derecha debido a la energía acumulada en

su primera oscilación, así también el cuerpo astral y el yo que se encuentra en su seno, después de haber estado activos por un tiempo en los cuerpos físico y vital, deben, en virtud de los resultados de esta actividad, desenvolver su dinamismo subsiguiente, sin atadura corpórea, en un ambiente anímico-espiritual. En las condiciones ordinarias de la vida ese estado incorpóreo en que se encuentra el cuerpo astral y el yo, significa inconsciencia, precisamente porque ésta representa la oposición al estado de conciencia desplegado durante la vigilia en virtud de la asociación con los cuerpos físico y etéreo, del mismo modo que la oscilación del péndulo hacia la derecha constituye lo opuesto a la oscilación hacia la izquierda. La necesidad de penetrar en este estado de inconsciencia se anuncia en forma de fatiga, síntoma de que, durante el sueño, el cuerpo astral y el yo se preparan para volver a deshacer, durante la vigilia subsiguiente, en los cuerpos físico y etéreo, lo generado en ellos por una actividad formativa e inconsciente, durante la ausencia transitoria del elemento espiritual-anímico. Esta actividad formativa inconsciente por una parte, y por otra la que tiene lugar en el ser humano durante la vigilia, constituyen estados opuestos que deben alternarse en sucesión rítmica.

La forma y estructura específicamente humanas del cuerpo físico sólo pueden mantenerse por medio del cuerpo vital humano, siempre que éste, a su vez, reciba del cuerpo astral las energías correspondientes. El cuerpo etéreo es el artífice, el arquitecto del cuerpo físico, pero sólo puede cumplir cabalmente su cometido si recibe del cuerpo astral las sugerencias para modelar correctamente: en el cuerpo astral residen los prototipos conforme a los cuales el cuerpo vital modela el cuerpo físico. Ahora bien, el cuerpo astral no contiene estos prototipos para el cuerpo físico durante la vigilia o, si acaso, sólo los contiene hasta cierto grado, puesto que, durante ese período, el

alma coloca sus imágenes propias en lugar de estos prototipos. Al dirigir sus sentidos hacia el mundo que le rodea, el hombre se forma mediante la percepción imágenes mentales que son reproducciones del mundo circundante. Estas reproducciones perturban, por de pronto, las imágenes que dan al cuerpo vital el impulso para el mantenimiento del cuerpo físico, perturbación que dejaría de producirse únicamente si el hombre, por actividad propia, lograra suministrar a su cuerpo astral las imágenes que dieran el adecuado impulso a su cuerpo vital; sin embargo, esta perturbación desempeña un papel importante en la existencia humana, y se manifiesta en que, durante la vigilia, aquellos prototipos no obran con toda su fuerza. Durante la vigilia, el cuerpo astral despliega su actividad dentro del físico; durante el sueño, trabaja sobre él desde fuera (1).

El cuerpo físico, para procurarse las sustancias nutritivas necesita del mundo exterior, que le es consustancial; algo parecido acontece con el cuerpo astral. Imaginémonos un cuerpo físico humano separado del mundo que lo rodea: perecería, lo que muestra que su existencia no es posible sin su ambiente físico. En realidad, toda la Tierra tiene que ser precisamente como es, si es que en ella han de existir cuerpos físicos humanos. En rigor, todo el cuerpo humano no es sino una parte de la Tierra y, en un sentido más amplio, de todo el universo físico, del mismo modo que, por ejemplo, un dedo de la mano es parte del cuerpo humano entero; si lo separamos de él no puede continuar siendo dedo: se pudre. Lo mismo ocurriría con el cuerpo humano si lo separásemos del cuerpo del que es miembro, de las condiciones de vida que la Tierra le ofrece. Levantémoslo sobre la superficie de la Tierra a una altura suficiente y perecerá lo mismo que perece el dedo cortado de la mano. El que el hombre note este hecho más claramente en el caso de su cuerpo, se debe sencillamente a que el dedo no puede pasearse por el

cuerpo como el hombre puede pasearse por la Tierra, y que, en el primer caso, la dependencia salta más fácilmente a la vista.

Así como el cuerpo físico se halla integrado en el mundo físico al que pertenece, así también el cuerpo astral pertenece a su mundo propio, sólo que durante la vigilia se halla desterrado de ese mundo. A título de comparación, imaginémonos un recipiente lleno de agua: una de sus gotas no constituye algo separado del resto. Pero tomemos una esponjita y absorbamos una gota de la masa líquida: poco más o menos esto es lo que ocurre con el cuerpo astral al despertar. Durante el sueño se encuentra en un mundo idéntico a él; constituye una parte suya, en cierto modo; al despertar, los cuerpos físico y vital lo absorben, se llenan de él; le brindan los órganos por cuyo medio percibe el mundo exterior. Mas para adquirir esta percepción, tiene que separarse de su mundo propio, único del que puede recibir las imágenes que necesita para el cuerpo vital.

Del mismo modo que el cuerpo físico recibe del mundo que lo rodea las sustancias que lo nutren, así también al cuerpo astral le llegan durante el sueño las imágenes del mundo que lo rodea: vive en realidad fuera de los cuerpos físico y vital, en el Universo, lugar de origen de la entidad humana entera y fuente de las imágenes por las que el hombre recibe su forma y al que se halla armoniosamente incorporado. Durante la vigilia el cuerpo astral se separa de esta armonía universal para llegar a la percepción exterior, armonía a la cual regresa durante el sueño; cuando despierta introduce en sus cuerpos inferiores las fuerzas extraídas de esa armonía, suficientes para poder prescindir de su permanencia en ella durante un tiempo. Durante el sueño, su cuerpo astral vuelve a entrar en dicha armonía del universo, trayendo de esta armonía, al despertarse el hombre, tanta fuerza a los otros dos cuerpos, como para poder prescindir

por un nuevo tiempo de su estar en aquella armonía; durante el sueño, el cuerpo astral vuelve a su patria, y al despertar trae a la vida nuevas fuerzas. La posesión de estas fuerzas, al despertar, encuentra su expresión exterior en la sensación de encontrarse restaurado, la que por el profundo sueño se adquiere. Las ulteriores explicaciones de la ciencia oculta mostrarán que la patria del cuerpo astral abarca un mundo más amplio que aquel que en sentido inmediato como mundo físico circunda al cuerpo físico. Pues, mientras que el hombre como ser físico forma parte de la tierra, su cuerpo astral pertenece a mundos que, a parte de nuestra Tierra, comprenden otros cuerpos cósmicos. Por lo tanto durante el sueño entra en un mundo al que pertenecen otros mundos además de la tierra y que, como queda dicho sólo se verá en ulteriores explicaciones. Debería ser superfluo señalar un posible malentendido en relación con estos hechos; no obstante, no está fuera de sitio en nuestra época en que cunden ciertos criterios materialistas. Quienes sustentan estos criterios podrán alegar, desde luego, que sólo es científico investigar en cuanto a sus condiciones físicas, un fenómeno como el sueño, ya que, si bien es verdad que los sabios no están todavía de acuerdo entre sí acerca de la causa del sueño, no cabe duda de que han de suponerse ciertos procesos físicos como base de este fenómeno. ¡El conocimiento suprasensible no contradice en nada esta afirmación! Estamos de acuerdo con todo lo que se afirma desde aquel punto de vista, como admitimos que, para la construcción física de una casa, debe colocarse un ladrillo sobre otro, y que, una vez terminada, su forma y estructura pueden explicarse por leyes meramente mecánicas. Mas para que la casa se construya, es necesario la idea del arquitecto, y este pensamiento no lo encontramos si nos limitamos a investigar las leyes físicas.

Así como tras las leyes físicas que explican la construcción de la casa existe el pensamiento de su creador, también detrás de las acertadas afirmaciones de la ciencia física existe aquello a que se refiere la ciencia espiritual. Verdad es que esta comparación se emplea a menudo para justificar la existencia de un fondo espiritual del mundo, y puede parecer trivial; lo importante es saber atribuirle la validez que pueda tener para fundamentar una verdad. La simple circunstancia de que concepciones contrarias hayan adquirido un poder demasiado grande sobre el juicio puede impedir justipreciar esta validez como es debido.

El soñar constituye un estado intermedio entre velar y dormir, y las experiencias de los sueños ofrecen a la observación sensata el abigarrado caleidoscopio de un mundo de imágenes en el que, no obstante, puede descubrirse cierto orden y ley. Por de pronto, ese mundo parece presentar algo como un flujo y reflujo a menudo en una sucesión confusa. En sus sueños, el hombre no está sometido a las leyes de la conciencia despierta, que lo encadenan a la percepción de los sentidos y a las reglas de su raciocinio. No obstante, los sueños contienen leyes un tanto misteriosas, muy seductoras para la especulación, y que son la causa profunda de que se compare con los "sueños" el juego admirable de la fantasía que constituye el fondo del sentimiento artístico. Para confirmar lo dicho, basta con recordar algunos sueños típicos: por ejemplo, alguien sueña que ahuyenta a un perro que le ataca. Despierta y se da cuenta de que, inconscientemente, está apartando de sí un trozo de sábana que le molestaba. ¿Cómo transforma el sueño, en este caso, el fenómeno sensorial? Para el hombre que está durmiendo la sensación permanece completamente en el seno de lo inconsciente, pero el sueño retiene un rasgo esencial: el hecho de que el hombre quiere rechazar algo; y en torno a este elemento teje una aven-

tura simbólica. Tales imágenes son ecos de la vida diaria de la vigilia, y la forma en que son extraídas de ese estado de vigilia tiene algo de arbitrario. Todos estamos convencidos de que, por la misma causa exterior, los sueños podrían engendrar también otras imágenes, si bien siempre expresarían simbólicamente la sensación de que el hombre se encuentra rechazando algo. Los sueños crean símbolos no sólo de circunstancias externas, sino también de procesos internos. Alguien sueña, por ejemplo, que un fuego crepita junto a él, y ve las llamas; despierta, y siente que se ha cubierto en demasía, y la sensación de calor excesivo la expresa simbólicamente la imagen. Episodios muy dramáticos pueden surgir de este modo en los sueños: alguien sueña que se encuentra al borde de un precipicio; ve a un niño acercarse corriendo; vive toda la angustia que le causa el pensamiento de que una imprudencia posible del niño le ocasionaría la caída en el precipicio; lo ve caer y oye el golpe sordo que da el cuerpo en el fondo del abismo. Despierta, y se da cuenta de que un objeto que colgaba de la pared se ha desprendido y que, en su caída, ha producido un ruido sordo. Los sueños expresan el simple acontecimiento en una escena que se desenvuelve en una sucesión de emocionantes imágenes. No es necesario, por ahora, analizar por qué, en este ejemplo, el momento de la caída de un objeto se despliega en una serie de acontecimientos que parecen extenderse sobre cierto período de tiempo; bástenos considerar cómo los sueños transforman en figuraciones lo que sería contenido de la percepción sensoria despierta.

Vemos que, tan pronto como los sentidos suspenden su actividad, surge en el hombre un elemento creador, el mismo elemento también presente cuando dormimos sin soñar, y que entonces se presenta como el estado anímico contrario al que caracteriza la vigilia. Para que se produzca este sueño sin sueños, es necesario que el cuerpo astral esté fuera de los cuer-

pos etéreo y físico. En cambio, cuando se sueña, el cuerpo astral está separado tan sólo del cuerpo físico, lo que implica que no guarda conexión con los órganos sensorios, pero mantiene todavía cierta conexión con el cuerpo vital en virtud de la cual los procesos del cuerpo astral pueden percibirse en imágenes. En el momento en que cesa esta conexión, las imágenes se sumergen en las tinieblas de la inconsciencia, y comienza el dormir sin sueños. El carácter arbitrario y frecuentemente absurdo de los sueños proviene de que el cuerpo astral, por hallarse separado de los órganos sensorios, no puede relacionar sus imágenes con los objetos y procesos correctos del mundo que lo rodea. A este respecto es particularmente esclarecedor el hecho de que existe cierta categoría de sueños en los que, por decirlo así, el yo se disocia. Esto sucede, por ejemplo, cuando alguien sueña que, como alumno, no puede responder una pregunta que le hace el maestro, mientras que éste da la respuesta acto seguido. Dado que el que sueña no puede servirse de los órganos perceptivos de su cuerpo físico, es incapaz de relacionar consigo mismo, como un solo individuo, ambas circunstancias. Así, pues, incluso para reconocerse a sí mismo como un yo permanente, el hombre, ante todo, tiene que estar provisto de órganos externos de percepción. Sólo si hubiera adquirido la facultad de tener conciencia de su yo por otros medios podría percibir su yo permanente también cuando éste se encuentra fuera de su cuerpo físico. La conciencia suprasensible tiene que adquirir facultades de esta índole; en un capítulo ulterior expondremos los procedimientos para su obtención.

También la muerte se produce simplemente en virtud de una modificación en la conexión de los miembros constitutivos de la entidad humana. Los hechos que la observación suprasensible registra con respecto a la muerte quedan ratificados por sus efectos observables en el mundo manifiesto; también en este

caso el juicio imparcial encontrará que la observación de la vida exterior corrobora los hallazgos de la investigación suprasensible. Sin embargo, en lo tocante a estos hechos, la expresión de lo invisible en lo visible no es tan obvia, de suerte que aumenta la dificultad en apreciar el alcance de lo que, en los fenómenos de la vida exterior, ratifica lo transmitido por el conocimiento suprasensible. Aunque para algunos de los hechos previamente expuestos, uno puede sentirse tentado a considerar estas informaciones como meros engendros de la fantasía si no presta atención a la peculiar manera de cómo en lo manifiesto se halla contenido el indicio evidente de lo suprasensible.

Al dormirse el hombre, el cuerpo astral rompe únicamente el lazo que lo une con los cuerpos vital y físico, mientras que estos dos continúan unidos entre sí; en cambio, con la muerte, el cuerpo físico se separa del cuerpo vital, queda abandonado a sus propias fuerzas, y por esta razón tiene que descomponerse como cadáver. El cuerpo vital o etéreo, a su vez, pasa a un estado en que nunca se había encontrado durante el tiempo entre el nacimiento y la muerte, abstracción hecha de ciertas circunstancias excepcionales de las que hablaremos más adelante; se encuentra unido a su cuerpo astral sin que el cuerpo físico esté presente. Y es que aquellos dos no se separan inmediatamente después de la muerte, sino que permanecen juntos durante un tiempo en virtud de una fuerza cuya existencia es fácil de suponer, pues sin ella el cuerpo etéreo no podría desligarse del físico. En vida, estos dos miembros se hallan estrechamente unidos, como lo muestra el sueño, en cuyo estado tampoco el cuerpo astral es capaz de separarlos. Aquella fuerza entra en acción en el momento de la muerte y retira el cuerpo etéreo del físico, quedando aquél unido al cuerpo astral. La duración de esta unión varía según las personas; en todo caso, se limita a

unos días. Bástenos, por el momento, con haber mencionado esta duración.

Más tarde, el cuerpo astral se separa también del cuerpo etéreo y prosigue su ruta sin éste. Durante su breve unión, el hombre se encuentra en un estado excepcional que le permite percibir las vivencias de su cuerpo astral. Mientras existía el cuerpo físico, cada vez que de él se separaba el cuerpo astral, tenía que comenzar la tarea de remozar desde fuera los órganos desgastados; con la separación del cuerpo físico cesa este trabajo. Pero la fuerza que se aplicaba a esta tarea durante el sueño continúa después de la muerte y puede emplearse para otros fines; ahora se utiliza para hacer perceptibles los procesos propios del cuerpo astral. De todos modos, un criterio apegado a lo exterior de la vida podrá alegar: todas estas afirmaciones puede que sean evidentes para quien posee la visión suprasensible, mas para los demás no existe posibilidad de verificarlas. No obstante, el hecho es otro: aun en este dominio tan distante de la percepción ordinaria, los resultados de la observación suprasensible, una vez descubiertos, puede comprenderlos el juicio común. Sólo que este juicio tiene que desarrollar la certera apreciación de las conexiones vitales que se revelan en lo manifiesto.

Es tal la relación que el pensar, el sentir y el querer guardan entre sí y con las experiencias hechas por el hombre al contacto con el mundo exterior, que estas tres funciones anímicas permanecen incomprensibles mientras la índole de su actividad manifiesta no se tome como expresión de lo oculto. Para el juicio común se esclarece dicha actividad manifiesta sólo cuando su curso en la vida física se estima como resultado de procesos que han tenido lugar en la vida no física. Sin la investigación suprasensible se encuentra uno frente a esa actividad como en

un cuarto oscuro. Así como solamente habiendo luz nos son visibles los objetos físicos que nos rodean, así también lo que sucede en nuestra vida anímica se explica sólo considerando lo suprasensible.

Cuando el hombre está unido a su cuerpo físico, el mundo exterior penetra en la conciencia en forma de imágenes generadas por la percepción sensoria; una vez desechado este cuerpo material, se vuelve perceptible lo que el cuerpo astral experimenta cuando no está conectado con el mundo exterior por medio de esos órganos sensorios. No empieza a tener inmediatamente nuevas experiencias, pues se lo impide la unión con el cuerpo etéreo; pero lo que sí posee es el recuerdo de la vida pasada. El cuerpo etéreo, todavía presente, hace que este recuerdo aparezca como un amplio panorama vivido; he aquí la primera experiencia del hombre después de la muerte. Percibe la vida entre el nacimiento y la muerte como una serie de imágenes que se extienden ante él. Durante la vida, el recuerdo existe sólo en la vigilia, es decir, cuando el hombre está unido con su cuerpo físico, y únicamente en la medida en que este cuerpo lo permite. El alma no pierde ninguna de las impresiones que ella recibe durante la vida: si el cuerpo físico fuese un instrumento perfecto a este respecto, le sería posible evocar ante el alma, en todo momento de la vida, la totalidad de la existencia transcurrida. El impedimento cesa con la muerte. Mientras el hombre sigue teniendo su cuerpo etéreo, existe cierta perfección del recuerdo, perfección que va desvaneciéndose a medida que el cuerpo etéreo pierde la forma que tenía durante su estancia en el cuerpo físico y que es semejante a él. Esta pérdida de forma es también la razón por la cual el cuerpo astral se retira del etéreo al cabo de un tiempo; pueden permanecer unidos sólo mientras éste conserve su forma correspondiente al cuerpo físico. Durante la vida entre el nacimiento y la muerte, la separación entre el

cuerpo etéreo y el físico tiene lugar sólo en casos excepcionales, y aun entonces sólo por breve tiempo. Si, por ejemplo, se ejerce una fuerte presión sobre alguna extremidad puede ocurrir que una parte del cuerpo vital se separe del cuerpo físico. Se dice entonces que el miembro se ha "adormecido" y la peculiar sensación que provoca este fenómeno se debe a la separación del cuerpo etéreo. (También en este caso el criterio materialista puede negar la existencia de lo invisible en lo visible y alegar que esto proviene únicamente de la molestia física causada por la presión). En un caso así, la observación suprasensible puede ver cómo la parte correspondiente del cuerpo etéreo empieza a salir del cuerpo físico. Si una persona experimenta un gran susto o algo parecido, si está a punto de ahogarse o si en una excursión a los montes corre peligro de despeñarse, la separación del cuerpo etéreo puede momentáneamente abarcar una gran parte del cuerpo. Los relatos de personas que han tenido tales experiencias, confirmados por la observación suprasensible, cuentan que en esos momentos toda la vida surgió ante su alma en un gran cuadro recordativo. A título de ejemplo mencionaremos el del eminente antropólogo criminalista Moritz Benedict, aunque para él, por su modo de pensar, todo lo dicho en este libro debe parecer pura fantasía. En efecto, para el que da los primeros pasos en la observación suprasensible es siempre muy útil familiarizarse con los testimonios de los que consideran esta ciencia como una quimera. En testimonios de esta especie cabe menos fácilmente la imputación de parcialidad del observador. Sería conveniente que los que se dedican a las ciencias ocultas aprendiesen de los que consideran sus esfuerzos como una locura, sin dejarse desconcertar por no encontrar reciprocidad a este respecto. Ciertamente, la observación suprasensible no necesita tales experiencias para la confirmación de sus resultados. Con estas experiencias pretende no comprobar, sino ilustrar.

Benedict relata en sus "Memorias", como experiencia personal, que una vez, estando a punto de ahogarse en una piscina, se le reprodujo la estampa de toda su vida como en un solo cuadro. El que otras personas describan diferentemente las imágenes vividas en semejantes situaciones, hasta el punto de que, al parecer, guarden poca relación con los sucesos de su vida pasada, no contradice lo dicho, puesto que las imágenes que surgen en el estado excepcional de la separación de ambos cuerpos, etéreo y físico, resisten a veces el intento de correlacionarlas con la vida. No obstante, la acertada observación reconocerá en cada caso esa relación. Tampoco constituye objeción el alegar que alguien ha estado a punto de ahogarse y no ha tenido la experiencia descrita. En efecto, ésta sólo puede tener lugar si efectivamente el cuerpo etéreo se separa del físico, pero al mismo tiempo permanece unido con el cuerpo astral. Si, a consecuencia del susto, se produce también una relajación entre los cuerpos etéreo y astral, dicha experiencia no se verifica, puesto que entonces existe inconsciencia completa, como en el dormir sin soñar.

Ya dijimos que, en el período que sigue inmediatamente a la muerte, las experiencias del pasado aparecen reunidas en un cuadro retrospectivo. Una vez separado del cuerpo etéreo, el cuerpo astral continúa solo su peregrinación y, como se comprende fácilmente, sigue conservando todo lo que ha convertido en posesión propia gracias a su actividad durante su permanencia en el cuerpo físico. Asimismo, el yo ha cincelado hasta cierto grado el yo espiritual, el espíritu de vida y el hombre espíritu. Éstos, en la medida en que están desarrollados, fijan su existencia no en la presencia de órganos corpóreos, sino en el yo. Ya sabemos que el yo es precisamente la entidad que no necesita de órganos externos para la percepción de sí mismo; ni tampoco los necesita para continuar en posesión de lo que ha

hecho suyo. Aquí podría surgir la pregunta: ¿A qué se debe el que, durante el sueño, no exista la percepción del yo espiritual, del espíritu de vida, ni del hombre espíritu, que han empezado ya a desarrollarse? No existe, porque entre el nacimiento y la muerte el yo se halla vinculado al cuerpo físico. Aun durante el sueño, cuando, con el cuerpo astral, el yo se encuentra fuera del cuerpo físico permanece, no obstante, estrechamente conectado con éste, puesto que la actividad de su cuerpo astral va dirigida hacia él. Así pues, la capacidad perceptiva del yo se halla relegada al mundo exterior sensible, no pudiendo, por lo tanto, recibir las revelaciones del mundo espiritual en su forma inmediata. Solamente la muerte abre a esta revelación una puerta de acceso hacia el yo, porque lo libera de su unión con los cuerpos físico y etéreo. Otro mundo puede empezar a perfilarse en el alma en el momento en que ella deja el mundo físico, el que durante la vida le circunscribe su actividad.

Ahora bien, existen razones que impiden al hombre, aún en ese momento, separarse por completo del mundo sensible; persisten en él ciertos deseos que mantienen la unión, deseos nacidos en virtud de tener el hombre conciencia de su yo como cuarto miembro de su entidad. Las concupiscencias y apetitos que se originan en la naturaleza de los tres cuerpos inferiores, pueden actuar solamente dentro del mundo exterior, y cesan al abandonar el hombre estos cuerpos. El hambre, por ejemplo, la ocasiona el cuerpo material, y cesa tan pronto como él deja de estar unido al yo. Ahora bien, si el yo no tuviera más deseos que los que provienen de su propia entidad espiritual, podría, al sobrevenir la muerte, encontrar plena satisfacción en el mundo del espíritu al que se ha trasladado. Pero la vida le ha engendrado todavía otras apetencias; ha encendido en él el ansia de placeres que pueden satisfacerse sólo mediante órganos físicos, a pesar de que no proceden de su naturaleza; no solo los tres

cuerpos piden su satisfacción por medio del mundo físico, sino que el mismo yo encuentra dentro de este mundo placeres para cuya satisfacción el mundo espiritual no ofrece medio alguno. En la vida existen, pues, para el yo dos clases de deseos: los que proceden de los cuerpos y, por tanto, que por su medio han de satisfacerse cesando el deseo al desintegrarse el vehículo, y los que proceden de la naturaleza espiritual del yo. Mientras el yo permanece unido a sus cuerpos, también dicha segunda clase de deseos se satisfacen por medio de los órganos corporales, ya que en la manifestación de estos órganos actúa el elemento espiritual oculto; con la percepción sensorial se recibe al mismo tiempo un elemento espiritual. Este elemento espiritual existe también después de la muerte, aunque en otra forma: todo lo espiritual que el yo desea alcanzar dentro del mundo sensible sigue a su alcance aun cuando los sentidos ya no existen.

Ahora bien, si no existiese una tercera clase de deseos, además de estos dos, la muerte no significaría sino una transición de los deseos que, en lugar de satisfacerse por los sentidos, se satisfacen por la revelación del mundo espiritual. Forman esa tercera clase los deseos que el yo genera durante su vida en el mundo sensible porque encuentra placer en él, aún cuando lo espiritual no se manifieste por su medio.

Hasta los placeres más bajos pueden ser manifestaciones del espíritu. Así, por ejemplo, la satisfacción que la alimentación procura a un ser hambriento es manifestación del espíritu, puesto que gracias a ella se logra algo sin lo cual el espíritu no podría realizar ciertos aspectos de su propio desarrollo. Pero el yo puede excederse en el placer necesariamente relacionado con este hecho; puede codiciar manjares sabrosos, al margen del beneficio que su ingestión signifique para el espíritu. Lo mismo ocurre con otras cosas del mundo sensible, y de este modo se

generan los deseos que nunca habrían aparecido en el mundo sensible si el yo no hubiese quedado incorporado a él, a pesar de lo cual no proceden de la esencia espiritual del yo. El yo, no obstante su índole espiritual, necesita, tener placeres de los sentidos mientras vive en el cuerpo, puesto que en lo sensible se manifiesta el espíritu; y es precisamente éste lo que el yo disfruta cuando, en el mundo sensible, se entrega a aquello a través de lo cual resplandece la luz del espíritu, luz que el yo continuará disfrutando aún cuando el mundo exterior haya dejado de ser el vehículo que le transmite sus rayos. En cambio, el mundo espiritual no ofrece ninguna satisfacción para los deseos en los que no palpita el espíritu ya dentro de lo sensible; para esta clase de deseos la muerte trunca toda posibilidad de goce. El goce de un manjar sabroso puede producirse únicamente mediante la existencia de los órganos físicos que se emplean para la ingestión: el paladar, la lengua, etc., órganos que el hombre ya no posee una vez despojado del cuerpo físico. Si, no obstante, el yo continúa sintiendo la necesidad de semejantes placeres, esta necesidad queda sin satisfacerse. Todo el placer que corresponde al espíritu subsiste solamente mientras están presentes los órganos físicos, pero si el yo ha generado placeres sin servir con ello al espíritu subsistirá después de la muerte el deseo que en vano ansiará satisfacción. Para tener una idea de lo que le ocurre al yo cuando, después de la muerte, conserva inextintos los deseos de placeres del mundo exterior y carece de órganos para satisfacerlos, imaginemos a una persona que sufra sed ardiente en una comarca donde no se encuentre agua en ninguna parte. Naturalmente, esa sed ardiente que nos sirve de comparación debemos imaginarla acrecentada de un modo desmesurado y extendida a todas las concupiscencias todavía existentes para las cuales no se encuentra ninguna posibilidad de satisfacción. La siguiente etapa del yo consiste en liberarse de esta atracción

del mundo externo. Purificación y liberación: he ahí la tarea que el yo debe llevar a cabo para superar este estado. Debe extirpar de sí todo deseo engendrado por él dentro del cuerpo y que no tiene derecho de ciudadanía en el mundo espiritual. Del mismo modo que un objeto cae pasto de las llamas y se consume por el fuego, así también aquel conjunto de apetitos se disuelve y destruye después de la muerte. Con ello se nos abre una perspectiva hacia el Mundo que se designa como "fuego devorador del espíritu". Este "fuego" consume todo apetito de naturaleza sensual que no es expresión del espíritu.

Estas imágenes que el conocimiento suprasensible proporciona podrían parecer desconsoladoras y espantosas. Se antoja horrible que una esperanza para cuya satisfacción son necesarios los órganos sensorios deba transformarse después de la muerte en desesperación; que un deseo que sólo puede satisfacerse en el mundo físico debe convertirse en privación ardiente. Semejante opinión sólo es posible si no se tiene en cuenta que todos los deseos y apetitos que, después de la muerte, son presa del "fuego devorador" no representan energías bienhechoras, sino fuerzas destructivas en la vida, y en función de ellas, estrecha el yo el vínculo con el mundo sensible más de lo necesario para asimilar de dicho mundo todo lo que le es provechoso. No olvidemos que este mundo sensible es una manifestación de lo espiritual que late en él y que nunca podría el yo gozar del espíritu en la forma en que él se manifiesta a través de los sentidos corporales si rehusase servirse de ellos para gozar de lo espiritual en lo sensible. Mas, por otra parte, el yo se priva de la verdadera realidad espiritual existente en el mundo en la medida en que lo apetece sin participación del espíritu. El goce sensible como expresión del espíritu significa enaltecimiento, desarrollo del yo, mientras que el goce que carezca de esta característica espiritual implica empobrecimiento y agotamiento del yo. Por

más que un deseo de esta especie encuentre su satisfacción en el mundo sensible, no por esto deja de tener su efecto devastador sobre el yo, aunque esta acción destructiva no se ponga de manifiesto antes de la muerte. Por esta razón, en la vida, el goce que sigue a la satisfacción del deseo engendra nuevos deseos de la misma especie, y el hombre no se da cuenta de que, a consecuencia de sus propios actos, alimenta un "fuego devorador". Después de la muerte simplemente se hace patente lo que ya le rodeaba durante la vida y, al revelársele, se evidencian sus efectos saludables y bienhechores. Quien ama a una persona no se siente atraído hacia ella solamente por lo que pueda percibir por sus órganos físicos, lo único que la muerte nos sustrae, a cambio de hacernos visible el aspecto del ser amado del que los órganos físicos eran tan sólo intermediarios. Lo único que entonces impide la visibilidad completa es precisamente la existencia de los deseos que sólo pueden satisfacerse a través de los órganos físicos. De no extirparse, no podría tener lugar la percepción consciente del ser amado después de la muerte. Visto así, el aspecto terrible y desconsolador que pudiera tener la descripción suprasensible de los sucesos que siguen a la muerte se transforma en algo profundamente satisfactorio y consolador.

Todavía en otro aspecto difieren radicalmente de las experiencias durante la vida las que siguen inmediatamente a la muerte. Durante la purificación el hombre vive, como si dijéramos, hacia atrás; pasa de nuevo por todas las experiencias realizadas durante la vida desde el nacimiento, pero empezando por los que han precedido inmediatamente a la muerte regresando hasta la infancia en sentido inverso. Y entonces desfila espiritualmente ante sus ojos, también en sentido inverso, todo lo que, durante la vida, no ha procedido de la naturaleza espiritual del yo. Por ejemplo, una persona que haya muerto a los sesenta años y que, a los cuarenta, haya causado a otra perso-

na un dolor físico o moral en un arranque de cólera vivirá de nuevo este episodio cuando, en su peregrinación retrospectiva después de la muerte, llegue al punto en que tenía cuarenta años. Sólo que esta vez no experimentará la satisfacción que esa agresión le había causado en vida, sino, al contrario, el sufrimiento que había provocado en su adversario. Por lo que antecede, puede deducirse asimismo que, después de la muerte, sólo nos causarán impresión penosa las experiencias motivadas por un deseo del yo que provenga enteramente del mundo físico exterior. En realidad, al satisfacer un deseo de esta índole, el yo perjudica no sólo a otra persona, sino también a sí mismo; perjuicio que es imperceptible durante la vida. Mas tras la muerte se torna visible para el yo todo lo nocivo del deseo; el yo se siente atraído hacia todo ser y todo objeto que encendió en él un deseo de esta especie a fin de que éste pueda consumirse en el "fuego devorador". Sólo cuando el hombre, en su peregrinación regresiva, llegue a su nacimiento habrá pasado por el fuego purificador todo deseo y, en adelante, ya nada le impedirá penetrar por completo en el mundo espiritual y vivir en una nueva etapa. Así como, con la muerte, el hombre se ha despojado del cuerpo físico, y del cuerpo etéreo poco después, se desintegra ahora aquella parte del cuerpo astral cuya única razón de ser era la conciencia del mundo físico exterior. El conocimiento suprasensible constata, por lo tanto, la existencia de tres cadáveres: el físico, el etéreo y el astral, y queda determinado el momento en que el hombre se despoja de este último, por la purificación que dura aproximadamente la tercera parte del tiempo transcurrido entre el nacimiento y la muerte. Más adelante, cuando en este libro, con fundamento en la ciencia oculta hablemos del curso de la vida humana, se comprenderá el porqué de este hecho. Para la observación suprasensible existen en el mundo en que vive el hombre, cadáveres astrales

abandonados por quienes del estado de purificación pasan a una existencia más elevada, del mismo modo que la percepción física observa cadáveres físicos donde habitan los hombres.

Tras la purificación, entra el yo en un estado de conciencia completamente nuevo: mientras que, antes de la muerte, las percepciones exteriores afluían hacia él para que cayese sobre ellas la luz de la conciencia, ahora, por decirlo así, fluye desde su interior un mundo que aflora a la conciencia. Vive el yo asimismo en dicho mundo entre el nacimiento y la muerte, sólo que entonces dicho mundo se halla revestido de las manifestaciones de los sentidos; y únicamente cuando el yo, excluyendo toda impresión sensoria, se percibe a sí mismo en su "santuario más recóndito", percibe en forma inmediata lo que, de otro modo, se oculta bajo el velo de lo sensible. Del mismo modo que, antes de la muerte, tiene interiormente lugar la percepción del yo, así también, tras la muerte y la purificación, se revela interiormente el mundo espiritual en su plenitud. En realidad, esta revelación ya se produce inmediatamente después del abandono del cuerpo etéreo, pero opacada como nube oscurecedora por el conjunto de deseos todavía dirigidos hacia el mundo exterior. Es como si, en un mundo bienaventurado de vivencias espirituales, se mezclasen las sombras negras y demoníacas proyectadas por las apetencias que "se consumen en el fuego". Es más, no son ellas entonces sólo sombras, sino verdaderas entidades, y esto se pone en evidencia tan pronto como se separan del yo los órganos físicos y puede aquél percibir lo que es de índole espiritual. Estas entidades aparecen como caricaturas de lo que, anteriormente, la percepción sensoria había dado a conocer al hombre. Dicho mundo del fuego purificador está poblado por seres cuyo aspecto puede ser espantoso y aflictivo, cuyo placer parece ser la destrucción y cuya pasión va dirigida hacia un tipo de maldad, comparada con la cual, la maldad del mundo sensi-

ble es insignificante. Todo lo que el hombre lleva a ese mundo en deseos, alimenta a esas entidades y constantemente les suministra fuerza y vigor. Este cuadro de un mundo imperceptible para los sentidos podrá parecer menos inverosímil si se observa sin prejuicios determinada parte del reino animal. ¿Qué es, para la visión espiritual, un lobo cruel y errabundo? ¿Qué se revela a través de lo que los sentidos perciben en él? ¡Un alma que vive una vida de deseos y que actúa a través de ellos! Pudiéramos decir que la forma exterior del lobo es una encarnación de esas apetencias. Y aunque el hombre careciera de órganos para percibir la forma, debería, no obstante, admitir la existencia del lobo si se evidenciara el deseo por sus efectos, es decir, si una fuerza invisible para los ojos anduviese rondando, produciendo esos mismos efectos que el lobo visible. Ahora bien, las entidades del fuego purificador no existen para la conciencia sensoria, sino sólo para la suprasensible; pero existen sus frutos y destruyen al yo si éste les da pábulo. Los efectos se hacen patentes cuando el goce justificado se acrecienta hasta la inmoderación y el desenfreno. En efecto, lo que los sentidos perciben estimularía al yo tan sólo en la medida en que el goce estuviera acorde con su esencia. El animal se ve impelido al deseo en el mundo exterior sólo por lo que sus tres cuerpos apetecen; el hombre tiene goces más elevados, porque a sus tres miembros corporales se añade el cuarto: el yo. Por lo tanto, si el yo codicia una satisfacción que no sirve para el mantenimiento y favorecimiento de su ser sino para su destrucción, esta apetencia no puede proceder ni de sus tres cuerpos ni de su naturaleza propia, sino sólo de entidades que, para los sentidos, son imperceptibles en su forma verdadera, pero que pueden infiltrarse en la naturaleza superior del yo y estimular en éste apetitos que, aunque no se originan en el mundo sensible, sólo en él pueden encontrar satisfacción. Existen, en efecto, seres que se alimentan de pasiones y concupis-

cencias peores que todos los deseos animales, puesto que no se sacian en lo sensible, sino que se apoderan de lo espiritual y lo rebajan al nivel de los sentidos. Por esta razón, para la visión espiritual, las formas de esos seres resultan más feas y espantosas que las de los animales más feroces, ya que en éstos se encarnan solamente pasiones motivadas por lo sensible; y las fuerzas destructivas de aquellos seres sobrepasan desmesuradamente todo el salvajismo existente en el mundo animal accesible a la percepción sensoria. El conocimiento suprasensible tiene, pues, que ampliar la mirada del hombre hasta abarcar un mundo de entidades en cierto modo inferior al reino visible de los animales destructores.

Una vez que el hombre ha pasado por ese mundo después de la muerte, se halla ante un universo lleno de espiritualidad y que sólo genera en él aspiraciones que se satisfacen en lo espiritual. Pero también en esta etapa distingue el hombre entre lo que pertenece a su yo y lo que, cual mundo espiritual exterior, constituye el ambiente que le rodea, con la diferencia de que las vivencias de este ambiente afluyen a él del mismo modo que, durante su estancia en el cuerpo, afluía a él la percepción de su propio yo. Así pues, mientras que en la vida entre el nacimiento y la muerte lo externo le habla al hombre mediante los órganos de su cuerpo, después del abandono de éstos el lenguaje del nuevo ambiente penetra directamente en el "santuario más recóndito" del yo. Todo ese ambiente está poblado ahora por entidades consustanciales con él, puesto que sólo el yo tiene acceso a otro yo. Del mismo modo que los minerales, las plantas y los animales nos rodean en el mundo sensible y son los elementos que lo constituyen, así también, después de la muerte, nos rodea un mundo integrado por entidades de naturaleza espiritual. Sin embargo, el hombre lleva algo a este mundo que no es propio de este último y que son las vivencias que ha tenido

en el mundo sensible. Inmediatamente después de la muerte, y con el cuerpo etéreo unido al yo todavía, todas las vivencias aparecen como un vasto panorama recordativo. Más tarde, descartado asimismo el cuerpo etéreo, queda de este panorama algo como posesión imperecedera del yo, algo que es como un extracto, un compendio de todas las vivencias y experiencias del ser humano entre el nacimiento y la muerte. Es el producto espiritual de la vida, su fruto que contiene todo lo espiritual revelado a través de los sentidos, y que no hubiera podido producirse sin la vida en el mundo sensible. Tras la muerte, siente el yo este fruto del mundo sensible como su mundo interior propio, con el que penetra en otra realidad, compuesta de seres que se le manifiestan con la misma interioridad que el propio yo. Así como el germen vegetal, que es un extracto de toda la planta, sólo se desarrolla si se deposita en otro mundo, en la Tierra, también lo que posee el yo procedente del mundo sensible se desarrolla ahora como germen bajo la acción del ambiente espiritual que lo ha acogido en su seno.

Es verdad que para describir lo que ocurre en el "mundo de los espíritus", la ciencia de lo suprasensible tiene que recurrir al uso de imágenes que revisten, sin embargo, para ella carácter de realidad auténtica porque son réplica fiel de los sucesos a que aluden, invisibles para el ojo. Para ilustrar el tipo de descripción que aquí se insinúa, podemos valernos de comparaciones con el mundo sensible, puesto que, a pesar de su índole enteramente espiritual, no deja de mostrar cierta semejanza con dicho mundo sensible. Por ejemplo, en el mundo físico aparece un color cuando algún objeto ejerce una acción sobre el ojo; análogamente, cuando en el "mundo de los espíritus" algún ser ejerce una acción sobre el yo, surge ante éste una vivencia similar a la producida por un color, vivencia que es de la misma índole que la percepción del propio yo durante la vida física;

no es como si la luz incidiese sobre el hombre desde fuera, sino como si otro ser actuara directamente sobre el yo, induciéndole a representarse esta actuación en una imagen cromática. Es así como todos los seres del ambiente espiritual que rodean al yo se expresan en un radiante conjunto de colores, si bien las experiencias cromáticas son de índole algo distinta de las generadas por los colores sensibles, dado que su génesis es diferente.

Algo similar puede decirse con respecto a otras impresiones que el hombre recibe del mundo sensible. Lo que en el mundo espiritual presenta mayor semejanza con ellas son los sonidos, y cuanto más el hombre se aclimata allí, tanto más se convierte para él en un conjunto de vida en movimiento, comparable a lo que, en la realidad sensible, son los sonidos y su armonía. Mas no percibe estos sonidos como algo que se acerque a un órgano desde fuera, sino como una potencia que, a través de su yo, se difunde por el mundo; los percibe como percibe su palabra o su propio canto en el mundo sensible a sabiendas de que, en el mundo espiritual, estos sonidos que parten de él son, al mismo tiempo, manifestaciones de otras entidades que se derraman por el mundo a través suyo. De aún mayor categoría es la manifestación que se realiza en el "mundo de los espíritus" cuando el sonido se convierte en "verbo espiritual"; entonces fluye a través del yo no sólo el torrente de vida en movimiento de otro ser espiritual , sino que ese mismo ser comunica su interioridad a este yo. Y sin las barreras que necesariamente interceptan toda comunión en la realidad sensible, viven entonces dos seres, el uno en el otro cuando el yo está penetrado del "verbo espiritual". He aquí realmente la forma cómo el yo convive con otros seres espirituales después de la muerte.

La conciencia suprasensible distingue, en primer término, tres regiones en el mundo de los espíritus, comparables a tres

divisiones del mundo sensible. La primera región es, pudiéramos decir, la "tierra firme" del mundo espiritual; la segunda, la "región del mar y los ríos", y la tercera, la "atmósfera". Lo que en la tierra adopta formas físicas y así pueden percibirlas los órganos sensorios, se percibe según su esencia espiritual en la primera región del "mundo de los espíritus". Allí puede captarse, por ejemplo, la energía que otorga forma al cristal; con la diferencia de que se manifiesta como lo contrapuesto del correspondiente fenómeno en el mundo sensible; el espacio que en este mundo está ocupado por una masa roqueña aparece, para la visión espiritual, como una especie de hueco, y en torno a él se percibe la fuerza que otorga forma a la piedra. El color, que es el atributo de esta piedra en el mundo sensible aparece, en el espiritual, como la vivencia del color complementario, de modo que una piedra de color rojo es como verdosa en el mundo de los espíritus; una piedra verde, como rojiza, etc. También las demás propiedades aparecen en contraste. Así como las piedras, masas de tierra y otros minerales constituyen la tierra firme, la región continental del mundo sensible, así las formaciones descritas integran la "tierra firme" del mundo espiritual.

Todo lo que es vida en el mundo sensible constituye la región marina en el mundo espiritual. Para el ojo físico la vida se manifiesta en sus efectos sobre las plantas, los minerales y los hombres; para el ojo espiritual, la vida es un ser fluido distribuido en el mundo de los espíritus como si fueran mares y ríos. Mejor todavía es la comparación con la circulación de la sangre en el cuerpo. En efecto: mientras que en el mundo sensible los mares y ríos se presentan repartidos de un modo irregular, reina cierta regularidad en la distribución de la vida fluida en el mundo de los espíritus, como en la circulación sanguínea. Esta "vida fluida" o corriente vital al mismo tiempo se percibe como sonoridad espiritual.

La tercera región del mundo de los espíritus es su "atmósfera". Lo que en el mundo sensible aparece como sentimiento, existe en la región espiritual, penetrándolo todo, como el aire sobre la tierra; hemos de representárnoslo como un mar de sentimiento fluyente. Pena y dolor, alegría y encanto, circulan en esta región, como el viento y la tempestad circulan en la atmósfera del mundo sensible. Imaginémonos una batalla que se libra sobre la Tierra: no es solamente un choque entre formas humanas visibles para el ojo, sino de sentimientos que chocan contra sentimientos, pasiones contra pasiones; sufrimientos llenan el campo de batalla como lo llenan las formas humanas. Todo lo que vibra ahí como pasión, dolor, alegría de la victoria, existe no sólo en sus efectos perceptibles para los sentidos, sino que lo registran los sentidos espirituales como fenómeno "atmosférico". Un episodio de esta especie es, en el dominio espiritual, lo que una tormenta en el mundo físico, y la percepción de estos sucesos puede compararse a la audición de palabras en el mundo físico. Por esto se dice: así como el aire envuelve y penetra a los seres terrenales, así también las "palabras ondeantes del espíritu" rodean y penetran a los seres y procesos del mundo de los espíritus.

Hay otras percepciones todavía posibles en ese mundo; también existen ahí niveles que pueden compararse al calor y a la luz del mundo físico. ¿Cuál es el elemento que, en el mundo de los espíritus, todo lo impregna, como el calor impregna los objetos y seres terrestres? ¡Es el mundo mismo de los pensamientos!; sólo que allí los pensamientos hay que representárselos como seres vivientes independientes. Lo que en el mundo sensible concibe el hombre como pensamientos es como mera sombra de lo que vive como "entidades de pensamiento" en el mundo de los espíritus. Si el pensamiento, tal como existe en el ser humano, nos lo imaginamos fuera de

él y como ser activo, dotado de vida interior propia, tendremos una pálida ilustración de lo que llena la cuarta región del mundo de los espíritus. Los pensamientos ordinarios entre el nacimiento y la muerte no son sino manifestaciones del auténtico mundo de pensamientos, manifestación que puede surgir en virtud del contacto con los tres cuerpos inferiores. Pero todos los pensamientos concebidos por el hombre que significan enriquecimiento para el mundo físico tienen su origen en aquella región. No se crea que a esta última categoría de pensamientos pertenecen solamente las ideas de los grandes inventores o de los genios; todo hombre tiene, en efecto, "ideas súbitas" que no debe únicamente al mundo externo, sino que le permiten transformarlo. Los sentimientos y pasiones cuyo motivo se encuentre en ese mundo externo pertenecen a la tercera región del mundo de los espíritus, en tanto que todo lo que puede vivir en el alma humana en forma tal que el hombre se convierta en creador que actúe sobre el mundo que le rodea, transformándolo y fecundándolo, se manifiesta en su forma primordial y esencial en el cuarto dominio del mundo espiritual.

El elemento espiritual que integra la quinta región puede compararse a la luz física; es, en su forma primordial, sabiduría que se manifiesta. Pertenecen a esta región ciertos seres que vierten la sabiduría a su alrededor, como el Sol vierte su luz sobre los seres físicos. Así como la luz hace visibles los colores de los seres físicos que ilumina, así la iluminación por aquella sabiduría hace visibles el verdadero sentido y el significado que las cosas tienen para el mundo espiritual. Existen regiones del mundo de los espíritus todavía más elevadas; las describiremos más adelante en el curso de esta obra.

Después de la muerte, el yo se halla inmerso en dicho mundo espiritual, junto con la cosecha que trae consigo de su

vida física. Y esta cosecha sigue unida todavía a la porción del cuerpo astral que el yo no desecha al final del período de purificación, puesto que, como hemos visto, sólo se descarta la parte cuyas concupiscencias y deseos continuaban enfocados hacia lo material aún después de la muerte. La inmersión del yo en el mundo espiritual, junto con lo adquirido en el mundo sensible, puede compararse a la siembra de una semilla en tierra fértil; así como la semilla extrae de su medio ambiente las sustancias y energías necesarias para desplegarse como nueva planta, así desarrollo y crecimiento son características del yo inmerso en el mundo espiritual.

En lo que un órgano percibe, se halla, a la vez, latente la energía que ha generado este órgano: el ojo percibe la luz, mas sin la luz no habría ojo. En efecto, aquellos seres que pasan la vida en un medio oscuro no desarrollan órganos visuales. Lo dicho vale no solamente para el cuerpo material, sino también para la totalidad de los miembros constitutivos de la entidad humana: todos ellos han sido modelados por las energías que laten en lo que es percibido por los órganos que a cada uno de ellos le corresponde. El cuerpo físico está constituido por las energías del mundo físico, el cuerpo vital por las del mundo vital y al cuerpo astral lo modela el mundo astral; así, cuando el yo se ve desplazado al mundo de los espíritus, salen a su encuentro precisamente las fuerzas que estaban ocultas para la percepción física: en la primera región se le hacen visibles las entidades espirituales que siempre rodean al hombre y que habían participado en la conformación de su cuerpo físico. De ahí resulta que lo que el hombre percibe en este mundo no son sino las manifestaciones de las fuerzas espirituales que también han formado su propio cuerpo físico. Después de la muerte, se halla rodeado de estas mismas fuerzas formativas que le eran invisibles y que entonces se le revelan en su forma propia. Asi-

mismo, en la segunda región, se encuentra en medio de las energías que integran su cuerpo vital; en la tercera región afluyen hacia él las potencias que le habían suministrado los elementos estructurales para la organización de su cuerpo astral. También las regiones superiores del mundo de los espíritus le ofrecen entonces al hombre la esencia de las sustancias constitutivas de su vida terrenal.

Todas estas entidades del mundo espiritual actúan, pues, en unión con lo que el hombre trae consigo como fruto de su vida pasada y que entonces se convierte en germen. La primera etapa de esta colaboración consiste en reconstruir al hombre como ser espiritual. Recordemos que, durante el sueño, los cuerpos físico y vital subsisten sin cambio alguno; unidos a ellos, aunque fuera de los mismos, se encuentran el cuerpo astral y el yo. Las influencias que reciben en este estado del mundo espiritual, sirven solamente para reparar las fuerzas gastadas durante la vigilia. Una vez descartados los cuerpos físico y vital, así como después del período de purificación, también las partes del cuerpo astral que, por sus deseos se hallan todavía orientadas hacia el mundo físico, todo lo que afluye al yo desde el mundo espiritual no será sólo restaurador, sino creador de formas nuevas. Y al cabo de cierto tiempo, más adelante nos ocuparemos de la duración, se habrá configurado en torno al yo un cuerpo astral apto para vivir de nuevo en un cuerpo etéreo y en un cuerpo físico tales como el hombre los posee entre el nacimiento y la muerte. Llega el momento en que el hombre puede encarnar de nuevo, crear una nueva existencia terrenal que posea incorporado el fruto de su vida anterior. Hasta la nueva formación del cuerpo astral, el hombre es testigo de su reconstrucción. Sin embargo, dado que las potencias del mundo de los espíritus no se le revelan por medio de órganos exteriores, sino desde el interior; a semejanza de como el yo propio se manifiesta en la autoconciencia,

el hombre no puede percibir esta revelación hasta que no dirija su atención hacia el mundo de percepciones exteriores. En el momento en que se ha formado de nuevo el cuerpo astral, su atención se exterioriza; el cuerpo astral reclama de nuevo un cuerpo vital exterior y un cuerpo físico, lo que implica apartamiento de las revelaciones internas. Por esta razón sobreviene luego un estado intermedio durante el cual el hombre queda sumergido en la inconsciencia, pues la conciencia no puede resurgir sino en el mundo físico una vez formados los órganos necesarios para la percepción. En ese período intermedio en que cesa la conciencia iluminada por la percepción interior, el nuevo cuerpo etéreo empieza a asociarse al cuerpo astral, y el hombre puede entonces volver a hospedarse en un cuerpo físico. Sólo podría participar con plena conciencia, en estas dos asociaciones, un yo que hubiera generado él mismo las energías que se hallan en silenciosa actividad creadora en los cuerpos etéreo y físico, esto es, un yo que ya hubiera generado el espíritu de vida y el hombre espíritu. Mientras el hombre no haya alcanzado este nivel, aquellas conjugaciones tienen que ser dirigidas por entidades superiores a él en su evolución; son ellas quienes guían al cuerpo astral hacia sus padres, de manera que pueda dotársele de los cuerpos vital y físico correspondientes.

Antes de que tenga lugar la asociación del cuerpo etéreo con el astral, sucede algo de importancia capital para el hombre que penetra de nuevo en la existencia física. Y es que en su vida anterior él creó fuerzas perturbadoras que se revelaron en su peregrinar regresivo después de la muerte. Volvamos al ejemplo mencionado anteriormente: a la edad de cuarenta años de su vida pasada una persona ocasionó un dolor a otra en un arranque de cólera; después de la muerte este sufrimiento del otro salió a su encuentro como una fuerza perturbadora para la evolución de su propio yo; y lo mismo ocurre con todos los episodi-

os semejantes de la vida anterior. Al volver a la vida física, estos obstáculos para la evolución se yerguen de nuevo ante el yo. Así como, al producirse la muerte, surgió ante el yo un cuadro retrospectivo, asimismo surge ahora una visión anticipada de la vida futura. Esta vez, el hombre contempla ante sí un cuadro que le muestra todos los obstáculos que deberá vencer, si ha de continuar evolucionando, y lo que así observa se convierte en el punto de partida de las energías con las que el hombre habrá de emprender la nueva vida. La imagen del dolor que ocasionó al prójimo se convierte en una energía que le impele a reparar dicho sufrimiento al reencarnar de nuevo; y de este modo la vida precedente ejerce sobre la nueva una influencia determinante. Los actos que el hombre lleve a cabo en esta nueva vida son consecuencia, en cierto modo, de los de la vida anterior. La ley que rige esta conexión entre una vida anterior y otra posterior ha de considerarse como la ley del destino, generalmente conocida como ley kármica en la sabiduría oriental.

Formar una nueva organización corpórea no es, sin embargo, la única actividad que le incumbe al hombre entre la muerte y el nuevo nacimiento. Mientras tiene lugar esta formación, el hombre vive fuera del mundo físico, que continúa con su evolución, modificando la faz de la tierra en lapsos de tiempo relativamente cortos. ¿Qué aspecto presentaban hace algunos milenios los territorios de la Alemania actual? Por regla general, cuando el hombre encarna otra vez, no presenta la tierra el mismo aspecto que tenía cuando la dejó: durante su ausencia se produjeron toda clase de transformaciones, transformaciones en las que participaron también fuerzas ocultas. Obran sobre la faz de la tierra desde el mismo mundo en que el hombre se encuentra después de la muerte. Pero el hombre mismo ha de colaborar en esta transformación de su morada terrestre, si bien bajo la dirección de entidades superiores, en tanto no haya adquirido,

por la mencionada creación del espíritu de vida y del hombre espíritu, clara conciencia de la relación entre lo espiritual y su expresión física. Pero, en todo caso, participa el hombre en la transformación de la tierra, durante el período de su muerte hasta el nuevo nacimiento, de tal modo que las condiciones terrestres sean congruentes con la evolución del hombre. Si en una determinada época observamos un territorio, y nuevamente después de mucho tiempo lo volvemos a observar, en un estado totalmente cambiado, hemos de buscar en los difuntos las fuerzas que condujeron a tal transformación; esto quiere decir que de esta manera ellos continúan vinculados a la Tierra entre la muerte y el nuevo nacimiento; para la conciencia suprasensible, toda existencia física es manifestación de una espiritualidad latente. Para el observador físico, lo que origina la transformación de nuestro planeta es la luz solar, los cambios climáticos, etc.; en cambio, el observador suprasensible percibe, palpitando en el rayo de luz que el Sol envía a la planta, la actividad de los difuntos; se da cuenta de cómo almas humanas desencarnadas flotan en torno al mundo vegetal, alteran la superficie del orbe y llevan a cabo otras actividades similares. Después de la muerte, el hombre no se dedica, pues, exclusivamente a sí mismo, a preparar su nueva existencia terrenal, sino que, además, actúa espiritualmente sobre el mundo externo como lo hará físicamente durante su vida terrena.

Pero no es sólo que, desde el mundo de los espíritus, influye la vida del hombre sobre las condiciones del mundo físico, sino que, a la inversa, también su actividad en este mundo produce efectos en el mundo espiritual. Lo ilustraré con un ejemplo: madre e hijo están vinculados por el amor; inicialmente es mutua atracción, arraigada en las energías del mundo sensible. Sin embargo, con el tiempo este amor se va transformando; el vínculo sensible se convierte cada vez más en vínculo espiri-

tual, tejido, no sólo para el mundo físico, sino también para el mundo de los espíritus. Otro tanto ocurre con otra clase de relaciones; lo que aquí tejen seres dotados de espíritu, continúa existiendo en el mundo espiritual; quienes en la vida estuvieron íntimamente unidos, se pertenecen de nuevo en el mundo de los espíritus; después de haber dejado los cuerpos, el lazo que les une es aún más íntimo que el de la vida física, puesto que, como espíritus, existe el uno para el otro conforme se describió más arriba al explicar cómo los seres espirituales se comunican por medio del verbo interior. El lazo tejido entre dos hombres les vuelve a unir, en una nueva vida. Por eso debe tomarse en sentido literal la aserción de que los hombres vuelven a encontrarse después de la muerte.

Lo ocurrido una vez con el hombre, desde el nacimiento hasta la muerte, y de ésta al nuevo nacimiento, vuelve a repetirse. El hombre retorna a la tierra, cada vez que en el mundo de los espíritus ha madurado el fruto adquirido en una vida terrenal. Sin embargo, no se trata de una repetición sin principio ni fin, sino que el hombre pasó en un momento dado de otras condiciones de existencia a las que transcurren en la forma expuesta en este libro, y pasará a otras en el porvenir. Lograremos un atisbo de estas etapas de transición más adelante, al describir la evolución del universo en relación con el hombre.

Para la observación exterior, los procesos entre la muerte y el nuevo nacimiento son, naturalmente, todavía más ocultos que la realidad espiritual que subyace en la existencia material entre el nacimiento y la muerte. En lo tocante a esta parte del mundo oculto, la observación sensoria puede registrar sus efectos solamente ahí donde éstos se introducen en la existencia física. Naturalmente surge la pregunta de si el hombre que entra en la existencia a través del nacimiento, trae consigo algo

que recuerde o atestigüe los procesos entre la muerte anterior y el nacimiento, postulados por el conocimiento suprasensible. Si uno encuentra una concha de caracol en la que no se ve huella alguna de animal, no por eso dejará de reconocer que esta concha ha de haberse formado gracias a la actividad de algún animal, y no podrá creer que se ha construido por meras fuerzas físicas. Asimismo, quien observe la vida humana y encuentre en ella algo que no puede provenir de esta vida, podrá razonablemente aceptar que su origen ha de situarse en lo que describe la ciencia de lo suprasensible, si es que estas descripciones explican lo que de otro modo queda sin aclaración. También en un caso así la observación sensoria y racional podría llegar a descubrir que las causas invisibles se vuelven comprensibles por sus efectos visibles. Así, a quien estudie esta vida sin prejuicio, cada nueva observación le corroborará la verdad de lo expuesto; solo es cuestión de encontrar el punto de vista apropiado desde el cual observar en la vida aquellos efectos. ¿Dónde se manifiestan, por ejemplo, los efectos de lo que, más arriba, hemos conocido como procesos del período de purificación? ¿Cómo se evidencia el efecto de las experiencias por las que pasa el hombre, según las aserciones de la investigación suprasensible, en la región puramente espiritual, después del período de purificación?

Abundantes enigmas se insinúan en este campo a todo enfoque serio y profundo de la vida: un individuo nace en la estrechez y la miseria, dotado de escasas facultades, de manera que las condiciones mismas de su nacimiento le predestinan a una existencia precaria; otro, por el contrario, desde el primer momento de su existencia es acogido y cuidado por manos y corazones llenos de solicitud; brillantes facultades se desenvuelven en él; todo augura una existencia fructífera y satisfactoria. Ante estos fenómenos pueden adoptarse dos puntos de vista con-

trarios: uno de ellos, aferrarse a lo que perciben los sentidos y a lo que puede comprender el entendimiento que se atiene a ellos; para él, no constituye problema el que uno nazca en la felicidad y otro en el infortunio. Y aunque no quiera emplear el término "casualidad", no por esto se inclinará a considerar la existencia de alguna ley que condicione estos hechos. En lo tocante a las aptitudes y talentos, los partidarios de este primer punto de vista se atendrán a lo que se "hereda" de padres, abuelos y otros antepasados; rehusarán buscar las causas en procesos espirituales por los que el hombre mismo haya pasado antes de su nacimiento y, al margen de la línea hereditaria de sus antepasados, haya modelado las capacidades que posee.

El segundo punto de vista no se da por satisfecho con esa interpretación, y su razonamiento es: nada ocurre en un punto o en una región determinada del mundo manifiesto, sin causas que lo expliquen. Aunque quizá en muchos casos el hombre todavía no las haya indagado, no por eso dejan de existir; una flor alpina no crece en la llanura, hay algo en su naturaleza que la vincula con la región alpina. Asimismo, debe de existir en el ser humano algo que lo lleva a nacer en un medio ambiente determinado, y para explicarlo no bastan las causas que residen meramente en el mundo físico. Al que piensa más profundamente le tiene que parecer como si se quisiera explicar el golpe que una persona ha dado a otra, no por sus sentimientos, sino por el mecanismo físico de su mano.

Este segundo modo de pensar tampoco puede darse por satisfecho con las explicaciones que hacen derivar de la "herencia" las aptitudes innatas, a cuyo favor, en todo caso, se podría aducir: "ved cómo ciertas disposiciones se transmiten en la familia; por ejemplo, durante dos siglos y medio, entre los miembros de la familia Bach se han heredado las facultades musicales;

de la familia Bernoulli han salido ocho matemáticos, a pesar de que algunos fueron destinados en su niñez a profesiones completamente distintas; las disposiciones 'heredadas' los condujeron siempre a la misma profesión familiar". Asimismo, quizá alguien insista en que, mediante una rigurosa investigación, se puede comprobar que la aptitud de determinada personalidad ya existía en sus antepasados en una forma u otra y después se presenta tan sólo como suma de disposiciones heredadas.

El que adopte el segundo punto de vista seguramente no descarta hechos como los que anteceden; pero para él no pueden tener el valor que tienen para el que, en sus explicaciones, quiere descansar únicamente en los procesos del mundo sensible; hará observar que las disposiciones hereditarias son tan incapaces por sí solas de combinarse para formar una personalidad integral, como las piezas sueltas de un reloj lo son para producir por sí mismas un reloj. Y si se le objeta que la cooperación de los padres puede muy bien producir la combinación de las aptitudes y que, por lo tanto, desempeñan el papel del relojero, responderá: "observad sin prejuicios lo completamente nuevo existente en la individualidad de cada niño; este elemento no puede provenir de los padres por la sencilla razón de que éstos no lo poseen".

Un modo de pensar poco claro puede crear mucha confusión al respecto. Lo peor es cuando los que profesan la primera opinión reprochan a los de la segunda el ser adversarios de lo que estiman "hechos indiscutibles". Pero es que a éstos no se les ocurre en modo alguno negar la verdad o el valor de los hechos; reconocen, desde luego, por ejemplo, que una disposición espiritual determinada, y hasta una tendencia espiritual las "hereda" una familia, y que ciertas disposiciones combinadas y sumadas en un descendiente pueden dar como resultado una personalidad

eminente; asimismo, están dispuestos a admitir que el hombre más notable rara vez se encuentra al principio, sino al final de la línea consanguínea. Pero no debería reprochárseles el verse obligados a sacar de este hecho conclusiones muy distintas de las que deducen los que quieren mantenerse únicamente en lo sensible. A estos últimos se les puede responder que, en efecto, es cierto que el hombre muestra características de sus antepasados, puesto que el elemento anímico-espiritual que penetra en la existencia física por el nacimiento toma su envoltura corporal de lo que le ofrece la herencia. Pero esto demuestra tan sólo que un ser lleva en sí las peculiaridades del medio ambiente en que se halla sumergido. Así, aunque parezca una comparación extraña y trivial, toda persona imparcial admitirá que se justifica el decir que la reaparición de las cualidades de los antepasados en un individuo no explica el origen de sus atributos personales, al igual que el estar mojado por haber caído al agua no permite ninguna conclusión con respecto a la naturaleza interior de un hombre. Además, el hecho de que el hombre más eminente se encuentra al final de una línea consanguínea, muestra que su portador necesita de ella para modelar el cuerpo que habría de conducirle al desenvolvimiento de su personalidad total; pero este hecho carece de valor probatorio sobre que el elemento personal sea hereditario; para una lógica sana, demuestra precisamente lo contrario. En efecto, si los dones personales se heredaran, tendrían que encontrarse al principio de la línea consanguínea y de allí transmitirse a los descendientes. El que se encuentren al final es precisamente una prueba de que no se heredan (2).

Por otra parte, es indiscutible que también contribuyen a la confusión quienes hablan de una causa espiritual en la vida, porque discurren a menudo de un modo demasiado general y vago. No cabe duda de que la aserción, refutada, de que la suma

de las características heredadas integra la personalidad del ser humano, puede compararse a la afirmación de que las piezas de un reloj se han reunido por sí solas para formarle; pero también hay que reconocer que muchos defensores del mundo espiritual se pasan de listos y que sus afirmaciones son tan desacertadas como las de quienes dicen: las piezas metálicas de un reloj no pueden por sí solas reunirse de forma que las manecillas se muevan en virtud de esta reunión; por lo tanto, tiene que existir algo espiritual que las empuje. Ante una afirmación de esta índole descansará sobre una base mucho más sólida quien diga: no hago caso de tales seres "místicos" que hacen avanzar unas manecillas; procuro conocer las conexiones mecánicas que ocasionan su movimiento. Poco importa, en efecto, saber solamente que tras de un mecanismo, por ejemplo el de un reloj, existe algo espiritual (el relojero); lo único significativo es conocer los pensamientos que en la mente del relojero han precedido a la construcción del reloj. Estos pensamientos podemos, en verdad, encontrarlos en el mecanismo.

Todo lo que sea puro soñar y fantasear acerca de lo suprasensible no crea sino confusión; no puede satisfacer a los críticos, y tienen razón al afirmar que una vaga alusión a seres suprasensibles en nada facilita la comprensión de los hechos. Quizá esos críticos digan lo mismo acerca de las afirmaciones concretas de la ciencia espiritual; pero entonces se puede destacar cómo los efectos de las causas espirituales ocultas se muestran en la vida manifiesta. Por ejemplo: supongamos que sea verdad lo que la investigación espiritual pretende haber averiguado mediante la observación, o sea, que después de la muerte el hombre ha pasado por un período de purificación durante el cual ha experimentado anímicamente el obstáculo que origina, para su evolución progresiva, un acto que él llevó a cabo en una vida anterior; y así, en virtud de su experiencia, se engendró en él

el impulso de enmendar los efectos de ese hecho, impulso que lleva consigo en la nueva vida y le confiere el rasgo característico que le colocará donde la corrección sea posible. Si observamos un conjunto de impulsos de esta especie, tenemos ante nosotros una de las causas kármicas de que un hombre nazca en determinado medio ambiente.

Lo mismo puede ocurrir con otra hipótesis: supongamos de nuevo que sea verdad, como afirma la ciencia oculta, que los frutos de una vida pasada se incorporan al germen espiritual del hombre y que el mundo de los espíritus donde el hombre se encuentra entre la muerte y el renacer sea la región en la que maduran dichos frutos para manifestarse en una nueva vida, transformados en disposiciones y facultades, y conformar la personalidad de manera tal que ésta sea el efecto de lo adquirido en la existencia anterior.

Quien parta de estas premisas, y con ellas observe la vida sin prejuicios, descubrirá que permiten comprender no sólo la realidad sensible en toda su plenitud y significado, sino a la vez todo aquello que permanecería para siempre incomprensible para quien se apoyara únicamente en los hechos sensibles, es decir, sin tener en cuenta el mundo espiritual. Y, ante todo, desaparecerá lo ilógico en lo citado anteriormente, esto es: del hecho de que el hombre más ilustre se encuentre al final de una línea consanguínea, deducir que su portador tiene que haber heredado sus aptitudes. La vida se vuelve razonablemente comprensible con los hechos suprasensibles que investiga la ciencia espiritual.

El concienzudo buscador de la verdad que desee orientarse en lo real, a pesar de carecer de experiencia propia del mundo suprasensible, podrá presentar una objeción de peso:

alegar que no procede admitir la existencia de ciertos hechos sólo porque de este modo se evidencia lo que, de lo contrario, es inexplicable. Semejante reparo carece de significado para quien, por su experiencia suprasensible, ha adquirido conocimiento de los hechos. Más adelante en este mismo libro, indicaremos el camino para conocer, por vivencia propia, no solamente los hechos espirituales que aquí se describen, sino también la ley de la causalidad espiritual. Mas para quien no esté dispuesto a seguir ese camino, puede tener significado la citada opinión. Y los argumentos que pueden esgrimirse para desvirtuarla también tienen su valor para el que sí esté dispuesto a seguirlo, ya que la debida acogida de esos razonamientos constituye, a la vez, el mejor paso inicial en dicho camino.

Es, en efecto, rigurosamente cierto que algo de cuya existencia no se tiene conocimiento de otro modo no debe postularse por la sola razón de que ella aclare lo que de lo contrario no tiene explicación. Sin embargo, en el caso de los hechos espirituales mencionados la situación es bastante diferente; el admitirlos no sólo trae consigo la consecuencia intelectual de que por ellos la vida se vuelva comprensible, sino que, al dar cabida a estas premisas en el pensamiento propio, se adquiere todavía otra experiencia muy distinta. Imaginémonos el caso siguiente: a una persona le sucede algo que le provoca sensaciones muy dolorosas. Puede adoptar ante el suceso dos actitudes distintas: considerarlo como incidente doloroso, entregarse quizá a esta sensación penosa, e incluso hundirse en el dolor, o bien decirse: "en realidad, yo mismo generé en mí, en una vida anterior, el impulso que me ha colocado ante lo que vivo; soy yo quien, en realidad, me lo he ocasionado"; y luego suscitar en su interior todas las sensaciones derivadas de semejante pensamiento, vivirlo con la más profunda seriedad y todo el vigor posible para que dé su resultado en la vida de la sensación y del sentimiento.

Quien lo haga adquirirá una experiencia que puede ilustrarse con la siguiente comparación: supongamos que dos personas tienen en sus manos una barra de lacre. Una de ellas se entrega a reflexiones intelectuales acerca de su "naturaleza íntima". Por inteligentes que puedan ser estas reflexiones, si esta "naturaleza íntima" no se manifiesta en algo, no deberá sorprender que se señale a esa persona como soñadora. La otra persona, en cambio, frota el lacre con un trapo de lana y comprueba que la barra atrae pequeños corpúsculos. Existe una diferencia de peso entre los pensamientos concebidos por la primera, y que le han sugerido sus reflexiones, y los de la segunda: los de aquélla no tienen consecuencia efectiva alguna, mientras que los de ésta han hecho patente una fuerza que estaba en estado latente, es decir, una realidad. Ahora bien, esto último es lo que ocurre también con toda persona que se imagina haber engendrado en sí, por una vida anterior, el impulso que la pone en presencia de determinado suceso. Esta mera imagen mental estimula en ella una fuerza real que le permite aceptar el suceso en cuestión de un modo distinto de como lo acogería si no poseyera esa imagen; se da cuenta claramente del carácter necesario del hecho que, de lo contrario, podría considerar tan sólo como una casualidad. Asimismo intuirá de un modo inmediato la exactitud de su pensamiento, puesto que éste resultó tener la virtud de revelarle la realidad. Si se repiten estos procesos interiores se convierten en un medio de fortalecimiento interno, y así hacen patente su verdad por su fecundidad y, poco a poco, esta verdad va revelando toda su potencia. Estos procesos ejercen una acción saludable tanto para el espíritu como para el alma y el cuerpo; su efecto bienhechor se extiende a la vida en todos sus aspectos. El hombre se percata de que ellos le permiten relacionarse adecuadamente con la vida en su totalidad, mientras que, si considera la parte que corresponde a una sola

existencia entre el nacimiento y la muerte, se abandona a una quimera. El conocimiento de esas verdades vigoriza al hombre anímicamente.

Sin duda que esta comprobación puramente interna de la causalidad espiritual sólo puede creársela cada cual para sí mismo en su vida interior, pero está dentro de las posibilidades de todo hombre. Quien no se la crea, no puede, naturalmente, juzgar su fuerza probatoria; quien sí lo haya hecho, ya no podrá ponerla en duda. Y no es extraño que así sea, puesto que lo que se encuentra en tan estrecha conexión con la naturaleza más íntima del hombre, su personalidad, sólo podrá demostrarse satisfactoriamente por la experiencia más íntima.

No procede alegar que esta cuestión, precisamente por tener carácter de vivencia íntima y personalísima, sea asunto privado de cada cual y que no pueda ser objeto de la ciencia espiritual. Es cierto que hay que adquirir la experiencia por uno mismo, al igual que cada uno debe convencerse por sí mismo de la prueba de un teorema matemático; pero el camino que permite llegar a esa experiencia es valedero para todos, como también lo es el método de demostrar una proposición matemática.

No queremos negar que, abstracción hecha de la observación suprasensible, la prueba citada, basada en la fuerza que crean los pensamientos respectivos, es la única que resiste toda lógica imparcial. Todas las demás argumentaciones pueden ser de mucho peso, pero siempre ofrecerán un punto débil por donde el adversario podrá atacarlas. Sin embargo, para quien haya adoptado un punto de vista suficientemente imparcial, el mero hecho de que los hombres sean susceptibles de educación constituye un fenómeno de real fuerza probatoria, lógicamente eficaz, para demostrar que, un ser espiritual pugna por obje-

tivarse dentro de la envoltura corporal. Comparará al animal con el hombre y dirá: en aquél, las cualidades y capacidades características aparecen prefijadas con el nacimiento; muestran claramente que fueron trazadas por la herencia y que se desenvuelven de conformidad con los factores ambientales. Obsérvese de qué modo preciso el polluelo lleva a cabo las funciones vitales desde su nacimiento; en el hombre, en cambio, y precisamente en función de la educación, las influencias externas que no guardan afinidad alguna con los factores hereditarios con los que tropieza actúan sobre la vida interna para relacionarse con ella. No obstante, el hombre se halla en condiciones de asimilar, de hacer suyos los efectos de esas influencias ajenas. El pedagogo sabe que del interior del hombre han de salir energías al encuentro de tales influencias, pues de lo contrario, toda instrucción y educación serían estériles. Es más, el pedagogo imparcial reconoce un nítido límite entre las disposiciones heredadas y las energías internas que se traslucen a través de dichas disposiciones y que proceden de vidas anteriores. Es verdad que para esto no se pueden aducir pruebas de tanto peso como las que permite la balanza para ciertos fenómenos físicos. Mas es por eso mismo que estas cosas constituyen lo íntimo de la vida, y para quien posea el sentido adecuado, incluso este tipo de pruebas tienen mayor virtud probatoria que la misma realidad palpable. El hecho de que se pueda amaestrar animales, esto es, que por la educación se les inculquen atributos y capacidades, no es objeción para el hombre capaz de ver lo esencial, puesto que, abstracción hecha de que por doquiera en el mundo existen estados de transición, los resultados del amaestramiento en el animal no se amalgaman con su ser individual del mismo modo que en el hombre. De hecho, incluso hay quienes destacan que se heredan las capacidades que los animales domésticos han adquirido en su convivencia con el hombre, lo que muestra que

dichas capacidades se incorporan inmediatamente a la especie y no al ejemplar. Darwin escribe que ciertos perros son capaces de traer piezas sin haberlo aprendido ni visto jamás. ¿Quién podría afirmar lo mismo de la educación humana?.

Ahora bien, existen pensadores que, por sus observaciones, trascienden la opinión de que el hombre ha sido integrado desde fuera por fuerzas puramente hereditarias y se elevan hasta la idea de que un ser espiritual, una individualidad, precede a la existencia corporal y le da su forma. Sin embargo, muchos de ellos no alcanzan a comprender que hay vidas terrenales consecutivas, ni que, en la etapa intermedia entre las vidas, los frutos de las vidas anteriores son energías que cooperan en la formación del nuevo ser. Citemos al filósofo Immanuel Hermann Fichte, hijo del gran Fichte. Encontramos en su "Antropología" el pasaje siguiente, que resume sus conclusiones: "Los padres no son los progenitores en todo el sentido de la palabra. Proporcionan la sustancia orgánica, y no solamente ésta, sino, al mismo tiempo, aquel elemento intermedio, a la vez sensorial y afectivo, que se manifiesta en el temperamento, en el peculiar matiz del ánimo, en una especificación determinada de los apetitos y en otras cosas por el estilo, y cuyo origen común lo constituye la "fantasía" en aquel amplio sentido que hemos indicado. En todos estos elementos de la personalidad, la mezcla y combinación peculiar del psiquismo paterno y materno es inequívoco, siendo, por tanto, completamente justificado el explicarlos como mero producto de la procreación, sobre todo si, como hemos debido hacerlo, la consideramos como un verdadero proceso anímico. Pero precisamente lo que aquí falta es el centro propio, terminante, de la personalidad, puesto que, examinándolo con más detenimiento, se comprueba que aquellas peculiaridades del ánimo no son sino una envoltura y un instrumento para contener las verdaderas disposiciones espirituales,

ideales, del hombre, capaces de favorecerlas o retardarlas en su desarrollo, pero en ningún caso capaces de originarlas por sí mismos". Y más adelante leemos lo siguiente: "Todo hombre preexiste según su forma espiritual fundamental, puesto que, considerado espiritualmente, ningún individuo se parece a otro, como tampoco ninguna especie animal se parece a otra". Estos pensamientos de Fichte alcanzan solamente a reconocer la penetración de una entidad espiritual en la corporalidad física del hombre; pero dado que este filósofo no deriva de causas de vidas anteriores las fuerzas formativas de tal entidad espiritual, ésta habría de surgir de un fondo divino primordial con cada nacimiento de un individuo. Aceptando esta hipótesis, no existiría ninguna posibilidad de explicar el parentesco que existe entre las disposiciones que desde el interior del hombre pugnan por objetivarse externamente, y lo que, procedente del ambiente exterior terrestre, penetra en dicho interior en el curso de la vida. Si la interioridad humana en cada individuo procediera de un fondo primitivo divino, tendría que sentirse completamente extraña a lo que sale a su encuentro en la vida terrenal. Esto no sucederá únicamente si —como en verdad ha sido— ese interior humano ya había sido vinculado con el mundo exterior, es decir, si en éste no vive por primera vez. El pedagogo sin prejuicios puede percatarse claramente de lo siguiente: de los resultados de mi vida terrenal le ofrezco a mi discípulo algo que, aunque extraño a sus facultades puramente heredadas, le produce, sin embargo, la sensación de haber participado en el trabajo del que proceden estos frutos. Sólo las vidas terrenales repetidas, junto con los hechos expuestos por la investigación espiritual y que tienen lugar en el lapso entre las vidas terrenales, pueden ofrecer una explicación satisfactoria de la vida humana actual, considerada en todos sus aspectos.

Empleamos intencionalmente la expresión vida humana "actual", puesto que la investigación espiritual muestra que hubo un tiempo en que comenzó el ciclo de las vidas terrenales y en el que, para el ser espiritual del hombre que penetra en la envoltura corporal, existían condiciones distintas a las actuales. En los capítulos que siguen nos remontaremos a este estado primordial del ser humano. Y una vez que hayamos mostrado cómo ha adquirido este ser humano su forma actual, en relación con la evolución de la Tierra, podremos indicar de un modo todavía más preciso cómo el núcleo espiritual del hombre penetra en las envolturas corporales, viniendo de mundos suprasensibles, y cómo se forma la ley espiritual de causalidad, esto es, el "destino humano".

NOTAS AL TERCER CAPÍTULO

(1) La relación entre el sueño y la fatiga casi nunca se examina en la forma exigida por los hechos. Se cree que el sueño se produce a consecuencia del cansancio. Esta idea es demasiado simple, como puede mostrárnoslo el hecho de que una conferencia o discurso sin interés, o algo parecido, provoca el sueño en oyentes que no sienten ningún cansancio. Quien afirma que, en tales ocasiones, el oyente simplemente se cansa, trata de explicar los hechos por un método desprovisto de todo rigor cognoscitivo. La observación imparcial no puede menos que llegar a la conclusión de que el sueño y la vigilia representan relaciones distintas entre el alma y el cuerpo, relaciones que en el curso normal de la vida tienen que alternar en sucesión rítmica, como la oscilación pendular a derecha e izquierda. Esta observación imparcial nos revela que, por llenarse el alma de las impresiones del mundo exterior, surge en ella el deseo de penetrar, después de este estado, en otro distinto, en el cual es absorbida por el goce de su propia corporeidad. Alternan los dos estados: el entregarse a las impresiones exteriores con el abandonarse a la propia corporeidad. En el primer estado

se genera inconscientemente el deseo de penetrar en el segundo, el cual transcurre a su vez en la inconsciencia. La fatiga es la expresión del deseo de gozar la propia esencia. De manera que uno se siente cansado porque quiere dormir, y no es que quiera dormir porque se sienta cansado. Pero dado que el alma humana puede provocar en sí misma voluntariamente los estados que en la vida normal se presentan por necesidad, es posible que, al perder el interés por una impresión exterior determinada, ella genere en sí el deseo de gozar de su corporalidad, es decir, que se duerma aunque la condición fisiológica no ofrezca motivo para ello.

* * *

(2) La afirmación de que los dones personales del hombre, si se hallasen sometidos simplemente a la ley de la herencia, deberían aparecer no al final, sino al principio de una línea consanguínea, podría dar lugar muy fácilmente a una interpretación errónea. Se podría decir: claro está que dichos dones no pueden manifestarse al principio, puesto que están todavía por desarrollarse. Pero tal objeción no sería válida, ya que para demostrar que algo se ha heredado de un antepasado, debe mostrarse cómo se encuentra de nuevo en el descendiente lo que ya existía previamente. Si se mostrase que, al principio de una línea consanguínea, estaba presente algo que luego volvió a encontrarse en el curso ulterior de la evolución, entonces si podríamos hablar de herencia. Pero esto no es posible si no es hasta el final, que aparece algo que no existía al principio. La inversión de la frase arriba citada se hizo solamente para mostrar que la idea de la transmisión hereditaria es una imposibilidad.

IV.

LA EVOLUCION DEL MUNDO Y EL HOMBRE

Las consideraciones que anteceden nos llevaron a reconocer que la entidad del hombre queda integrada por cuatro miembros: el cuerpo físico, el cuerpo etéreo, el cuerpo astral y el portador del "yo". El "yo" labora dentro de los otros tres miembros y los transforma. En virtud de estas transformaciones se generan, en un escalón inferior, el alma sensible, la racional y la consciente; y en un escalón superior se forman el yo espiritual, el espíritu de vida y el hombre espíritu. Estos aspectos de la naturaleza humana se hallan en las más variadas relaciones con todo el Universo, y su desarrollo está ligado al de éste. Mediante el estudio de este proceso se penetra en misterios más profundos de la entidad humana.

Es evidente que la vida del hombre guarda, en las direcciones más diversas, relación con el ambiente, con el lugar en que se desenvuelve. Ahora bien, ya la ciencia oficial se ha visto impelida, por los hechos a su alcance a reconocer que la Tierra misma, morada del hombre en el sentido más amplio, ha pasado por una evolución. Dicha ciencia da cuenta de estados en la existencia terrestre dentro de los cuales el hombre, en su forma actual, no existía todavía en nuestro planeta; muestra cómo la humanidad, partiendo de una cultura rudimentaria, ha

venido elevándose, poco a poco, hasta las condiciones actuales. Por consiguiente, también esta ciencia llega a la conclusión de que existe una conexión entre la evolución del hombre y su planeta la Tierra.

La ciencia espiritual* estudia esta conexión con base en los hechos cuyo conocimiento se hace posible gracias a la percepción agudizada por los órganos espirituales; observa al hombre retrospectivamente en su evolución, y descubre que su verdadero ser interior, su entidad espiritual, ha pasado por una serie de vidas en la Tierra. De este modo, la investigación espiritual se retrotrae hasta un momento de un pasado remoto en que ese ser interior se adentró por primera vez en una vida exterior tal como la concebimos hoy. Fue en esa primera encarnación terrenal cuando el "yo" comenzó a desplegar su actividad dentro de los cuerpos astral, vital y físico, llevando luego consigo los frutos de esta actividad a la vida siguiente.

Si en nuestra observación retrospectiva nos remontamos hasta ese momento, descubrimos que el "yo" se encuentra ahí con un estado terrenal dentro del cual los tres cuerpos —físico, etéreo y astral— ya están desarrollados y guardan cierta relación entre sí; se une por primera vez con esa entidad compuesta de los tres cuerpos y, desde ese momento, participa en su desenvolvimiento ulterior. Con anterioridad, ellos habían evolucionado sin un yo humano, como preparación previa al grado de desarrollo en que fue posible el encuentro.

Sin embargo, la ciencia espiritual debe remontarse todavía más atrás en su investigación para llegar a responder a las preguntas siguientes: ¿Cómo alcanzaron los tres cuerpos el grado de desarrollo que les permitió dar cabida a un "yo"? ¿Cómo fue creado, a su vez, ese yo, y cómo adquirió la capacidad de ejercer su acción dentro de estos cuerpos?

La respuesta a estas preguntas sólo es posible si se estudia el desenvolvimiento del propio planeta Tierra desde el punto de vista de la ciencia espiritual. Mediante esta investigación se llega a descubrir que este planeta tuvo un comienzo, descubrimiento imposible de lograr si nos apoyamos exclusivamente en los hechos accesibles a los sentidos físicos. Cierta teoría que no acepta sino conclusiones basadas en lo físico llega al resultado de que toda la substancia terrestre se ha formado de una nebulosa original. No puede ser objeto del presente libro abordar más de cerca esas ideas. En efecto, para la investigación espiritual se trata de considerar, no solamente los procesos materiales de la evolución de la Tierra, sino, sobre todo, las causas espirituales que yacen tras lo material. Si vemos a un hombre levantando la mano, el movimiento pude sugerirnos dos modos distintos de considerar el hecho: el estudiar el mecanismo del brazo y del resto del organismo y descubrir el proceso tal como se desenvuelve de un modo puramente físico. O bien, podemos dirigir nuestra mirada espiritual hacia lo que tiene lugar en el alma del hombre y que constituye la causa anímica de que éste levante la mano. De un modo análogo, el investigador espiritual percibe procesos espirituales tras todos los procesos del mundo sensible; para él toda transformación de lo material de nuestro planeta es manifestación de fuerzas espirituales existentes tras ello. Pero si esta observación espiritual retrospectiva va más y más lejos en la vida de la Tierra, llega a un momento antes del cual no había materia alguna: lo material se ha generado a partir de lo espiritual. Anteriormente sólo existía el espíritu que, más tarde, se condensa en parte, por decirlo así, para dar origen a la materia. Así asistimos a un proceso similar, si bien a un nivel más elevado, al que observamos cuando, en el seno del agua de un recipiente, poco a poco, se va formando hielo por congelación. Del mismo modo que aquí se ve cómo

una parte de lo que antes era solamente agua se condensa y se transforma en hielo, así también por la observación espiritual se puede ver cómo un elemento que antes era puramente espiritual se condensa en cierto modo y da origen a objetos, procesos y seres materiales. Así es cómo nuestro planeta ha surgido de una entidad cósmica espiritual; y todo lo material relacionado con él es una condensación de lo espiritual unido antes a él. Con todo, no debemos imaginarnos que, en un momento dado, todo lo espiritual se ha convertido en materia; la materia representa solamente porciones transformadas de sustancia espiritual primordial; el espíritu continúa siendo el principio rector y soberano durante todo el período material de la evolución.

Es obvio que el punto de vista que quiere atenerse únicamente a los procesos físicos sensibles, y a lo que el entendimiento es capaz de inferir de estos procesos, no está en condiciones de opinar acerca del elemento espiritual en cuestión. Supongamos un ser que no posea sino sentidos capaces de percibir el hielo, mas no el estado líquido del agua; para él, el agua no existiría; la percibiría tan sólo en la medida en que parte de ella se hubiera transformado en hielo. Asimismo, el elemento espiritual que se halla tras los procesos terrestres permanece oculto para el hombre si éste no quiere admitir más que lo que registran los sentidos físicos. Y si, partiendo de los hechos físicos actualmente a su alcance, el hombre se forma conclusiones acertadas relativas a estados anteriores del planeta Tierra, no llega sino al punto de la evolución en que el elemento espiritual precedente se condensó en parte para formar la materia. Tal método de observación no llega a conocer el elemento espiritual precedente, al igual que tampoco conoce el que, invisible, sigue operando actualmente tras la materia.

Sólo en los últimos capítulos del presente libro podremos referirnos a las sendas a través de las cuales el hombre adquiere la capacidad de ver, retrospectivamente por percepción espiritual, los estados anteriores de la tierra a que nos hemos referido. Por el momento mencionaremos solamente que los hechos, aun los más remotos, subsisten para la investigación espiritual. Así, cuando un ser se realiza en una existencia corporal, lo material se desintegra con su muerte corporal; no así las energías espirituales que hicieron surgir de sí mismas este elemento corporal: dejaron impresas en el fundamento espiritual del mundo sus huellas, sus réplicas exactas. Y el que, a través de lo visible, es capaz de elevar su percepción a lo invisible, acaba por tener ante sí algo que podría compararse a un grandioso panorama espiritual en el que se hallan registrados todos los procesos pasados del mundo. Estas huellas imperecederas de todo lo espiritual podemos llamarlas "anales akásicos", teniendo en cuenta que se designa con la expresión "esencia akásica" el elemento espiritual permanente del suceder universal, en contraposición a las formas transitorias de este suceder. Pero hemos de repetir aquí que las investigaciones en los dominios suprasensibles sólo pueden llevarse a cabo por medio de la percepción espiritual y, por lo tanto, en lo que se refiere a la protohistoria de la Tierra, sólo mediante la lectura de los mencionados "anales akásicos". No obstante, también aquí es válido lo que ya hemos dicho más arriba: los hechos suprasensibles sólo pueden investigarse por medio de la percepción suprasensible, pero, una vez investigados, si la ciencia de lo suprasensible los transmite, puede comprenderlos el pensar habitual con tal de que éste procure ser realmente imparcial. En las páginas que siguen vamos a exponer los estados evolutivos de la Tierra, tal como los registra la ciencia espiritual; seguiremos sus transformaciones hasta llegar a su actual condición de vida.

Ahora bien, el pensador realmente imparcial que contemple lo que hoy día le ofrece la mera percepción sensoria, y luego pase a asimilar lo que el conocimiento suprasensible informa sobre la evolución de lo actual desde tiempos muy remotos, podrá llegar a la conclusión: primero, es perfectamente lógico lo que este conocimiento relata; segundo, que suponiendo la veracidad de estos relatos, puede comprender que las cosas han evolucionado hasta tomar la forma en que actualmente se presentan ante él. Claro está que, al hablar de "lógica" a propósito de esto, no pretendemos que, en una y otra de las descripciones dadas por la investigación suprasensible, no puedan encontrarse errores de lógica. Aquí nos referimos a "lógica" sólo en el sentido en que esta palabra se usa en la vida corriente, en la que la exposición lógica se considera fundamental, sin que esto excluya el que el relator de los hechos de determinado dominio empírico pueda cometer errores de lógica; lo mismo sucede con la investigación superior. Incluso puede suceder que un investigador capaz de percibir en las regiones suprasensibles, incurra en errores de lógica en su exposición, y que entonces lo corrija otra persona que, sin percibir nada en dichas regiones, posea capacidad de un razonamiento impecable. Pero, en el fondo, nada puede objetarse contra la lógica que se emplea en la investigación espiritual; y hasta tendría que parecer superfluo insistir en que ningún argumento lógico puede tener validez contra los hechos. Así como, en el mundo físico, la existencia de una ballena no puede demostrarse por razones lógicas, sino sólo por evidencia ocular, así también los hechos suprasensibles no pueden reconocerse sino mediante la percepción espiritual. No obstante, nunca se insistirá suficientemente en que para el investigador espiritual es una necesidad el que se forme primero una idea de lo que persigue, precisamente por los caminos de la lógica a que aludimos, antes de acercarse a los mundos supe-

riores por percepción propia, así como también el que reconozca que el mundo sensible manifiesto aparece inteligible por doquiera, si se admiten como exactos los resultados de la ciencia oculta. Toda experiencia en el mundo suprasensible no es sino un dudoso, y hasta peligroso, andar a tientas, si se desdeña la senda preparatoria que hemos caracterizado. Por esta razón, en este libro empezamos señalando los hechos suprasensibles relacionados con la evolución de la Tierra, antes de describir la senda que conduce a su conocimiento. También hay que tener en cuenta que quien se familiariza, mediante el puro pensar, con las afirmaciones de la ciencia espiritual, no se encuentra, ni mucho menos, en la misma situación que quien escucha la relación de un proceso físico que él no puede personalmente comprobar. En efecto, el pensar puro ya es, por sí mismo, una actividad suprasensible; el pensar, como actividad sensible, no puede conducir por sí solo a procesos suprasensibles; pero si uno lo aplica a los hechos suprasensibles relatados por la percepción suprasensible, entonces, por su propio crecimiento, ese pensar se interna en el mundo suprasensible. E incluso uno de los mejores medios para llegar a la percepción directa de aquellas regiones, es crecer en el mundo superior por medio de la reflexión sobre lo que sustenta el conocimiento suprasensible; significa alcanzarlo con la mayor claridad posible. Es por ello que determinado enfoque de la investigación científico-espiritual considera este pensar como el primer escalón sólido de toda disciplina esotérica. También se comprenderá, sin dificultad, que en esta obra no se puede tratar de tomar, uno por uno, todos los detalles de la evolución de la Tierra, percibida en espíritu, para demostrar en cada caso cómo lo suprasensible se halla corroborado por lo manifiesto. No hemos tenido tal intención al decir que lo oculto puede demostrarse en todas partes por sus efectos manifiestos; lo que hemos querido dar a entender es que todo

lo que sale al encuentro del hombre, puede tornársele luminoso y comprensible a cada paso, si él proyecta sobre los procesos manifiestos la luz que le facilita la ciencia oculta. Sólo en ciertos casos característicos, y a título de ejemplo, haremos referencia a corroboraciones de lo oculto por lo manifiesto, para mostrar cómo, en el curso de la vida práctica, puede hacerse lo mismo dondequiera que se desee.

* * *

Siguiendo retrospectivamente, mediante la investigación científico-espiritual, la evolución de la Tierra, llegamos a una etapa en la que la condición de nuestro planeta era puramente espiritual. Pero si nos alejamos todavía más en esta investigación, encontramos que el elemento espiritual ya había pasado anteriormente por una especie de incorporación física. Nos damos cuenta, entonces, que ya había existido un estado planetario físico, estado que más tarde se espiritualizó, para convertirse, después, en nuestra Tierra en virtud de una nueva materialización. Así pues, nuestra Tierra es, en realidad, la reincorporación de un planeta que ya existía en tiempos remotos. Y todavía puede retroceder más la ciencia espiritual y llegar a comprobar que todo ese proceso ya se había efectuado otras dos veces; que nuestra Tierra había pasado por tres etapas planetarias anteriores, separadas por estados intermedios de espiritualización, con la peculiaridad de que el elemento físico era más sutil cuanto más remoto.

A lo que sigue, puede insinuarse el siguiente reparo: ¿Cómo es posible que el juicio sano admita la existencia de estados cósmicos tan distantes? A lo que podemos responder que, para quien sea capaz de percibir lo espiritual presente escondido en lo sensible manifiesto, no constituye imposibilidad alguna captar, realmente intuir, estados anteriores de la evolución, por

remotos que sean. Sólo quien niega la existencia de este elemento espiritual escondido en el presente, no puede aceptar una evolución como aquella a la que nos estamos refiriendo. En cambio, quien admite semejante elemento, no duda que, en la contemplación del estado actual, le es dado, a la vez, el estado anterior, del mismo modo que en la presencia de un hombre de cincuenta años se halla contenido el niño de un año. Aún se podría objetar en este caso que, además del hombre de cincuenta años, tenemos ante nosotros niños de un año, así como todos los estados intermedios. Esto es cierto; pero también lo es para la evolución del elemento espiritual al que nos referimos: en la observación íntegra de lo actual que incluye también lo espiritual, se han conservado los estados evolutivos del pasado, al lado de los escalones de la existencia que han progresado hasta la perfección del momento actual, del mismo modo que existen niños de un año junto al hombre de cincuenta. O sea, dentro del suceder terrenal del presente se puede llegar a una visión del suceder primordial, siempre que haya capacidad de distinguir los diferentes estados sucesivos de la evolución.

¿Y el hombre? Él no aparece en la forma en que se desarrolla actualmente hasta la cuarta de las incorporaciones planetarias mencionadas, es decir, la que llamamos Tierra propiamente. Y lo esencial de esta forma es que el hombre se halla integrado por los cuatro miembros constitutivos descritos, forma que no habría podido concretarse de no haber existido una preparación a lo largo de la evolución precedente. Para que pudiera llevarse a cabo se desarrollaron, en la incorporación planetaria anterior, seres que ya poseían tres de los cuatro miembros constitutivos humanos actuales: los cuerpos físico, etéreo y astral. Estos seres, en cierto modo los "antepasados" del hombre, aunque sin posesión de un "yo", ya llevaron a cierta perfección los otros tres miembros, así como su conexión e interacción hasta llegar a

aquella madurez que permitiera dar cabida al "yo". El antepasado del hombre, pues, alcanzó cierto estado de madurez de sus tres miembros constitutivos durante la incorporación planetaria anterior, estado que culminó en una espiritualización y luego en el nacimiento de un nuevo estado planetario físico, esto es, el de la Tierra, que ya contenía, como si fueran gérmenes, los antepasados del hombre ya maduros. Por el hecho de que todo el planeta había pasado por un período de espiritualización y resurgido en una nueva forma, pudo brindar a los gérmenes provistos de los cuerpos físico, etéreo y astral, contenidos en él, no sólo la ocasión de volver a desarrollarse hasta el nivel anterior, sino también una posibilidad nueva, a saber: tras la altura alcanzada, sobrepasarse a sí mismos mediante la integración del "yo". Por consiguiente, el ciclo terrestre se divide en dos partes: en la primera, la Tierra misma apareció como una reincorporación de un estado planetario anterior. Pero este estado de repetición, en virtud de la espiritualización que entre ambas había tenido lugar, fue superior al de la incorporación precedente. La tierra contiene entonces los gérmenes de los antepasados humanos del planeta precedente. Estos antepasados se desarrollan al principio hasta la altura en que ya se habían encontrado, y al haberlo cumplido, termina el primer período. A partir de ese momento, la Tierra, por su parte, gracias a ese nuevo nivel superior evolutivo, podía llevar todavía más lejos el desarrollo de aquellos gérmenes, capacitándolos para recibir el "Yo"; y así entramos en la segunda fase del ciclo terrestre, la que corresponde al despliegue del yo en los cuerpos físico, etéreo y astral.

Del mismo modo que el ciclo terrestre le permitió al hombre ascender un escalón en su desenvolvimiento, así también había vivido sendos procesos de ascenso en las incorporaciones planetarias anteriores, ya que, desde la primera de ellas, algo ex-

istía del hombre actual. Por consiguiente, si nos remontamos en el curso de su evolución hasta el pasado más remoto de la primera de las incorporaciones planetarias mencionadas, captamos más claramente la constitución actual del ser humano. En la terminología de la investigación suprasensible podemos dar el nombre de Saturno a esta primera incorporación planetaria; el de Sol, a la segunda; el de Luna, a la tercera, y el de Tierra propiamente, a la cuarta. Con todo, téngase muy presente que, por de pronto, estas denominaciones no deberán relacionarse con las similares que se emplean para los miembros de nuestro actual sistema planetario. Saturno, Sol y Luna no son sino nombres para formas pretéritas de la Tierra. En el curso de las consideraciones que siguen, se aclarará la relación que pueda existir entre esos mundos de tiempos pasados y los cuerpos celestes que constituyen nuestro sistema solar, y entonces justificaremos asimismo el porqué se han escogido esos nombres (1).

Describiremos tan sólo a manera de esbozo las condiciones de las cuatro incorporaciones planetarias mencionadas, puesto que los procesos, los seres y sus destinos en Saturno, Sol y Luna, son tan multiformes como en la misma Tierra. Por esta razón, en nuestra descripción, no pondremos de relieve sino algunos detalles característicos de dichas condiciones, apropiados para ilustrar cómo estados precedentes dieron origen a los de la Tierra. Con todo, hay que tener también en cuenta que, a medida que nos remontamos al pasado, las condiciones son cada vez más disímiles de las actuales; y, sin embargo, sólo podemos describirlas recurriendo a las representaciones sacadas de nuestras actuales condiciones terrestres. Si, por ejemplo, hacemos referencia a la luz, calor u otros fenómenos similares, en relación con aquellos estados anteriores, no olvidemos que no se trata exactamente de lo que hoy día se conoce bajo esos términos; a pesar de ello, estas denominaciones no dejan de ser

adecuadas, ya que el observador de lo suprasensible discierne, en los escalones evolutivos que precedieron, algo que ha dado origen a lo que hoy día es luz, calor, etc. Y así, el que estudie las correspondientes descripciones podrá muy bien deducir del contexto en que se hallan qué representaciones deberá formarse para obtener imágenes y símiles que representen los hechos que tuvieron lugar en un pasado remoto.

Esta dificultad se hace particularmente notoria para los estados planetarios anteriores a la incorporación lunar, pues durante esta última reinaban condiciones que no dejan de presentar cierta semejanza con las de la Tierra. Quien se proponga describirlas, encuentra, en las analogías con el presente, ciertos puntos de apoyo para expresar, con bastante claridad, las percepciones adquiridas por la visión suprasensible; lo que no es posible cuando se trata de describir el ciclo saturnal o solar. Lo que corresponde a estos dos ciclos, se ofrece a la observación clarividente en grado tan distinto a todo lo relacionado con la esfera de nuestra actual vida humana, que es sumamente difícil que la conciencia suprasensible pueda hacer suyos los hechos de tiempos tan remotos. Pero no es posible prescindir de alguna descripción del estado saturnal y solar, si queremos comprender la entidad humana actual. Confío en que, hecha esta advertencia, las descripciones que sigan no originarán malentendidos; mucho de lo que se diga, más que descripción exacta, será simple indicación o alusión a los hechos correspondientes.

No faltará quien encuentre una contradicción entre lo que hemos dicho y continuaremos diciendo, y lo que quedó dicho acerca de cómo lo anterior persiste en lo presente. Podría alegarse que, dentro del estado terrestre actual, no hay nada que corresponda a un estado saturnal, solar o lunar anterior, ni tampoco una forma humana similar a la que describiremos tal

y como ha existido en aquellos remotos estados. Sin duda, no encontramos hombres saturnales, solares o lunares contemporáneos a los terrenales, tal como encontramos niños de tres años al lado de adultos de cincuenta; mas el clarividente percibe dentro del hombre terrenal los estados anteriores de la humanidad. Obviamente, para reconocer esto, es necesario haber alcanzado el discernimiento que abarca toda la amplitud de las condiciones vitales; junto al hombre de cincuenta años existe el niño de tres; asimismo, simultáneamente al hombre terrenal vivo y despierto, existen el cadáver, el hombre que duerme y el que sueña, estados de manifestación de la entidad humana que, tal como son actualmente, no corresponden de un modo inmediato a aquellos escalones pretéritos de la evolución; sin embargo, una percepción adecuada reconoce que son reminiscencias suyas.

* * *

De los cuatro miembros constitutivos actuales de la entidad humana, el cuerpo físico es el más antiguo; es también, pues, el que ha alcanzado la mayor perfección; este cuerpo físico ya existía durante el ciclo saturnal, si bien su forma entonces era completamente distinta a la del cuerpo humano físico actual cuya configuración propia sólo es posible si se halla en asociación con el cuerpo etéreo, el astral y el yo, conforme lo describimos. En Saturno, todavía no existía una conexión de esta especie; el cuerpo físico pasaba por el primer grado de su evolución sin que se hallaran incorporados a él un cuerpo etéreo, un astral y un yo; necesitó adquirir la suficiente madurez en el ciclo saturnal para recibir un cuerpo etéreo. A fin de que se pudiera llevar a cabo esta asociación, Saturno debió primeramente espiritualizarse y luego reincorporarse como Sol, y durante esta incorporación, lo que en Saturno había devenido el cuerpo físico

en recapitulación se desarrolló de nuevo como partiendo de un germen heredado del período anterior. En estas condiciones pudo quedar impregnado de un cuerpo etéreo, lo que implicó la transformación y elevación del cuerpo físico a un segundo grado de perfeccionamiento. Fenómeno semejante tuvo lugar durante el ciclo lunar: el antepasado del hombre, habiendo pasado del Sol a la Luna en su evolución, incorporó el cuerpo astral, con lo cual se modificó por segunda vez el cuerpo físico, que se elevó a un tercer grado de su perfeccionamiento. Sufrió asimismo el cuerpo vital la metamorfosis que consistió en pasar al segundo grado de su perfeccionamiento. Finalmente, en la Tierra, se incorporó el yo al antepasado del hombre, integrado, como hemos visto, de cuerpos físico, etéreo y astral. De este modo, el físico alcanzó su cuarto grado de perfección; el etéreo, el tercero, y el cuerpo astral, el segundo, en tanto que el yo quedó solamente en el primer escalón de su desarrollo.

Si estudiamos al hombre, sin prejuicios, podremos representarnos sin dificultad cómo fueron perfeccionándose cada uno de sus miembros constitutivos. Basta con comparar el cuerpo físico con el astral a este respecto. Desde luego que éste, por ser miembro anímico, se encuentra en un escalón más elevado de la evolución que el físico, y, una vez que se haya perfeccionado en el porvenir, significará para la entidad total del hombre mucho más que el cuerpo físico actual. No obstante, a su modo este último ha alcanzado un nivel de desarrollo superior. Consideremos tan sólo la estructura del corazón, reflejo de una admirable sabiduría, la estructura maravillosa del cerebro, etc., y hasta la de un fragmento cualquiera de algún hueso, por ejemplo el de la extremidad superior del fémur, en la que encontramos una malla o armazón ordenado orgánicamente y compuesto de bastoncitos finísimos. El conjunto está dispuesto de tal manera que, con el mínimo de materia posible, se logra el efecto más fa-

vorable sobre las superficies articulares, por ejemplo la más racional distribución del rozamiento y, por consiguiente, un tipo adecuado de movilidad. Así pues, encontramos sabiduría en las diversas partes del cuerpo físico. Y si consideramos, además, la cooperación armoniosa entre las partes y el todo, hemos de darnos cuenta que es acertado el reconocer la "perfección" de este miembro de la entidad humana. No hace falta detenernos en que, en ciertos lugares, pueden producirse fenómenos aparentemente inadecuados, o desajustes en la estructura o en las funciones; y en estos casos llegar a descubrir que, en cierto modo, estas fallas no son sino la sombra inevitable de una luminosa sabiduría que, de todos modos, se halla derramada por todo el organismo físico.

Compárese ahora con esto el cuerpo astral como vehículo de placer y dolor, de deseos y pasiones. ¡Qué inseguridad reina en él en lo tocante a placer y dolor; qué deseos y pasiones se manifiestan en él, a menudo absurdos y nefastos para el fin elevado del hombre! Y es que el cuerpo astral se encuentra apenas en el camino hacia aquella armonía y entereza interior que ya encontramos objetivada en el cuerpo físico. Podríamos mostrar asimismo que, a su modo, el cuerpo etéreo sobrepasa al astral en perfección, pero es menos perfecto que el físico; y una observación adecuada nos revelaría igualmente que el núcleo propiamente dicho de la entidad humana, el "yo", se encuentra actualmente nada más que en el umbral de sus sucesivas evoluciones. En efecto: ¿cuánto es lo que éste ha realizado hasta hoy en su misión de transformar los demás miembros de la entidad humana en forma tal que sean manifestación de su naturaleza propia? Las conclusiones que, de este modo, ya se imponen a la observación exterior, se hallan corroboradas para el conocedor de la ciencia espiritual, aun por otras consideraciones. Así, alguien podría alegar que el cuerpo físico está sujeto a enferme-

dades; al respecto, la ciencia espiritual se halla en condiciones de mostrar que gran parte de ellas proceden de las aberraciones, de los extravíos que el cuerpo astral transmite al etéreo, llegando así, a través de éste, a perturbar la armonía perfecta en sí, del cuerpo físico. Y es que ciertos aspectos más profundos de esta dependencia, que aquí tan sólo aludimos, así como también la verdadera causa de muchos procesos patológicos, se sustraen a la observación científica que se circunscribe a los hechos físico-sensibles. En la mayoría de los casos, la acción del cuerpo astral sobre el físico tiene lugar en forma tal, que los daños en aquél ocasionan fenómenos patológicos en éste, no en la misma vida en que el daño se ha producido, sino en una posterior. Por esta razón, las leyes que aquí entran en consideración tienen significado sólo para el que esté dispuesto a aceptar la repetición de las vidas humanas. Pero incluso pasando por alto estas nociones profundas, la simple observación de la vida humana muestra que el hombre se entrega con demasía a placeres y deseos que destruyen el equilibrio del cuerpo físico. ¡Y el goce, el deseo y la pasión tienen su asiento, no en este cuerpo, sino en el astral!, todavía tan imperfecto en muchos aspectos que pueden destruir la perfección del físico. Insistimos aquí nuevamente sobre el hecho de que con estas explicaciones no se pretende demostrar las afirmaciones de la ciencia espiritual acerca del desarrollo diferencial de los cuatro miembros constitutivos de la entidad humana; las pruebas se hallan implícitas en los resultados de la investigación espiritual, que muestran que el cuerpo físico ha pasado por cuatro metamorfosis para alcanzar grados superiores de perfeccionamiento, y que los otros miembros, como ya lo hemos descrito, han pasado por un número menor de transformaciones. Aquí sólo hemos querido indicar que esas informaciones de la investigación espiritual se refieren a hechos cuyos efectos se ponen en evidencia en los grados de

perfeccionamiento, incluso observables exteriormente, de los cuerpos físico, etéreo y astral.

* * *

Si queremos formarnos una idea pictórica aproximada de las condiciones que reinaban durante el ciclo de Saturno, hemos de tener en cuenta que, en lo esencial, durante este ciclo, no existía ninguno de los objetos y criaturas que pertenecen actualmente a la Tierra y que constituyen los reinos mineral, vegetal y animal, pues los seres de estos tres reinos no se formaron hasta períodos posteriores de la evolución. De los seres terrestres perceptibles hoy día físicamente, no existía sino el hombre, pero sólo con el cuerpo físico conforme lo describimos. Pero eso no es todo: del mismo modo que, en la actualidad, forman parte de la Tierra no sólo los seres de los reinos mineral, vegetal, animal y humano, sino asimismo otros que no poseen cuerpo físico, así también en el escenario de Saturno estaban presentes tales seres, y su actividad dio por resultado la evolución ulterior del hombre.

Si se dirigen los órganos de percepción espiritual, por de pronto no hacia el origen o el fin, sino hacia el período medio de esta incorporación saturnal, aparece en ella un estado que, en lo principal, no es sino "calor"; nada hay en él de elemento gaseoso, liquido o sólido, estados que sólo aparecerán en incorporaciones posteriores. Supongamos que un ser humano con los órganos sensorios actuales se acercase como observador a ese estado saturnal: aparte de la sensación calórica no experimentaría ninguna de las impresiones sensorias que puede tener actualmente. Suponiendo, pues, que un ser humano de esta especie se acercase al espacio ocupado por Saturno, notaría solamente, al penetrar en él, un calor distinto al del espacio que

le rodea, calor no uniforme, sino que se alternarían áreas más frías y calientes en las formas más diversas, es decir, percibiría radiaciones de calor orientadas según ciertas líneas. Estas líneas no serían siempre rectas, sino que, en virtud de las diferencias de temperatura, se originarían formas irregulares. Nuestro hipotético espectador tendría ante sí una entidad cósmica estructurada, constituida por calor solamente, manifestándose en estados cambiantes.

Debe de ser difícil para el hombre de nuestra época imaginarse algo que conste tan sólo de calor, ya que está acostumbrado, no a considerarlo como algo en sí, sino como mero atributo de los cuerpos, ya sean gaseosos, líquidos o sólidos. Especialmente le parecerá absurdo que se hable de "calor" en el sentido indicado, a quien haya adoptado los conceptos de la física moderna, pues considerará que existen cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos, y que el calor es solamente el estado en que se encuentran: cuando las partículas de gas se hallan en movimiento, se registra este movimiento como calor; a la inversa, donde no hay gas no puede haber movimiento ni, por tanto, calor. Para el investigador científico-espiritual, las cosas se presentan de otro modo: para él el calor es algo de lo que habla en el mismo sentido en que habla de un gas, de un líquido o de un cuerpo sólido; simplemente es una substancia todavía más sutil que un gas. El gas, a su vez, no es para él sino calor condensado, lo mismo que el líquido es vapor condensado, o el cuerpo sólido es líquido condensado. Así, pues, el ocultista se refiere a cuerpos caloricos como se refiere a cuerpos gaseosos o vaporosos. Para seguirle en esta interpretación, sólo necesitamos admitir que, además de la percepción sensoria, existe también la anímica. No cabe duda de que, en el mundo de aquélla, el calor se presenta como un estado de lo sólido, líquido o gaseoso; pero este estado no es más que el aspecto exterior del calor, o también su efecto.

Los físicos se ocupan solamente de este efecto del calor, y no de su naturaleza íntima. Procúrese hacer abstracción total del efecto del calor que se percibe por medio de cuerpos exteriores, y represéntese solamente la vivencia interior que se experimenta al decir: "siento calor", o "siento frío". Sólo esta vivencia interior puede darnos una idea de lo que era Saturno en el referido período; se habría podido recorrer todo el espacio por él ocupado sin encontrar un gas capaz de ejercer una presión, ni un cuerpo líquido o sólido capaz de suministrar una impresión luminosa. Pero en todo lugar de este espacio, aunque sin ninguna influencia exterior, la sensación interna hubiera sido: "aquí reina tal o cual grado de calor".

Un cuerpo cósmico así constituido no ofrecería condiciones adecuadas para los animales, vegetales y minerales de nuestro tiempo. (Es superfluo decir que lo que antecede nunca podría ocurrir en la realidad: un hombre con su actual constitución no podría explorar el antiguo Saturno en calidad de observador; nuestra pequeña reflexión ha sido hecha a título de ilustración únicamente). Las entidades, de cuya existencia se percata el conocimiento suprasensible al observar Saturno, se encontraban en un grado de evolución muy distinto al de los seres terrestres actuales, perceptibles en el mundo sensible. Ante esta facultad cognoscitiva aparecen, en primera instancia, seres que no tenían un cuerpo físico como el hombre de nuestra época. Al referirnos aquí a "cuerpo físico", no hay que imaginar la corporalidad física tal como hoy la concebimos; debe hacerse una distinción muy precisa entre el cuerpo físico y el cuerpo mineral. El cuerpo físico es aquel en que rigen las leyes físicas, las que en el presente observamos en el reino mineral. Y en el actual cuerpo humano no solamente rigen tales leyes físicas, sino que, además, contiene sustancias minerales; es decir, es, a su vez, cuerpo mineral. En Saturno no podía haber todavía

un cuerpo físico-mineral de esta especie; allí existía solamente corporalidad física gobernada por leyes físicas, leyes físicas que no se manifestaban sino a través de efectos calóricos; el "cuerpo físico" de la época saturnal era un plexo de calor, sutil, tenue, de consistencia etérea. Todo Saturno estaba integrado de tales plexos de calor, primeros precursores del cuerpo humano físico-mineral actual, que se ha formado desde aquéllos por incorporación de las substancias gaseosas, líquidas y sólidas que han ido surgiendo más tarde.

La conciencia suprasensible, al explorar Saturno, percibe, además del hombre, otros seres que no necesitaban de cuerpo físico; su miembro constitutivo inferior era el cuerpo etéreo, pero a la vez poseían un miembro más allá de los de la entidad humana: nuestro miembro más elevado es el hombre espíritu; en cambio, aquellos seres poseían un miembro superior todavía. Ratifiquemos: entre el cuerpo etéreo y el hombre espíritu, poseían ellos los mismos miembros que se encuentran en el hombre, a saber: cuerpo astral, yo, yo espiritual y espíritu de vida.

Al igual que nuestra Tierra, también Saturno estaba rodeado de una "atmósfera", pero de índole espiritual*: la integraban las entidades mencionadas, y también otras. Una corriente continua de efectos recíprocos existía entre los plexos calóricos de Saturno y esas entidades que sumergían sus miembros constitutivos en dichos plexos físicos de calor, y si bien no existía en éstos vida propia, sin embargo, se expresaba en ellos la vida de los seres que vivían en torno a ellos. Podrían compararse a espejos, sólo que reflejaban, no las imágenes de los seres vivientes mencionados, sino sus condiciones de vida. Por consiguiente, aunque en Saturno mismo no se habría podido descubrir nada viviente, él vivificaba el espacio celeste a su derredor, reflejan-

do en este espacio, como un eco, la vida recibida: todo Saturno venía a ser un espejo de la vida celeste. Demos el nombre de "Espíritus de la Sabiduría" a ciertas sublimes entidades cuya vida reflejaba Saturno. (En la ciencia espiritual cristiana se les conoce bajo el nombre de "Kiriótetes", esto es, "Dominaciones"). Su actividad en Saturno no empieza en la mencionada época media del ciclo saturnal; en realidad, en dicha época ya ha llegado a cierta terminación. Antes de que llegasen a cobrar conciencia del reflejo de su vida propia por los plexos caloricos de Saturno, tenían que propiciar el desarrollo de estos plexos hasta el punto de hacerlos capaces de provocar ese reflejo. Con este objeto empezó su actividad poco después del comienzo del ciclo saturnal, fase en que la estructura de Saturno era todavía una substancialidad caótica que no habría podido reflejar nada. En la exploración de esta substancialidad mediante la observación espiritual, nos hallamos trasladados a los comienzos del ciclo de Saturno. Lo que allí puede observarse no lleva todavía el carácter calórico posterior; la única manera de caracterizarlo adecuadamente podría ser equiparándolo con una cualidad comparable a la voluntad humana, ya que esa substancialidad no es más que voluntad en todos los sentidos. Se trata, por lo tanto, de un estado, no material, sino puramente anímico. Explorando la procedencia de esa "voluntad", vemos que está originada por la emanación de otros seres sublimes que han alcanzado, en su evolución, alturas apenas concebibles, de suerte que, al empezar el ciclo saturnal, podían irradiar "voluntad" de su propio ser. Tras un intervalo de irradiación de esta voluntad, se une a ésta la actividad de los "Espíritus de la Sabiduría", con lo cual la voluntad, hasta entonces completamente carente de atributos, va adquiriendo paulatinamente la propiedad de reflejar la vida hacia la bóveda celeste. Podemos dar el nombre de "Espíritus de la Voluntad" a aquellos seres que encuentran

su felicidad en irradiar la voluntad al principio del ciclo saturnal (La ciencia esotérica cristiana los llama "Tronos"). Una vez que, gracias al concierto de la voluntad y la vida, se ha alcanzado cierto escalón en el ciclo saturnal, inician su actividad otros seres que también se encuentran en la periferia de Saturno. Podemos llamarlos "Espíritus del Movimiento" (En la Cristología esotérica: "Dínamis" o "Virtudes"). No poseen cuerpo físico, ni vital; su principio inferior es el cuerpo astral. Una vez que los plexos de los "hombres saturnales" alcanzaron la facultad de reflejar la vida, esta vida reflejada pudo impregnarse de las cualidades que tenían su asiento en los cuerpos astrales de los "Espíritus del Movimiento", dando por resultado como si Saturno proyectase hacia el espacio celeste manifestaciones de sensación, sentimientos y fuerzas anímicas similares; todo Saturno aparece como un ser animado, manifestándose en simpatías y antipatías. Pero estas manifestaciones no son en modo alguno, las suyas propias, sino los efectos anímicos reflejados de los "Espíritus del Movimiento".

Tras un tiempo en que se desenvolvía este proceso, se inició la actividad de otros seres a los que podemos llamar "Espíritus de la Forma". Su principio inferior es también un cuerpo astral, pero de un grado evolutivo distinto al de los "Espíritus del Movimiento", mientras que éstos comunican a la vida reflejada solamente sensaciones exteriores generales, el cuerpo astral de los "Espíritus de la Forma" (en esoterismo cristiano: "Exusiai" o "Potestades"), obra de tal manera, que las manifestaciones de sensación irradiadas en el espacio cósmico parecen disparadas por entes individuales. Se podría decir que, gracias a los "Espíritus del Movimiento", Saturno apareció como un ser animado homogéneo; fueron los "Espíritus de la Forma" quienes fragmentaron esta vida en seres vivos individuales, de manera que entonces pasó a ofrecer Saturno el aspecto

de una aglomeración de seres animados. —Para concebir este estado, imaginémonos una mora o una zarzamora, constituida por una cantidad de pequeñas bayas unidas. Asimismo puede observarse que, en la etapa que estamos describiendo, Saturno estaba compuesto de seres saturnales particulares, pero sin vida ni alma propia, sino reflejando la vida y el alma de las entidades superiores que estaban en la circunferencia de Saturno. Hallándose Saturno en este estado, entraron en escena seres cuyo principio más bajo era asimismo un cuerpo astral, pero elevado a un grado de evolución tal, que obraba del mismo modo que un "yo" humano actual. A través de estos seres, el "Yo" contemplaba Saturno desde la periferia, y comunicaba su naturaleza a los seres vivientes e individuales de Saturno. De este modo, desde éste, se emitía hacia el espacio cósmico circundante algo parecido a los efectos que la personalidad humana ejerce sobre su medio vital actual. Llamemos a los seres que originan este proceso "Espíritus de la Personalidad" (en el esoterismo cristiano: "Arkai", "Principados" o "Espíritus primordiales"); son ellos los que imprimen a los mencionados corpúsculos de Saturno esa apariencia de personalidad. Sin embargo, insisto, no existe en Saturno mismo la personalidad como tal, sino únicamente, en cierto modo, su imagen refleja su cáscara. La verdadera personalidad la mantienen los "Espíritus de la Personalidad" en la periferia de Saturno. Precisamente por el hecho, ya mencionado, de que ellos dejan que los plexos saturnales los reflejen, se les dota de aquella substancia sutil que hemos descrito como "calor". Aunque todo Saturno carece de vida interior, los "Espíritus de la Personalidad" reconocen la imagen de su propia interioridad en el reflejo que, en forma de calor, fluye hacia ellos desde Saturno.

Fue entonces cuando los "Espíritus de la Personalidad" llegaron al escalón en que el hombre se encuentra actualmente: su

condición "humana". Para captar el alcance de esta afirmación, hemos de pensar que un ser puede ser "hombre" no sólo en la forma que el hombre hoy posee: los "Espíritus de la Personalidad" son "hombres" en Saturno; su principio inferior no es el cuerpo físico, sino el astral con el yo. Por consiguiente, no pueden imprimir las experiencias de este cuerpo astral en un cuerpo físico, ni en uno etéreo como el hombre actual; pero, no solamente poseen un "yo", sino que, además, saben que lo poseen, puesto que el calor de Saturno les trae, por reflejo, la conciencia de este "yo"; son "hombres" bajo condiciones distintas de las de la Tierra.

Posteriormente se produjeron en el ciclo saturnal fenómenos de naturaleza distinta de los que se habían producido antes; mientras que, antes, todo era reflejo de vida y sensación exterior, empezó después algo así como vida interior; comenzó, aquí y allá, una vida lumínica que ora se encendía, ora se apagaba. En ciertos puntos aparecía un centelleo trémulo, y en otros algo semejante a súbitos relámpagos. Empezaron a brillar los plexos calóricos, a resplandecer y hasta a irradiar. Una vez más, este grado evolutivo ofreció a ciertas entidades la posibilidad de desplegar su actividad; podemos llamarlas "Espíritus del Fuego" (en el esoterismo cristiano "Arcángeles"). Si bien estas entidades tenían un cuerpo astral, no podían, a este nivel de su existencia, suministrarle ningún estímulo; no podían suscitarle ningún sentimiento, ninguna sensación, si no pudiesen actuar sobre los plexos de calor que habían alcanzado aquel peculiar grado de evolución saturnal. Esta acción suya les ofrecía la posibilidad de reconocer su propia existencia por el efecto que ellas producían. No podían decir "yo existo", sino, poco más o menos, "mi ambiente me permite existir". Percibían, y sus percepciones consistían precisamente en los mencionados fenómenos luminosos de Saturno: éstos eran, en cierto modo, su

"yo". Esto les proporcionaba un modo de conciencia particular, que podríamos llamar conciencia gráfico-refleja. Podemos representárnosla comparable a la conciencia onírica del hombre; sólo que se trata de un grado de vivacidad mucho mayor que el del ensueño humano, y, además, en vez de asistir a un desfile de ensueños que fluctúan anodinamente, tenemos que vernos con imágenes que se hallan en una relación real con los cambiantes de luz en Saturno. A través de este influjo recíproco entre los "Espíritus del Fuego"* y los plexos de calor saturnales, se incorporan a la evolución los rudimentos de los órganos sensorios humanos. Los órganos por medio de los cuales el hombre percibe actualmente el mundo físico, centellean en sus primeros y sutiles rudimentos etéreos. La percepción clarividente llega a discernir, dentro de Saturno, fantasmas humanos, pero el único rasgo que los distingue son los arquetipos luminosos de los órganos sensorios. Estos órganos son, por lo tanto, el fruto de la actividad de los Arcángeles, si bien no son ellos los únicos espíritus que participan en su formación. A la vez se observan, en la misma escena de Saturno, otros seres que han llevado su evolución a un nivel tan elevado que pueden servirse de aquellos rudimentos de los órganos sensorios para contemplar los procesos cósmicos de la vida saturnal: son los "Espíritus del Amor" ("Serafines"), sin cuya presencia los Arcángeles no podrían tener la conciencia que acabamos de describir. Los Serafines contemplan los procesos de Saturno con una conciencia que les permite transmitirlos, como imágenes, a los Arcángeles; renuncian a todas las ventajas que podrían derivarse de esta contemplación, a todo goce, a toda satisfacción; todo lo sacrifican en beneficio de los Arcángeles.

A esta fase sigue un nuevo período de la existencia saturnal, y otros fenómenos se producen al mismo tiempo que los cambiantes de luz. A muchas personas les parecerá locura lo que,

en relación con estos fenómenos, percibe el conocimiento suprasensible: ¡en el interior de Saturno surgen como sensaciones fluctuantes de sabor!, distintas según las áreas observadas, pues ora se recibe la impresión de dulce, ora de amargo, agrio, etc., sabores que, hacia afuera, en el espacio cósmico, se perciben como sonido, a modo de música. Dentro de estos procesos, ciertas entidades, que podemos llamar "Hijos del Crepúsculo" o "Hijos de la Vida", o sea "Ángeles" en terminología cristiana, encuentran la posibilidad de desplegar su actividad, y se establece un intercambio entre ellos y las fluctuantes corrientes de sabor que existen en el interior de Saturno, con lo cual su cuerpo etéreo entra en una actividad comparable a un proceso metabólico: introducen vida en el interior de Saturno, de lo que resultan procesos de nutrición y secreción. No son ellos, los Ángeles, quienes directamente producen estos procesos: éstos se efectúan indirectamente gracias a su intervención. Aquella vida interior hace posible todavía la aparición de otros seres que designaremos como "Espíritus de las Armonías", "Querubines", en este cuerpo cósmico, seres que transmiten a los "Hijos de la Vida" algo así como una conciencia letárgica, todavía más letárgica y vaga que la del hombre actual cuando sueña, es decir, conciencia que es similar a la del hombre cuando duerme sin soñar, y de grado tan inferior, que puede parecer inconsciencia. Y sin embargo existe. Difiere de la conciencia diurna por el grado y por la índole, y es la misma que tienen actualmente las plantas. Aunque incapaz de suministrar percepciones de un mundo exterior en sentido humano, regula, no obstante, los procesos vitales y los pone en armonía con los procesos cósmicos exteriores. En la etapa saturnal de que hablamos, los "Hijos de la Vida" no pueden percibir esta regulación, pero sí los "Espíritus de las Armonías" que son, por lo tanto, los verdaderos reguladores. Todo este proceso vital tiene lugar en

los fantasmas humanos que hemos caracterizado, aunque ellos realmente no lo viven: son los "Hijos de la Vida" quienes, pudiéramos decir, se sirven de los fantasmas humanos para experimentar su propia vida.

Dirijamos, en este momento, nuestra atención hacia esos fantasmas humanos dotados de vida aparente. Durante la etapa saturnal que aquí consideramos, se transforman sin cesar, y sucesivamente revisten los más diversos aspectos. En el curso ulterior de la evolución, devienen sus formas más definidas, y hasta a veces permanentes. Esto se debe a que entonces fueron impregnándose de las actividades de los "Espíritus de la Voluntad" (Tronos), que desde el principio actuaron en el ciclo saturnal. El resultado de la intervención a la que ahora nos referimos consiste en que el fantasma humano por su parte, aparece dotado de una forma todavía más sencilla, más letárgica de conciencia, más letárgica aún que la del sueño sin sueños: es la conciencia que poseen nuestros minerales, y que establece la concordancia entre el ser interior y el mundo exterior físico. En Saturno, los "Espíritus de la Voluntad" fueron los reguladores de esta concordancia, y el hombre apareció entonces como una réplica de la vida saturnal; lo que ésta fue en dimensión cósmica, fue el hombre en dimensión microcósmica: aparece por primera vez el germen de lo que todavía se halla en estado rudimentario, esto es, del "Hombre Espíritu" (Atma). Hacia el interior de Saturno, esta sorda voluntad humana se manifiesta a la percepción suprasensible a través de efectos comparables a "olores", y hacia afuera, en el espacio celeste, como si fuera una personalidad que, en vez de estar gobernada por un "yo" interior, estuviera regulada, como una máquina, desde el exterior: los reguladores son los "Espíritus de la Voluntad".

Si recapitulamos lo que antecede, vemos que, a partir del punto medio del ciclo saturnal descrito en primer lugar, hemos podido caracterizar las etapas de esa evolución comparando sus efectos con nuestras sensaciones fisiológicas actuales. Así pudimos sustentar que el ciclo saturnal se manifestó primero como calor; se agregaron después cambiantes de luz, y luego una doble manifestación de sabor y sonoridad; y por último, se produjo una actividad que, hacia el interior de Saturno, se expresó como sensaciones olfativas y hacia el exterior, como yo humano, cuya función se parecía a la de una máquina. ¿Qué revelaciones hay de lo que existía en el ciclo saturnal antes de la susodicha fase calórica? Nada que pueda compararse con algo accesible a una sensación fisiológica exterior: era un estado que en la actualidad el hombre experimenta sólo interiormente. Cuando el ser humano se entrega a representaciones que él mismo crea, sin que a ello le incite ninguna impresión exterior, posee interiormente algo que los sentidos físicos no pueden percibir, algo que sólo es accesible como percepción a la visión superior. Similarmente, las manifestaciones saturnales que precedieron a la fase calórica no son perceptibles más que para la cognición suprasensible. Tres fueron esos estados: calor puramente anímico, imperceptible exteriormente; luz puramente espiritual, sólo tinieblas para el exterior, y, por último, substancialidad espiritual consumada en sí misma y sin necesidad de ser o actuar exteriormente para adquirir conciencia de sí misma. El calor puramente interior correspondió a la aparición de los "Espíritus del Movimiento"; la luz puramente espiritual, a la de los "Espíritus de la Sabiduría", y la pura esencia interior estuvo ligada con la primera emanación de los "Espíritus de la Voluntad".

Por consiguiente, al aparecer el calor saturnal, nuestra evolución abandonó el dominio de la vida interior, de la pura

espiritualidad, para entrar, por primera vez, en una existencia que se manifestó exteriormente. Particularmente difícil le es a la conciencia actual aceptar la afirmación de que, con el estado calórico saturnal, apareció también por primera vez lo que llamamos "tiempo", ya que los estados anteriores eran, en efecto, atemporales, y pertenecían a la región que la ciencia espiritual puede llamar "perpetuidad". Así, deberá tenerse en cuenta que en lo referente a todo lo que corresponda a tales estados en la "región de la perpetuidad", que son atemporales, las expresiones utilizadas que implican el concepto de tiempo se emplean solamente a título de comparación y para que se comprendan fácilmente. En el lenguaje humano, aquello que precede al "tiempo", no puede caracterizarse sino por medio de expresiones que contienen la idea de tiempo. Téngase presente, pues, que, si bien las tres primeras etapas de Saturno no se desenvuelven "sucesivamente" en el sentido actual, sin embargo, no podemos describirlas sino sucesivamente. Además, a pesar de su "perpetuidad" o simultaneidad, su dependencia recíproca es tal, que puede compararse con una sucesión dentro del tiempo.

Con esta alusión a las primeras etapas de la evolución saturnal quedan aclaradas, hasta cierto punto, las preguntas eventuales relativas al origen de dichas etapas. Evidentemente, desde un punto de vista puramente intelectual, es posible, respecto a todo origen, plantear de nuevo la cuestión del "origen de este origen"; pero esto es inadmisible en el dominio de los hechos, y lo comprenderemos mediante un ejemplo: si vemos huellas en un camino, cabe inquirir: "¿de dónde provienen?". Y la respuesta podrá ser: de un vehículo. Pero podemos seguir preguntando: "¿de dónde venía el vehículo, y adónde iba?". Y de nuevo será posible una respuesta basada en los hechos. Y todavía podemos continuar preguntando: "¿quién iba sentado

en él?, ¿qué intenciones tenía esa persona?, ¿qué hacía?"; hasta llegar, por fin, a un momento en que toda pregunta se agote por la naturaleza misma de los hechos. Quien entonces siga inquiriendo, se alejará de la intención de las primeras preguntas, y lo hará como si fuera mecánicamente. En casos como el presente ejemplo se nota fácilmente dónde los hechos ponen un término a las preguntas; pero en lo tocante a las grandes cuestiones cósmicas, este término no es tan fácil de precisar. Sin embargo, si se examinan las cosas con detenimiento se descubre que todas las preguntas relativas al origen no deben retroceder más allá de los estados saturnales atemporales, puesto que llegamos a una región en que los seres y procesos se justifican por sí mismos y no por aquello de que proceden.

Como resultado del ciclo saturnal, el germen humano se desarrolló hasta cierto nivel: el de alcanzar la referida conciencia inferior o letárgica, cuya evolución no hay que imaginar que comenzó desde la última fase de Saturno, puesto que los "Espíritus de la Voluntad" ya habían actuado a través de todas las fases, si bien para la percepción suprasensible el resultado de su actuación se hizo más evidente en el último período. Por otra parte, no existe un límite definido que separe las actividades de los diversos grupos de seres. Al decir que primero actuaron los "Espíritus de la Voluntad", luego los "Espíritus de la Sabiduría", etc., no queremos dar a entender que se limitaran a la etapa respectiva: obraron a través de todo el ciclo saturnal, sólo que en los períodos citados fue más perceptible su actividad, debido a que entonces asumían, por decirlo así, la dirección.

Así pues, el ciclo saturnal aparece en su conjunto como una acción de los "Espíritus de la Sabiduría, del Movimiento, de la Forma", etc., que elaboraron lo que había emanado de los "Espíritus de la Voluntad". Asimismo, durante este proceso,

todas estas entidades espirituales pasaron, a su vez, por una evolución. Por ejemplo, después de haber recibido su vida reflejada por Saturno, los "Espíritus de la Sabiduría" se encontraron en un escalón diferente de aquel en que se encontraban anteriormente: el fruto de su actividad aumentó el caudal de sus propias facultades. Como consecuencia, terminada esa actividad suya, penetraron, en lo que se refiere a Saturno, en un estado análogo al del sueño humano: apartada su actividad de Saturno, vivieron en mundos muy distintos. Por esta razón, la percepción clarividente observa en el ciclo saturnal un ascenso y descenso: la fase ascendente duró hasta el advenimiento del estado calórico; con los cambiantes de luz se inició ya el descenso. Y una vez que, gracias a los "Espíritus de la Voluntad", los fantasmas humanos hubieron tomado forma, los seres espirituales se fueron retirando paulatinamente: la evolución de Saturno va desvaneciéndose y desaparece como tal. Sobrevino entonces un período de reposo, durante el cual el germen humano entró en un estado como de disolución, disolución que, en este caso, no significó dejar de ser, sino pasar a un estado semejante al de una semilla vegetal que reposa en la tierra esperando el momento de germinar. Así latía el germen humano en el seno del Cosmos, esperando su nuevo despertar. Cuando llegó ese momento, también las citadas entidades espirituales habían adquirido, en otras condiciones vitales, las facultades que habían de permitirles continuar actuando sobre el germen humano. Los "Espíritus de la Sabiduría" alcanzaron en su cuerpo etéreo la facultad, no sólo de disfrutar del reflejo de su vida como en Saturno, sino que, en adelante, fueron capaces también de verter la vida hacia el exterior para enriquecer con ella a otros seres. Los "Espíritus del Movimiento" alcanzaron el nivel que los "Espíritus de la Sabiduría" habían ocupado en Saturno: anteriormente, su principio constitutivo inferior había sido el cuerpo astral;

luego llegaron a poseer un cuerpo etéreo. De un modo análogo, los otros seres espirituales avanzaron un grado en su evolución. Por consiguiente, todos ellos podían ejercer en la evolución ulterior del germen humano una acción distinta a la que habían tenido en Saturno. Pero considerando que, al final del ciclo saturnal, dicho germen humano se encontraba "disuelto", a fin de que los espíritus más evolucionados pudieran reanudar su obra donde la habían suspendido, ese germen humano tuvo que recapitular las diversas fases de su evolución saturnal. La percepción suprasensible registra, efectivamente, esta recapitulación: el germen humano salió de su estado latente y, en virtud de las energías que le había suministrado Saturno, empezó a desarrollarse en virtud de su propia potencialidad. Salió de las tinieblas como un ser de voluntad, reconquistó la condición de vida aparente, de la naturaleza anímica, etc., hasta llegar nuevamente al mencionado estado de manifestación automática de personalidad que poseía al final del ciclo saturnal.

* * *

El segundo de los grandes períodos evolutivos a los que hemos hecho alusión, el "estado solar", tiene como efecto la elevación del ser humano a un nivel de conciencia superior al que había alcanzado en Saturno. Es verdad que, comparado con nuestra conciencia actual, ese estado solar corresponde más bien a "inconsciencia", puesto que equivale, poco más o menos, a la condición en que nos encontramos cuando dormimos sin soñar. También podríamos compararlo con el bajo grado de conciencia en que actualmente dormita nuestro mundo vegetal. Para la percepción suprasensible no existe la "inconsciencia", sino sólo diversos grados de conciencia; todo es consciente en el mundo. En el curso del ciclo solar, el ser humano adquiere un nivel superior de conciencia por incorporársele el cuerpo etéreo

o vital, previa recapitulación de los estados saturnales tal como ya lo hemos sugerido. Esta recapitulación tiene un sentido muy preciso, y para comprenderlo, tengamos presente que, terminado el mencionado período de reposo, lo que antes era Saturno sale del "sueño cósmico" como un nuevo ser cósmico, como Sol. Pero con ello han quedado cambiadas las condiciones de la evolución: los seres espirituales que, con su actividad, habían intervenido en Saturno, han ascendido a otros estados, en tanto que el germen humano reaparece al principio del estado solar al mismo nivel de desarrollo en que se hallaba al final de la evolución saturnal, lo que implica que ha de empezar por transformar los diversos grados evolutivos que alcanzó en Saturno para que se adapten a las condiciones en el Sol. La época solar comienza, pues, con una recapitulación de los acontecimientos saturnales, aunque adaptados a las nuevas realidades de la vida solar. Una vez desarrollado el ser humano hasta tal punto que su nivel evolutivo alcanzado en Saturno queda adaptado a las condiciones solares, los "Espíritus de la Sabiduría" empiezan a instilar en el cuerpo físico, el cuerpo etéreo o vital. El progreso del hombre en el Sol consiste en que su cuerpo físico, ya existente en Saturno como rudimento embrionario, se eleva a un segundo grado de perfeccionamiento, es decir, llega a ser vehículo de un cuerpo etéreo. Este cuerpo etéreo alcanza, a su vez, en el ciclo solar el primer grado de su perfección. Sin embargo, para que esto se lleve a cabo, es decir, para que el cuerpo físico logre el segundo grado de su perfeccionamiento, y el cuerpo etéreo su primer grado, es necesaria la intervención, en el curso de la vida solar, de incluso otros seres espirituales, de manera similar a la descrita para el escalón saturnal.

En el momento en que los "Espíritus de la Sabiduría" comienzan a hacer fluir el cuerpo vital en el físico, empieza a resplandecer la entidad solar anteriormente obscura; y al mismo

tiempo despuntan en el germen humano los primeros indicios de una agilidad interior: comienza la vida. Lo que para Saturno tuvimos que caracterizar como vida aparente, se convierte en vida real. La instilación del cuerpo etéreo dura cierto tiempo, después del cual se produce en el germen humano una transformación importante: se divide en dos partes; en tanto que, anteriormente, el cuerpo físico y el vital formaban un todo unidos por la más íntima compenetración, empieza ahora a destacarse el cuerpo físico como algo aparte, si bien todavía penetrado por el cuerpo vital. Ha surgido, pues, un ser humano binario, constituido, de un lado, por un cuerpo físico activamente influido por un cuerpo vital, y, de otro, por un mero cuerpo vital. Esta escisión se opera en un período de reposo de la vida solar, durante el cual se extingue aquella luminosidad, o sea, que la escisión tiene lugar, por decirlo así, durante una "noche cósmica", mucho más breve que la que medió entre los ciclos saturnal y solar. Tras este período de reposo, los "Espíritus de la Sabiduría" continúan ejerciendo su influencia durante algún tiempo sobre el ser humano binario, tal como lo habían hecho en el unitario, antes de la escisión. Luego entran en acción los "Espíritus del Movimiento", que penetran su propio cuerpo astral en el cuerpo vital del ser humano, con lo que éste adquiere la facultad de imprimir en el cuerpo físico ciertos movimientos interiores, movimientos comparables a la circulación de la savia en las plantas actuales.

Recordemos que el cuerpo de Saturno era de mera substancia calórica. Durante el ciclo solar, esta substancia condensó hasta un estado comparable al actual estado gaseoso o vaporoso; podemos llamarlo "aire". Los primeros síntomas de este estado se manifiestan después de haber dado comienzo a su actividad los "Espíritus del Movimiento". A la conciencia suprasensible se le ofrece algo así como estructuras delicadas a

las que las energías del cuerpo vital imprimen movimientos regulares. Estas estructuras que representan el cuerpo físico del ser humano en el escalón evolutivo que ahora le corresponde, están enteramente penetradas de calor y también como rodeadas de una envoltura calórica. Por consiguiente, la constitución del ser humano en su aspecto físico queda integrada por formaciones calóricas a las que se hallan incorporadas, en movimiento ordenado, estructuras aéreas. Si queremos mantener la comparación con la planta actual, habremos de tener presente que no se trata de una formación vegetal compacta, sino de una forma aérea o gaseosa* cuyos movimientos pueden compararse a los movimientos de la savia en el reino vegetal. Prosigue así la evolución hasta el momento en que entra un nuevo período de reposo, después del cual los Espíritus del Movimiento reasumen su tarea hasta que, a su actividad, viene a asociarse la de los Espíritus de la Forma, actividad que consiste en que las formaciones gaseosas, hasta entonces en incesante modificación, toman formas temporalmente permanentes. Nuevamente, esto tiene lugar en virtud de que las energías de los Espíritus de la Forma penetran en el cuerpo etéreo del ser humano con un movimiento de flujo y reflujo. Sintetizando: anteriormente, cuando todavía se encontraban bajo la acción exclusiva de los Espíritus del Movimiento, las formaciones gaseosas se hallaban en incesante cambio y conservaban su forma sólo por un momento; pero ahora toman formas distinguibles, aunque transitorias. Al cabo de algún tiempo, se produce otro período de reposo, después del cual reanudan su actividad los Espíritus de la Forma. Pero luego se presentan condiciones completamente nuevas. Veámoslas.

Ha llegado el momento en que el ciclo solar se encuentra en su punto medio; es el momento en que los Espíritus de la Personalidad, que en Saturno habían alcanzado su nivel humano,

ascienden a un grado de perfección superior: sobrepasan ese nivel humano y adquieren una conciencia que, dentro del progreso normal de la evolución, el hombre actual no ha alcanzado todavía; la adquirirá cuando la Tierra, cuarto estado planetario de la evolución, haya alcanzado su fin y haya pasado al período planetario siguiente. En ese período futuro, el hombre percibirá no solamente lo que se encuentra a su alrededor, tal como hoy día se lo transmiten los sentidos físicos, sino que tendrá la capacidad de captar en imágenes los estado anímicos de los seres que le rodean. Poseerá una nueva conciencia imaginativa sin perder por esto la plena conciencia de sí mismo. Esta contemplación de imágenes no implicará ensueño ni vaguedades; y si bien percibirá lo anímico en forma pictórica, esto será la expresión de realidades como lo son actualmente los colores y sonidos físicos. Hoy día, sólo la disciplina científico-espiritual puede permitirle al hombre elevarse a una contemplación de esta especie, a la que me referiré más adelante, en otro capítulo. Esta facultad de contemplación la adquirieron los Espíritus de la Personalidad en su evolución normal, precisamente cuando el período solar se hallaba en su punto medio. Y es por esto que devinieron capaces de obrar, durante ese ciclo, sobre el cuerpo vital recién integrado al ser humano, en la misma forma que, en Saturno, habían actuado sobre el cuerpo físico. Así como entonces su propia personalidad había quedado reflejada por el calor, asimismo ahora las formaciones gaseosas les reflejan a estos Espíritus, en fulgor luminoso, las imágenes de su conciencia contemplativa: contemplan lo que tiene lugar en el Sol, pero esta actividad no es, ni mucho menos, mera observación; es como si, en las imágenes que fluyen del Sol, se hiciese valer algo de esa virtud que llamamos amor. Y, si se observa más de cerca este fenómeno en su aspecto anímico, se percibe lo que lo origina: seres sublimes han mezclado su actividad con la luz

irradiada por el Sol; los "Espíritus del Amor" (Serafines). En adelante, obran sobre el cuerpo etéreo del hombre junto con los Espíritus de la Personalidad, y, gracias a su actividad, avanza un grado en su desarrollo el cuerpo vital: adquiere la facultad de no sólo modificar las formaciones gaseosas que lo integran, sino también de elaborarlas de tal forma que manifiesten los primeros rudimentos de la reproducción humana. Los organismos gaseosos así formados segregan como una especie de emanaciones (como exudadas) que adoptan formas parecidas a las formaciones maternas.

Para caracterizar la continuación del ciclo solar, hemos de llamar la atención sobre un hecho de la evolución universal de la mayor importancia. En el transcurso de una época no todos los seres alcanzan la meta; algunos se quedan atrás. Así, durante el ciclo saturnal, no todos los Espíritus de la Personalidad alcanzaron realmente el escalón "humano" al que estaban destinados conforme lo hemos descrito; tampoco todos los cuerpos humanos físicos formados en Saturno llegaron al grado de madurez que había de permitirles devenir vehículos de un cuerpo vital independiente en el ciclo solar. Como consecuencia, encontramos en el Sol seres y formaciones que no encajaban con las condiciones solares: tenían que recuperar, durante el ciclo solar, lo no logrado en Saturno. Este retraso es la causa del siguiente fenómeno: cuando los Espíritus de la Sabiduría empiezan a instilar el cuerpo etéreo, el cuerpo solar empieza a enturbiarse; se hallan mezcladas en él formaciones que en realidad pertenecen todavía a Saturno, es decir, formaciones calóricas incapaces de condensarse en aire, en la forma debida. Estas formaciones son los seres humanos retrasados en el escalón saturnal; no se hallan todavía en condiciones de convertirse en vehículos de un cuerpo vital normalmente constituido. En el Sol, estos remanentes de la substancia calórica saturnal se separan

en dos partes: una queda, pudiéramos decir, absorbida por los cuerpos humanos, y constituye en adelante como una naturaleza inferior. Esto implica que, en el Sol, el ser humano admite en su corporalidad algo que, en realidad, corresponde al estado saturnal. Ahora bien, así como el cuerpo saturnal del hombre ha permitido a los Espíritus de la Personalidad elevarse a su nivel humano, asimismo esa parte saturnal del hombre solar ofrece la misma oportunidad a los Espíritus del Fuego. Estos se elevan a su nivel humano en virtud del influjo y efluvio de sus energías hacia esa parte saturnal, al igual que lo habían hecho los Espíritus de la Personalidad en Saturno. También esto tiene lugar en el período medio del ciclo solar. El retraso saturnal del ser humano ha madurado entonces lo suficiente para que, con su ayuda, los Espíritus del Fuego (Arcángeles) puedan alcanzar su escalón humano.

Otra parte de la substancia calórica de Saturno se separa y adquiere una existencia autónoma junto a los seres humanos del Sol y en medio de ellos. Esta parte forma, al lado del reino humano, un segundo reino que desarrolla en el Sol un cuerpo de calor totalmente autónomo, aunque tan sólo físico. Como consecuencia, los "Espíritus de la Personalidad" que habían alcanzado su desarrollo normal, no tuvieron oportunidad de dirigir su acción hacia un cuerpo vital autónomo en la forma descrita. Pero también algunos "Espíritus de la Personalidad" se habían quedado rezagados en el escalón saturnal, o sea, no habían allí alcanzado el nivel de su "humanidad". Entre ellos y el segundo reino solar que se había, en cierto modo, marginado, existía un vínculo de atracción: los espíritus rezagados en el Sol tuvieron que conducirse, con ese reino rezagado, precisamente como sus compañeros más avanzados se habían conducido con los seres humanos en Saturno, quienes habían desarrollado allí sólo el cuerpo físico. Sin embargo, el Sol no puede ofrecer las

condiciones adecuadas para que los "Espíritus de la Personalidad" rezagados lleven a cabo allí ese cometido, lo que les obliga a separarse del cuerpo solar y formar, fuera de él, un cuerpo cósmico independiente, es decir, un astro desprendido del Sol. Los emigrados "Espíritus de la Personalidad" actúan desde ahí sobre los seres humanos rezagados que pertenecen al segundo reino solar. Así pues, el primer Saturno ha dado origen a dos formaciones cósmicas, y, en adelante, el Sol tiene a su alrededor un segundo cuerpo cósmico, como un renacimiento del primer Saturno, esto es, un "nuevo" Saturno, desde el cual se imparte el carácter de personalidad al segundo reino solar, reino constituido por seres que en el Sol mismo carecen de ella, pero que reflejan hacia los "Espíritus de la Personalidad" ubicados en el nuevo Saturno, la propia personalidad de estos. La conciencia suprasensible registra que, entre los seres humanos en el Sol, existen fuerzas de calor que interfieren en el ciclo solar normal y que son indicio de la acción de los espíritus rezagados en el nuevo Saturno.

Se observa en el ser humano lo siguiente durante el período medio de la evolución solar: es de estructura binaria, integrada por un cuerpo físico y un cuerpo vital, y en éstos tiene lugar la actividad de los ya progresados "Espíritus de la Personalidad", conjuntamente con la de los "Espíritus del Amor". Ahora bien, el cuerpo físico se encuentra parcialmente invadido por una parte de la naturaleza saturnal rezagada, y en él se desenvuelve la actividad de los Arcángeles. Todos los efectos de la acción de estos Arcángeles sobre la naturaleza saturnal rezagada, se traducen en precursores de los órganos sensorios actuales del hombre terrenal. Sobre el particular, hemos señalado anteriormente cómo ya en la substancia calórica de Saturno, estos "Espíritus del Fuego" laboraban en la formación de los rudimentos de los sentidos; así como los "Espíritus de la Personalidad", en

unión con los "Espíritus del Amor" (Serafines), laboraban en la formación del germen de los órganos glandulares. Pero la tarea de los Espíritus de la Personalidad residentes en el nuevo Saturno, no se agota con lo que acabamos de indicar; extienden su actividad no sólo al segundo reino solar, sino, además, establecen una especie de conexión entre este reino y los sentidos humanos. Las substancias caloricas de este reino entran y salen de los gérmenes de los órganos sensorios del hombre en un movimiento de flujo y reflujo, de manera que el ser humano adquiere en el Sol algo así como una percepción del reino inferior que existe fuera de él, percepción naturalmente confusa, y que corresponde enteramente a la letárgica conciencia saturnal mencionada páginas atrás. Implica, sobre todo, diversas impresiones de calor.

Todo lo que hemos descrito aquí para la parte media del ciclo solar, dura cierto tiempo; sigue luego otro período de reposo, después del cual las actividades anteriores continúan en la misma forma, hasta el momento en que el cuerpo etéreo humano adquiere el grado de madurez que permite el comienzo de una actividad mancomunada de los "Hijos de la Vida" (Ángeles) y de los "Espíritus de las Armonías" (Querubines). Aparecen entonces dentro del plexo humano manifestaciones que podrían compararse a percepciones de sabor y que, hacia el exterior, se expresan como sonido. Algo parecido hemos descrito anteriormente para el ciclo saturnal. En el Sol, estos fenómenos humanos son más interiorizados, más llenos de autonomía. Los Ángeles adquieren, de este modo, la sorda conciencia gráfico-refleja que los Arcángeles habían alcanzado en Saturno, y los "Espíritus de las Armonías" (Querubines) les ayudan a realizar este progreso. En realidad, éstos contemplan espiritualmente lo que tiene lugar en el ciclo solar, pero renuncian a todo fruto de su contemplación; renuncian a saborear la visión de las imá-

genes desbordantes de sabiduría que allí se generan, y las vierten, cual grandiosas visiones mágicas, en la conciencia soñadora de los Ángeles, quienes a su vez, las entretejen en el cuerpo etéreo del hombre, para que éste alcance grados de evolución más elevados. De nuevo, empieza un período de reposo; de nuevo, vuelve a dejar su "sueño cósmico" todo lo que integra el Sol, y, al cabo de un tiempo, el ser humano llega a la suficiente madurez para poner en acción sus propias energías, las mismas que, durante la última parte del ciclo saturnal, se habían vertido en el plexo humano gracias a la actividad de los "Tronos". El ser humano se desenvuelve ahora en una vida interior que, para la conciencia suprasensible, puede compararse a una percepción olfativa interior; y hacia el exterior, hacia el espacio cósmico, este ser humano da la impresión de una personalidad, desde luego no gobernada por un "yo" interior, sino más bien como si fuera una planta que actuara como si la tuviera. Habíamos visto que, al final del ciclo saturnal, la personalidad se manifiesta automáticamente. Y así como allí se ha desarrollado el primer germen de lo que aún hoy día sigue siendo embrionario en el hombre actual, el "Hombre Espíritu" (Atma), del mismo modo se elabora aquí un primer germen del "Espíritu de Vida" (Budi). Después de que todo esto ha tenido lugar durante cierto tiempo, se intercala de nuevo un período de reposo, tras el cual, y como en los casos anteriores, prosigue por algún tiempo la actividad del ser humano. Luego aparecen condiciones que acusan una nueva intervención de los "Espíritus de la Sabiduría", y gracias a la cual el hombre deviene capaz de experimentar los primeros indicios de simpatía y antipatía con su ambiente. No se trata todavía de una verdadera sensación, sino tan sólo de un elemento precursor. La actividad vital interior que en su manifestación hemos equiparado a percepciones olfativas, se manifiesta hacia el exterior como una especie de lenguaje primitivo. Al perci-

bir interiormente un olor simpático —o también un sabor, un centelleo, etc. —, el ser humano lo expresa exteriormente por medio de un sonido; y lo propio ocurre con una percepción interior antipática. A través de todos los procesos descritos, se ha cumplido el verdadero significado del ciclo solar para el ser humano, y éste ha adquirido un grado de conciencia superior al que poseía en Saturno: la conciencia del sueño.

Después de algún tiempo, la evolución llega al punto en que las entidades superiores relacionadas con el escalón solar han de desplazarse a otras esferas, a fin de elaborar para sí mismos los frutos de su actividad sobre el ser humano. Interviene entonces un largo período de reposo, parecido al que separó el ciclo saturnal del solar, y todo lo que se ha elaborado en el Sol entra en un estado que puede compararse al de la planta cuando sus fuerzas de crecimiento laten en la semilla. Pero así como estas fuerzas de crecimiento salen de nuevo a la luz en una nueva planta , así también, después del período de reposo, todo lo que en el Sol era vida emerge del seno del Cosmos para manifestarse en una nueva existencia planetaria. Se comprenderá el significado de un período de reposo de esta índole, de un "sueño cósmico", si se dirige la mirada espiritual hacia alguna de las categorías de entidades mencionadas, por ejemplo, hacia los "Espíritus de la Sabiduría". En Saturno, estas entidades no habían evolucionado todavía lo suficiente para poder hacer emanar de sí mismas un cuerpo etéreo; sólo mediante las experiencias vividas en Saturno quedaron preparadas para esta tarea. Durante el período de reposo transforman en facultad patente lo que había sido depositado en ellas en forma latente. Por esta razón, se encuentran suficientemente avanzadas en el Sol para dejar emanar de sí mismas la vida, y dotar al ser humano de un cuerpo vital propio.

* * *

Después del período de reposo, lo que antes era Sol emerge de nuevo del "sueño cósmico", y vuelve la visión espiritual a percibir, como antes, lo que durante ese período de reposo había desaparecido para ella. Ahora bien, la nueva entidad planetaria recién emergida y que llamaremos "Luna", sin que deba confundirse con el fragmento que constituye actualmente el satélite de la Tierra, presenta dos caracteres esenciales. En primer lugar, lo que durante la época solar se había separado como "nuevo Saturno", se presenta reintegrado en la nueva entidad planetaria, porque, durante el período de reposo, este Saturno se había reunido con el Sol; todo lo que había integrado el primer Saturno, reaparece de pronto como formación cósmica única. En segundo lugar, durante el período de reposo, los cuerpos vitales humanos formados en el Sol, quedaron absorbidos por aquello que forma como una envoltura espiritual del planeta; por lo tanto, en ese momento, no aparecen unidos con los correspondientes cuerpos físicos, sino que éstos primeramente se presentan por sí solos. Aunque estos cuerpos físicos ostentan todo lo que había sido elaborado en ellos durante los ciclos saturnal y solar, carecen de cuerpo etéreo o vital. De hecho, no se hallan en condiciones de agregárselo inmediatamente, ya que, durante el período de reposo, ese cuerpo etéreo ha pasado, a su vez, por una evolución a la que aquéllos no se han adaptado todavía. A fin de posibilitar dicha adaptación, lo primero que tiene lugar en el ciclo lunar es otra recapitulación de las fases saturnales. El ser humano físico recorre entonces, recapitulándolos, los escalones del ciclo saturnal, si bien bajo condiciones completamente distintas. Recordemos que, en Saturno, no se agitaban en el hombre sino las energías de un plexo calórico, mientras que, en esa etapa lunar, existen también las del cuerpo gaseoso que él ha adquirido, aunque no aparezcan inmediata-

mente al principio del ciclo lunar; parece como si, en esa fase, el ser humano consistiera solamente en substancia calórica y, latentes dentro de ella, fuerzas gaseosas. Viene luego el momento en que éstas se manifiestan, si bien tan sólo en sus primeros rudimentos, hasta que, en la fase final de la recapitulación saturnal, el ser humano presenta ya el mismo aspecto que durante su vida solar. No obstante, toda vida no es allí todavía más que aparente.

Sigue luego otro período de reposo, análogo a las breves pausas que se han observado durante el ciclo solar, terminado el cual comienza de nuevo el fluir del cuerpo vital, para cuya recepción el cuerpo físico ya ha adquirido entonces la necesaria madurez. Este fluir, al igual que la recapitulación del período saturnal, transcurre en tres etapas claramente distinguibles, en cuya segunda el ser humano se halla suficientemente adaptado a las nuevas condiciones lunares, para que los "Espíritus del Movi-miento" puedan hacer uso de su recién adquirida facultad de infundir en los seres humanos el cuerpo astral que ellos emiten de su propia esencia. Para esta tarea, dichos espíritus se habían preparado durante el ciclo solar, y más tarde, en el período de reposo entre Sol y Luna, recogieron los frutos de esa preparación y los transformaron en dicha facultad. Ese fluir dura algún tiempo; interviene luego otra de las pequeñas pausas, tras la cual aquél continúa, hasta que inician su actividad los "Espíritus de la Forma". En virtud de que los "Espíritus del Movimiento" infunden el cuerpo astral en el ser humano, adquiere éste los primeros atributos anímicos, y los procesos que en él se desenvuelven a consecuencia de la posesión de un cuerpo vital y que en el ciclo solar eran todavía de índole vegetativa, empiezan a suscitarle sensaciones de placer o desplacer. Pero esto sólo es flujo y reflujo interior variable de placer y desplacer, hasta que intervienen los "Espíritus de la Forma".

Cesa entonces la instilación del cuerpo astral, y los fugaces sentimientos se trasforman de tal manera que en el ser humano aparece lo que podemos considerar primer indicio del deseo, del apetito: la tendencia a que se repita lo placentero, y se evite lo desagradable. Pero como sea que los "Espíritus de la Forma" no ceden su propia esencia en beneficio del hombre, sino que se limitan a dejar que sus energías entren y salgan de él como en movimiento de flujo y reflujo, aquel deseo carece de hondura y autonomía: dirigido por los "Espíritus de la Forma", emerge con carácter de instinto.

En Saturno, el cuerpo físico del ser humano era un plexo de calor; en el Sol, se produjo una condensación hasta el estado gaseoso o aéreo. Como siguiente paso, dado que durante el ciclo lunar se instila la astralidad, el cuerpo físico alcanza en determinado momento un tercer grado de condensación, esto es, un estado comparable al de un líquido, estado que podemos llamar "agua", sin que necesariamente corresponda a nuestra agua actual, sino a cualquier modalidad líquida de existencia. Así, el cuerpo físico va adoptando gradualmente una estructura compuesta de tres distintas substancialidades: lo más denso es un "cuerpo líquido", menos denso, las corrientes aéreas que lo atraviesan, y el todo penetrado, a su vez, de efectos calóricos.

Considerando que, ni durante el ciclo solar, todas las formaciones habían adquirido la correspondiente madurez, las hay en la Luna que se hallan todavía en el escalón saturnal, y otros que no han alcanzado sino el escalón solar. Así pues, al lado del reino humano desarrollado normalmente, surgen otros reinos: uno, el más bajo de los reinos lunares, integrado por seres rezagados en el escalón saturnal, y, por lo tanto, poseedores de sólo un cuerpo físico, incapaz, incluso en la Luna, de ser vehículo de cuerpo vital autónomo. El segundo reino

consiste en seres rezagados en el escalón solar, y que, por consiguiente, no alcanzan la madurez para recibir en la Luna, un cuerpo astral independiente. Esos seres forman un reino intermedio entre el más bajo de la Luna y el reino humano de progreso normal. Pero ocurre todavía otra cosa: las substancias de energías puramente calóricas, y las puramente aéreas, impregnan incluso a los seres humanos, con el efecto de que, en la Luna, se hallan dotados de una naturaleza saturnal y de otra solar, con lo que se ha introducido una especie de escisión en la naturaleza humana. Esta escisión da origen, tan pronto como los "Espíritus de la Forma" han dado comienzo a su actividad dentro del ciclo lunar, a un acontecimiento significativo: el que en el cuerpo cósmico lunar empiece a gestarse una separación. Una parte de sus substancias y seres se separa de los demás: de un cuerpo cósmico se forman dos. En uno de ellos establecen su morada ciertas entidades superiores que, anteriormente, se encontraban más íntimamente unidas al cuerpo cósmico único; el otro queda poblado por los seres humanos, por los dos consabidos reinos inferiores, así como por ciertas entidades superiores que no alcanzaron a integrar el primero. Por lo tanto, aquel primer cuerpo cósmico, morada de los seres superiores, parece como un renacimiento más sutil del Sol; el otro es la formación propiamente nueva, es decir, la "antigua Luna", tercera incorporación planetaria de nuestra Tierra, después de la saturnal y de la solar. De entre las substancias generadas en la Luna, el nuevo Sol se lleva, al desprenderse, solamente el "calor" y el "aire"; en la Luna que queda como remanente, se encuentra, además de estas dos substancias, el estado líquido. En virtud de esta separación, se logra que las entidades que han emigrado con el nuevo Sol, no se hallen detenidas en su evolución por las más densas entidades lunares; pueden continuar progresando sin estorbos, lo que les permite adquirir una energía to-

davía mayor, para ejercer desde su Sol, su acción sobre los seres lunares, que así adquieren nuevas posibilidades de desarrollo. Con ellos han quedado asociados, sobre todo, los "Espíritus de la Forma" y éstos fortalecen la naturaleza de las apetencias y los deseos, contribuyendo a una progresiva condensación del cuerpo físico. Lo que antes era en él solamente líquido, adopta forma viscosa, y también sus formaciones aéreas y caloricas sufren su correspondiente densificación. Procesos similares se producen igualmente en los dos reinos inferiores.

El hecho de que el cuerpo lunar haya quedado segregado del cuerpo solar, lleva como consecuencia el que la relación del primero con el segundo sea análoga a la que existía en otros tiempos entre Saturno y el conjunto de la evolución cósmica a su alrededor. Recordemos que el cuerpo de Saturno se había formado del plexo de los "Espíritus de la Voluntad" (Tronos); su substancia reflejaba hacia el espacio cósmico todo lo que experimentaban las mencionadas entidades espirituales que se encontraban a su alrededor. Y, en virtud de los procesos ulteriores, esta reverberación fue despertando gradualmente a una vida autónoma. En efecto, toda evolución estriba en que, primeramente, de la vida del medio ambiente se independiza una porción de esencia; más tarde, se imprime el ambiente, como por reflejo, en el nuevo ser así generado y, finalmente, éste continúa su evolución independiente.

Así fue como el cuerpo lunar se separó del Sol, y empezó por reflejar su vida. Si nada más hubiera ocurrido, el proceso cósmico que se habría desarrollado sería el siguiente: habría un cuerpo solar en el que ciertas entidades espirituales a él adaptadas, tendrían sus experiencias en el elemento calórico y aéreo; se enfrentaría a este cuerpo solar, uno lunar en el que se desarrollarían otros seres dotados, no solamente de vida calórica y

aérea, sino también de líquida; el adelanto de la incorporación solar a la lunar, consistiría en que los seres solares podrían percibir su vida propia como imagen reflejada por los procesos lunares, pudiendo así gozarla, lo que les era todavía imposible durante la etapa solar. Pero el proceso de la evolución no se mantuvo en este cauce, sino que tuvo lugar un acontecimiento de capital importancia para toda evolución ulterior: ciertas entidades, adaptadas al cuerpo lunar, se apoderaron del elemento volitivo a su alcance, herencia de los Tronos, y desarrollaron una vida propia al margen de la solar. Al lado de las experiencias lunares supeditadas únicamente a la influencia solar, surgieron otras, específicamente lunares, algo así como estados de sublevación o de rebelión contra los seres solares. Y los diversos reinos formados en el Sol y la Luna, sobre todo el de los antepasados del hombre, se vieron involucrados en esa situación. De ahí que el cuerpo lunar encierre en sí, espiritual y materialmente, dos clases de vida: una que se encuentra en estrecha concordancia con la vida solar, y otra, que se ha revelado contra ésta y que sigue una ruta independiente. Como seguidamente veremos, esta división de la vida en dos ramas distintas, se expresa en todos los procesos ulteriores del ciclo lunar.

Lo que, al investigar ese período evolutivo, se ofrece a la conciencia suprasensible, puede ilustrarse con las siguientes imágenes: el conjunto de la masa básica de la Luna está formado por una substancia semiviviente que se encuentra en un movimiento, ora lento, ora animado. Esa masa no es todavía mineral como lo son las rocas y componentes terrestres que pisa el hombre actual; más bien se trata de un reino minero-vegetal, como único constituyente básico de la masa lunar, en tanto que, actualmente, la Tierra consiste en rocas, tierra laborable, etc. Así como, hoy en día, se amontonan masas rocosas terrestres, se incrustaban entonces en la masa lunar formaciones más duras,

comparables a estructuras de madera o de materia córnea. Y en tanto que actualmente los vegetales crecen partiendo del suelo mineral, el "suelo" de la Luna estaba cubierto y penetrado por el segundo reino, que consistía en una especie de animales-vegetales, de substancia más blanda que la masa básica, y de mayor movilidad interna. Este reino se extendía sobre el otro como un mar viscoso. En cuanto al hombre, podemos considerarlo hombre-animal: su naturaleza contenía los componentes de los otros dos reinos, pero su entidad se hallaba completamente penetrada por un cuerpo etéreo y uno astral, sobre los que ejercían su acción, desde el Sol que se había separado, las energías de las entidades superiores; así iba ennobleciéndose su forma somática. En tanto que los "Espíritus de la Forma" le habían dotado de una estructura por la que se adaptaba a la vida lunar, los del Sol le convertían en una entidad que lo elevaba por encima de dicha vida. En virtud de las facultades que dichos espíritus le habían conferido, el hombre poseía la capacidad de refinar su propia naturaleza, e incluso la de elevar a un nivel evolutivo más alto los elementos constitutivos que guardaban parentesco con los reinos inferiores.

Vistos espiritualmente, los procesos en cuestión pueden describirse en esta forma: el antepasado del hombre había sido ennoblecido por entidades que se habían revelado contra el reino solar. Este ennoblecimiento se extendía especialmente a todo lo que podía experimentarse en el elemento acuoso, elemento sobre el que los seres solares, soberanos en el calórico y el aéreo, ejercían menos influencia. Para el antepasado del hombre, el resultado fue que dos clases de entidades ejercían una actividad en su organización: una parte de ella se hallaba completamente penetrada por las actividades de los seres solares, mientras que en la otra ejercían su influencia los seres lunares rebeldes. Por esta razón, la última parte era más independiente que la pri-

mera. En aquella primera podían generarse solamente estados de conciencia en que influían los seres solares; en la segunda, la lunar, vivía una especie de conciencia cósmica, análoga a la del estado saturnal, si bien ahora en un nivel más elevado. En virtud de esta conciencia cósmica, el antepasado del hombre podía sentirse como "imagen del Universo", mientras que su "parte solar" se sentía tan sólo como "imagen del Sol".

Ahora bien, en el seno de la naturaleza humana se entabló algo así como una lucha entre aquellas dos entidades: debido a la influencia de los seres solares, se creó en esa lucha una especie de contrapeso, por el cual se tornó frágil y perecedera la organización material que hacía posible la conciencia cósmica independiente. En adelante, esa parte del organismo tenía que eliminarse de vez en cuando. Durante ese proceso de eliminación, y algún tiempo después, el antepasado del hombre dependía únicamente de la influencia solar; su conciencia era menos autónoma, y él vivía en ella entregado enteramente a la vida solar. Luego, se renovaba la parte lunar independiente, proceso que se repetía a intervalos regulares. Así pues, el antepasado del hombre vivía en la Luna, pasando alternativamente de una conciencia clara a una confusa, cambio que correspondía a una variación de su constitución material. Periódicamente, descartaba su cuerpo lunar, pero volvía a tomarlo de nuevo más tarde.

Visto físicamente, se muestra una gran diversidad en dichos reinos de la Luna. Tanto entre los vegetales-minerales, como entre los animales-vegetales y los hombres-animales, existían diferencias según los grupos a los que pertenecían. Esto se explica si se tiene en cuenta que, por haberse rezagado ciertas formaciones en cada etapa evolutiva anterior, se han materializado formas de las características más diversas: las hay que todavía

muestran las propiedades iniciales de Saturno; otras, las de su época media, y otras, las del final. Lo mismo vale para todas las fases de ciclo solar.

Ese rezago no queda limitado a los entes vinculados al cuerpo cósmico en continua evolución, sino que afecta también a ciertas entidades espirituales que en ella intervienen. Por el desarrollo progresivo hasta la Luna, ya se ha originado una vasta gama de grados de perfección de tales entidades. Así, existen "Espíritus de la Personalidad" que ni siquiera en el Sol alcanzaron su escalón humano, mientras otros compensaron su demora y ascendieron a él. También quedó atrás cierto número de "Espíritus del Fuego" que, en el Sol, hubieran tenido que llegar a ser "hombres". Ahora bien, así como, durante el ciclo solar, ciertos "Espíritus de la Personalidad" rezagados emigraron del Sol y formaron un nuevo Saturno como cuerpo cósmico separado, ocurre asimismo que, en el curso del ciclo lunar, otras entidades rezagadas emigran a cuerpos cósmicos especiales. Hasta ahora, nos hemos referido solamente a la división en Sol y Luna, pero, por las razones indicadas, también otras formaciones cósmicas se separaron del cuerpo lunar que apareció tras el gran periodo de reposo entre Sol y Luna. Al cabo de algún tiempo, nos encontramos en presencia de un sistema de cuerpos cósmicos, al más avanzado de los cuales hemos de llamar el nuevo Sol. Entre cada uno de estos cuerpos cósmicos y los correspondientes seres lunares, se crea un lazo de atracción, análogo al que, durante el ciclo solar, se estableció entre el reino saturnal rezagado* y los "Espíritus de la Personalidad" moradores del nuevo Saturno. Seguir de cerca el destino de todos estos astros, nos conduciría demasiado lejos. Bástenos con haber indicado por qué razones, de la formación cósmica que, al principio de la evolución de la humanidad, aparece como Saturno, se desprende de poco a poco toda una serie de cuerpos cósmicos.

Después de la intervención de los "Espíritus de la Forma" en la Luna, la evolución continúa algún tiempo en la forma descrita; sobreviene luego una pausa, durante la cual las partes más densas de los tres reinos lunares permanecen en cierto estado de reposo, mientras que las más sutiles, sobre todo los cuerpos astrales de los seres humanos, se separan de aquellas estructuras más densas y alcanzan un estado en que las fuerzas superiores de los sublimes seres solares pueden ejercer sobre ellas una acción particularmente intensa. Después de ese período de reposo, dichas partes más sutiles vuelven a saturar los estratos del ser humano que consisten en substancia más densa; pero en virtud de las potentes fuerzas que asimilaron durante su reposo —en estado libre—, pueden esas substancias sutiles darles a las más densas la necesaria madurez para percibir la acción que, al cabo de algún tiempo, ejercerán sobre ellas los que han progresado normalmente "Espíritus de la Personalidad" y "Espíritus del Fuego".

Entre tanto, esos "Espíritus de la Personalidad" se han elevado al escalón que significa poseer la "conciencia inspirativa". Y así, además de percibir, en imágenes, el estado interior de otros seres —como era el caso en la conciencia pictórica anterior— pueden percibir, cual si fuera a través de un lenguaje de sonidos espirituales, la interioridad misma de esos seres. Los "Espíritus del Fuego", a su vez, se han elevado al grado de conciencia que los "Espíritus de la Personalidad" poseían en el Sol. En consecuencia, ambas categorías de espíritus pueden ejercer su acción sobre la vida ya más madura del ser humano: los "Espíritus de la Personalidad" obran sobre el cuerpo astral; los "Espíritus del Fuego", sobre el etéreo. De este modo, el cuerpo astral adquiere carácter de personalidad; de ahí en adelante, no sólo experimenta placer y dolor, sino que los relaciona consigo mismo; no ha adquirido todavía la cabal autoconciencia que le permita

decir "aquí estoy", pero se siente sostenido y cobijado por otras entidades pertenecientes a su medio circundante. Elevando su mirada hacia ellas, puede decir: "este mi ambiente me mantiene en la existencia". Los "Espíritus de Fuego" obran ahora sobre el cuerpo etéreo, y, bajo su influencia, el movimiento de las fuerzas en dicho cuerpo se convierten más y más en actividad vital interior, cuya expresión física son la circulación de humores y fenómenos de crecimiento. Las substancias gaseosas se han condensado en líquidas; es una especie de nutrición, en el sentido de que los elementos recibidos del exterior se transforman y elaboran en el interior: en verdad, un proceso intermedio entre la nutrición y la respiración en sentido actual. El ser humano extraía las substancias nutritivas del reino de las plantas-animales, que hemos de imaginar como flotando o nadando en —o también ligeramente adheridas a— un elemento que las rodea, a semejanza de cómo los animales inferiores actuales viven en el agua, o los animales terrestres. Pero ese elemento no es ni agua ni aire tal como hoy los concebimos, sino un elemento intermedio integrado por ambos, una especie de vapor espeso, en el que las más variadas substancias se mueven, como disueltas, a merced de las más diversas corrientes. Las plantas-animales se destacan solamente como formas regulares condensadas de ese elemento, a menudo apenas diferenciadas físicamente de su ambiente. Al lado del proceso de nutrición, existe también el respiratorio, pero no tiene lugar como en la Tierra, sino que es como una absorción y expulsión de calor. Capta esto la observación suprasensible como si, durante estos procesos, ciertos órganos se abriesen y cerrasen, y por ellos entrase y saliese una corriente calórica, así como a través suyo se introdujesen y expulsasen también las substancias aeriformes y acuosas. Y dado que, en ese escalón, ya posee el ser humano un cuerpo astral, esa respiración y nutrición le despiertan sentimientos, de manera

que se produce una especie de placer cada vez que absorbe del exterior substancias útiles para la economía de su organismo; en cambio, siente desagrado cuando elementos nocivos se derraman en su organismo o se acercan a él. Durante el ciclo lunar, a semejanza de cómo el proceso respiratorio guardaba la mencionada afinidad con el nutritivo, la vida representativa mantenía, parentesco con la reproducción. De las cosas y seres que rodeaban al hombre lunar, no procedía acción inmediata sobre ninguno de los sentidos. La facultad de representación consistía más bien en que, debido a la presencia de tales cosas y seres, se provocaban imágenes en la vaga conciencia crepuscular, imágenes cuya relación con la naturaleza intrínseca del ambiente, era mucho más intima que las percepciones sensorias actuales, las cuales, en los colores, sonidos, olores, etc., no muestran, por decirlo así, sino el aspecto exterior de aquellas cosas y seres. Para tener un concepto más claro de la conciencia del hombre lunar, representémonoslo como cobijado en el medio vaporoso descrito anteriormente, en cuyo medio tienen lugar los procesos más diversos: combinaciones o disociaciones de substancias, condensaciones o dilataciones de materia. Todo esto se efectúa de tal forma que los seres humanos no lo ven ni lo oyen de un modo inmediato, si bien surgen en su conciencia imágenes comparables a las de la conciencia onírica actual. Por ejemplo, cuando un objeto cae al suelo al lado de un hombre dormido, éste no percibe el hecho en sí mismo, sino alguna imagen: sueña por ejemplo, que oye un disparo. Pero las imágenes de la conciencia lunar no son arbitrarias como las de los sueños; no son reflejos, sino símbolos que corresponden a procesos exteriores. Un fenómeno exterior preciso da origen a una sola imagen también precisa; el hombre lunar puede, por consiguiente, adecuar su conducta según dichas imágenes, como el hombre actual la ajusta a sus percepciones. Mas hay que tener en cuenta que la

conducta basada en percepciones se halla sujeta a la arbitrariedad personal, mientras que la acción bajo la influencia de las imágenes se ejecuta como por un vago impulso. Esta conciencia gráfico-simbólica no está constituida de manera tal que por ella se hagan perceptibles solamente procesos físicos exteriores, sino que, a través de sus imágenes, se patentizan también los seres espirituales que operan tras las realidades físicas, así como sus actividades: los "Espíritus de la Personalidad" se tornan, como si dijéramos, "visibles" en los objetos del reino vegetal-animal; los "Espíritus del Fuego", detrás y dentro de los seres vegetales-minerales, en tanto que los "Hijos de la Vida" se manifiestan como seres que el hombre puede representarse sin enlace con algo físico; penetran en su campo visual, por decirlo así, como formaciones anímicas etéreas. Aunque estas representaciones de la conciencia lunar no eran réplicas, sino sólo símbolos de lo exterior, su acción sobre la vida interna del ser humano era mucho más potente que nuestras representaciones actuales suministradas por la percepción. Podían poner en movimiento y actividad toda la interioridad humana; y los procesos interiores se modelaban de conformidad con ellas. Eran verdaderas fuerzas formativas, y el ser humano adoptaba la forma que ellas le imprimían: se convertía, por decirlo así, en réplica o estampa de sus propios procesos de conciencia.

Cuanto más avanza ese progreso de la evolución, tanto más trae aparejado el que se produzca en el ser humano una transformación profunda y decisiva: va menguando la potencia que parte de las imágenes de la conciencia, y pierde gradualmente la facultad de extenderse sobre la íntegra corporalidad humana, que se desdobla en dos naturalezas: nacen ciertos órganos que están sujetos a la acción formativa de la conciencia gráfico-refleja y que se convierten, en alto grado, en estampa de la vida de representaciones conforme la describí; otros órganos, en

cambio, se sustraen a esa influencia. En una parte de su ser, el hombre es, por decirlo así, demasiado denso; está tan supeditado a otras leyes que no puede orientarse según las estampas de su conciencia: se sustraen a la influencia del ser humano para someterse a otra, o sea, la de los sublimes seres solares. Un período de reposo precede, sin embargo, a este escalón de la evolución, durante el cual los espíritus solares acumulan el impulso necesario para ejercer su acción sobre los seres de la Luna bajo condiciones completamente nuevas. Tras este período de reposo, el ser humano se halla claramente dividido en dos naturalezas: una, sustraída a la acción autónoma de la conciencia gráfico-simbólica, toma una forma más definida y se sujeta a la influencia de fuerzas que tienen su origen en el cuerpo lunar, aunque se generan en éste sólo gracias a la influencia de los seres solares. Esta primera parte del ser humano participa cada vez más de la vida estimulada por el Sol. La otra naturaleza se yergue como una cabeza sobre el resto del organismo: es móvil, plástica y se modela como expresión y vehículo de la vaga conciencia humana. Sin embargo, ambas naturalezas se hallan íntimamente unidas; mutuamente se envían sus humores, y sus miembros se extienden de una hasta dentro de la otra.

Se logra entonces una armonía significativa gracias a que, durante el tiempo en que todo esto ha tenido lugar, se ha establecido también entre el Sol y la Luna, una relación que concuerda con los fines que ha tomado aquella evolución. Ya en este capítulo hemos sugerido de qué modo los seres, en su progreso por los sucesivos grados de su evolución, van separando de la masa cósmica general los cuerpos celestes que han de servirles de morada. Estos seres irradiaban, en cierto modo, las energías con sujeción a las cuales se estructuraban las substancias. El Sol y la Luna se separaron uno de otra, como convenía para crear las correctas moradas de los seres correspondientes; pero esta

determinación de la materia y de sus fuerzas, por el espíritu, es todavía de mucho mayor alcance: los seres mismos determinan ciertos movimientos de los cuerpos cósmicos y las revoluciones del uno en torno al otro. De este modo, varía la posición de cada uno de estos cuerpos con respecto a los demás, y con sus posiciones sucesivas se modifica asimismo la acción recíproca de sus moradores: éste fue el caso con el Sol y la Luna. En virtud del movimiento de la Luna en torno al Sol, los seres humanos se encuentran alternativamente, una vez bajo la influencia predominante de la actividad del Sol, otra vez se apartan de ella y dependen entonces de sí mismos. Ese movimiento, consecuencia de la mencionada "caída" de ciertos seres lunares, y del contrapeso establecido para la lucha que este acontecimiento originó, no es sino la expresión física de la relación de fuerzas espirituales resultante de la "caída". El hecho de que un cuerpo se mueva en torno a otro, origina en los seres que moran en ellos, los estados de conciencia alternativos mencionados más arriba. Se puede decir que la Luna, alternativamente, orienta su vida hacia el Sol, y la independiza de él. Existe un período solar y otro planetario; durante este último, los seres lunares se desarrollan en una porción de la Luna apartada del Sol. Sin embargo, además del movimiento de los cuerpos celestes, interviene para la Luna aun otro fenómeno: la conciencia supra-sensible retrospectiva comprueba que los mismos seres lunares circulan, a intervalos regulares, en torno a su cuerpo cósmico. En determinadas épocas, buscan los lugares donde pueden entregarse a la influencia solar; en otras, se trasladan a aquellos en que, no sometidos a dicha influencia, pueden, en cierto modo, reflexionar sobre sí mismos.

Para completar el cuadro que corresponde a esos procesos, téngase presente, además, que durante el ciclo lunar, los "Hijos de la Vida" alcanzan su escalón humano. Aunque los rudimen-

tos de los órganos sensorios humanos ya se habían formado en Saturno, el hombre en la Luna todavía no es capaz de utilizarlos para la propia percepción de objetos exteriores. Esos sentidos se convierten entonces en instrumentos de los "Hijos de la Vida", quienes se valen de ellos para permitirles la percepción. Así, dichos sentidos, aunque pertenezcan al cuerpo humano físico, entran en relación recíproca con los "Hijos de la Vida", quienes no sólo se sirven de ellos, sino que, además, los perfeccionan.

Ya dijimos que, en virtud de las cambiantes relaciones con el Sol, se producen alternantes condiciones de vida del propio ser humano: cada vez que éste se halla sometido a la influencia solar, se entrega a la vida del Sol y a sus fenómenos, más que a sí mismo; durante estos períodos, experimenta la inmensidad y majestad del Universo expresadas por el Sol y, por decirlo así, las absorbe. Los seres sublimes que han establecido su morada en él, ejercen entonces su acción sobre la Luna; ésta a su vez la ejerce sobre el ser humano, acción que no se extiende a todo el organismo, sino en particular a aquellas de sus partes que han quedado sustraídas a la influencia de las estampas de la conciencia propia. Especialmente los cuerpos físicos y vital adquieren, en esa fase, cierto tamaño y configuración, a costa de retroceder las funciones conscientes.

Asimismo, cada vez que el ser humano se aparta del Sol, se hunde en su propia naturaleza; iníciase entonces cierta agitación interna, ante todo en el cuerpo astral, a la vez que la forma externa pierde algo de su belleza y perfección. Existen pues, durante el ciclo lunar, los dos estados de conciencia alternativos que se distinguen claramente: uno más sordo durante el período solar, y otro más lúcido durante la época en que la vida depende más de sí misma. El primero, aunque más opaco, es menos egoísta; el hombre se consagra entonces más al mundo

exterior, al Universo reflejado por el Sol. Esta alternancia de los estados de conciencia puede compararse, no sólo a la de sueño y vigilia en el hombre actual, sino también a su vida entre el nacimiento y la muerte, por una parte, y a la existencia más espiritual entre la muerte y el nuevo nacimiento, por la otra. El despertar en la Luna, cada vez que el período solar va tocando a su fin, podría caracterizarse como un estado intermedio entre el despertar matutino del hombre actual y su nacimiento; asimismo, el paulatino ofuscamiento de la conciencia al aproximarse el período solar, se asemeja a un estado intermedio entre el dormirse y el morir. En efecto, en la antigua Luna no existía todavía la conciencia de nacer y de morir tal como la posee el hombre actual; en un a modo de vida solar, el hombre se entregaba a disfrutarla, sustraído por un tiempo a su existencia individual; vivía entonces más en condición espiritual. A título de comparación, puede intentarse una descripción aproximada de lo que el hombre experimentaba en esos períodos solares: sentía como si las fuerzas activas del Universo afluyeran a él y palpitasen en su ser; se sentía como embriagado de las armonías del Universo, armonías que se mezclaban con el ritmo de su propia existencia. En esas fases, su cuerpo astral, así como también una parte del etéreo, se hallaba como liberado del físico, y este binomio de cuerpo astral y etéreo era como un delicado y maravilloso instrumento musical, en cuyas cuerdas resonaban los misterios del Cosmos. Los miembros de la parte del organismo humano que se hallaba menos influida por la conciencia propia, se modelaban conforme a las armonías universales, en las que ejercían su actividad los seres del Sol: la forma de esta parte del organismo se esculpía por los sonidos cósmicos espirituales. Con todo, el cambio entre los dos estados de conciencia, esto es, entre la conciencia más clara durante el período lunar, y la más apagada en el solar, no era tan radical como el contraste entre

el velar y el dormir sin sueños del hombre actual: la conciencia gráfico-simbólica o en imágenes no era tan clara como la actual de la vigilia, a la vez que el otro estado de conciencia no era tan opaco como nuestro sueño profundo. Así pues, el ser humano tenía algo así como una noción, aunque amortiguada, del juego de las armonías cósmicas en su cuerpo físico y en la parte del etéreo que con él había quedado unida. En el período en que el Sol, por decirlo así, no brillaba para el hombre, afloraban en la conciencia las representaciones pictóricas propias, en lugar de dichas armonías; resurgían entonces especialmente las partes de los cuerpos físico y etéreo directamente supeditadas a la conciencia. En cambio, las demás partes del ser humano, privadas ya de la acción de las fuerzas formativas solares, atravesaban como un proceso de endurecimiento y desecamiento y, al aproximarse de nuevo el período solar, los cuerpos envejecidos se desintegraban, desprendiéndose del ser humano; el hombre surgía como de la tumba de su antigua corporalidad, regenerado en su interior, aunque todavía inconspicuo en su forma: había tenido lugar una renovación del proceso vital. En virtud de la acción de los seres solares y sus armonías, el cuerpo renacido se desarrollaba de nuevo hasta alcanzar su perfección anterior, y se repetía el proceso descrito: el hombre experimentaba esta renovación como si se hubiese revestido de un nuevo ropaje. En rigor, el núcleo de su ser no había atravesado un nacimiento o una muerte; únicamente había pasado de una conciencia de sonidos espirituales, en la que se entregaba al mundo exterior, a una conciencia en la que se consagraba más bien a su propia interioridad. Había mudado la piel; se había desprendido del cuerpo antiguo, ya inutilizable, y lo había renovado. Con ello, queda explicado con mayor exactitud lo que más arriba hemos descrito como cierto tipo de reproducción, y a cuyo respecto habíamos dicho que presenta cierto parentesco con la vida rep-

resentativa. El ser humano ha producido un ser semejante a sí mismo, en lo que toca a ciertas partes de los cuerpos físicos y etéreo; pero no se engendra un vástago completamente diferenciado de la esencia paterna, sino que se le traspasa el núcleo constitutivo de ésta, núcleo que no produce un nuevo ser, sino que se reproduce a sí mismo en una nueva forma. Así es cómo el hombre lunar experimenta un cambio en sus estados de conciencia. Al aproximarse el período solar, sus representaciones pictóricas se desvanecen progresivamente y se siente penetrado por un venturoso abandono: en su plácido interior resuenan las armonías cósmicas. Hacia el final de ese período, se animan las imágenes en el cuerpo astral; se intensifica el sentimiento de la propia existencia, y el hombre experimenta como un despertar después del reposo y de la bienaventuranza en que se había encontrado sumergido durante la fase solar. Pero otra experiencia importante acompaña a ese despertar: al despuntar de nuevo las imágenes en su conciencia, el hombre se siente como envuelto en una nube que, cual si fuera una entidad, desciende sobre él desde el Universo, y tiene el sentimiento de que le integra como complemento de su propia naturaleza, de que le otorga existencia, de que es como su "Yo". Esta entidad es uno de los "Hijos de la Vida"*, y he aquí lo que poco más o menos, el hombre experimenta con relación a ella: "He estado viviendo cobijado en mi ángel, incluso en el período solar, cuando me encontraba entregado a la magnificencia del Universo, aunque entonces no lo percibía; ahora se me ha vuelto visible". Y es también de ese ángel de donde parte la fuerza que le permite al hombre ejercer su acción sobre su propia corporalidad durante la fase carente de Sol. Y luego, al aproximarse de nuevo el período solar, el hombre tiene la sensación de que se fusiona con el ángel; y si bien es verdad que entonces tampoco le ve, no por eso deja de sentirse íntimamente unido a él.

La relación con los Ángeles era tal, que no cada individuo humano tenía su ángel particular, sino que todo un grupo de ellos sentía que uno de esos seres le pertenecía. Los hombres lunares vivían separados en grupos, y cada grupo experimentaba su "yo grupal" colectivo concretado en un ángel. La diferencia entre estos grupos se observa, sobre todo, por cierta configuración de los cuerpos etéreos, específica para cada grupo. Pero puesto que los cuerpos físicos se modelan según los etéreos, las diferencias de éstos se imprimían también en aquellos, y cada grupo humano aparecía como una especie humana distinta. Al dirigir su mirada hacia los grupos humanos que les pertenecían, los Ángeles se veían en cierto modo multiplicados en los individuos, lo que les proporcionaba la sensación de su propia "egoidad": se reflejaban, por decirlo así, en los hombres. He ahí, pues, la función de los sentidos humanos en aquella época, sentidos que no suministraban todavía percepciones de objetos, pero si reflejaban la esencia de los Ángeles. A éstos, la percepción de este reflejo les proporcionaba la "conciencia de su yo", en tanto que en el cuerpo astral humano, ese reflejo suscitaba las imágenes de la vaga y crepuscular conciencia lunar. En el aspecto físico, esta actividad del hombre llevada a cabo en relación recíproca con los Ángeles, dio origen a los primeros rudimentos del sistema nervioso: los nervios aparecen, pues, como si fueran continuación de los sentidos hacia el interior del cuerpo humano.

Por lo que antecede, es evidente en que forma las tres categorías de espíritus, esto es, los "Espíritus de la Per-sonalidad", los "Espíritus del Fuego" (Arcángeles) y los "Hijos de la Vida" (Ángeles), actúan sobre el hombre lunar. En la fase principal del ciclo lunar, esto es, en la fase media o segunda, los "Espíritus de la Personalidad" implantan en el cuerpo astral humano la au-

tonomía, los atributos de la personalidad, lo que explica que, en los períodos tenebrosos, o sea, cuando el Sol, como si dijéramos, no brilla para el hombre, éste puede introvertirse y trabajar en su propio desarrollo. Los Arcángeles, a su vez, intervienen en el cuerpo etéreo para imprimirle la estructura privativa del ser humano, y gracias a ellos, tras cada renovación de su cuerpo, el ser humano recobra el sentimiento de su identidad; en otras palabras, los Arcángeles dotan al cuerpo etéreo de una especie de memoria*. Finalmente, los Ángeles actúan sobre el cuerpo físico y lo convierten en expresión del cuerpo astral autónomo; hacen posible que él se torne réplica fisonómica de su cuerpo astral.

Pero esas tres categorías de entidades no son las únicas que intervienen en la conformación del hombre lunar: entidades espirituales superiores, particularmente los "Espíritus de la Forma" y los "Espíritus del Movimiento", actúan asimismo en la formación de sus cuerpos físico y etéreo, en cuanto que éstos, en los períodos solares, se desarrollan al margen del cuerpo astral. Su intervención se efectúa desde el Sol conforme lo describimos.

Bajo la influencia de hechos como éstos, el ser humano va madurando para desarrollar en sí, paulatinamente, el germen del "Yo espiritual", a semejanza de como conformó el germen del "Hombre espíritu" en la segunda mitad del ciclo saturnal, y el del "Espíritu de vida" en el Sol. En consecuencia, se modifican todas las condiciones en la Luna: en virtud de las sucesivas transformaciones y renovaciones, los seres humanos han ido perfeccionándose y afinándose y, además, han aumentado su vigor. Como resultado, la conciencia gráfico-simbólica en imágenes persiste cada vez más, incluso durante los períodos solares, alcanzando así una influencia sobre la formación de los cuerpos físico y etéreo, influencia que, hasta entonces, se había

ejercido únicamente por la acción de los seres solares. Lo que, en la Luna, llevaron a cabo los seres humanos y los espíritus a ellos vinculados, fue progresivamente adquiriendo semejanza con lo que previamente había realizado el Sol con sus entidades superiores, permitiendo que estas últimas pudieran consagrarse cada vez más a su propia evolución. De este modo, al cabo de algún tiempo, la Luna había progresado suficientemente para unirse de nuevo con el Sol.

Desde un punto de vista espiritual, esos procesos se presentan como sigue: los "seres lunares rebeldes" quedaron progresivamente dominados por los seres solares y, en adelante, tuvieron que supeditarse, ajustándose a ellos en todas sus funciones. Sin embargo, esto se produjo solamente tras largas épocas en las cuales los períodos lunares iban acortándose a la vez que los solares se hacían cada vez más largos. Sigue de nuevo un ciclo evolutivo durante el cual el Sol y la Luna forman un solo astro y el cuerpo físico humano se torna totalmente etéreo, lo que no hay que imaginar que implique no-existencia de un cuerpo físico; pues continúa perdurando lo que, durante los ciclos saturnal, solar y lunar, se ha formado como tal. Hay que saber reconocer lo físico, no sólo ahí donde se manifiesta física y exteriormente, sino también cuando hacia fuera ostenta modalidad etérea e incluso astral: conviene precisamente distinguir entre la apariencia exterior y la constitución interna. En efecto, un cuerpo físico puede eterizarse y astralizarse, y mantenerse, sin embargo, en armonía con las leyes físicas. He aquí lo que ocurrió cuando el cuerpo físico del hombre hubo alcanzado cierto nivel de perfección en la Luna: adquirió entonces condición etérea. Sin embargo, cuando la conciencia suprasensible dirige su atención hacia uno de esos "plexos físicos de condición etérea", se le revela gobernado en todas sus partes, no por leyes de lo etéreo, sino de lo físico, que quedó absorbido en lo etéreo, para ahí reposar

y quedar cobijado como en el seno de una madre. Más tarde, aparece de nuevo en estado físico, pero a un nivel superior. Si los seres humanos de la Luna conservasen su cuerpo físico en forma física tosca, la Luna nunca podría unirse con el Sol; en cambio, al adoptar modalidad etérea, el cuerpo físico adquiere más afinidad con el etéreo, lo que le permite compenetrarse de nuevo más íntimamente con las partes de los cuerpos etéreo y astral que, en los períodos de actividad solar del ciclo lunar, tuvieron que separarse de él. El hombre, que durante la separación del Sol y la Luna aparecía como dual, recobra su unidad: lo físico se vuelve más anímico, a la vez que lo anímico se torna más unido a lo físico. Los espíritus solares, en cuya esfera inmediata ha entrado ahora ese ser humano unificado, pueden, en adelante, ejercer sobre él una acción muy distinta a la anterior, cuando la dirigían hacia la Luna desde el exterior. En esa etapa, el hombre está rodeado de un ambiente más anímico-espiritual, lo que permite una significativa intervención de los "Espíritus de la Sabiduría": le inculcan la sabiduría, se la inspiran, de manera que él se convierte, hasta cierto punto, en alma autónoma. A esta influencia viene a añadirse la de los "Espíritus del Movimiento", que ejercen su acción particularmente sobre el cuerpo astral, de modo que éste, bajo la influencia de dichas entidades, despliega una gran agilidad anímica y se elabora un cuerpo vital pleno de sabiduría. Este cuerpo etéreo penetrado de sabiduría, constituye el primer rudimento de lo que, en un capítulo anterior, describimos como "alma racional" del hombre actual, mientras que el cuerpo astral estimulado por los "Espíritus del Movimiento", es el germen del "alma sensible". Y puesto que todos estos procesos se realizan en el ser humano en virtud de su acrecentada autonomía, dichos gérmenes de las almas racional y sensible aparecen como expresión del "Yo espiritual". Nótese que, en este período de la evolución, el "Yo

espiritual" no constituye todavía elemento aparte, al lado de las almas racional y sensible. Estas últimas no son sino la expresión del "Yo espiritual", el cual significa, a su vez, la unidad y la armonía superior de las mismas.

De especial significado viene siendo la mencionada intervención de los "Espíritus de la Sabiduría" en dicha época. En efecto, esta intervención no se circunscribe a los seres humanos, sino que se extiende también a los demás reinos que se han generado en la Luna. Al reintegrarse en unidad el Sol y la Luna, también estos reinos inferiores son absorbidos por la esfera solar; todo lo que en ellos era físico, se eteriza. Por lo tanto, el Sol contiene, en adelante, no sólo seres humanos, sino también plantas-minerales y animales-plantas, seres que, sin embargo, continúan sometidos a sus leyes propias, por lo cual se sienten como extraños en ese ambiente; aparecen con características poco congruentes con él. Pero, dado que se hallan eterizados, puede hacérseles también extensiva la acción de los "Espíritus de la Sabiduría", de manera que todo lo que, viniendo de la Luna, había quedado absorbido por el Sol, estuviera penetrado ahora por las fuerzas de los "Espíritus de la Sabiduría". Por esta razón, podemos dar el nombre de "Cosmos de la Sabiduría" a lo que, durante ese período evolutivo, se desenvolvió en el organismo Sol-Luna. Cuando más tarde, tras un período de reposo, nuestro sistema terrestre apareció como descendiente de ese "Cosmos de Sabiduría", todos los seres que en la Tierra renacieron, brotando de sus gérmenes lunares, se mostraron henchidos de sabiduría. He aquí por qué el hombre de nuestros días, al contemplar los objetos que le rodean, llega a descubrir tanta sabiduría en su constitución: la contenida en cada hoja, en cada hueso humano o animal, en la estructura maravillosa del cerebro o del corazón. El que el hombre necesite sabiduría para comprender las cosas, esto es, para desentrañar sabiduría

de ellas, atestigua que la sabiduría subyace en las cosas. Por más que el hombre procurase comprender la Creación por medio de "sabias" representaciones, nunca encontraría en ella sabiduría alguna, si ésta no hubiese sido previamente depositada en lo creado. Quien pretenda comprender el mundo natural por medio de la sabiduría, sin creer que ese mundo ha recibido sabiduría previamente, podrá también imaginarse que puede sacar agua de un vaso sin que en él nadie la haya vertido de antemano. La Tierra es, como veremos más adelante, la "antigua Luna" resucitada, y aparece como un organismo lleno de sabiduría porque, en la época descrita, los "Espíritus de la Sabiduría" la impregnaron de sus energías.

Se comprenderá que en esta descripción de las condiciones lunares nos hayamos limitado a destacar ciertas formas transitorias de la evolución, simplemente a retener ciertos fenómenos de ese proceso, y entresacarlos para proceder a su descripción. Es evidente que semejante procedimiento no puede ofrecer más que estampas inconexas; por lo tanto, quizá en lo que antecede se eche de menos la presencia de un encadenamiento de conceptos rigurosos que abarque toda esta evolución. Ante un reparo de esta especie, hemos de señalar que, al dar nuestra descripción en conceptos menos rigurosos, lo hemos hecho con toda intención, puesto que, lo que aquí importa, no es exponer conceptos especulativos y andamiajes lógicos, sino más bien presentar lo que realmente puede manifestarse al investigador de lo suprasensible cuando éste dirige su atención hacia aquellos hechos. En lo que toca al ciclo lunar, su panorama no aparece en contornos tan nítidos y precisos como los que percibimos en nuestra Tierra actual. La época lunar nos ofrece un conjunto de impresiones fugaces y cambiantes, de imágenes pasajeras y móviles, y sus transiciones. Además, hemos de tener en cuenta que se trata de una evolución que abarca inmensos períodos

y que, al describirlos, no podemos retener más que estampas momentáneas.

Recordemos que el ciclo lunar llegó a su culminación en el momento en que el cuerpo astral implantado en el ser humano le condujo a un grado tal de evolución, que su cuerpo físico ofreció a los Ángeles la posibilidad de alcanzar su escalón humano. Entonces también el ser humano llegó a cierta culminación, que significó hacer suyas todas las posibilidades de progreso que el ciclo lunar podía ofrecerle. Lo que siguió, esto es, la segunda mitad de ese ciclo, puede considerarse, por lo tanto, como un decaer. Pero precisamente en virtud de ello, tuvo lugar un acontecimiento de la mayor importancia, tanto para el hombre como para su medio circundante: el astro Sol-Luna recibió implantada la sabiduría. Ya hemos visto que, durante esta fase de reflujo, se formaron los gérmenes de las almas racional y sensible, si bien hasta el ciclo terrestre no asistiremos a su desenvolvimiento cabal, como también al del alma consciente y, con ello, al nacimiento del "yo", de la autoconciencia independiente. En el escalón lunar, las almas racional y sensible no aparecen todavía como instrumentos por medio de los cuales se expresa el propio ser humano, sino como si fueran instrumentos al servicio de los Ángeles pertenecientes al ser humano. Para caracterizar el sentimiento con que el hombre lunar acompañó esta situación, podemos expresarlo así: "En mí, y a través mío, vive el ángel; a través de mí, contempla la esfera lunar, y es por mi medio que reflexiona sobre las cosas y seres de este mundo lunar." El hombre lunar se siente, en cierto modo, eclipsado por el ángel; se considera a sí mismo como instrumento de ese ser superior. En el intervalo en que el Sol y la Luna existían separadamente, sentía el hombre mayor autonomía en el período carente de Sol; mas, por otra parte, sentía como si se le hubiese vuelto visible su propio "yo", sustraído a la conciencia en imágenes duran-

te los tiempos solares. Toda esta alteración en los estados de conciencia, le suscitaba el sentimiento siguiente: "En mi período solar, mi yo vuela conmigo hacia regiones superiores, hacia seres sublimes, y, cuando el Sol se oculta, mi yo conmigo desciende a mundos inferiores."

Al ciclo lunar como tal le había precedido una fase preparatoria: un a modo de recapitulación de los ciclos saturnal y solar. Asimismo podemos distinguir, después de la reunión del Sol y la Luna en la fase del decaer, dos etapas diferentes durante las cuales incluso se produjeron condensaciones físicas hasta cierto grado, de manera que el organismo Sol-Luna se encontró alternativamente en estado anímico-espiritual y en estado físico. En esas etapas físicas, los seres humanos, y también las criaturas de los reinos inferiores, se nos presentan como si estuvieran prefigurando, en configuraciones rígidas y automáticas, aquello en que, con más autonomía, se convertirían más tarde en el ciclo terrestre. Podemos, por lo tanto, distinguir dos etapas preparatorias del ciclo lunar, y otras dos durante la fase decreciente, y dar a todas ellas el nombre de "episodios". En el intervalo que sigue a las dos etapas preparatorias y que precede a la última, esto es, en la fase en que la Luna se halla disociada del Sol, podemos distinguir otros tres episodios. El intermedio de los tres es aquel en que los Ángeles alcanzaron su nivel humano, episodio precedido por otro, en el que todas las circunstancias se polarizaron hacia la realización de este evento capital; le siguió otro, cuya característica consistía en un adaptarse y ulterior desenvolverse de lo recién creado. O sea, que la parte central del ciclo lunar se divide, a su vez, en tres etapas, que, junto con las dos preparatorias y las dos decrecientes, dan siete episodios lunares; el conjunto del ciclo lunar, pues, transcurre en siete episodios, separados entre sí por intervalos de reposo a los que reiteradamente nos hemos referido en páginas anteriores. Sin

embargo, para obtener un cuadro que corresponda a la realidad, no hay que imaginarse cambios bruscos entre las etapas de actividad y los intervalos de reposo. Los seres solares, por ejemplo, se fueron retirando paulatinamente de su actividad en la Luna, y empezó para ellos un período que, desde fuera, parece como pausa, mientras que en la Luna misma reina todavía una recia actividad autónoma. Así pues, el período activo de determinada categoría de seres, se extiende a menudo sobre el período de receso de otra. Esto significa que, a lo largo de dichos episodios, se produce un ascenso y descenso rítmico de las fuerzas, e incluso subdivisiones similares dentro de cada uno de los siete episodios. Todo el ciclo lunar es, por consiguiente, un gran ciclo, una revolución planetaria, repartida en siete divisiones que podemos llamar ciclos "pequeños" o episodios, los cuales se dividen a su vez en ciclos "más pequeños". Esta división en siete veces siete episodios puede observarse asimismo ya en el ciclo solar, y se halla sugerida incluso en la época saturnal. No obstante, debe tenerse en cuenta que los límites entre las respectivas divisiones se hallan poco acentuados en el Sol, y todavía menos en Saturno. Estos límites van apareciendo cada vez más marcados, a medida que la evolución progresa hacia la época terrestre.

* * *

Terminado el ciclo lunar que acabamos de esbozar, todas las entidades y fuerzas que han participado en él, entran en una forma de existencia más espiritual, cuyo nivel es muy distinto, tanto del nivel del período lunar, como del que corresponde al ciclo terrestre que le sigue. Un ser cuyas facultades de cognición estuviesen suficientemente desarrolladas para percibir todos los detalles de los ciclos lunar y terrestre, no por eso sería necesariamente capaz de tener una visión de lo que ocurre en

el intervalo entre ambos ciclos. Para ese ser, al final del período lunar los seres y fuerzas desaparecerían, por decirlo así, como en la nada, para surgir de nuevo, al cabo de cierto tiempo, de la penumbra del seno cósmico. Sólo un ser con facultades muy superiores todavía podría observar los acontecimientos espirituales que tienen lugar en aquel intervalo.

Al final de dicho intervalo, las entidades que han participado en los procesos de la evolución en Saturno, el Sol y la Luna, aparecen con nuevas facultades. Por sus actos anteriores, los seres superiores han adquirido la capacidad de hacer progresar al hombre de tal manera, que éste puede desarrollar en sí mismo, durante el período terrestre, el estado de conciencia del grado superior inmediato a la conciencia gráfico-refleja o en imágenes de la que disponía durante el período lunar. Pero primero es necesario prepararlo para que pueda recibir lo que ha de dársele. Durante los ciclos saturnal, solar y lunar, él se ha incorporado los cuerpos físicos, etéreo y astral; y estos miembros han recibido sólo aquellas facultades y fuerzas que los hacen aptos para servir de instrumento a aquella conciencia gráfico-refleja en imágenes, si bien carecen todavía de los órganos y de la configuración que han de permitirles percibir un mundo de objetos exteriores sensibles, facultad propia del escalón terrestre. Así como la nueva planta no desarrolla sino lo contenido en el germen procedente de la anterior, así los tres miembros constitutivos de la naturaleza humana aparecen, al principio del nuevo escalón evolutivo, con estructuras y órganos que no les permiten desarrollar más que la conciencia gráfico-refleja. Para el desenvolvimiento de un grado superior de conciencia, les es necesaria esa preparación previa, preparación que se efectúa en tres fases preliminares: durante la primera, el cuerpo físico es elevado a un nivel que le permite someterse a la transformación necesaria para servir de sustrato a una con-

ciencia objetiva, fase preliminar del ciclo terrestre que podemos considerar como una recapitulación del ciclo saturnal, a un nivel superior. En efecto, durante esta fase, las entidades superiores trabajan solamente en el cuerpo físico, al igual que lo habían hecho en el período saturnal. Una vez que este cuerpo ha progresado suficientemente, todas las entidades han de pasar primero a una forma superior de existencia, antes de que el plexo etéreo pueda progresar a su vez. En cierto modo, el cuerpo físico tiene que refundirse a fin de que, al desplegarse de nuevo, pueda dar cabida al etéreo más perfeccionado. Después de este intervalo, consagrado a una forma más elevada de existencia, se produce como una recapitulación del ciclo solar a un nivel superior, a fin de perfeccionar el cuerpo vital. Y después de otro intervalo, durante una recapitulación del ciclo lunar, ocurre con el cuerpo astral algo parecido.

Estudiemos ahora los acontecimientos de la evolución después de terminada la tercera de dichas recapitulaciones. Todas las entidades y potencias se hallan espiritualizadas de nuevo, y durante su espiritualización ascienden a mundos elevados. Entonces, el más bajo de ellos en el que todavía es posible registrar alguna huella de esas entidades y potencias, es el mismo en que el hombre actual permanece entre la muerte y el nuevo nacimiento, a saber, las regiones del país de los espíritus. Esas entidades y potencias vuelven a descender luego gradualmente a mundos más bajos y, antes de empezar la evolución física de la Tierra, este descenso ya ha sido suficiente para que sus manifestaciones más bajas sean perceptibles en el mundo astral o anímico.

Todo lo que, en ese período, existe del hombre, reviste todavía condición astral. Para comprender debidamente esa etapa, hay que tener muy en cuenta que, aunque el hombre

posee los cuerpos físicos, vital y astral, ni el físico ni el vital existen en condición física o etérea; sino puramente en condición astral. Lo que entonces caracteriza al cuerpo físico no es, pues, su condición física, sino el hecho de que, a pesar de ostentar forma astral, está regido por leyes físicas: es de constitución física, pero bajo forma anímica. Algo similar vale para el cuerpo etéreo.

En este escalón de la evolución, la Tierra aparece, por de pronto, a la mirada espiritual, como una estructura cósmica, toda ella alma y espíritu, y en la que, por lo tanto, también las fuerzas físicas y las vitales se manifiestan todavía anímicamente. Esta estructura, que ya contiene en germen la totalidad de lo que más tarde habrá de convertirse en las criaturas de la Tierra física, es luminosa, si bien de una luz que no podrían percibir los ojos físicos, aunque existiesen: su resplandor anímico sólo es perceptible para el vidente.

Se produce entonces en esa estructura, algo así como una condensación, con el resultado de que, al cabo de un tiempo, aparece en ella una forma ígnea, análoga a la que era Saturno en su fase más densa, forma ígnea en cuyo seno se entretejen las actividades de los diversos seres que participan en la evolución. La acción recíproca entre estos seres y el cuerpo celeste, se presenta como una inmersión en ese globo ígneo telúrico, y un emerger de él. Este globo no es, por lo tanto, una substancia uniforme, sino algo así como un organismo impregnado de alma y espíritu. Los seres destinados a devenir en la Tierra, los hombres con la constitución actual, son todavía, por su condición, los que menos participan en aquella inmersión, pues permanecen todavía casi enteramente en la periferia no condensada; se encuentran todavía en el seno de los seres espirituales superiores, y entran en contacto con la Tierra ígnea en un solo

punto de su forma anímica, dando por resultado que el calor condense una parte de su forma astral, y así prenda en ellos la vida terrena. La casi totalidad, pues, de cada uno de ellos, pertenece todavía a los mundos anímico-espirituales, con excepción de que el contacto con el fuego terrestre los envuelve en trémulo calor vital. Si quisiéramos formarnos una imagen sensible-suprasensible de esos seres humanos en los comienzos de la fase física de la Tierra, deberíamos representarnos una forma ovoide, desde luego anímica, forma situada en la periferia terrestre, rodeada su base, cual si fuera una bellota, de un cáliz, si bien puramente ígneo. Ahora bien, el hecho de circundarla el calor, no sólo da por resultado que en el hombre se prenda la vida: al mismo tiempo, sufre un cambio su cuerpo astral: en él se deposita el primer rudimento de lo que, más tarde, será el alma sensible. Puede decirse, por lo tanto, que en ese escalón de su existencia, el hombre se halla integrado de alma sensible, cuerpo astral, cuerpo vital, así como de un cuerpo físico tejido de fuego. En el cuerpo astral ondean en un movimiento de ascenso y descenso, las entidades espirituales que participan de la existencia del hombre, quien, por medio de su alma sensible, se siente vinculado a la Tierra. En esa época, su conciencia es, pues, predominantemente en imágenes, y en ella se manifiestan los seres espirituales que le albergan en su seno: la sensación de su propio cuerpo no aparece sino como un solo punto dentro de esa conciencia; contempla, como si dijéramos, desde lo alto del mundo espiritual, su posesión terrenal, y siente: "eso es tuyo".

Entretanto, la condensación de la Tierra progresa de etapa en etapa, con lo cual se hace cada vez más marcada la susodicha estructuración del hombre. A partir de determinado momento, la Tierra se halla tan solidificada que sólo una parte de ella continúa siendo ígnea, en tanto que otra adopta una forma sustancial que podríamos llamar "gas" o "aire". Pero también

el hombre experimenta una transformación: no sólo se halla en contacto con el calor terrestre, sino que a su cuerpo ígneo se le incorpora la substancia aérea. Y así como el calor había encendido en él la vida, asimismo el aire que vibra a su alrededor, le produce un efecto que podríamos llamar sonido espiritual; resuena su cuerpo vital. Al mismo tiempo, se separa del cuerpo astral una parte, primer rudimento de lo que más tarde será el alma racional.

Para tener una idea de lo que ocurre en el alma humana en esa época, hay que tener presente que en la masa ígneo-aérea que constituye la Tierra, se mecen, en ascenso y descenso, los seres superiores al hombre. En la parte ígnea son de importancia para él, inicialmente, los "Espíritus de la Personalidad", y al recibir el estímulo de vivir gracias al calor terrestre, su alma sensible se dice: éstos son los "Espíritus de la Personalidad". Asimismo, en la parte aérea se patentizan los seres que hemos llamado Arcán-geles; y cuando el aire vibra alrededor del hombre, éste experimenta en sí, como sonido, sus actividades; su alma racional se dice entonces: "éstos son los Arcángeles". Por lo tanto, lo que en esta etapa percibe el hombre gracias a su conexión con la Tierra, no es todavía una suma de objetos físicos, sino que él vive en sensaciones calóricas que ascienden hacia él, y en sonidos en cuya realidad siente la presencia de los "Espíritus de la Personalidad" y de los Arcángeles: percepción no inmediata, sino sólo a través del velo del calor y del sonido. Mientras que estas percepciones procedentes de la Tierra penetran en su alma, no dejan de acercarse a ella, y retornar, las imágenes de las entidades superiores en cuyo seno el hombre se siente cobijado.

Mientras tanto, continúa avanzando la evolución de la Tierra, avance que da origen a otra condensación: el elemento

acuoso queda integrado en el cuerpo terrestre, de manera que la Tierra está entonces constituida por tres elementos: fuego, aire y agua. Antes de que esto tuviera lugar, se produce un acontecimiento importante: de la Tierra integrada por el aire y fuego, se separa un astro autónomo, astro que, en su evolución ulterior, se convertirá en el Sol actual. Hasta ese momento, la Tierra y el Sol constituían una unidad; después de la separación, la Tierra sigue conteniendo, por de pronto, todo lo que integra la Luna actual. La separación del Sol tiene lugar, porque ciertas entidades superiores, para favorecer su propia evolución, así como su quehacer en beneficio de la Tierra, no pueden continuar soportando la materia condensada hasta el estado líquido; extraen, pues, de la masa telúrica común las únicas substancias que pueden aprovechar, y se separan de ella para establecer su nueva morada en el Sol; en adelante, obran sobre la Tierra desde el Sol. En cambio, el hombre necesita para su evolución ulterior un escenario en que la materia continúe densificándose.

Aquella integración del elemento acuoso en la masa terrestre va acompañada, asimismo, de una transformación del hombre: no sólo el fuego se derrama en él y el aire se arremolina a su alrededor, sino que la substancia líquida pasa a integrar su cuerpo físico. Al mismo tiempo, se modifica su parte etérea, que el hombre entonces percibe como sutil plexo luminoso. Anteriormente, sentía el hombre subir hacia sí mismo corrientes caloricas procedentes de la Tierra, así como aproximársele el aire a través de sonidos; ahora, también el elemento líquido impregna su cuerpo hecho de aire y fuego, elemento que él percibe en flujo y reflujo hacia dentro y hacia fuera, como luz que refulge y se oscurece alternativamente. Y también en el alma del hombre se ha producido una transformación: a los rudimentos del alma sensible y racional, ha venido a añadírsele el de la consciente. La actividad de los Ángeles se despliega en el elemento

del agua; asimismo, son ellos, propiamente, los generadores de la luz y como tales el hombre los percibe.

Ciertas entidades superiores que anteriormente se encontraban en la misma masa telúrica, ejercen ahora su actividad sobre ésta desde el Sol, con lo cual se modifican todos los efectos en la Tierra. El hombre a ella ligado, no podría continuar sintiendo la influencia de los seres solares, si su alma se mantuviera tan sólo orientada hacia la Tierra, que le ha suministrado su cuerpo físico. En adelante, tiene lugar una alternancia en los humanos estados de conciencia: a determinados intervalos, los seres solares arrancan al alma de su cuerpo físico, lo que implica que el hombre se encuentra, ora en el seno de los seres solares como ser puramente anímico, ora vinculado a su cuerpo, recibiendo la influencia de la Tierra. Cuando se halla dentro de su cuerpo físico, ascienden hasta él las corrientes calóricas, resuenan a su alrededor las masas aéreas, e impregna el agua su organismo en un movimiento de flujo y reflujo; en cambio, cuando está fuera de su cuerpo, flotan en su alma las imágenes de las entidades superiores en cuyo seno se encuentra.

En esta fase de su evolución, la Tierra atraviesa alternativamente dos períodos distintos: en el primero, ella puede rodear de sus substancias a las almas humanas, revistiéndolas de su envoltura corporal; en el otro, las almas se retiran de la Tierra, en donde quedan únicamente sus cuerpos: ella, junto con los seres humanos ha entrado en un estado de sueño. Esto nos lleva a destacar que, en esos tiempos remotos, la Tierra, experimentaba un período diurno y otro nocturno. En el aspecto físico y espacial, esto se expresa por el hecho de que, por la acción recíproca de los seres solares y terrestres, la Tierra se pone en movimiento en relación con el Sol, lo que origina la alternancia de los períodos nocturnos y diurnos; el diurno corresponde al

tiempo durante el cual está de cara al Sol la superficie terrestre en que el hombre se desarrolla: el período nocturno, esto es, el período en que el hombre lleva una vida puramente anímica, marca el tiempo en que esta superficie se halla de espaldas al Sol. No se crea, sin embargo, que, en ese remoto pasado, el movimiento de la tierra en torno al Sol ha sido semejante al actual; las condiciones eran entonces muy distintas. Pero no está por demás dejar entrever ya aquí que los movimientos de los astros son consecuencia de las relaciones recíprocas entre los seres espirituales que viven en cada uno de ellos. Son, pues, causas anímico-espirituales, las que sitúan a los astros en posiciones y movimientos adecuados para que estados espirituales puedan objetivarse en el mundo físico.

Si dirigiéramos la mirada hacia la Tierra durante su período nocturno, veríamos su masa en estado como de cadáver, puesto que, en su mayor parte, está formada por los cuerpos humanos en desintegración, cuyas almas han adoptado otro tipo de existencia: las formaciones orgánicas, o sea, las acuosas y aéreas, de que se componía el hombre, se disgregan y disuelven en el resto de la masa terrestre. Sólo continúa existiendo, como un germen de aspecto tosco, aquella parte del cuerpo humano que se había formado desde el principio del ciclo terrestre gracias al concurso del fuego y del alma humana, y que luego fue densificándose. Así pues, lo afirmado acerca de los períodos diurnos y nocturnos, no hemos de imaginárnoslo demasiado semejante a los que estos términos significan para la Tierra actual. Pues bien, al comenzar el período diurno, cuando la Tierra se encuentra de nuevo bajo la influencia directa del Sol, las almas humanas penetran en la región de la vida física; entran en contacto con dichos gérmenes y los hacen brotar, de manera que adoptan un aspecto exterior que parece réplica del ser anímico humano, en verdad, delicada fecundación entre el alma y el germen corpo-

ral: las almas que así "tomaron cuerpo", empiezan de nuevo a atraer las masas aéreas y acuosas para incorporarlas a sus cuerpos, que, de este modo organizados, expelen y absorben el aire, primer rudimento de lo que más tarde será el proceso respiratorio. También el agua queda supeditada a semejante proceso de absorción y expulsión, con lo cual se inicia una forma primitiva del proceso de nutrición. Sin embargo, estos procesos no se perciben todavía como externos: la única percepción exterior que tiene el alma es la relacionada con la mencionada fecundación; siente vagamente su despertar a la existencia física al tocar el germen que la Tierra le ofrece: experimenta algo que puede expresarse así: "he ahí mi forma", sentimiento que es como el alba del futuro "sentimiento del yo", y que subsiste en ella durante toda su unión con el cuerpo físico. El proceso de asimilación del aire lo registra el alma todavía como fenómeno anímico-espiritual expresado en forma gráfica; aparece como conjunto de fluctuantes imágenes sonoras, que imprimen sus formas al germen en vías de estructurarse. El alma se siente como envuelta en una esfera de sonidos, y experimenta cómo ella misma va estructurando su cuerpo en armonía con esas energías sonoras. Así es como, en este escalón de la evolución de la tierra, se desarrollan plexos humanos que la conciencia actual no puede percibir en ningún mundo exterior, formas de sutil sustancia, semejantes a plantas o floraciones, a la vez que interiormente móviles, en virtud de lo cual aparecen como flores que revolotean. Y el estar siendo modelado para asumir estas formas, le da al hombre una inefable sensación de felicidad durante su fase "geotrópica". La absorción de los elementos acuosos la registra el alma como acopio de fuerzas, como fortalecimiento interior; vista desde fuera, esa absorción parece como un crecimiento de la humana estructura física. Al disminuir la influencia solar directa, el alma humana pierde la facultad de gobernar esos pro-

cesos y los va eliminando poco a poco, subsistiendo tan sólo las partes que hacen madurar el susodicho germen. El hombre, empero, abandona su cuerpo y vuelve a la forma espiritual de existencia. (Dado que no todas las partes de la masa telúrica entran en la formación de los cuerpos humanos, no hay que imaginar que, en su período nocturno, la Tierra esté constituida únicamente por los cadáveres en desintegración y los gérmenes en espera de ser despertados. Todo ello se encuentra inserto en otras estructuras que se forman a partir de las substancias de la Tierra. Más adelante, se verá lo que ocurre con estas últimas).

Pero continúa el proceso de condensación de la substancia telúrica: al elemento acuoso viene agregándosele el sólido, que podemos llamar "térreo". Y con esto, también el hombre, durante su fase geotrópica, empieza a incorporarse el elemento térreo. Tan pronto como empieza esta incorporación, las fuerzas que el alma trae consigo procedentes del período en que estaba libre del cuerpo, ya no tienen la misma potencia: anteriormente, ella formaba su cuerpo con los elementos ígneo, aéreo y acuoso, en armonía con los sonidos e imágenes luminosas que le envolvían jugando en torno suyo. Como sea que esta acción no puede ejercerla el alma sobre la forma solidificada, otras potencias intervienen en el proceso: en la parte del hombre que permanece en la Tierra cuando el alma se evade del cuerpo, subsiste entonces, no sólo un germen que el alma, al regresar, suscita a la vida, sino un organismo que en sí mismo contiene también la fuerza para esta vivificación. El alma en su evasión, no sólo deja en la Tierra su réplica, sino que también en ella deposita una parte de su fuerza vivificante, de modo que, al reaparecer en la Tierra, el alma por sí sola, ya no puede despertar esta réplica a la vida, sino que la vivificación tiene que producirse en el seno de la réplica misma. Los seres espirituales que, desde el Sol, ejercen su actividad sobre la Tierra, man-

tienen entonces la fuerza vivificante en el cuerpo humano, aun cuando el hombre mismo no esté en la Tierra. De este modo, el alma, al tomar cuerpo, no sólo percibe los sonidos y las imágenes luminosas que en su entorno fluctúan y que le revelan la presencia de los seres superiores inmediatos, sino que, al recibir el elemento térreo, experimenta la influencia de otras entidades todavía más elevadas, que han establecido en el Sol su campo de actividad. Anteriormente, el hombre se sentía pertenecer a los seres anímico-espirituales a los que estaba unido en estado desencarnado; su "yo" reposaba entonces en su seno; después, este "yo" le sale al encuentro durante la incorporación física, al igual que lo demás que constituye su ambiente en esta etapa. En adelante, se encuentran en la Tierra réplicas autónomas del ser humano anímico-espiritual; réplicas que, en comparación con el cuerpo humano actual, son estructuras de substancialidad muy tenue, puesto que las partículas térreas se mezclaban con ellas sólo en un estado muy enrarecido, algo parecido a cómo el hombre actual absorbe con el órgano del olfato las substancias finamente dispersas de un objeto. Los cuerpos humanos eran como sombras, mas, por hallarse distribuidos por toda la Tierra, cayeron bajo las influencias terrestres, distintas según su localización en la superficie terrestre. Mientras que, anteriormente, las réplicas corporales correspondían al hombre anímico que las vivificaba y, por consiguiente, eran esencialmente similares en toda la Tierra; se produce, en el período que aquí nos ocupa, una diversidad entre las formas humanas, preparación de la posterior diversidad de razas.

Al adquirir el hombre corporal su autonomía, se deshizo hasta cierto grado la anterior estrecha conexión entre él y el mundo anímico-espiritual, y desde entonces, cada vez que el alma abandonaba el cuerpo, seguía éste viviendo un a modo de continuación de la vida. Si la evolución hubiera proseguido

de esta manera, la Tierra habría tenido que endurecerse bajo la influencia de ese elemento sólido; los cuerpos humanos, al ser abandonados por sus almas, se endurecían progresivamente, de modo que las almas humanas, al volver a la Tierra después de algún tiempo, no habrían encontrado ningún material utilizable con que unirse. Todas las substancias aprovechables para el hombre, se habrían destinado a llenar la Tierra de los residuos lignificados de incorporaciones pasadas.

Sobrevino entonces un acontecimiento que produjo un decisivo viraje en la evolución entera y que correspondió a la eliminación de todo lo que en la substancia terrestre sólida podría contribuir al endurecimiento permanente: nuestra Luna actual se separó de la Tierra. Y lo que antes había directamente contribuido a la creación de formas permanentes en ella, empezó a ejercer, en adelante, su acción indirecta desde la Luna, con atenuada intensidad. Los seres superiores de los que depende esa morfogénesis, habían decidido ejercer su influencia sobre la Tierra desde el exterior, en vez de continuar actuando desde su interior. En consecuencia, se produjo en los plexos humanos una diferenciación que ha de considerarse como principio de la separación de los sexos en masculino y femenino. Anteriormente, las sutiles estructuras humanas que moraban en la Tierra, daban la existencia a sus descendientes, mediante la interacción, dentro de sí mismas, de dos fuerzas, o sea, la del germen y la de la energía vivificante. En adelante, estos descendientes se diferencian: en unos predominará el poder germinativo de lo anímico-espiritual, y en otros el poder germinativo vivificante. Encontramos la causa de esa diferenciación en que, por haber salido la Luna de la Tierra, el elemento térreo había atenuado su fuerza, con lo cual la acción recíproca de ambas energías se hizo más sutil que cuando se centraba en un solo individuo. Por ese motivo, el descendiente aparece en la Tierra con una estructura

más delicada y más sutil, y sólo paulatinamente se incorporan partículas más sólidas. Con lo cual, al alma humana que retorna a la Tierra, se le ofrece de nuevo la posibilidad de unirse al cuerpo, y aunque ya no lo vivifique desde fuera, puesto que esta vivificación tiene lugar en la Tierra misma, no obstante, se une a él y determina su crecimiento, crecimiento, sin embargo, limitado: debido a la separación de la Luna, el cuerpo humano se había vuelto flexible por algún tiempo; pero cuanto más crecía sobre la Tierra, tanto más se incrementaban las fuerzas solidificantes. Hacia el final, el alma podía participar cada vez menos en la organización del cuerpo; éste decaía, a la par que el alma ascendía a modos de existencia anímico-espirituales.

Se puede seguir de cerca cómo los poderes adquiridos gradualmente por el hombre durante los ciclos saturnal, solar y lunar, van interviniendo de modo paulatino en el progreso humano durante la estructuración terrestre que acabamos de describir. En un principio, el cuerpo astral que contiene todavía en sí "disueltos" los cuerpos vital y físico, queda encendido por el fuego terrestre; más tarde, se divide en una parte astral más sutil, que constituye el alma sensible, y otra, más densa, etérea, que desde entonces entra en contacto con el elemento térreo. Con lo cual nace el cuerpo etéreo o vital que, en cuanto a su estructura interna, ya había estado prefigurado desde antes. Mientras que en el hombre astral se plasma el alma racional y la consciente, se sedimentan en el cuerpo etéreo las partículas más densas, sensibles al sonido y a la luz. Cuando el cuerpo etéreo se condensa todavía más y, de cuerpo lumínico, pasa a cuerpo ígneo calórico, ha llegado el momento de que, como ya queda explicado, se le incorporen al hombre las partículas del elemento térreo sólido. Condensado el cuerpo etéreo hasta el estado ígneo, puede unirse, gracias a las energías del cuerpo físico anteriormente en él insertas, con las substancias de la

Tierra física, precisamente sutilizadas hasta ese estado ígneo; en cambio, no podría por sí solo introducir asimismo las substancias aéreas en el cuerpo físico, ya más denso, por lo que intervienen los seres superiores moradores del Sol y le insuflan el aire: así, mientras que en virtud de sus antecedentes, posee el hombre por sí mismo la facultad de saturarse del fuego terrestre, han de ser seres superiores quienes introduzcan en su cuerpo el hálito aéreo. Antes de la solidificación, el cuerpo vital humano, por ser receptor de sonidos, era el que dirigía la corriente aérea, el que saturaba de vida su cuerpo físico; después, este cuerpo físico se hallaba dotado de una vida externa, que luego se independiza de la parte anímica del hombre, quien, al abandonar la Tierra, deja en ella no sólo el germen de su forma, sino también una réplica viviente de sí mismo. Los "Espíritus de la Forma" permanecen unidos a esta réplica; la vida que emana de ellos, la hacen pasar también a los descendientes cuando el alma humana haya abandonado el cuerpo. He ahí el origen de lo que podemos llamar transmisión hereditaria. Cuando luego el alma humana reaparece en la Tierra, percibe que la vida que late en el cuerpo que ella ocupa, ha sido transmitida a través de sus ascendientes y siente especial atracción hacia tal cuerpo. De este modo, se forma como una evocación del antepasado con quien el alma se siente identificada, que como conciencia común, persiste en la línea de los descendientes: el "Yo" fluye en descenso a través de las generaciones.

En ese escalón de la evolución, el hombre se intuía a sí mismo como ser autónomo durante su existencia terrena; sentía el fuego interno de su cuerpo vital unido al fuego externo de la Tierra, y el calor que le fluía, él podía sentirlo como su "yo". Estas vitales corrientes calóricas constituyen el primer rudimento de la circulación sanguínea. En cambio, el hombre no sentía su propio ser totalmente identificado con el elemento

aeriforme que le invadía; cosa obvia, puesto que en este aire palpitaban las energías de los seres superiores conforme hemos descrito. No obstante, el aire que le fluía, no le era totalmente ajeno: dentro de él, perduraba cierta parte de las fuerzas activas que él se había apropiado en virtud de las energías etéreas generadas en una etapa anterior; y eso sí que era parte integrante suya. El hombre dominaba, pues, una parte de esas corrientes aéreas, a consecuencia de lo cual actuaban en su modelación, no sólo los seres superiores, sino también él mismo: el hombre configuraba sus ingredientes aéreos de acuerdo con las imágenes de su cuerpo astral. A la par que el aire afluía a su cuerpo desde fuera, constituyéndose en base de su respiración, una parte de él se estructuraba en su interior para imprimirle un organismo que fuera la base del futuro sistema nervioso.

Así pues, en aquella etapa, el hombre se hallaba en conexión con el mundo exterior terrestre de dos maneras, a saber: por medio del aire y por medio del calor. En cambio, el hombre no se percata de la penetración del elemento térreo sólido en su organismo, pues aunque este elemento participaba en su corporización, el hombre no podía percibir esa penetración de un modo inmediato, sino sólo confusamente, a través de la imagen de las entidades superiores que en ella intervenían. Recordemos que, incluso ya en etapa anterior, el hombre había experimentado, en forma de imágenes y como manifestación de seres superiores a él, la penetración de los elementos acuosos. A consecuencia de la condensación de la figura humana terrestre, se modificaron en la conciencia esas imágenes, y el hombre creyó, acertadamente, que también esa introducción del elemento líquido en el sólido, estaba dirigida por las entidades superiores que obraban desde el exterior. El hombre ya no puede encontrar en su alma la fuerza que le permita dirigir, por él mismo, esa agregación, puesto que en lo sucesivo ella ha

de servir al cuerpo construido desde el exterior. Si pretendiera dirigirla él mismo, echaría a perder la forma de ese cuerpo; de ahí que lo que el hombre asimila del exterior, le aparezca dirigido por las órdenes que parten de los seres superiores que contribuyen a su conformación corporal. El hombre se siente como "yo"; posee un alma racional como parte de su cuerpo astral; gracias a ella, experimenta interiormente en forma de imágenes lo que ocurre fuera, y por su medio penetra el hombre su delicado sistema nervioso. Se siente, pues, el hombre descendiente de antepasados, en virtud de la vida que corre a través de las generaciones; respira, y este proceso lo siente como la acción de los seres superiores que son los "Espíritus de la Forma" a los que él se supedita también en lo que, por impulso de los mismos, le es suministrado del exterior para su nutrición. Lo más obscuro para él es su origen como individuo; sobre el particular, lo único que siente es que ha estado sujeto a una influencia de los "Espíritus de la Forma" que se manifiestan en las fuerzas terrestres, espíritus que le dirigían y guiaban en su relación con el mundo exterior. Esta guía se patentiza en el hecho de que el hombre tiene conciencia de las actividades anímico-espirituales que se desenvuelven tras su mundo físico. Aunque no perciba esos seres espirituales en su forma propia, experimenta, sin embargo, anímicamente, sonidos, colores, etc., y sabe que en todas estas experiencias laten actividades de aquellos seres. Resuena en él lo que ellos le comunican; sus revelaciones se le aparecen en forma de imágenes luminosas; la conciencia más íntima de sí mismo la tiene mediante las representaciones que recibe a través del elemento ígneo o calórico: ya es capaz de distinguir entre su calor interior y las corrientes caloricas del ambiente terrestre, por las que se manifiestan los "Espíritus de la Personalidad". Sin embargo, el hombre no tiene sino una vaga conciencia de lo que existe tras las corrientes del calor ex-

terior, y es precisamente en ellas donde vislumbra la influencia de los "Espíritus de la Forma". Cada vez que en el ambiente del hombre surgen portentosas acciones del calor, el alma siente lo siguiente: "ahora fulguran en la atmósfera terrestre los seres espirituales de los que se ha desprendido una chispa que da calidez a mi intimidad". No es así en los fenómenos luminosos; en los que el hombre todavía no logra cabalmente la misma distinción entre lo exterior y lo interior: cuando en el ambiente surgen imágenes luminosas, éstas no provocan siempre la misma reacción anímica. Había épocas en que el hombre las sentía como externas, lo que ocurría justamente cuando, de su estado incorpóreo, descendía al corporal, o sea, a la fase de su crecimiento en la Tierra. Al aproximarse luego la época en que el germen se convertiría en el nuevo hombre terreno, las imágenes se desvanecían y el hombre retenía de ellas solamente algo así como representaciones recordativas. En esas imágenes luminosas estaba contenida la acción de los "Espíritus del Fuego" (Arcángeles), quienes se le aparecían como servidores de las superiores "entidades caloricas" que habían depositado una chispa en su interior. Conforme iban extinguiéndose sus manifestaciones externas, empezaba el hombre a experimentarlas como representaciones (recuerdos) internas: se sentía unido a las fuerzas de esas entidades. Y así era en efecto, puesto que, gracias a lo que de ellas había recibido, podía actuar sobre la atmósfera que le rodeaba, y que empezaba a resplandecer bajo su influencia. En aquella época, las energías humanas y las naturales no estaban todavía tan distanciadas entre sí como en nuestros días: lo que ocurría en la Tierra procedía todavía, en elevada medida, de las energías de los hombres. Quien, desde el exterior de nuestro planeta, hubiese observado en aquel entonces los procesos naturales que en él se desenvolvían, no los habría percibido tan solo como efectos al margen del hombre,

sino asimismo como efectos de la actividad humana. Más distinto todavía, en cambio, se configuraban para el hombre las percepciones sonoras: desde el principio de la vida terrena, él las registraba como sonidos externos. En tanto que las imágenes aéreas desde fuera se percibían hasta el período medio de la existencia terrenal humana, aquellos sonidos externos podían continuar percibiéndose aún después de dicho período. Sólo hacia el final de la vida, cesaba el hombre terreno de serles receptivo, pero le quedaban entonces las representaciones recordativas, en las que latían las manifestaciones de los "Hijos de la Vida" (Ángeles). Cuando, hacia el final de su vida, el hombre se sentía unido interiormente a esas potencias, podía, imitándolas, producir poderosos efectos en el elemento acuoso de la Tierra y, bajo su influencia, se agitaban las aguas en, y sobre la Tierra. Las sensaciones gustativas existían para el hombre sólo en el primer cuarto de su vida terrenal, y aun entonces se le aparecían al alma como recuerdo de las experiencias vividas durante el estado incorpóreo. Mientras duraba ese recuerdo, el cuerpo humano continuaba solidificándose gracias a la asimilación de substancias externas. En el segundo cuarto de la vida, el crecimiento perduraba todavía, pero la figura viva ya estaba completamente desarrollada. Los demás seres vivientes que existían junto al hombre en esa época, él podía percibirlos sólo a través de sus efectos calóricos, luminosos y sonoros, puesto que todavía no era capaz de representarse el elemento sólido, ni el acuoso, con excepción de que este último le procuraba, en el primer cuarto de su vida, las mencionadas sensaciones gustativas.

La forma somática exterior del hombre era una réplica de ese estado anímico interior: las partes que contenían en germen lo que, más tarde, sería la cabeza, eran las más perfectas. Los demás órganos parecían tan sólo como apéndices, apenas insin-

uados, e indistintos, si bien los hombres terrenales variaban en lo tocante a su forma. Esos apéndices se hallaban más o menos desarrollados según las moradas en que los hombres vivían, diferenciándose según el lugar: ahí donde los hombres estaban más involucrados en el mundo terrestre, los apéndices alcanzaban mayor prominencia. En cambio, quienes podían desarrollar con mayor perfección los rudimentos de la cabeza, eran los hombres que, al principio de la evolución física de nuestro planeta, estaban más avanzados, gracias a su desarrollo anterior. Esto implicaba que, desde un principio, cuando ese planeta no se había condensado todavía en aire, ellos habían experimentado ya el contacto con el elemento ígneo. Sin duda, eran aquéllos los que habían alcanzado la mayor armonía en su modo de ser. Otros no alcanzaron la madurez para el contacto con el elemento ígneo hasta cuando la Tierra ya había desarrollado en sí el elemento aéreo; eran los que dependían de las condiciones exteriores en mayor grado que los primeros, quienes claramente sentían, a través del calor, los efluvios de los "Espíritus de la Forma", y tenían la sensación, a modo de recuerdo, durante su vida terrenal, de pertenecer a estos espíritus y de haber estado unidos a ellos en el estado incorpóreo. En los hombres del segundo tipo, el recuerdo de ese estado era mucho menos vivo; su vínculo con el mundo espiritual lo sentían, sobre todo, a través de los efectos luminosos de los "Espíritus del Fuego" (Arcángeles).

Existía, por último, un tercer tipo de hombres, todavía más involucrado en la existencia terrena, eran los que no podían entrar en contacto con el elemento ígneo hasta que la Tierra, separada del Sol, ya llevase incorporada el elemento acuoso; débil era todavía su sentimiento de conexión con el mundo espiritual, sobre todo al principio de la vida terrenal. Sólo cuando los efectos de la actividad de los Arcángeles y, particularmente,

de los Ángeles, se hicieron sentir en la vida interna representativa, pudieron tener esos hombres la sensación de aquel vínculo. En cambio, al principio de su período terreno, estaban llenos de ardor para toda clase de actos que pudieran ejecutarse dentro de las condiciones terrestres, y entre los integrantes de este tercer grupo estaban particularmente desarrollados los órganos apendiculares.

Antes de que la Luna se separase de la Tierra, las fuerzas lunares habían conducido ésta, a su progresiva solidificación. Como consecuencia, llegó el momento en que, entre los descendientes de los gérmenes que los hombres habían dejado en la Tierra, se encontraban algunos en los que ya no podían tomar cuerpo las almas humanas que regresaban del estado incorpóreo. La configuración de estos descendientes se había solidificado demasiado y, debido a las fuerzas lunares, se había vuelto demasiado disímil a la figura humana como para albergar un alma, de manera que algunas de ellas ya no encontraban la posibilidad de regresar a la Tierra. Sólo las almas más maduras, más vigorosas, podían sentirse a la altura de remodelar el cuerpo terreno durante su crecimiento, hasta hacerlo florecer en figura humana. Así, sólo una parte de los cuerpos descendientes de la estirpe humana se convirtió en vehículos de hombres terrestres, en tanto que la otra, debido a su forma solidificada, no podía dar cabida sino a almas de nivel inferior al humano. Todo eso implica que cierto número de almas humanas tuvo que renunciar a participar en la evolución terrestre en aquella época, y adoptar otra clase de existencia. Las había que, ya cuando la Tierra se hubo separado del Sol, no pudieron asentarse en ella: para su evolución ulterior, fueron trasladadas a otro planeta que, bajo la dirección de entidades cósmicas, se había desprendido de la substancia universal común, unida ya a la Tierra al principio de la evolución física de ésta, y de la que ya el Sol se

había separado. Ese planeta es el mismo a cuya expresión material la ciencia da el nombre de "Júpiter", y en el que las almas en cuestión prosiguieron su evolución. Aquí nos referimos a los astros, planetas y a sus nombres, exactamente en el sentido en que lo hacía una ciencia más antigua. El contexto aclarará en cada caso como debe interpretarse lo expuesto. La Tierra física no es sino la expresión física de un organismo anímico-espiritual, y lo mismo sucede con cada uno de los demás astros. Cuando el observador de lo suprasensible emplea los nombres, "tierra" o "Sol", no se limita al planeta material, o a la estrella material; asimismo, cuando habla de "Júpiter", "Marte", etc..., se refiere a vastas conexiones espirituales. Claro está que los astros, desde los tiempos que estamos estudiando hasta ahora, se han transformado considerablemente, tanto en su forma como en sus funciones; incluso han cambiado su posición en el firmamento. Sólo aquel que, con visión suprasensible, se remonte a los orígenes de su evolución en el pasado más remoto, podrá reconocer la relación que existe entre los planetas actuales y sus antecesores. Más tarde, ya que la Tierra iba solidificándose sin cesar, fue necesario crear otra morada para las almas que, durante un tiempo, habían podido habitar los cuerpos solidificados, a lo que debieron renunciar al avanzar excesivamente esta condensación, y "Marte" les ofreció el lugar propio para su evolución ulterior. Ya en los tiempos en que la Tierra estaba todavía unida al Sol y se incorporaban los elementos aéreos, había ciertas almas incapaces de participar en la evolución terrestre: la estructura corporal terrestre las afectaba demasiado, y fue necesario apartarlas de la influencia directa de las potencias solares, a fin de que éstas obraran sobre ellas desde el exterior. Para su desenvolvimiento ulterior, "Saturno" les brindó un lugar adecuado. Así, en el curso del ciclo terrestre, fue disminuyendo el número de configuraciones humanas: se present-

aban unas que no albergaban almas y sólo podían dar cabida a cuerpos astrales, como los cuerpos físicos y vitales humanos lo hicieron en la Luna antigua. Esos entes iban poblando la Tierra, al paso que ésta iba perdiendo sus habitantes humanos. De seguir así indefinidamente, todas las almas humanas habrían tenido que abandonar la Tierra, si la separación de la Luna no hubiera permitido a las figuras humanas en las que, en aquel entonces, todavía podían tomar cuerpo las almas, sustraer, durante su vida terrenal, el germen humano a las fuerzas lunares que procedían directamente de la Tierra, y cobijarlo hasta que madurara lo suficiente para poder entregarlo después a dichas fuerzas. El germen, durante el tiempo en que se desarrollaba en el interior del hombre, se encontraba bajo la influencia de los seres que, dirigidos por el más poderoso de ellos, habían separado la Luna de la Tierra, a fin de que el ciclo terrestre pudiese salvar un punto crítico.

Cuando la Tierra hubo desarrollado en sí el elemento aéreo, había, al tenor de la descripción anterior, seres astrales, remanentes de la antigua Luna, aún más rezagados en el camino de la evolución que las más bajas almas humanas. Esos seres pasaron a ser las almas de los vehículos corpóreos que, ya antes de la separación del Sol, habían de ser abandonados por el hombre: corresponden a los antepasados del reino animal. En el curso del tiempo, estos antepasados desarrollaron especialmente los órganos que en el hombre no eran sino apéndices; su cuerpo astral había de obrar sobre los cuerpos físico y vital, tal como había ocurrido con el hombre en la antigua Luna. Los animales así creados tenían almas que no podían ser individuales, sino que extendían su esencia a todos los descendientes de la figura ancestral. Los animales procedentes, en substancia, de una misma figura, poseen, pues, un alma común; sólo

cuando, debido a influencias especiales, el descendiente se aleja de la figura de los antepasados, tiene lugar la incorporación de otra nueva alma animal, también común. La ciencia espiritual atribuye a los animales un alma-especie o alma-grupo.

Algo semejante se produjo en la época en que el Sol se separó de la Tierra: del elemento acuoso surgieron figuras que no estaban más adelantadas que el hombre antes del ciclo lunar, formas susceptibles de recibir un efecto de lo astral, solamente si esto ejercía su influencia desde el exterior, lo que no era posible hasta que el Sol se hubiera separado de la Tierra. Con cada estación solar de la Tierra, lo astral del Sol estimulaba esas formas, de tal modo que se construían su cuerpo vital, a partir del elemento etéreo terrestre: en cambio, cuando el Sol se apartaba de ella, ese cuerpo vital volvía a disolverse en la sustancia terrestre general. A consecuencia del concurso de la astralidad solar y la eteridad de la Tierra, emergieron del elemento acuoso las formas físicas que vinieron a constituir los antepasados de nuestro reino vegetal.

En la Tierra, el hombre ha alcanzado el nivel de ser anímico individualizado; su cuerpo astral, que en la antigua Luna le ha sido infundido por los "Espíritus del Movi-miento", se ha diferenciado como alma sensible, alma racional y alma consciente. Una vez que el alma consciente hubo progresado suficientemente como para plasmar, durante la vida terrena, un cuerpo apropiado, los "Espíritus de la Forma" dotaron al hombre de una chispa de su propio fuego, y el "yo" empezó a destellar en él. Cada vez que el hombre abandonaba su cuerpo físico, se encontraba en el mundo espiritual y entraba en contacto con los seres que, durante los ciclos saturnal, solar y lunar, le habían otorgado sus cuerpos físicos, vital y astral respectivamente, y los habían perfeccionado hasta alcanzar el nivel terrestre. Una

vez que la chispa ígnea del "yo" se hubo encendido en su vida terrenal, se produjo asimismo una transformación en su vida incorpórea. Anteriormente, carecía de autonomía con respecto al mundo espiritual; dentro de ese mundo, no se sentía como ser individual, sino como miembro del organismo sublime integrado por los seres que le eran superiores. Ahora bien, la "experiencia del yo" sobre la Tierra repercute también en el mundo espiritual: el hombre se siente, hasta cierto grado, como individualidad también en dicho mundo, a la vez que se siente continuamente unido a él: en su estado incorpóreo, vuelve a encontrar, a nivel más elevado, a los "Espíritus de la Forma", que ya había percibido en la Tierra a través de la primera chispa de su "yo".

Separada la Luna de la Tierra, surgieron, para el alma desincorporada, experiencias relacionadas con esta separación, también en el mundo espiritual. Sólo en virtud de haber sido trasladada de la Tierra a la Luna una parte de las energías formativas, fue posible perfeccionar en la Tierra formas humanas apropiadas para dar cabida a la individualidad del alma. Así, esta individualidad cayó bajo la esfera de influencia de los seres lunares; y el que, en estado incorpóreo, el recuerdo de la individualidad terrena siguiera ejerciendo sus efectos, sólo fue posible gracias a que, en ese estado, el alma permanecía dentro de la esfera de los poderosos espíritus que habían ocasionado la separación de la Luna. La primera fase de ese proceso consistía en que, inmediatamente después de abandonar el cuerpo terreno, el alma no podía percibir a los sublimes seres solares sino a través del resplandor reflejado por los lunares, y sólo cuando la visión de ese reflejo le hubo conferido la suficiente preparación, consiguió el alma contemplar directamente a los propios sublimes seres solares.

Del mismo modo, se originó el reino mineral: quedó expulsado de la evolución general de la humanidad. Sus formaciones están constituidas por lo que permaneció solidificado al separarse la Luna de la Tierra: solamente la parte de lo anímico rezagada en el escalón saturnal, y, por consiguiente, tan sólo apropiada para producir formas físicas, se sintió atraída hacia esas formaciones minerales.

Todos los procesos que se mencionan aquí y en las páginas siguientes, se desenvolvieron en el curso de períodos inmensos, pero aquí no podemos entrar en detalles cronológicos.

Los procesos descritos presentan el ciclo terrestre, desde el exterior; he aquí ahora como esa evolución se presenta desde el lado del espíritu. Las entidades espirituales que habían extraído la Luna de la Tierra, y que, por haber unido su existencia con la Luna, se habían convertido en seres lunares-terrestres, provocaron, mediante las fuerzas que desde este último astro enviaban a la Tierra, cierta configuración del organismo humano. Esas entidades ejercían su acción sobre el "yo" ya conquistado por el hombre, acción que se hacía sentir en el concierto de este "yo" con los cuerpos astral, etéreo y físico, y en virtud de la cual nació en el hombre la posibilidad de reflejar conscientemente la consumada sabiduría que rige el Universo, y de reproducirla como en un espejo de conocimiento. Recordemos la descripción de cómo, en el antiguo ciclo lunar, la organización humana, a consecuencia de la separación del Sol, había adquirido cierta autonomía y un grado de conciencia más libre que el que podía derivar directamente de los seres solares. Esa conciencia libre y autónoma reapareció como herencia del antiguo ciclo lunar, durante el trecho del ciclo terrestre que estamos estudiando. Debido a la influencia de los mencionados seres pertenecientes a nuestro satélite lunar, hubiera sido posible poner esa concien-

cia de nuevo en armonía con el Universo, y convertirla en su imagen; y así es cómo habría sucedido si no se hubiese hecho sentir ninguna otra influencia: el hombre se habría convertido en un ser cuyo contenido de conciencia habría reflejado el mundo en imágenes cognoscitivas, determinadas por necesidad natural, y no por su libre iniciativa humana. Pero no ocurrió así, sino que, precisamente al producirse la separación de la Luna, intervinieron en la evolución del hombre ciertas entidades espirituales que habían retenido su naturaleza lunar a tal grado, que no les fue posible abandonar, junto con el Sol, la Tierra, a la vez que quedaban excluidas de la influencia de los seres que dirigían su actividad hacia la Tierra desde el satélite lunar. Esas entidades con su naturaleza, herencia de la antigua Luna, se hallaban en cierto modo en cautiverio en la Tierra, con evolución irregular. En su naturaleza lunar, perduraba precisamente aquello que, durante el antiguo ciclo lunar, se había sublevado contra los espíritus solares, y que, en aquel entonces, había redundado en beneficio del hombre, puesto que le había conducido al estado de conciencia libre y autónoma. A consecuencia de su evolución peculiar durante el ciclo terrestre, esas entidades se convirtieron, durante dicho ciclo, en adversarios de los seres que, desde la Luna, querían hacer de la conciencia humana un automático espejo cognoscitivo del mundo. Lo que en la Luna primitiva había ayudado al hombre a llegar a un estado superior, resultó antagónico a las nuevas posibilidades surgidas gracias al ciclo terrestre. Las potencias antagónicas habrían traído consigo, procedente de su naturaleza lunar, la facultad de obrar sobre el cuerpo astral humano, y así lo hicieron independiente, de acuerdo con las descripciones anteriores. Mediante esa facultad, esas potencias antagónicas le otorgaron al cuerpo astral cierta independencia, ahora también para el período terrestre, en contraposición al estado automático (no libre) de concien-

cia, generado por los seres de nuestro satélite lunar. Es difícil expresar en términos de uso corriente la actividad que esas entidades espirituales ejercían sobre el hombre en aquellos remotos tiempos. No hemos de imaginárnosla semejante a una influencia natural de hoy día, ni tampoco como la acción de una persona sobre otra, cuando la primera despierta en la segunda, por medio de la palabra, poderes de conciencia internos, que permiten a la segunda comprender algo, o la incitan a la virtud o al pecado. Esa intervención, en los tiempos primitivos, no era efecto natural, sino influencia y acción espirituales: de los elevados seres espirituales se transmitía al hombre de conformidad con el estado de conciencia que prevalecía en aquel momento. Tengamos muy presente que esa intervención no era efecto natural; concibamos, más bien, que las entidades de naturaleza heredada de la antigua Luna, se acercaron al hombre con objeto de conquistarle para sus fines propios, "seduciéndole". Esto es una expresión simbólica, válida mientras seamos conscientes de su carácter simbólico y tengamos presente que tras el símbolo late una realidad espiritual.

El efecto ejercido por los seres espirituales rezagados en el estado lunar, tuvo para el hombre un doble resultado: su conciencia perdió el carácter de mero espejo del Universo, puesto que en el cuerpo astral humano se suscitó la posibilidad de regular y dominar las imágenes de la conciencia: el hombre se convirtió en dueño y soberano de su conocimiento. Mas, por otra parte, el punto de partida de esa soberanía era precisamente el cuerpo astral, en tanto que el "yo", aunque le era superior, cayó bajo su continua dependencia. De suerte que, desde entonces, el hombre se halló expuesto a las permanentes influencias de un elemento inferior de su naturaleza: durante su vida, podía caer a un nivel más bajo del que, dentro del suceder universal, le habían colocado los seres del satélite lunar. En lo suce-

sivo, subsistió la influencia constante que aquellas entidades lunares de evolución irregular ejercían sobre la naturaleza del hombre, entidades a las que podemos dar el nombre de espíritus luciféricos, en contraposición a los otros, que, desde nuestra Luna, habían dado al hombre la conciencia espejo del Universo, pero no el libre albedrío. Los espíritus luciféricos otorgaron a la entidad humana la posibilidad de desplegar una conciencia libre, y con ello la posibilidad asimismo del error, del mal.

Como consecuencia de esos acontecimientos se estableció entre el hombre y los espíritus solares una relación distinta a la que le había sido predestinada por los espíritus del satélite lunar, que pretendían desarrollar en el hombre un espejo de su conciencia de tal manera que la influencia de los espíritus solares fuera el factor predominante en todo el conjunto de la vida anímica humana. Pero esos procesos fueron interferidos, y dentro del ser humano se creó el contraste entre la influencia del espíritu solar y la de los espíritus lunares irregulares, contraste que tornó al hombre incapaz de reconocer la verdadera índole de las influencias físicas procedentes del Sol, las cuales permanecieron ocultas tras las impresiones terrenas del mundo exterior. El elemento astral del hombre, lleno de esas impresiones, fue atraído hacia la esfera del "yo"; y este "yo" que, de lo contrario, habría experimentado solamente la chispa de fuego de la que le habían dotado los "Espíritus de la Forma", y que, en todo lo concerniente al fuego exterior, se habría supeditado a los mandatos de estos espíritus, obró desde entonces también sobre los fenómenos térmicos exteriores, gracias al elemento que le había sido inculcado. Con lo cual el yo estableció un vínculo con el fuego terrestre, involucrando así al hombre en la materialidad terrestre más profundamente de lo que le había sido predestinado. Anteriormente, poseía el hombre un cuerpo físico cuyas partes principales consistían en fuego, aire y agua, y al que tan

sólo se había añadido algo así como un vestigio de substancia terrestre; en adelante, ese cuerpo se densificó; y en tanto que anteriormente, como ser de organización sutil, se encontraba el hombre sobre la superficie sólida de la Tierra en una especie de movimiento de flotación, tuvo que descender entonces, del ambiente circundante de la Tierra, a las partes de la misma que ya se encontraban más o menos solidificadas.

El que las influencias espirituales descritas se tradujesen en efectos físicos de esa índole, se debía a que no eran, en efecto, influencias naturales, ni tampoco influencias que obraran anímicamente de hombre a hombre; estas últimas no extienden sus efectos tan profundamente dentro de lo corporal como las fuerzas espirituales que entran aquí en consideración.

Por exponerse el hombre a las influencias del mundo exterior, conforme a sus propias representaciones sujetas a error, y por vivir según sus apetitos y pasiones no regulados por influencias espirituales superiores, surgió la posibilidad de enfermedades. Pero un efecto especial de la influencia luciférica fue que, en lo sucesivo, el hombre ya no podía intuir su vida terrena individual como continuación de su existencia incorpórea; empezó a admitir ciertas impresiones terrestres que podían registrarse por medio del inculcado elemento astral y que fueron asociadas a las fuerzas destructoras del cuerpo físico. El hombre experimentaba esa acción conjunta como extinción de su vida terrena, y así apareció la muerte como consecuencia de la propia naturaleza humana. Esto nos lleva a aludir a un misterio significativo de la naturaleza humana: el de la relación que existe entre el cuerpo astral, las enfermedades y la muerte.

El cuerpo etéreo se hallaba desde entonces en situación peculiar: colocado entre los cuerpos físico y astral, quedó sustraído a las facultades que el hombre había recibido debido a la

influencia luciférica. Una parte del cuerpo etéreo quedaba fuera del cuerpo físico, de modo que no podía estar dominado por el yo humano, sino solamente por entidades superiores, entidades que, al tener lugar la separación del Sol, habían abandonado la Tierra y cambiado su morada, guiadas por las más excelsas de entre ellas. Si esa parte sobresaliente del cuerpo vital hubiera continuado unida al cuerpo astral, el hombre habría puesto a su servicio personal las fuerzas suprasensibles que anteriormente poseía, y habría hecho extensiva a ellas, la influencia luciférica; como consecuencia, se habría apartado, poco a poco, de las entidades solares, y su yo se habría convertido en entidad puramente terrena. Tras la muerte del cuerpo físico (o ya durante su decadencia), este yo terreno habría transmigrado a otro cuerpo físico, al cuerpo de algún descendiente, sin pasar por un período de reunión con entidades espirituales superiores en estado incorpóreo. El hombre habría adquirido conciencia de su "yo", pero sólo como de un yo puramente terrestre. Esa eventualidad se evitó gracias al proceso relacionado con el cuerpo vital, proceso provocado por los seres que moraban en nuestro satélite lunar. En consecuencia, el yo individual propiamente tal, se vio desvinculado del yo puramente terrestre, de modo que, durante su vida terrena, se sentía el hombre sólo parcialmente identificado con su propio yo, a la vez que sentía su yo terrestre como continuación del de sus antepasados, a lo largo de las generaciones. En la vida terrena, el alma sentía una especie de "yo-grupal" que se retrotraía hasta sus antepasados remotos, y el hombre tenía la sensación de ser eslabón de ese grupo; sólo en el estado incorpóreo, podía el yo individual sentirse como ente singular, pero ese estado de singularidad se hallaba menoscabado por el recuerdo de la conciencia terrena (yo terrenal) del que el yo no se había desprendido. Esta merma empañaba la visión del mundo espiritual, que, entre la muerte y el nacimiento, em-

pezaba a cubrirse de un velo, a semejanza de cómo se eclipsaba a la visión física en la Tierra.

La expresión física de todos los cambios que tenían lugar en el mundo espiritual mientras la evolución humana pasaba por las condiciones descritas, era la paulatina regulación de las relaciones recíprocas entre el Sol, la Luna y la Tierra, y, en un sentido más amplio, también entre otros astros. Una de las consecuencias de estas relaciones es la alternancia del día y de la noche. Los movimientos de los astros son regulados por los seres que los habitan. El movimiento de la Tierra, por el que se crea el día y la noche, fue originado por las relaciones recíprocas de los diversos espíritus superiores al hombre. Asimismo, el movimiento de la Luna se produjo a fin de que, después de la separación de la Luna y la Tierra, mediante la revolución de la primera en torno a la segunda, los "Espíritus de la Forma" pudiesen obrar sobre el cuerpo físico humano de un modo adecuado y en el ritmo apropiado.

Durante el día, el yo y el cuerpo astral actuaban en los cuerpos físico y vital, actuación cesada durante la noche cuando el yo y el cuerpo astral se retiraban de ellos para supeditarse enteramente a la soberanía de los Ángeles, de los Arcángeles, de los "Espíritus de la Personalidad" y de los "Espíritus de la Forma". Durante ese intervalo, los cuerpos físico y vital integraban el campo de acción, no sólo de los "Espíritus de la Forma", sino también de los "Espíritus del Movimiento", "Espíritus de la Sabiduría" y de los "Tronos". De este modo, fue posible reparar las influencias nocivas que los errores del cuerpo astral habían ejercido sobre el hombre durante el día.

Así pues, al multiplicarse de nuevo los hombres sobre la Tierra, ya no existía en los descendientes razón para que las

almas humanas no viniesen a ocupar sus cuerpos. Dada la forma en que entonces obraban las fuerzas procedentes del satélite lunar, se configuraban bajo su influencia cuerpos perfectamente aptos para la incorporación de almas humanas. Las almas que habían emigrado a Marte, Júpiter, etc., fueron encauzadas hacia la Tierra; de este modo, había un alma para cada descendiente humano que nacía en el curso generacional. Ese proceso prosiguió durante un largo período, de manera que la afluencia de almas hacia la Tierra correspondía a la multiplicación de los hombres. Las almas que, por muerte terrenal, abandonaban su cuerpo, conservaban en el estado incorpóreo el eco de la individualidad terrena como un recuerdo, recuerdo que traía consigo el que, tan pronto como nacía de nuevo en la Tierra un cuerpo adecuado a dichas almas, éstas lo ocupaban. En adelante, entre la descendencia humana hubo individuos con almas llegadas del exterior que volvieron a aparecer, por primera vez, después de las primeras épocas de la Tierra, y otros que tenían almas de reincorporación terrenal. En lo sucesivo, fue disminuyendo el número de almas jóvenes que aparecieron por primera vez en la Tierra, así como aumentaban las reencarnadas. Así, el género humano estuvo integrado, durante mucho tiempo, por las dos variedades humanas que resultaron de esos hechos: en la Tierra, el hombre se sentía unido a sus antepasados más bien por medio del yo-grupal común; en cambio, en el estado incorpóreo entre la muerte y el nuevo nacimiento, predominaba la experiencia del yo individual. Las almas que llegaban del espacio celeste para penetrar en cuerpos humanos, se encontraban en situación distinta de la de aquellas que ya habían vivido una o más existencias terrenales. Las primeras traían consigo a la vida física solamente las condiciones a las que habían estado sometidas por el mundo espiritual superior, así como por las experiencias hechas fuera del ambiente terres-

tre; las otras habían generado, ellas mismas, otras condiciones adicionales en sus existencias anteriores. El destino de aquéllas estaba determinado únicamente por hechos que se encontraban fuera de las nuevas condiciones terrestres; el de éstas, almas reencarnadas, estaba determinado, además por lo que habían hecho en vidas anteriores bajo circunstancias terrestres. Con la reencarnación, se puso de manifiesto, al mismo tiempo, el karma humano individual.

Por haber quedado sustraído el cuerpo vital humano a la influencia del cuerpo astral conforme lo sugerimos, las funciones de reproducción, en vez de entrar en el ámbito de la conciencia humana, estuvieron sujetas al dominio del mundo espiritual. Cuando un alma tenía que descender a la Tierra, surgía en el hombre terrenal el instinto de reproducción, proceso que, para la conciencia terrena, se encontraba envuelto en cierta penumbra misteriosa.

Además, las consecuencias de la mencionada separación parcial entre cuerpo vital y cuerpo físico, se patentizaron también durante la vida terrena: las facultades del cuerpo vital pudieron intensificarse considerablemente gracias a la influencia espiritual. Para la vida anímica, esa intensificación se tradujo en un particular perfeccionamiento de la memoria. En ese período humano, el pensamiento lógico y autónomo estaba todavía en sus comienzos; en cambio, la facultad retentiva era casi ilimitada: en su relación con el mundo exterior, el hombre exhibía un inmediato conocimiento intuitivo de las energías que animaban todo lo viviente; sabía someter a su servicio las fuerzas vitales y reproductivas existentes en el reino animal y, sobre todo, en el vegetal. Por ejemplo, lo que estimula la planta al crecimiento, el hombre sabía extraerlo y aprovecharlo, tal como utiliza actualmente las energías de la naturaleza inanimada, por ejemplo, la

latente en la hulla, para el movimiento de las máquinas. (En mi opúsculo "Nuestros Antepasados Atlantes" se encuentran más detalles a este respecto).

También la vida anímica humana sufrió múltiples transformaciones debido a la influencia luciférica; podríamos citar muchas clases de sentimientos y sensaciones que deben a ella su origen: he aquí algunos ejemplos. Antes de que tuviera lugar esa influencia luciférica, el alma humana, en cuanto a lo que tenía que desarrollar y hacer, obraba de acuerdo con entidades espirituales superiores; el plan de todo lo que debía llevarse a cabo estaba determinado por ellas de antemano, y la conciencia humana, en la medida de su desarrollo, podía prever el desenvolvimiento futuro de los acontecimientos según ese plan. Esta conciencia profética se perdió cuando, sobre la revelación de dichas entidades, se extendió el velo de las percepciones terrenas, ocultándose tras ellas las fuerzas propias de los seres solares. El porvenir empezó a ser incierto, y se implantó en el alma la posibilidad del temor, ese temor que es consecuencia inmediata del error. Pero vemos asimismo cómo, por la influencia luciférica, el hombre se hizo independiente de ciertas fuerzas a las que anteriormente se hallaba entregado sin voluntad propia, y a partir de entonces pudo tomar por sí mismo resoluciones: resultado de esta influencia es la libertad, en tanto que el temor y otros sentimientos similares no son sino fenómenos concomitantes de la evolución del hombre hacia la libertad.

La aparición en escena del temor, visto espiritualmente, representa, dentro de las fuerzas terrestres a cuya influencia se hallaba sometido el hombre debido a las potencias luciféricas, la intervención de otras, que se habían desviado hacia una evolución irregular mucho antes que los espíritus luciféricos. Con la asimilación de las fuerzas terrestres, el hombre fue introduc-

iendo, a la vez, en su ser las influencias de dichas potencias, influencias que impartían matiz temeroso a los sentimientos que, sin ellas, habrían actuado de un modo muy distinto. Se puede dar a esas entidades el nombre de ahrimánicas: son las mismas que, en sentido de Goethe, se designan mefistofélicas.

Si bien, por de pronto, la influencia luciférica se hacía sentir tan sólo en los hombres más avanzados, no tardó en extenderse también a otros. Sus descendientes se mezclaron con los de los menos adelantados, por lo que la fuerza luciférica penetró también en estos últimos. Pero el cuerpo vital de las almas que regresaban de los planetas, no podía quedar protegido con la misma eficacia que el que poseían los descendientes de las que se habían quedado en la Tierra. La protección de este último provenía de un Gran Ser que tenía a su cargo la conducción del Cosmos cuando el Sol se separó de la Tierra, y que, a la sazón, era como el regente del reino solar; con El se desplazaron a la morada solar los espíritus sublimes que, por su evolución cósmica, habían alcanzado la madurez necesaria.

Pero existían también seres que, en el momento de la separación del Sol, no habían alcanzado todavía esa altura, y tuvieron que buscar otro escenario para continuar su evolución. A ellos se debe, pues, el que Júpiter y otros planetas se desprendieran de las sustancialidad cósmica común que inicialmente se hallaba dentro del organismo telúrico físico, y Júpiter pasó a ser la morada de tales seres que no habían alcanzado la madurez del nivel solar; el más adelantado entre ellos asumió la dirección en Júpiter. Así como el director de la evolución solar devino el "Yo superior" que actuaba en el cuerpo vital de los descendientes de los hombres que se habían quedado en la Tierra, así también el Ser conductor de Júpiter fue el "Yo superior" que, como una conciencia común, actuó en los hombres

que descendían de una mezcla de los descendientes que habían permanecido en la Tierra con aquellos que, de la manera descrita más arriba, no habían aparecido en ella hasta la época del elemento aéreo, y se habían pasado a Júpiter. A esos hombres podemos llamarles "jupiterinos", descendientes humanos que, en esa época remota, todavía habían podido dar cabida a almas humanas, almas, sin embargo, que, en los comienzos del ciclo terrestre, aún no habían madurado lo suficiente para participar en el primer contacto con el fuego. Eran almas intermedias entre el reino anímico humano y el reino anímico animal.

Había, además, otros seres que, bajo la dirección del más adelantado entre ellos, establecieron su morada en Marte, después de separarlo de la substancia cósmica común. Bajo su influencia, se desarrolló una tercera categoría de hombres procedentes de otra mezcla: los "marcianos". (Estos conocimientos vierten luz sobre las causas primitivas de la formación de los planetas de nuestro sistema solar: en efecto, todos los astros de este sistema se han originado por los diversos grados de madurez de sus habitantes. Pero, como es natural, no podemos entrar aquí en todos los detalles de las ramificaciones cósmicas).

A los hombres que en su cuerpo vital percibían la presencia del Gran Ser Solar, podemos llamarles "hombres solares". El Ser que vivía en ellos como su "yo superior" —desde luego, sólo en las generaciones, no en los individuos—, es el que, más tarde, cuando los hombres alcanzaron un conocimiento consciente de Él, fue designado con diversos nombres, y para el hombre actual es el que le revela la relación de Cristo con el Cosmos.

Podemos distinguir, por último, el tipo de "hombres saturnales". Su "Yo superior" era un ser que, con sus semejantes, había tenido que abandonar la sustancialidad cósmica común,

antes de la separación del Sol. Ese ser poseía, no sólo en su cuerpo vital, sino también en el físico, una parte que había quedado al margen de la influencia luciférica.

Pero sigamos. En los tipos humanos de nivel inferior, el cuerpo etéreo resultó demasiado falto de protección para poder resistir suficientemente la influencia luciférica; podían extender arbitrariamente la chispa ígnea del "Yo" que latía en ellos, hasta tal extremo que provocaban en torno a él potentes y perniciosos efectos ígneos. En consecuencia, se produjo una terrible catástrofe: tormentas de fuego destruyeron gran parte de la Tierra habitada, así como también a los hombres que habían sucumbido al error. Sólo un pequeño grupo, en parte no influido por el error, pudo refugiarse en una región que hasta entonces había quedado protegida de aquella dañina influencia humana. La morada que pareció más apropiada para la nueva humanidad fue la que cubrió el lugar ocupado actualmente por el Océano Atlántico, y hacia ella emigraron quienes se habían conservado más puros, más libres de la aberración, en tanto que las otras regiones quedaron pobladas solamente por sectores humanos dispersos. La ciencia espiritual da el nombre de "Atlántida" al territorio entonces situado entre los continentes actuales de Europa, Africa y América. (En la literatura pertinente se encuentran ciertas alusiones a esta época pre-atlante de la evolución humana con el nombre de época lemuriana; podemos llamar época hiperbórea a aquella en que las fuerzas lunares no habían producido todavía todo su efecto, época a su vez precedida por otra que coincide con los comienzos de la evolución física terrestre. En la tradición bíblica, la época anterior a aquella influencia luciférica se describe como paradisíaca, y la expresión "Expulsión del Paraíso" designa el descenso del hombre a la tierra y su supeditación al mundo sensible).

La evolución en el territorio atlante correspondió a la época de la división propiamente, de la humanidad, en saturnales, solares, jupiterinos y marcianos, pues antes apenas había rudimentos de esta diferenciación. Ahora bien, la alternancia entre vigilia y sueño tuvo para el ser humano consecuencias particulares, en evidencia sobre todo en la humanidad atlante: durante la noche, el cuerpo astral y el yo moraban en la región de los seres superiores, en ascenso hasta los "Espíritus de Personalidad"; por medio de la parte del cuerpo vital no penetrada por el cuerpo físico, el hombre podía percibir a los Ángeles y a los Arcángeles, quedando algo confusa la percepción de los "Espíritus de la Personalidad", precisamente a causa de la influencia luciférica; pero asimismo, a causa de ella, también percibía el hombre en el estado descrito de sueño, además de los Ángeles y los Arcángeles, los seres que, rezagados en el Sol o en la Luna sin poder arrostrar la existencia terrestre, debieron permanecer en el mundo anímico-espiritual. El hombre, empero, debido a su propia naturaleza luciférica, los atrajo hacia el ámbito de su alma separada del cuerpo físico, lo que implicó entrar en contacto con seres que ejercían sobre él una acción altamente seductora, aumentando en su alma la tendencia al error, particularmente al abuso de las fuerzas de crecimiento y reproducción, supeditadas a su voluntad en virtud de la separación de los cuerpos físico y vital.

Algunos individuos de la época atlante tuvieron la posibilidad de evitar involucrarse en forma excesiva con el mundo sensible, y esto hizo posible que la influencia luciférica, en vez de obstáculo para la evolución humana, se convirtiera en auxiliar de un progreso superior, debido a que esa influencia les permitía desarrollar más pronto el conocimiento de lo terrestre. Esos hombres procuraron alejar el error de su vida mental y escudriñar los fenómenos del mundo, para descubrir en ellos las

intenciones originales de los seres espirituales; se preservaron de los apetitos y concupiscencias del cuerpo astral, dirigidos únicamente hacia el mundo sensible, con lo que fueron liberándose cada vez más de sus errores. Esto les produjo ciertos estados en virtud de los cuales la percepción se ejercía tan sólo en la parte del cuerpo vital no penetrada por el cuerpo físico. Cada vez que esto ocurría, la facultad perceptiva del cuerpo físico quedaba como extinguida, y el mismo cuerpo, como muerto. Entonces, por medio de su cuerpo vital, se encontraban los hombres estrechamente unidos al reino de los "Espíritus de la Forma", de los que podían obtener conocimiento de cómo eran conducidos y gobernados por aquel Gran Ser que había regido la separación del Sol y la Tierra, y más tarde facilitado la comprensión del "Cristo". Semejantes hombres fueron los iniciados. Pero dado que, como hemos visto, la individualidad humana había caído en el área de los seres lunares, tampoco esos iniciados podían, por lo general, entrar en contacto inmediato con el Ser Solar, sino que sólo podían contemplarlo como reflejado por los seres lunares; veían entonces de un modo inmediato, no al Ser Solar, sino su reflejo. Estos iniciados fueron los guías del resto de la humanidad, a la que podían transmitir los secretos contemplados: enseñar a sus discípulos cómo llegar al estado que conduce a la iniciación; y sólo los individuos que pertenecían a la categoría de solares tal como hemos descrito, podían llegar al conocimiento de aquello que, ya en esos remotos tiempos, se revelaba a través de "Cristo". Son ellos quienes cultivaban sus misteriosos conocimientos y las prácticas para dirigirlos, en el lugar especial que llamaremos "Oráculo de Cristo" u "Oráculo del Sol". (Oráculo en el sentido de "lugar en el que se perciben las intenciones de seres espirituales"). Para que no se malinterprete lo dicho anteriormente acerca de Cristo, hay que tener en cuenta que el conocimiento suprasensible ha de considerar la

aparición de Cristo en la Tierra como acontecimiento ya desde antes anunciado proféticamente por quienes conocían el sentido de la evolución terrestre. Sería desacertado suponer que, entre aquellos "iniciados" y Cristo, ya existiera una relación como la que sólo se hizo posible a consecuencia de Su advenimiento; pero lo que sí podían comprender proféticamente, y hacerlo comprender a sus discípulos, fue lo siguiente: "El que es tocado en su interior por el Ser Solar, percibe a Cristo acercándose a la Tierra."

Los saturnales, los marcianos y los jupiterinos, fundaron otros oráculos, cuyos iniciados elevaban su contemplación sólo hasta las entidades que podían ser percibidas en forma de "Yoes superiores", a través de los cuerpos vitales de esos iniciados: había, pues, adeptos de las sabidurías saturnal, jupiterina y marciana.

Además de esos métodos de iniciación, existían otros, apropiados para quienes habían absorbido tanta esencia luciférica, que ya no les era posible que de su cuerpo físico se desprendiera una parte del cuerpo vital tan grande como en el caso de los hombres solares. Y es que, en aquéllos, el cuerpo astral retenía en el físico una parte del cuerpo vital, mayor que en el caso de los hombres solares. Tampoco ellos podían elevarse a través de los estados mencionados, a la revelación profética de Cristo; debido a que su cuerpo astral estaba más influido por el principio luciférico, habían de pasar por una disciplina más severa; entonces, en un estado menos incorpóreo, podía manifestárseles la revelación, no de Cristo mismo, sino de otros seres superiores, entre los cuales había una categoría que, si bien habían abandonado la Tierra al tener lugar la separación del Sol, no por eso se habían elevado lo suficiente como para participar permanentemente en la evolución solar: separaron del

Sol el planeta Venus, para establecer allí su morada, y su guía se convirtió en el "yo superior" para los iniciados respectivos y sus discípulos; algo análogo sucedió con el espíritu guía de Mercurio para otra clase de hombres: así es como nacieron los Oráculos de Venus y Mercurio. Cierta clase de hombres en los que la influencia luciférica había penetrado con la mayor intensidad, podían elevarse solamente hasta un ser que, junto con sus semejantes, había sido el primer expulsado de la evolución solar, ser que no ocupa un planeta del Universo, sino que vive todavía en la periferia de la Tierra, con la que se ha asociado de nuevo al retornar del Sol. Los hombres a quienes este ser se les revelaba como yo superior, podemos llamarles adeptos al Oráculo de Vulcano, y su mirada se dirigía hacia los fenómenos terrestres en mayor grado que la de los demás iniciados. Fueron ellos quienes sentaron las primeras bases de lo que más tarde nacería entre los hombres como las ciencias y artes, en tanto que los iniciados de Mercurio fundaron el conocimiento de las cosas más bien suprasensibles, y los de Venus los sobrepasaron todavía en ese sentido. Los iniciados de Vulcano, Mercurio y Venus, se distinguían de los de Saturno, Júpiter y Marte, en que estos últimos recibían sus misterios más bien como revelación desde lo alto en forma ya acabada, en tanto que los primeros obtenían sus conocimientos más bien como pensamientos propios, como ideas. Mediando entre uno y otro grupo, se encontraban los iniciados de Cristo, quienes recibían, junto con la revelación inmediata, la facultad de expresar sus misterios en la forma de conceptos humanos. Los iniciados de Saturno, Júpiter y Marte, se expresaban más bien en símbolos, mientras que los de Cristo, Venus, Mercurio y Vulcano, cifraban sus mensajes más bien en representaciones.

Lo que, de ese modo, penetró en la humanidad atlante, le llegó indirectamente a través de los iniciados; pero asimismo

el resto de la humanidad recibió debido al principio luciférico, facultades especiales, ya que las elevadas entidades cósmicas transformaron en bendición lo que, de otro modo, habría sido causa de perdición. Una de esas facultades es el habla, que el hombre llegó a poseer gracias a su condensación en la materialidad física y gracias a la separación, del cuerpo físico, de una parte de su cuerpo vital. En los tiempos posteriores a la separación de la Luna, el hombre se sentía, por de pronto, unido a sus antepasados físicos por el yo-grupal; conciencia común que unía los descendientes a los antepasados, y que fue perdiéndose gradualmente en el curso de las generaciones. Con el tiempo, la interna memoria de los descendientes se fue acortando para alcanzar solamente hasta un antepasado poco distante; los más lejanos cayeron en el olvido, y sólo en los estados parecidos al sueño, cuando los hombres entraban en contacto con el mundo espiritual, resurgía en ellos el recuerdo de algún distante antepasado, con el que entonces incluso podían llegar a considerarse como formando una sola entidad, es decir, como si hubiera renacido en ellos. Esto corresponde a una concepción errónea de la reencarnación que emergía especialmente en el último período atlante. La verdadera teoría de la reencarnación no podía conocerse sino en las escuelas de los iniciados, quienes contemplaban cómo el alma, en su estado incorpóreo, pasa de encarnación en encarnación: ellos eran, pues, los únicos que podían transmitir a sus discípulos la verdad sobre el particular.

En aquellos remotos tiempos, la forma física del hombre era todavía muy distinta de la actual: era todavía, en alto grado, expresión de cualidades anímicas. El hombre consistía todavía en una materialidad más sutil y más blanda que la que adoptó después. Lo que hoy está solidificado, era antes blando, flexible y moldeable; el individuo entonces más anímico, más espiritualizado, era de constitución delicada, móvil y expresiva, en tanto

que otro, menos desarrollado espiritualmente, mostraba formas toscas, pesadas y poco flexibles. El avance anímico contraía los miembros y mantenía reducida la estatura, en tanto que el retraso y el involucrarse en la sensualidad se manifestaban por una estatura gigantesca: durante el período de crecimiento, el cuerpo se modelaba conforme a lo que se agitaba en el alma, de tal manera que, para nuestro actual modo de pensar, parecería fabuloso y fantástico. La perversión de los instintos, apetitos y pasiones, implicó el crecimiento de la materialidad humana hacia lo gigantesco. La forma física actual deriva de la contracción, condensación y endurecimiento del hombre atlante. Y en tanto que, antes de la época atlante, el hombre físico era réplica fiel de su entidad anímica, fueron precisamente los procesos de la evolución atlante los que crearon al hombre postatlante, sólido en su forma física, y poco dependiente de sus propiedades anímicas. Notemos aquí, de paso, que las formas del reino animal se densificaron sobre la Tierra mucho antes que el hombre, y tengamos asimismo en cuenta que las leyes que gobiernan actualmente el desenvolvimiento de las formas en los reinos de la naturaleza, no deben, de ningún modo, hacerse extensivas a épocas remotas.

Hacia la fase media de la evolución atlante, una calamidad fue imponiéndose paulatinamente, para el género humano. Los secretos iniciáticos debieron haberse protegido celosamente para que no llegasen a conocimiento de quienes no tuvieran la preparación adecuada, es decir, no hubieran depurado del error su cuerpo astral. El que tales hombres adquirieran el conocimiento oculto, las leyes por las cuales los seres superiores dirigían las fuerzas naturales, y se sirvieran de ellas para satisfacer sus necesidades y pasiones depravadas, constituía un peligro, tanto mayor cuanto que, como ya hemos dicho, esos hombres habían quedado expuestos al área de influencia de

seres espirituales inferiores, incapaces de participar en el ciclo terrestre normal y, por lo tanto, con tendencia a obrar contra él. La calamidad consistía, pues, en que esos seres influían continuamente sobre los hombres, inspirándoles intereses que, en realidad, estaban dirigidos contra el bien de la humanidad, hombres que, por añadidura, poseían todavía la facultad de servirse de las fuerzas de crecimiento y reproducción latentes en la naturaleza animal y en la humana.

A las tentaciones de las entidades espirituales inferiores sucumbieron, no sólo hombres ordinarios, sino también ciertos iniciados, quienes cayeron sirviéndose de las mencionadas fuerzas suprasensibles, para fines contrarios a la evolución. Con este objeto, buscaron secuaces no iniciados que aplicaron en sentido abyecto los secretos de las funciones naturales suprasensibles, y de ahí resultó una incesante y progresiva gran corrupción de la humanidad. Y como sea que las fuerzas de crecimiento y reproducción, una vez desarraigadas de su suelo natural, para emplearse indiscriminadamente, se hallan en relación misteriosa con ciertas energías que obran en el aire y en el agua, resultó que los actos humanos desencadenaron formidables fuerzas naturales destructoras, dando origen a cataclismos meteorológicos y oceánicos que fueron destruyendo gradualmente el territorio atlante. Los atlantes que no quedaron aniquilados por la catástrofe, tuvieron que emigrar; esas borrascas dieron a la Tierra una nueva faz: de un lado, Europa, Asia y Africa, tomando progresivamente su configuración actual; del otro, América. Inmensas caravanas se dirigieron a esos continentes, y las más importantes para nuestra actual civilización fueron las que se encaminaron hacia el Este. Diversos pueblos descendientes de los atlantes establecieron su morada en Europa, Asia y Africa, pueblos desiguales en su evolución, así como también en el grado de su perversión. En el centro de esos conjuntos

étnicos, se desplazaban también los iniciados, guardianes de los Misterios de los Oráculos, para fundar en diversas regiones, santuarios donde se practicara el culto de Júpiter, Venus, etc., ya en sentido benéfico, ya maléfico. Ejerció una influencia particularmente perniciosa la divulgación ilícita de los misterios de Vulcano, puesto que sus adeptos eran los que más tenían su atención dirigida hacia lo terrestre. Por esta divulgación, la humanidad cayó bajo la dependencia de seres espirituales que, debido a su desarrollo anterior, eran antagónicos a todo lo que, procedente del mundo espiritual, se había formado como resultado de la separación de la Tierra y el Sol. En virtud de esta hostil predisposición, esos seres ejercían su acción precisamente dentro del elemento que se había formado en el hombre, a raíz de tener, en el mundo sensible, percepciones tras las cuales se esconde lo espiritual. Dichos seres adquirieron una gran influencia sobre muchos habitantes de la Tierra, influencia que tuvo como primer efecto, privar progresivamente al hombre del sentimiento de lo espiritual.

Puesto que, en esa época, el tamaño, la forma y la plasticidad del cuerpo físico se sujetaban todavía en alto grado a las propiedades del alma, la consecuencia de aquella traición se tradujo asimismo en transformaciones somáticas del género humano: allí donde la perversidad humana tomaba especialmente el cariz de poner fuerzas suprasensibles al servicio de apetitos, instintos y pasiones abyectas, se formaron cuerpos deformes, grotescos por su tamaño y estructura, cuerpos que, no pudiendo sobrevivir más allá del período atlante, se extinguieron. La humanidad postatlante debe, pues, su origen físico a aquellos de los antepasados atlantes que, por haber adquirido una forma corporal suficientemente consolidada, no se rindieron a las fuerzas anímicas contrarias a la naturaleza y que se habían convertido en anacrónicas.

Hubo cierto período en la evolución atlante en el que, debido a las leyes que regían en la Tierra y en torno a ella, prevalecían las condiciones que condujeron a la solidificación de la forma humana. Si bien es cierto que las formas raciales que se habían solidificado antes de ésa época, podían seguir reproduciéndose todavía durante largo tiempo, las almas encarnadas en ellas, fueron sintiéndose, tan restringidas, poco a poco, que las razas en cuestión se extinguieron. No obstante, algunas de esas formas raciales se mantuvieron todavía durante algún tiempo en los tiempos postatlantes; de hecho, las que se habían conservado suficientemente flexibles, se mantuvieron así todavía durante largos períodos, aunque en forma modificada. Por otra parte, las formas humanas que habían conservado su plasticidad más allá del intervalo caracterizado, suministraban principalmente los cuerpos para las almas que habían estado expuestas en alto grado a la perniciosa influencia de la mencionada traición, formas que no tardaron en extinguirse completamente.

Así pues, a partir de la fase media del ciclo atlante, habían interferido en la evolución humana ciertos seres cuya acción tendía a adaptar al hombre al mundo físico-sensible de manera antiespiritual. Tanto fue así que, en vez del aspecto real del mundo, se le presentaban al hombre imágenes engañosas, quimeras e ilusiones de toda clase. El hombre se hallaba expuesto, no sólo a la influencia luciférica, sino también a la de los otros seres ya mencionados, y a cuyo guía le damos el nombre de Ahrimán, conforme a la designación que recibiría más tarde en la cultura persa. (Mefistófeles es la misma entidad). Debido a esa influencia, el hombre, después de su muerte, caía en manos de ciertas potencias que le privaban, incluso en el mundo postmortem, de la clara visión de los procesos del mundo espiritual, limitándole su área de atención a lo terrestre-sensible; el hombre

bajo el poder de Ahrimán, quedó, en cierta medida, excluido de la comunidad con el mundo espiritual.

Era de especial importancia un santuario que, dentro de la decadencia universal, había conservado con mayor pureza el culto antiguo: ese santuario pertenecía a los Oráculos de Cristo y, por esta razón, podía conservar, no solamente el misterio de Cristo, sino también los misterios de los otros Oráculos, puesto que la revelación del sublime Espíritu Solar abarcaba asimismo la de los regentes de Saturno, Júpiter, etc. En el Oráculo solar, se conocía el secreto de producir para tal o cual persona, cuerpos vitales como los habían poseído los mejores de los iniciados de Júpiter, de Mercurio, etc. Por procedimientos especiales, que no es el momento de precisar, se conseguía conservar las "réplicas" de los cuerpos vitales más perfectos de los antiguos iniciados, réplicas que, más tarde, se imprimirían en individuos adecuados. Los iniciados de Venus, Mercurio y Vulcano, podían efectuar similar operación incluso para los cuerpos astrales.

Llegó cierto momento en que el guía de los iniciados de Cristo quedó solitario en compañía de algunos adeptos, a quienes podía comunicar los misterios del mundo sólo en escala muy limitada. Estos adeptos eran, en efecto, hombres en quienes, por disposición natural, era mínima la separación entre los cuerpos físico y vital, condición que les hacía particularmente adecuados para el progreso ulterior de la humanidad. En esos hombres, habían ido menguando las experiencias propias del estado de sueño: el mundo espiritual se les había ido haciendo inaccesible. Por lo mismo, tampoco podían comprender todo lo que, en tiempos antiguos, se había revelado cuando el hombre no estaba en su cuerpo físico, sino sólo en el vital. Quienes pertenecían al séquito inmediato del guía del Oráculo de Cristo, eran los más avanzados en cuanto a la reinte-

gración de la parte del cuerpo vital anteriormente separada del cuerpo físico, con este cuerpo físico. Esta reintegración fue produciéndose paulatinamente en la humanidad, a consecuencia de la transformación que había tenido lugar, tanto en la Tierra en general, como en la morada atlante en particular: los cuerpos físico y vital volvieron a coincidir cada vez más. Debido a ello se perdieron las anteriormente ilimitadas facultades de memoria, y empezó la humana vida mental. La parte del cuerpo vital coincidente con el físico, transformó al cerebro físico en verdadero instrumento del pensamiento, y, sólo de ahí en adelante, empezó el hombre a sentir su "yo" en el cuerpo físico: fue entonces cuando apareció la autoconciencia. Por de pronto, este progreso se produjo solamente en una pequeña porción de la humanidad, especialmente entre los adeptos del Oráculo de Cristo, en tanto que las demás masas humanas esparcidas por Europa, Asia y Africa, conservaron, en los grados más diversos, los restos de los antiguos estados de conciencia; por consiguiente, poseían una mayor experiencia inmediata del mundo suprasensible.

Los adeptos del iniciado de Cristo eran personas sumamente inteligentes, pero que, entre los hombres de aquella época, menos experiencia tenían en el área suprasensible. Dicho iniciado los condujo del Oeste al Este, hacia una región en el interior de Asia, para preservarlos lo más posible del contacto con hombres de conciencia menos evolucionada. Los educó conforme a los misterios a que él tenía acceso, concentrando esta influencia particularmente sobre los descendientes de sus educandos; y así nació un grupo de hombres de corazón abierto a los impulsos que correspondían a los misterios de la iniciación en Cristo. Entre ellos, el iniciado escogió a los siete individuos más avanzados, para infundirles cuerpos vitales y astrales correspondientes a las réplicas de los cuerpos vitales de los siete

iniciados atlantes más elevados. De este modo, educó sendos sucesores para los iniciados de Cristo (Sol), Saturno, Júpiter, etc. Estos siete individuos pasaron a ser los instructores y guías de los hombres que, en la época postatlante, se habían establecido en el sur de Asia, especialmente en la antigua India. Dado que estos grandes instructores estaban dotados de las reproducciones de los cuerpos vitales de sus antepasados espirituales, lo que se hallaba en su cuerpo astral, esto es, el saber y los conocimientos adquiridos por ellos mismos, no estaba a la altura de lo que se les revelaba a través de su cuerpo vital. Para que estas revelaciones resonaran en ellos, tenían que silenciar su saber y conocimientos propios. Entonces hablaban, desde su interior y por su boca, las altas Entidades que también habían hablado a sus antepasados espirituales; fuera de los momentos en que esas superiores Entidades hablaban a través suyo, aquellos grandes instructores eran hombres sencillos que poseían únicamente la cultura del corazón y del entendimiento, adquirida por propio esfuerzo.

En la India vivían entonces hombres que especialmente había conservado el vivo recuerdo del antiguo estado anímico de los atlantes, un estado del alma que hacía posible las experiencias del mundo espiritual. En gran número de ellos, latía asimismo una ferviente aspiración emotiva hacia las vivencias de aquel mundo suprasensible. Gracias a la sabia guía del destino, el núcleo principal de esa raza, formado por los mejores elementos de la población atlante, había llegado al sur de Asia; así como otros integrantes, en otras épocas, habían inmigrado también. El iniciado de Cristo designó a sus siete grandes discípulos como instructores de ese conjunto étnico al que transmitieron su sabiduría y sus leyes. Muchos de sus integrantes, los hindúes antiguos, no necesitaban sino una mínima preparación para lograr el despertar de las apenas extinguidas facul-

tades que conducían a la percepción del mundo suprasensible. La nostalgia de este mundo era, en efecto, el rasgo dominante del alma hindú, pues ese mundo se les aparecía a los hindúes como verdadera patria del hombre, de donde había sido trasladado al de la percepción sensible externa y del entendimiento a ella vinculado. Consideraban el mundo suprasensible como el verdadero, y el sensible tan sólo como engaño de la percepción humana, como ilusión o maya. No se omitía esfuerzo para penetrar en ese mundo verdadero, mientras que el sensible, ese tejido de ilusión, sólo suscitaba interés en cuanto velo que cubre lo suprasensible. Extraordinaria era la fuerza que de aquellos siete grandes guías se transmitía a los hombres; y lo que a través suyo podía revelarse, penetraba profundamente en las almas hindúes. Y debido a que la posesión de los cuerpos vitales y astrales heredados confería grandes poderes a esos instructores, podían obrar sobre sus discípulos por fuerzas mágicas: propiamente, no enseñaban, sino que actuaban como si fuera por acción mágica, directamente de individuo a individuo. Así nació una cultura completamente impregnada de sabiduría suprasensible, de la que es sólo pálida reminiscencia lo que se halla contenido en los libros de sabiduría de los hindúes, los Vedas. Sólo la visión suprasensible que escudriña los arcanos del pasado, puede encontrar sabiduría primordial no escrita, tras la escrita. Uno de sus rasgos particulares es la perfecta armonía entre los diversos conocimientos procedentes de los oráculos de la época atlante. Cada uno de los grandes instructores podía, en efecto, revelar un aspecto parcial de esa sabiduría del oráculo, y todos esos aspectos se integraban perfectamente, puesto que tras ellos latía la sabiduría fundamental de la iniciación profética de Cristo, si bien aquel de entre los siete instructores que era el sucesor espiritual del iniciado de Cristo, no exponía lo que su antecesor podía revelar. Este había permanecido en el

trasfondo de la evolución y, de inmediato, no podía transmitir a ningún postatlante, su elevada función. Aquel que, de entre los siete grandes maestros hindúes, era el iniciado de Cristo, se distinguía de su antecesor, el iniciado atlante de Cristo, en que éste había podido elaborar completamente en representaciones humanas su visión del misterio crístico, en tanto que su sucesor, el iniciado de Cristo, encarnado en la India, sólo podía expresar un reflejo de ese misterio, en símbolos y signos: su facultad representativa, producto del esfuerzo humano, no alcanzaba hasta el propio misterio. No obstante, de la conjugación de los siete instructores resultaba, cual grandiosa imagen de sabiduría, un conocimiento integral del mundo suprasensible, del que, en el antiguo oráculo atlante, sólo habían podido exponerse los aspectos inconexos. Dentro de esa magna estampa de conjunto, se destacaban los grandes principios rectores del mundo cósmico, con leve insinuación al Gran Espíritu Solar, al Uno, al Escondido, que reina por encima de las entidades que los siete instructores revelaban.

Lo que aquí entendemos por "antiguos hindúes", no coincide con lo que generalmente se designa con este término. No existen documentos exteriores de la época a que nos referimos. El pueblo llamado comúnmente "hindú" corresponde a un escalón histórico que se formó muy posteriormente a aquella época. Hemos de distinguir, en efecto, un primer período postatlante, en el que dominaba la cultura hindú de la que aquí tratamos; más tarde, se formó un segundo período postatlante, y en él dominó como cultura, lo que, en las páginas que siguen llamaremos "cultura protopersa"; y, todavía más tarde, se desarrolló la cultura egipcio-caldea, que también describiremos. Durante el desenvolvimiento de estos últimos dos períodos culturales postatlantes, también el hinduismo "antiguo" pasó, a su vez, por un segundo y tercer período de su evolución; y lo que

comúnmente se expone acerca de la India antigua, vale para ese tercer período. Por consiguiente, lo que aquí describimos no se refiere a la "India antigua" de la que se habla comúnmente.

Otro rasgo de esa antigua cultura hindú es el que, más tarde, condujo a la división en castas. Los habitantes de la India eran descendientes de atlantes pertenecientes a diversos tipos de hombres, esto es, descendiente de saturnales, jupiterinos, etc. Por las enseñanzas suprasensibles, podía comprenderse que un alma se encarnaba en tal o cual casta, no por casualidad, sino debido a que ella misma había tomado tal decisión. Semejante compresión de las enseñanzas suprasensibles la facilitó especialmente el hecho de que en muchos hombres era posible revivir las mencionadas reminiscencias de los antepasados, aunque condujeran fácilmente a una idea errónea de la reencarnación: así como en la época atlante la idea exacta no se podía adquirir sino por medio de los iniciados, en la India antigua sólo era posible llegar a ella por el contacto directo con los grandes instructores. Esa errónea idea se extendió considerablemente entre los pueblos que, a consecuencia del cataclismo de la Atlántida, fueron a habitar Europa, Asia y Africa. Y como sea que los iniciados desviados del recto camino durante el ciclo atlante, habían transmitido ese misterio incluso a personas faltas de la necesaria madurez, los hombres confundieron cada vez más la verdad con el error. Téngase presente que en muchos casos les había quedado, como herencia de la época atlante, una especie de clarividencia crepuscular. Así como los atlantes habían entrado durante el sueño en el dominio del mundo espiritual, también sus descendientes experimentaban dicho mundo en un estado anormal, intermedio entre el sueño y la vigilia. Entonces, veían surgir las estampas de los tiempos antiguos a los que habían pertenecido sus antepasados, y se consideraban a sí mismos como reencarnaciones de hombres que habían vivido

en tales tiempos. Por todo el orbe, se divulgaban enseñanzas sobre la reencarnación, en conflicto con la verdadera doctrina de los iniciados.

Como resultado de las continuas caravanas que, desde el comienzo de la destrucción de la Atlántida, se habían desplazado de Occidente a Oriente, se estableció en las regiones del Asia Occidental un conjunto étnico cuya descendencia se conoce en la historia como pueblo persa y tribus afines. Es verdad que la Ciencia Espiritual ha de retrotraerse a períodos muy anteriores al conocido como histórico de esos pueblos. Vivían entonces antepasados muy antiguos del pueblo que más tarde fue el persa y entre esos antepasados nació la segunda gran época cultural postatlante, después de la hindú, con misión muy distinta: sus tendencias y aspiraciones no se dirigían solamente hacia el mundo suprasensible, sino que, por el contrario, les predisponía hacia el físico-sensible, lo que implicaba encariñarse con la tierra. Tenían en alta estima las conquistas que el hombre puede hacer en ella, así como los beneficios que de ella puede sacar: sus hazañas guerreras, sus inventos para arrebatarles sus tesoros, se hallaban en relación con esa particularidad de su ser. De ahí que los persas no corrían peligro de que, por nostalgia del mundo suprasensible, se apartaran por completo de la "ilusión" de lo físico-sensible: su peligro consistía más bien en que, precisamente por su interés hacia lo físico-sensible, perdieran todo nexo anímico con ese mundo suprasensible. Incluso los oráculos, inmigrados del antiguo territorio atlante, llevaban el sello de ese sentimiento general del pueblo. Y así, de entre las fuerzas anteriormente asequibles gracias a experiencias suprasensibles, pero cuyas formas inferiores podían todavía dominarse, los oráculos cultivaban selectivamente las que ponían los fenómenos de la Naturaleza al servicio de los intereses personales del hombre. Ese antiguo pueblo persa era todavía

poderoso en el dominio de ciertas fuerzas naturales que, más tarde, se sustrajeron a la voluntad humana, y los guardianes de los oráculos disponían de energías internas, relacionadas con el fuego y con otros elementos: son los llamados magos. Tengamos presente, sin embargo, que lo que ellos custodiaban como herencia de otros tiempos, era poca cosa en comparación con lo que el hombre había poseído en el pasado prístino; esa herencia adoptaba toda clase de formas, desde las artes nobles que se preocupaban tan sólo por la salvación de la humanidad, hasta las manipulaciones más condenables. La esencia luciférica imperaba de un modo peculiar en aquellos magos: les había puesto en conexión con todo lo que desvía al hombre de las intenciones de los seres superiores que, de no haberse producido el impacto luciférico, habrían sido los únicos en dirigir la evolución humana en la ruta del progreso. Incluso quienes todavía conservaban restos del antiguo estado clarividente, intermedio entre la vigilia y el sueño, sentían fuerte atracción hacia los seres inferiores del mundo espiritual. Era necesario, pues, darle a ese pueblo un impulso espiritual que contrarrestase esas peculiaridades de su carácter, y el depositario de los misterios del Oráculo solar le otorgaba una dirección procedente de la misma fuente que había alimentado la antigua vida espiritual hindú.

Podemos designar con el nombre histórico de Zarathustra o Zoroastro, al guía que ese depositario del Oráculo solar había otorgado a la cultura espiritual protopersa, en la inteligencia de que dicho guía pertenece a una época muy anterior a aquella en la que la historia coloca al portador de ese nombre. Aquí, lo que importa, no es la investigación histórica externa, sino la ciencia espiritual. Y si alguien, a propósito del nombre de Zarathustra, lo sitúa en época posterior, no estará en desacuerdo con la ciencia espiritual, con sólo imaginar que se trata de un sucesor

del gran Zarathustra original, sucesor que adoptó su mismo nombre y propagó sus mismas enseñanzas.

El impulso que Zarathustra había de dar a su pueblo, consistía en destacar que el mundo físico-sensible no es tan sólo la presencia carente de espíritu, con la que tropieza el hombre cuando se halla colocado bajo la influencia exclusiva de la entidad luciférica. A esa entidad debe el hombre su autonomía y su sentido de la libertad, pero su actuación en él ha de estar en armonía con la entidad espiritual contraria. Para el pueblo persa era, pues, fundamental mantenerse sensible a la realidad de esa segunda entidad, pues por su inclinación hacia el mundo físico-sensible, corría el peligro de confundirse por completo con la primera, la luciférica. Era Zarathustra quien, iniciado por el depositario del Oráculo solar, recibía las revelaciones de los superiores seres solares: en estados peculiares de conciencia, a los que había llegado por la disciplina recibida, Zarathustra podía contemplar al Guía de aquellos seres solares, que había tomado bajo su responsabilidad la protección del cuerpo vital humano, conforme ya describimos, y él sabía que ese Guía solar que dirige la evolución humana, no podría descender del espacio cósmico a la Tierra, hasta llegada la hora en que se le ofreciera la posibilidad de morar en un cuerpo astral humano, de forma análoga a como, desde la intervención luciférica, venía actuando en el cuerpo vital. Para que eso fuera posible, habría de llegar un hombre cuyo cuerpo astral recuperara el nivel que, de no haber venido Lucifer, ya hubiera atravesado milenios antes, o sea, a mediados de la época atlante, si bien sin autonomía personal ni posibilidad de libre albedrío. Pero ahora se hacía necesario que el hombre, a pesar de dichas cualidades, volviese a alcanzar ese grado evolutivo. Zarathustra, en sus estados de videncia profética, preveía que, en el futuro evolutivo humano, llegaría

un individuo con un cuerpo astral para ofrecer esa morada a la sublime Entidad Solar, a la vez que sabía que, entretanto, las fuerzas espirituales no podían encontrarse en la Tierra. Sí podía percibirlas en el orbe espiritual del Sol, y entonces anunciaba a su pueblo la esencia de esas fuerzas, localizadas ahí, por de pronto, y que más tarde descenderían a la Tierra: anunciaba pues, al Gran Espíritu Solar o Espíritu de la Luz (el Aura del Sol, Ahura-mazdao, Ormuzd). Este espíritu de la Luz se le revelaba a Zarathustra y a sus adeptos como Aquel que, desde el mundo espiritual, dirige su rostro hacia el hombre, planea el porvenir de la humanidad, y anticipa a Cristo antes de Su aparición en la Tierra. En cambio, Zarathustra denuncia a Ahrimán (Angra mainjú) como la potencia que ejerce una acción nefasta en la vida anímica humana, si el alma se entrega a ella unilateralmente; es la misma potencia que, desde la indebida divulgación de los secretos de Vulcano, había adquirido un particular ascendiente sobre la Tierra. Zarathustra, además del mensaje relativo al Dios de la Luz, difundía asimismo las enseñanzas relativas a las entidades espirituales que se le revelaban a la purificada facultad del vidente, en contraste con las entidades tentadoras, que se introducían en los no purificados remanentes de la clarividencia, conservados de la época atlante. Había que explicarle al pueblo protopersa, que en el alma humana, en cuanto que orientada hacia las acciones y afanes del mundo físico-sensible, se libra una lucha entre el Dios de la Luz y su adversario; habría que explicarle asimismo, cómo ha de conducirse el hombre, para que, gracias al poder del Dios de la Luz, la influencia de ese adversario, en vez de precipitarle al abismo, quede transformada en benéfica.

La tercera época cultural postatlante nació en los pueblos que, al final de sus migraciones, habían confluido en el Asia Occidental y Norte de Africa; por una parte, entre los caldeos,

babilonios y asirios, y, por la otra, entre los egipcios, unos y otros interesados por el mundo físico-sensible, si bien en otro sentido que los protopersas: poseían, en grado superior, la disposición mental que subyace en la facultad de pensar, formada desde el final del período atlante. Recuérdese que la misión de la humanidad postatlante era desarrollar las facultades anímicas que podían adquirirse mediante las fuerzas intelectuales y afectivas, no estimuladas directamente por el mundo espiritual, sino generadas por la actitud del propio hombre que estudia el mundo sensible, a él se adapta y lo transforma por su acción. La conquista de este mundo físico-sensible por medio de dichas facultades humanas, ha de considerarse misión del hombre postatlante, conquista que avanza de etapa en etapa. Ya en la India antigua, el hombre, por la constitución de su alma, se halla dirigido sobre este mundo sensible, pero lo consideraba todavía una ilusión, y su mente estaba atenta al mundo suprasensible; en el pueblo protopersa, por el contrario, surge el afán de conquistar este mundo físico-sensible, si bien valiéndose todavía, en gran parte, de las facultades anímicas heredadas de una época en la que el hombre podía alcanzar directamente el mundo suprasensible. En los pueblos de la tercera época cultural, el alma ha perdido en gran parte las facultades suprasensibles, y debe explorar las manifestaciones de lo espiritual en su mundo sensible, para continuar superándose mediante la invención y descubrimiento de los instrumentos culturales que dimanaron de este mundo. La investigación, desde el mundo físico-sensible, de las leyes espirituales en él escondidas, ha dado nacimiento a las ciencias humanas; el conocimiento y utilización de las fuerzas de este mundo, ha dado origen a la tecnología, a las actividades artísticas y a sus instrumentos y medios apropiados. Para el hombre de los pueblos caldeo-babilonios, el mundo sensible ya no era ilusión; sus reinos, sus montañas y océanos,

el aire y el agua, eran manifestaciones de los actos espirituales de las potencias ocultas tras el mundo sensible, cuyas leyes el hombre procuraba descubrir. Para el egipcio, la tierra era un lugar de acción que le fue confiado en un estado que él había de transformar mediante sus facultades intelectuales, de modo que apareciese como testimonio del poderío humano.

A Egipto se habían trasplantado de la Atlántida, ciertos oráculos que procedían particularmente del oráculo de Mercurio, así como otros, entre ellos los oráculos de Venus. Un nuevo germen de cultura se depositó en lo que, por medio de esos oráculos, podía cultivarse en el pueblo egipcio, germen que procedía de un gran instructor, quien había recibido su disciplina en los centros iniciáticos persas de Zarathustra y que era la reencarnación de un discípulo del propio gran Zarathustra: pongámosle el nombre de "Hermes", prestado de un nombre histórico. Gracias a su asimilación de los misterios de Zarathustra, pudo Hermes encontrar el recto camino para conducir al pueblo egipcio, pueblo que durante su vida terrena tenía dirigida su mirada hacia el mundo físico-sensible en forma tal que, si bien era muy limitada su visión del mundo espiritual recóndito tras el sensible, reconocía, sin embargo, en éste las leyes de aquél. Por consiguiente, no se podían transmitir al pueblo egipcio enseñanzas relativas al mundo espiritual como mundo en que pudiera penetrar durante su vida terrenal, pero sí, en cambio, se le podía mostrar cómo el hombre, en el estado incorpóreo que sigue a la muerte, conviviría con el mundo de los espíritus que, durante la vida terrenal, se manifestaban por sus huellas en el reino de lo físico-sensible. He aquí lo que Hermes enseñaba: en la medida en que el hombre emplea sus fuerzas para actuar sobre la tierra según las intenciones de las potencias espirituales, en esta misma medida se capacita para reunirse con ellas tras la muerte, y quienes particularmente hubieran

mostrado más celo en esta dirección entre el nacimiento y la muerte, se reunirán con el elevado Ser Solar, Osiris, en el estado post-mortem.

Entre el sector caldeo-babilonio de esa corriente cultural, la orientación del interés humano hacia lo físico-sensible era más notoria que entre los egipcios: se estudiaban las leyes de este mundo, y, a través de la reproducción sensible, se contemplaban los arquetipos espirituales; no obstante, el pueblo continuaba apegado al mundo sensible en muchos aspectos, y así, en vez de hacer destacar el espíritu estelar, se daba importancia al astro mismo, y en vez de otros seres espirituales, se colocaban en primer plano sus reflejos terrestres. Sólo los guías adquirían profundos y verdaderos conocimientos relativos a las leyes del mundo suprasensible y a su interacción con el sensible, lo que dio origen a un contraste, más hondo que en ningún otro lugar, entre los conocimientos de los iniciados y las desviadas creencias del pueblo.

Muy distinta fue la situación en las comarcas del Sur de Europa y del Asia Occidental, donde floreció la cuarta época cultural postatlante, que llamaremos la grecolatina: habían afluido en masa, a esos países, los descendientes de hombres procedentes de las más diversas regiones de las civilizaciones anteriores; existían centros proféticos que trataban de emular los múltiples oráculos atlantes; había hombres que conservaban por atavismo restos de la antigua clarividencia, y otros que podían adquirirla sin mayor dificultad mediante adecuada disciplina. No sólo se conservaban en lugares especiales, las tradiciones de los antiguos iniciados, sino que allí se formaban sus dignos sucesores, quienes, a su vez, atraían a discípulos capaces de elevarse a altos niveles de visión espiritual. Además, esos pueblos tenían el impulso de crear dentro del mundo sensible,

un dominio que, en lo físico, fuera la más perfecta expresión de lo espiritual: amén de otros logros, el arte griego es una consecuencia de esa tendencia, y basta calar el templo griego con percepción espiritual, para reconocer que, en esa maravillosa obra de arte, el hombre dejó transformado lo material-sensible de tal manera que, cada una de sus partes se evidencia como expresión de lo espiritual. El templo griego es la "casa del espíritu", y a través de sus formas se percibe lo que, de otro modo, sólo puede reconocer el ojo espiritual del vidente. Para el ojo físico, un templo de Zeus o Júpiter representa una digna envoltura para lo que el supremo hierofante de este templo contemplaba con su ojo espiritual. Y lo propio vale para todo el arte griego: por vías misteriosas, los tesoros de sabiduría de los iniciados se instilaban en poetas, artistas, pensadores. En los sistemas de cosmovisión de los antiguos filósofos griegos, volvemos a encontrar los misterios de los iniciados, pero ya vertidos en conceptos e ideas. Las influencias de la vida espiritual, y los misterios de los centros de iniciación asiáticos y africanos, afluían a esos pueblos mediterráneos y a sus guías: los instructores hindúes, los acólitos de Zarathustra y los adeptos de Hermes, habían formado oportunamente a sus discípulos, y sus sucesores fundaron santuarios en los que renacían las antiguas enseñanzas en forma nueva: he ahí los "Misterios", los centros iniciáticos de la antigüedad, donde se preparaba a los neófitos para someterlos a los estados de conciencia por los que podían alcanzar la visión del mundo espiritual. (En mi libro, "El Cristianismo y los Misterios de la Antigüedad" se encuentran más detalles sobre estos Misterios; así como otros suplementarios en los últimos capítulos del presente libro).

De estos centros de iniciación, los tesoros de sabiduría se propagaron a los que, en Asia Menor, en Grecia y en Italia, cultivaban los secretos espirituales, y así, en el mundo griego, surgi-

eron los Misterios órficos y eleusinos como importantes centros de iniciación. En la escuela filosófica de Pitágoras repercutían las grandes enseñanzas y métodos de la sabiduría primordial, en la que el propio Pitágoras había sido iniciado, a través de sus extensos viajes.

* * *

En el tiempo postatlante, la vida del hombre entre el nacimiento y la muerte, ejercía asimismo su influencia sobre la condición desencarnada después de la muerte. Cuanto más iban dirigidos los intereses del hombre hacia el mundo físico-sensible, tanto mayor era la posibilidad de que, durante la vida terrena, Ahrimán se infiltrase en el alma, y luego conservase su poder más allá de la muerte. En los pueblos de la India antigua, era todavía mínimo ese peligro, puesto que, durante la vida terrena, habían considerado el mundo físico-sensible como ilusión, y así, después de la muerte, se sustraían al poderío de Ahrimán. Tanto mayor era el peligro para los pueblos protopersas: entre el nacimiento y la muerte, habían dirigido con interés su mirada hacia el mundo físico-sensible y habrían sucumbido en alto grado a las acechanzas de Ahrimán, si Zarathustra no les hubiese señalado, con la impresionante doctrina del Dios de la Luz, que tras este mundo físico-sensible se encuentra el de los espíritus de la Luz. En la medida en que los hombres de la cultura protopersa habían dado cabida en su alma a las ideas sugeridas por las enseñanzas de Zarathustra, en esa misma medida se sustraían a las garras de Ahrimán, tanto en la vida terrena, como también en la post-mortem, preparatoria de la terrena siguiente. Mientras vivimos, el poder de Ahrimán nos lleva a considerar el mundo físico-sensible como el único real, y así nos obstruye toda perspectiva hacia el espiritual; después de la muerte, ese mismo poder aísla al hombre completamente,

le conduce a la máxima egocentricidad. Los hombres que, al morir, se encuentran en poder de Ahrimán, reencarnan con actitud egoísta.

La ciencia espiritual moderna está en condiciones de poder describir cómo es la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, cuando se ha superado, hasta cierto punto, la influencia de Ahrimán. Así la ha descrito el autor de este libro en diversas obras, así como en los primeros capítulos de este libro, enfoque necesario para lograr una visión plástica de las experiencias que el hombre puede tener bajo esas condiciones existenciales, siempre que haya adquirido clara percepción espiritual de lo realmente existente. Hasta qué punto lo experimente cada individuo, depende de cómo haya superado la influencia ahrimánica, superación que le acerca, cada vez más, a lo que él puede ser en el mundo espiritual. Al estudiar aquí el curso de la evolución humana, no podemos menos que destacar nítidamente cómo otras influencias pueden menguar ese potencial del hombre.

En relación con el pueblo egipcio, fue Hermes quien cuidaba de que los hombres se preparasen, durante la vida terrena, para la comunidad con el Espíritu de la Luz; pero considerando que, en la época egipcia, los intereses humanos entre el nacimiento y la muerte ya habían tomado tal forma que los hombres no podían levantar sino en grado mínimo el velo que cubre lo físico-sensible, la facultad perceptiva espiritual del alma permanecía empañada también después de la muerte, y permanecía confusa la percepción del mundo luminoso.

Ese oscurecimiento del mundo espiritual después de la muerte, alcanzó su punto culminante para las almas que pasaban a la condición desencarnada procedentes de un cuerpo de la cultura grecolatina. Fácil es comprenderlo: en la vida terrena, esas almas habían hecho florecer el cultivo de la existencia

físico-sensible, con lo que se condenaban a vivir como sombras después de la muerte. A esto se debe el que el griego considerara la vida post-mortem como una existencia de sombra. No es mero palabreo, sino intuición de la verdad, lo que el héroe de esa época, apegado a la vida sensoria, expresa al decir: "Más vale ser mendigo en la Tierra, que príncipe en el reino de las sombras", sentimiento aún más acentuado en los pueblos asiáticos quienes, incluso en el culto y adoración, dirigían su mirada sólo hacia las réplicas sensibles, en vez de hacia los arquetipos espirituales: una considerable parte de la humanidad se hallaba en esa situación, en los tiempos de la cultura grecolatina. Es evidente que la misión del hombre en el período postatlante, misión que consistía en la conquista del mundo físico-sensible, no podía menos que distanciarle del mundo espiritual: la grandeza en un dominio, por necesidad, se relaciona con la decadencia en otro.

En los centros iniciáticos, se cultivaba la relación del hombre con el mundo espiritual, cuyas revelaciones podían recibir los iniciados, en peculiares estados anímicos. A ellos, sucesores en mayor o menor grado, de los guardianes de los oráculos, se les revelaba lo que se hallaba encubierto por la influencia de Lucifer y Ahrimán. Recordemos que Lucifer le ocultaba al hombre el elemento del mundo espiritual que, sin él requerirlo, había afluido a su cuerpo astral hasta la mitad de la época atlante. Si el cuerpo vital no hubiese quedado parcialmente fuera del dominio del físico, el hombre habría podido experimentar esa región del mundo espiritual como revelación anímica interna; pero a causa del impacto luciférico no podía tener esa experiencia sino en peculiares estados anímicos, en los cuales el mundo espiritual se le aparecía en ropaje astral. Los seres de ese mundo se manifestaban a través de figuras integradas tan sólo por los miembros constitutivos superiores de la naturaleza humana,

miembros dotados a su vez de los atributos de sus peculiares energías espirituales, astralmente visibles. Así fue cómo se manifestaban esas figuras sobrehumanas.

Tras la intervención de Ahrimán se añade otra clase de iniciación: Ahrimán le había ocultado al hombre todo lo que, sin su intervención que tuvo lugar a mediados de la época atlante, habría aparecido tras la percepción físico-sensible, procedente del mundo espiritual. El que esa revelación de ese mundo oculto fuera posible para los iniciados, se debe a la circunstancia de que ellos cultivaban en su alma, en medida superior a la requerida para lograr impresiones de la existencia físico-sensible, todas las facultades que el hombre había adquirido desde aquella intervención. Así se les revelaba la poderosa realidad espiritual que subyace en las fuerzas naturales; así podían dar testimonio, por propia experiencia, de las entidades espirituales existentes tras la naturaleza, así como de las potencias creadoras operantes en los reinos naturales inferiores al hombre. Lo que, procedente de Saturno, del Sol y de la antigua Luna, había continuado obrando y había formado los cuerpos físico, vital y astral del hombre, así como también los reinos mineral, vegetal y animal, constituía una de las modalidades de los secretos iniciáticos, bajo la tutela de Ahrimán. En cambio, lo que había dado origen al alma sensible, a la racional y a la consciente, se revelaba en otra modalidad de Misterios; ámbos, sin embargo, no podían sino profetizar que, en el curso del tiempo, aparecería un Hombre dotado de un cuerpo astral en el que, sin necesidad de estados anímicos peculiares y a pesar de Lucifer, el mundo de luz del Espíritu Solar pudiera patentizarse por medio del cuerpo vital. Su cuerpo físico habría de tener tal constitución que a ese Hombre se le patentizara todo lo del mundo espiritual que Ahrimán puede ocultar hasta el momento de la muerte física; es decir, para ese Ser humano, la muerte no puede alterar

nada de la vida, pues carece de todo poder sobre ella. En un ser humano de semejantes características, el "yo" se manifiesta de tal manera que ya la vida física contiene toda la plenitud espiritual: portador del Espíritu de la Luz, a él se eleva el iniciado por dos caminos diferentes, cuando, en estado anímico especial, se le conduzca, ya sea al espíritu de lo sobrehumano, o a la esencia de los poderes de la Naturaleza. Al predecir los iniciados la aparición, en el curso del tiempo, de semejante Ser humano, profetizaron a Cristo.

Como profeta más eminente en ese sentido, surgió un personaje en el seno de un pueblo que, por herencia natural, poseía las cualidades características de los asiáticos occidentales y que, además, se había nutrido de las enseñanzas de los egipcios: el pueblo israelita; y ese profeta era Moisés. Por haberse saturado de las influencias de la iniciación, su alma se había sensibilizado para aprehender, en estados peculiares, la manifestación de aquella Entidad que, antaño, había asumido la misión de formar la conciencia humana desde la Luna, dentro de la evolución telúrica. En el rayo y en el trueno, Moisés percibía no sólo los fenómenos físicos, sino también las manifestaciones de esa Entidad. Pero como sea que Moisés era, a la vez, iniciado en la segunda categoría de Misterios, percibía astralmente como lo sobrehumano se convertía en humano, a través del "yo". De este modo, El que vendría se le revelaba, desde uno y otro lado, como modalidad superior del "yo".

Finalmente, "Cristo" apareció en la Tierra, personificando aquello que el gran Ser Solar había previsto: la humana perfección terrena. Con su advenimiento, toda la sabiduría de los Misterios tomó, en cierto modo, nuevo cariz. Anteriormente, la única misión de esa sabiduría había sido conseguir que el hombre se transportara a un estado anímico en el que pudiese

contemplar el reino del Espíritu Solar, fuera de la evolución telúrica; en adelante, esa sabiduría tendría por objetivo el que el ser humano reconociera a Cristo hecho hombre y, desde ese reconocimiento como centro de toda sabiduría, comprendiera tanto el mundo natural como el espiritual.

En el momento de Su vida en que el cuerpo astral de Jesucristo hubo hecho suyo todo lo que el impacto luciférico puede ocultar, empezó su misión como instructor de la humanidad. A partir de entonces, quedó implantada en la terrenal evolución humana, el poder de asimilar la sabiduría que permite alcanzar paulatinamente la meta que la humanidad ha de cumplir en la Tierra. Posterior-mente, al consumarse el hecho del Gólgota, quedó inculcada en la humanidad la mencionada otra tendencia, en virtud de la cual puede transmutarse en benéfica, la influencia de Ahrimán: la posibilidad de que el hombre, al cruzar el umbral de la muerte, lleve consigo los atributos adquiridos en la vida terrena que han de liberarle de la soledad en el mundo espiritual. El evento de Palestina significa el centro, no sólo de la evolución humana en el mundo físico, sino también en los demás mundos que el hombre integra. Consumado el Misterio del Gólgota, la muerte de Jesús en la cruz, Cristo desciende al lugar donde moran las almas tras la muerte, y así reduce a sus limites el poder de Ahrimán. Desde ese momento, un relámpago espiritual ilumina la región que los griegos llamaban "reino de las sombras", relámpago que vaticina a sus moradores que la luz de nuevo penetrará en él. Gracias al Misterio del Gólgota, lo que se había logrado para el mundo físico, proyecta su irradiación hacia el mundo espiritual.

La evolución de la humanidad postatlante hasta ese acontecimiento, significaba ascenso para el mundo físico-sensible y descenso para el mundo espiritual: todo lo que se vertía en el

mundo sensible, emanaba de lo que, desde el origen de los tiempos, se hallaba en el mundo del Espíritu; a partir del advenimiento de Cristo, los hombres que se elevan hasta su Misterio, pueden llevar consigo a ese mundo espiritual sus conquistas del mundo físico, y desde ese mundo retornar de nuevo a éste, trayendo consigo, al reencarnar, el fruto personalizado del impulso Crístico, logrado durante su estancia en el mundo espiritual, o sea, entre la muerte y el nuevo nacimiento.

Lo que, gracias al advenimiento de Cristo, ha afluido a la humanidad, obra en ella como simiente, simiente que puede madurar sólo paulatinamente. Hasta el momento actual, sólo una ínfima parte de las profundidades de esos nuevos tesoros de sabiduría se ha incorporado a la existencia que hoy todavía se encuentra apenas en la aurora del incipiente ciclo Cristiano. A lo largo de los períodos sucesivos transcurridos desde su aparición, el Cristianismo podía revelar su profunda esencia sólo en la medida en que hombres y pueblos fueran capaces por comprensión, de recibirla y asimilarla. La primera forma en que esa comprensión podía verterse, puede definirse como un abarcante ideal de vida, opuesto a los modos vitales adoptados en la humanidad postatlante. Ya anteriormente hemos descrito las condiciones que regían la evolución humana desde la repoblación de la Tierra en la época lemuriana. En lo que a sus almas se refiere, los hombres provienen de entidades diversas que, oriundas de otros mundos, encarnaron en los descendientes corporales de los antiguos lemurianos; las diversas razas humanas son, pues, consecuencia de este hecho, y, en función de su karma individual, las almas reencarnadas desarrollaron los intereses vitales más diversos.

Mientras perduraban esos efectos tardíos, no podía existir el ideal de lo "humano universal": si bien la humanidad se había

originado en la unidad, su evolución en la Tierra condujo a la diversidad. El símbolo de Cristo empezó por significar un ideal que contrarresta toda disgregación, puesto que en el Hombre que lleva el nombre de Cristo laten también los poderes del Gran Ser Solar en los que todo yo humano sitúa su origen. Todavía el pueblo israelita tenía el sentimiento de ser un pueblo, y el hombre, de ser miembro de ese pueblo. Al principio, cuando se concibió la idea de que en Cristo Jesús vive el ideal del ser humano, ideal que excluye las condiciones de la separación, el Cristianismo se convirtió en el ideal de fraternidad universal: por encima de todos los intereses y afinidades particulares, se impuso el sentimiento de que lo más íntimo del yo humano es, en todos los hombres, del mismo origen; junto a los antepasados terrestres, aparece el Padre común de todos los hombres: "Yo y el Padre somos uno".

En los siglos IV, V y VI de la Era Cristiana, fue gestándose en Europa el período cultural que apareció en el XV y en el que vivimos todavía, quinto período cultural postatlante, que debía relevar paulatinamente al cuarto, esto es, al grecolatino. Los pueblos que, después de varias migraciones y de los más diversos sucesos del destino, devinieron los protagonistas de este quinto período, descendían de las estirpes atlantes marginadas de lo que tuvo lugar en los cuatro períodos culturales anteriores; esos pueblos no habían avanzado hasta las regiones en que habían arraigado las culturas correspondientes, y continuaban a su manera las culturas de la Atlántida. Muchos de entre ellos conservaban en alto grado la herencia de la clarividencia atávica, estado intermedio entre la vigilia y el sueño, ya descrito. Esos hombres conocían el mundo espiritual por experiencia propia, y podían comunicar a sus contemporáneos lo que ocurría en dicho mundo; así nació un conjunto de leyendas y tradiciones relativas a seres y fenómenos espirituales: el tesoro

épico y legendario de los pueblos tiene su origen en experiencias espirituales de esta especie, puesto que la clarividencia crepuscular de muchos individuos subsistió hasta una época no muy distante de la actual.

Había otros individuos que, sin poseer ya la clarividencia, desarrollaron, sin embargo, las adquiridas facultades para el mundo físico-sensible, conforme a sentimientos y sensaciones que correspondían a las experiencias de esa clarividencia. Finalmente, también los oráculos atlantes tenían en Europa sus sucesores. Había, pues Misterios, por todas partes, pero en ellos se cultivaba particularmente un ocultismo "iniciático" que conducía a la revelación de ciertas regiones del mundo espiritual a las que Ahrimán vedaba el acceso. En esos Misterios se exploraba a las potencias espirituales latentes tras las fuerzas de la Naturaleza, y la reminiscencia de lo que los iniciados en estos Misterios podían anunciar a los hombres, integra las mitologías de los pueblos europeos, mitologías que, sin embargo, contienen asimismo la otra modalidad de sabiduría oculta, aunque menos perfecta que la de los Misterios meridionales y orientales. También en Europa se conocían las entidades sobrehumanas, pero se les veía en lucha constante con los compañeros de Lucifer: se anunciaba al Dios de la Luz, pero concebido en forma tal que no podía afirmarse que venciera a Lucifer en el futuro. También en esos Misterios penetraba el resplandor de la figura venidera de Cristo, cuyo reino relevaría al del otro Dios de la Luz. (Todas las leyendas relativas al Ocaso de los Dioses y otras similares tienen su origen en este conocimiento de los Misterios de Europa). Estas influencias originaron una escisión en las almas de los hombres de la quinta época cultural, escisión que todavía perdura y que se patentiza a través de diversos síntomas. El alma conservaba de los antiguos tiempos la tendencia hacia lo espiritual, pero no con la energía suficiente como para

mantener intacto el vínculo entre el mundo espiritual y el sensible; la conservaba solamente como matiz emotivo e intuitivo, no como contemplación inmediata del mundo suprasensible. En cambio, la mirada del hombre fue dirigiéndose cada vez más hacia el mundo sensible y su dominio, y todas las facultades del entendimiento que habían despertado en los últimos tiempos de la Atlántida y cuyo instrumento era el cerebro físico, se perfeccionaron para el mundo sensible, para su conocimiento y dominio. Podríamos decir que dos almas simultáneamente se desarrollaron en el pecho humano: una, dirigida a la existencia físico-sensible; otra, receptiva a la manifestación de lo espiritual, hasta el punto de penetrarlo con el sentimiento y la sensación, sin percibirlo; los gérmenes de esa escisión anímica ya existían cuando el mensaje de Cristo se difundió por las áreas de Europa, mensaje del espíritu hacia el cual los hombres abrieron su corazón, de él saturaron sus sentimientos y sensaciones, pero sin poder tender el puente a lo que el entendimiento dirigido hacia el mundo sensorio exploraba en la existencia físico-sensible. Lo que es hoy día contraste entre ciencia empírica y cognición espiritual, es pura consecuencia de ese hecho. La mística cristiana (de Eckhardt, Tauler, etc.) es un resultado del sentimiento impregnado de Cristianismo, mientras que la ciencia orientada hacia el mundo de los sentidos con los resultados correspondientes en la vida humana, es consecuencia de la otra disposición anímica. Las conquistas en el campo de la externa cultura material, se deben precisamente a esa disociación de las dos tendencias: por consagrarse exclusivamente a la vida física, las facultades humanas cuyo instrumento es el cerebro, han podido alcanzar la intensidad que ha hecho posible la ciencia y la técnica modernas; el origen de esa cultura material no podía ubicarse sino en los pueblos de Europa, descendientes de aquellos antepasados atlantes que no trocaron en facultades su

propensión hacia el mundo físico-sensible hasta cuando ella ya hubiera alcanzado cierta madurez. Hasta entonces, dormitaba y ellos se alimentaban de los remanentes heredados de la clarividencia atlante y de las comunicaciones de sus iniciados. En tanto que, exteriormente, la cultura espiritual se consagraba tan sólo a esas influencias, fue madurando lentamente el sentido por el dominio material del mundo.

Con todo, ya despunta actualmente la aurora del sexto período cultural postatlante, pues lo que en la evolución humana ha de nacer en determinada época, va gestándose lentamente en la anterior.

Así, lo que ahora empieza a desarrollarse es el descubrimiento del nexo que unirá los dos polos en el pecho humano, esto es, la cultura material y la vida en el mundo del Espíritu, para lo cual es necesario, por una parte, la comprensión de los resultados de la percepción espiritual, y por la otra, el reconocimiento de las manifestaciones del espíritu a través de las observaciones y experiencias del mundo sensible. La sexta época cultural llevará a la perfección, la concordancia entre estos dos impulsos.

Así, hemos llegado en nuestras reflexiones a un punto en que el estudio puede pasar de la perspectiva del pasado a la del porvenir. Sin embargo, es preferible que precedan a esa prospectiva algunas consideraciones relativas al conocimiento de los mundos superiores y a la iniciación; luego podremos exponer brevemente esa prospectiva, en la medida en que esto sea posible sin salir del marco de la presente obra.

NOTA AL CUARTO CAPITULO

(1) En diferentes capítulos de este libro hemos expuesto cómo el mundo del hombre, y el hombre mismo, pasan por estados que hemos designado con los nombres de Saturno, Sol, Luna, Tierra, Júpiter, Venus y Vulcano. Hemos definido asimismo las relaciones de la evolución humana con los cuerpos celestes que coexisten con la Tierra actual, y que llamamos Saturno, Júpiter, Marte, etc., y que, naturalmente, pasan, a su vez, por una evolución. En la época actual han alcanzado un nivel en que sus elementos físicos se ofrecen a la percepción bajo los aspectos que los astrónomos llaman Saturno, Júpiter, Marte, etc. Ahora bien, si se observa el Saturno actual, en sentido científico-espiritual, se muestra como una especie de "reincorporación" de lo que era el antiguo; su formación se debe a que, antes de que el Sol se separase de la Tierra, existían ciertas entidades que no habían podido participar en dicha separación, por llevar insertas tantas características pertenecientes al estado saturnal que no les fue posible establecer su morada en un sitio particularmente propicio para el desarrollo de las características solares. A su vez, el Júpiter actual debe su formación a la presencia de ciertos seres con cualidades que sólo pueden desenvolverse en el Júpiter futuro de la evolución universal; para ellos se creó una morada en la que pueden anticipar ese desenvolvimiento ulterior. Asimismo, Marte es el cuerpo celeste en que residen entidades que han participado en el ciclo lunar en forma tal que un progreso ulterior en la Tierra no les sería de ninguna utilidad: Marte es una reincorporación de la antigua Luna en un nivel superior. El Mercurio actual es la morada de seres que se han adelantado a la evolución terrestre precisamente por haber desarrollado ciertas cualidades terrenales de forma superior a la que es posible en la Tierra. Similarmente, el planeta Venus actual es una anticipación profética del futuro estado venusiano. Así se justifica que los estados anteriores y posteriores de nuestra Tierra se designen con los nombres de sus representantes actuales en el Universo. Se sobreentiende que, contra lo que aquí acabamos de exponer, habrá mucho que objetar por parte de los que quieren someter al juicio del intelecto disciplinado en la

observación exterior de la Naturaleza, el paralelismo entre los estados saturnal, solar, etc., que percibe la visión suprasensible, y los cuerpos celestes físicos que llevan el mismo nombre. Pero así como, por medio de la representación matemática, es posible colocar ante la mente el sistema solar como imagen del suceder en el tiempo y en el espacio, así también al conocimiento suprasensible le es factible impregnar de contenido anímico esa imagen matemática, imagen que se configura entonces en forma tal que se justifica el mencionado paralelismo. Tengamos en cuenta que hacia esta impregnación de contenido anímico tiende también, sin duda, la prosecución ulterior del riguroso método de observación propio de las ciencias naturales, aunque actualmente dicho método se limite todavía a buscar la correlación entre el sistema solar y la Tierra, según conceptos puramente mecánico-matemáticos. Sin embargo, moviéndose en esta forma, las ciencias naturales del futuro se hallarán impelidas, por sí mismas, a formar representaciones que amplíen lo mecánico y así abarquen lo anímico. Se podría demostrar, empresa absolutamente factible, que esta ampliación debiera ya tener lugar con base en las representaciones científico-naturales de la actualidad, pero sería necesario escribir un libro aparte. Aquí sólo podemos dar algunas alusiones al respecto, si bien es verdad que esto trae consigo el que puedan ser objeto de interpretación errónea. La discrepancia entre la ciencia espiritual y las ciencias naturales es, a menudo, tan sólo aparente, y se debe a que actualmente estas últimas no quieren todavía formarse los conceptos que exige, no sólo el conocimiento de lo suprasensible, sino también, en realidad, el conocimiento de lo sensible. Todo observador imparcial puede encontrar en los resultados de la observación científico-natural de la actualidad, abundantes referencias a otros campos de observación puramente sensibles, referencias que, en alguna fecha futura, habrán de ser objeto de investigación por métodos puramente científico-naturales, y que pondrán en evidencia que lo que nos revela la visión suprasensible se halla plenamente corroborado por la observación de la Naturaleza, en cuanto dicho conocimiento suprasensible se refiera a un suceder cósmico suprasensible al que corresponda una manifestación sensible.

V.

EL CONOCIMIENTO DE LOS MUNDOS SUPERIORES

La vida terrenal del hombre, durante la etapa actual de su desarrollo, se desenvuelve normalmente en tres estados anímicos: la vigilia, el sueño y, entre ambos, el ensueño. Más adelante nos referiremos brevemente a este último; por de pronto, consideremos la vida en sus dos principales estados alternativos: la vigilia y el sueño.

El hombre se eleva al conocimiento de los mundos superiores si, además de estos dos estados, logra crear, por actividad propia, otro tercero. Durante la vigilia, el alma se halla entregada a las impresiones sensoriales y a las representaciones que aquéllas estimulan; durante el sueño, enmudecen las impresiones, a la vez que el alma queda inconsciente: las experiencias diurnas se sumergen en el océano de esa inconsciencia. Supongamos ahora que, durante el sueño, pudiera lograr el alma cierto estado de conciencia, a pesar de quedar eliminadas las impresiones sensorias, como ocurre en todo sueño profundo, y que ni siquiera existiese el recuerdo de las experiencias diurnas. ¿Se encontraría entonces el alma en la nada; carecería de toda experiencia? Respuesta a esta pregunta sólo podrá darla quien alcance realmente un estado igual o parecido al descrito. Si el alma pudiera experimentar algo, incluso estando privada de los

efectos sensorios y de todo su recuerdo, entraría como en un sueño con respecto al mundo exterior ordinario y, sin embargo, no dormiría, puesto que se encontraría frente a un mundo real, como en la vigilia. Ahora bien, efectivamente es posible lograr semejante estado de conciencia si el hombre vive las experiencias anímicas que le depara la ciencia espiritual. Téngase presente que todo lo que ella transmite relativo a los mundos que trascienden al sensible, se ha investigado por medio del mencionado estado de conciencia. En las páginas que anteceden, nos hemos referidos diversas veces a esos mundos superiores, y ahora enfocaremos, hasta dónde en esta obra sea posible, los medios que permiten desenvolver el estado de conciencia necesario para que pueda llevarse a cabo aquella investigación.

Este estado de conciencia no se asemeja al sueño sino en un aspecto: a causa de él cesan todos los efectos sensorios exteriores, y también quedan anulados todos los pensamientos por ellos engendrados, con la diferencia de que, durante el sueño, el alma carece de la fuerza requerida para experimentar algo conscientemente, en tanto que el nuevo estado de conciencia sí se la suministra: genera en el alma una facultad de vivencia como en la vida corriente le provocan solamente los efectos sensorios. Puede llamarse Iniciación ese despertar del alma a tal estado de conciencia superior.

Los medios de la iniciación conducen al hombre, del estado ordinario de la conciencia diurna, a una actividad del alma en la que él se sirve de instrumentos espirituales de observación. Estos instrumentos existen ya antes en el alma como gérmenes y han de desarrollarse. Puede suceder que un individuo, en un momento dado de su existencia y sin ninguna preparación especial, descubra que en él tales órganos superiores se han desarrollado: se trata de un despertar espontáneo que le lleva a

sentir la transformación de todo su ser; sus experiencias anímicas se han enriquecido infinitamente; ningún conocimiento del mundo sensible puede proporcionarle la felicidad, la satisfacción y la calidez interior que siente gracias a lo revelado por una cognición inaccesible a la percepción física. Fuerza y certidumbre afluirán a su voluntad desde el mundo espiritual.

Si bien existen tales casos de iniciación por vía espontánea, no hay que suponer que lo único adecuado es esperar que así se produzca, sin hacer nada para alcanzarla mediante una disciplina metódica. Dejemos de lado la iniciación espontánea, puesto que puede producirse sin que se observe ninguna regla; en lo que sí vamos a concentrarnos es en describir cómo, mediante determinados ejercicios, pueden desarrollarse los órganos de percepción latentes en el alma. Quienes no sientan particular inclinación a emprender por sí mismos algo en pro de su desarrollo, dirán fácilmente: la vida humana se halla bajo la dirección de potencias espirituales, y ¿para que intervenir en su dominio?; esperamos tranquilamente el momento en que esas potencias juzguen oportuno abrirnos el alma a un mundo nuevo. Tales personas considerarán fácilmente como atrevimiento o curiosidad ilícita el introducirse en el área de la sabiduría espiritual. Quienes así piensen, deberían decirse: "Una sabia guía me ha conferido facultades, no para que queden sin que yo las aproveche, sino para que yo me sirva de ellas; depositó en mí los gérmenes de un estado de conciencia superior, y sólo interpreto correctamente sus intenciones si considero como un deber el que al hombre se le revele todo cuanto pueda revelársele por medio de sus facultades espirituales." Si un pensamiento semejante deja en el alma una impresión suficientemente intensa, desaparecerá esa apatía por una disciplina encaminada hacia un estado de conciencia superior.

Mas, existe quizá otro reparo frente a dicha disciplina. Se puede decir, en efecto: "El desarrollo de facultades anímicas interiores afecta al santuario más recóndito del hombre, e implica la transformación de todo el ser humano; los medios para esta transformación no puede idearlos uno mismo: sólo el que conoce por experiencia propia la senda hacia un mundo superior es capaz de saber como llegar a él. Así, dirigirse a tal persona es permitirle que ejerza una influencia sobre el santuario más recóndito del alma". Quien así piense, tampoco podrá tranquilizarle el que los medios se hallen consignados en un libro. Poco importa, en efecto, que se le transmitan las reglas verbalmente, o que uno se entere de ellas por haberlas expuesto en un libro la persona conocedora de las mismas. Ahora bien, hay quienes, conociendo las reglas para el desarrollo de los órganos de percepción espiritual, opinan que no deben confiarse a un libro, del mismo modo que no aceptan la difusión de ciertas verdades relativas al mundo espiritual. No obstante, en la época en que vivimos, esta actitud debe considerarse anticuada. Es verdad que las respectivas reglas sólo pueden comunicarse hasta cierto grado; pero lo que se comunica conducirá a que la persona que lo aplique sobre el alma, alcance el desarrollo del conocimiento hasta tal punto, que le será posible alcanzar el ulterior camino. La correcta apreciación de esta segunda parte del camino, sólo es posible habiendo pasado por las experiencias de las etapas anteriores. Toda esta realidad puede dar origen a reparos en contra del sendero del conocimiento espiritual, reparos sin embargo, que se invalidan ante los caracteres específicos de la disciplina adecuada a nuestra época. A ella hemos de referirnos en esta obra, haciendo tan sólo alusión somera a otras disciplinas.

Lo que a continuación describiremos proporciona, a quien tenga la voluntad de desarrollo superior, los medios para efectuar la transformación anímica; y sólo existiría una injerencia indebida en la esencia del discípulo si el instructor practicara esta transformación por medios que se sustrajeran a la conciencia del discípulo. Pero ya en nuestra época, ningún método propio para el desarrollo espiritual se sirve de tales medios, ni implica convertir al discípulo en instrumento ciego. Las enseñanzas que ofrecemos le suministran las reglas de conducta, y él las pone en práctica; en caso necesario, no se le oculta la razón de tal o cual regla; para la asimilación y aplicación de las reglas, no necesita entregarse a una confianza ciega, algo enteramente excluido de este dominio.

Quien estudie la naturaleza del alma humana, sin recurrir a ninguna disciplina espiritual, por simple observación de sí mismo, podrá preguntarse después de haber conocido las reglas que le recomienda la disciplina espiritual: ¿Qué efecto pueden ellas producir en la vida anímica?, pregunta a la que puede darse respuesta satisfactoria previamente al primer paso, con sólo aplicar imparcialmente el sentido común: es posible obtener una visión certera de la acción de estas reglas aun antes de ponerlas en práctica, pero también es cierto que únicamente pueden experimentarse en el curso de los ejercicios, experiencia que siempre implicará su comprensión, si en cada paso se aplica un juicio sano. En la actualidad, la ciencia espiritual digna de tal nombre no dará sino reglas de ejercitación que resistan ese sano juicio. Quien esté dispuesto a entregarse solamente a una disciplina de esta especie, y no se deje inducir a una confianza ciega por ningún prejuicio, verá que todos sus escrúpulos se desvanecen: ya no le perturbarán las objeciones contra la ordenada disciplina para la adquisición de un estado de conciencia superior.

Incluso para personas cuya madurez interior puede conducirlas, tarde o temprano, a un despertar espontáneo de los órganos de percepción espiritual, la disciplina no es superflua, sino, al contrario, muy particularmente apropiada. Pocos son, en efecto, los casos en que tales personas no tengan que pasar, antes de la iniciación espontánea, por múltiples desvíos tortuosos y estériles. La disciplina les ahorra estos desvíos, conduciéndolas hacia la meta por el camino recto. Cuando se produce iniciación espontánea, es que ya el alma ha adquirido la madurez necesaria en el curso de vidas anteriores, pero sucede con facilidad que este tipo de almas, por su vago sentimiento de madurez, tienden a rechazar la disciplina, y este sentimiento puede engendrar cierta altanería que obstaculiza la confianza en la buena disciplina espiritual. Puede suceder que cierto escalón del desarrollo anímico permanezca escondido hasta cierta edad, y que hasta entonces no se revele, en cuyo caso la disciplina puede ser precisamente el medio adecuado para provocar la revelación. En cambio, si en esta situación el individuo rechaza la disciplina, puede que su facultad permanezca escondida en esta vida y sólo vuelva a manifestarse en una de las siguientes.

Importa evitar ciertos malentendidos que surgen fácilmente con respecto a la disciplina a que aquí nos referimos. Uno de ellos es la creencia de que con ella se pretende cambiar radicalmente el modo de vivir del candidato; en realidad, sólo se trata de la práctica de ciertos ejercicios anímicos que le ofrecen la posibilidad de observar lo suprasensible. Estos ejercicios no afectan directamente la parte de sus ocupaciones habituales fuera de la observación de lo suprasensible. El hombre adquiere, por añadidura, el don de esa observación, cuya práctica se halla tan separada de las funciones vitales corrientes, como el estado de vigilia del sueño: lo uno no estorba lo otro. Quien, por ejemplo, quisiera entremezclar con impresiones de la visión

suprasensible el curso ordinario de su vida, se parecería a un hombre enfermizo cuyo sueño sufriera continuas interrupciones nocivas. El provocar el estado en que se observa la realidad suprasensible, debe supeditarse, en cualquier momento, al libre albedrío del candidato. Cierto es que, indirectamente, existe una conexión entre disciplina y conducta; si ésta no se halla en armonía con la ética, la visión de lo suprasensible es imposible o perjudicial. He aquí por qué lo que conduce a la visión de lo suprasensible es, a la vez, medio para el ennoblecimiento de la conducta diaria; además de que, mediante la visión del mundo suprasensible, se descubren elevados impulsos morales, válidos también para el mundo físico sensible; ciertas necesidades morales se reconocen por primera vez desde aquel mundo.

Otro malentendido consistiría en creer que alguno de los ejercicios anímicos puede provocar cambios en la organización física; ninguno de ellos cae bajo la jurisdicción de la fisiología u otro ramo de las ciencias naturales; son procesos puramente anímico-espirituales y, lo mismo que el pensamiento y la percepción sanos, se hallan al margen de todo lo que es físico. Con estos ejercicios no se produce en el alma nada que sea cualitativamente distinto a lo que tiene lugar en ella cuando se entrega a representaciones o juicios sanos. Ni más ni menos relación que la que existe entre el pensamiento sano y el cuerpo, existe entre éste y los procesos de la verdadera disciplina para la cognición suprasensible. Todo aquello que tenga con el hombre una relación distinta, será tan sólo caricatura de la verdadera disciplina espiritual. En este sentido se mueve lo que exponemos a continuación. Sólo por ser la cognición suprasensible algo que arranca del alma humana global, puede parecer que exigimos que el hombre se convierta, en aras de la disciplina, en algo distinto de lo que es. En realidad, se trata de sugerencias relativas a ejercicios por los que se le ofrece al alma la posibilidad de

provocar, dentro de su vida, momentos que la conduzcan a la observación de lo suprasensible.

* * *

El ascenso hacia un estado de conciencia suprasensible sólo puede partir del estado de vigilia normal. El alma vive en esta conciencia antes de su ascenso, y es la disciplina la que le proporciona los medios para trascenderla. La disciplina que se trata aquí por lo pronto da, entre los primeros medios, algunos ejercicios que pueden considerarse todavía como funciones de la conciencia diurna ordinaria; los más eficaces son precisamente los que implican funciones silenciosas del alma. Se trata de que el alma se entregue a representaciones bien determinadas, capaces, por su esencia, de despertar en ella ciertas facultades escondidas. Las representaciones a que aquí hacemos referencia son distintas de las de la conciencia vigílica, cuya función es reproducir un objeto exterior, y serán tanto más verídicas cuanto, con mayor fidelidad, reflejen el objeto en cuestión: el ser verídicas en este sentido es parte de su índole. Pero no es ésta la función con miras a la disciplina espiritual, pues por su configuración no reflejan algo exterior, sino que encierran la peculiaridad de obrar sobre el alma, despertándola. Las mejores representaciones para este fin son las simbólicas, aunque pueden utilizarse otras, ya que lo que importa no es su contenido, sino el que el alma dirija todas sus energías a excluir del campo de su conciencia todo lo que no sea la representación seleccionada. Mientras que en la vida ordinaria las energías del alma se hallan repartidas en muchas direcciones, y las representaciones se suceden con rapidez, en la disciplina espiritual lo que importa es la concentración de toda la vida anímica en una sola representación, situada voluntariamente en el centro de la conciencia. Las representaciones simbólicas son más apro-

piadas que las que reproducen objetos o hechos exteriores, por la razón de que éstos descansan en el mundo exterior y, por lo tanto, al alma le resulta menos necesario apoyarse solamente en sí misma que en las representaciones simbólicas creadas por la propia energía anímica. Lo importante no es lo representado como tal, sino el que se libere lo anímico de toda muleta física, mediante el proceso de la representación.

Para tener una idea clara de este ahonde en una representación, comencemos por considerar el concepto del recuerdo. Si nuestra mirada se dirige a un árbol, por ejemplo, y luego nos apartamos de él, podemos, por la recordación, despertar de nuevo en el alma la representación del árbol. Esta representación, cuando ya no está el árbol ante nuestros ojos, es un recuerdo del árbol. Imaginémonos ahora que retenemos anímicamente este recuerdo y que dejamos que el alma repose en cierto modo sobre él, a la par que nos esforzamos por excluir todas las demás representaciones: entonces el alma se halla sumida en la representación recordativa del árbol. Se trata, en este caso, de un ahonde del alma en una representación que es imagen de un objeto percibido por los sentidos.

Procediendo de la misma forma, pero con una representación depositada en la conciencia por voluntad libre, se podrá obtener progresivamente el efecto que importa, sin necesidad de la muleta material. Vamos a ilustrar con un ejemplo este ahonde o concentración interior en una representación simbólica. Para empezar construyamos en el alma alguna representación: imaginemos una planta, cómo echa raíces en el suelo y cómo se desarrolla, hoja por hoja, hasta la floración; imaginémonos, asimismo, a un hombre junto a esta planta, y demos vida al pensamiento de que el hombre posee cualidades y facultades que, comparadas con las de la planta, pueden llamarse

más perfectas. Consideremos que el hombre puede moverse de un sitio a otro de acuerdo con sus sentimientos y su voluntad, mientras que la planta está arraigada al suelo. Pero tengamos presente también que el hombre es ciertamente más perfecto que la planta, si bien descubro en él características que, por no existir en la planta, me llevan a pensar que ella, en cierto modo, es más perfecta que el hombre, quien, lleno de deseos y pasiones, y adaptando a ellos su conducta, se encamina hacia extravíos. En cambio, la planta obedece a las leyes puras de crecimiento de hoja en hoja; sin pasión, abre su flor a los castos rayos del Sol. Todo esto me lleva a decir: el hombre aventaja a la planta en cierta perfección que ha tenido que pagar admitiendo en su ser, al lado de las fuerzas de la planta que a mí me parecen tan puras, instintos, apetitos y pasiones humanas. Seguidamente me represento cómo la savia verde circula por la planta, y cómo esta savia es expresión de las leyes puras e inmaculadas del crecimiento; luego me represento cómo la sangre roja circula por las venas del hombre, como expresión de los instintos, apetitos y pasiones. Dejo que todo esto surja en mi alma como un pensamiento vívido. A continuación me represento cómo el hombre es susceptible de evolución y cómo, por sus facultades anímicas superiores, puede purificar y acrisolar sus instintos y pasiones. Pienso que, en estos instintos y pasiones, queda aniquilado un elemento inferior, y cómo así renacen a un nivel más elevado. Entonces estará justificado el representarme la sangre como expresión de los instintos y pasiones purificados y acrisolados. Acto seguido evoco la imagen de la rosa y digo: "en la hoja roja de la rosa veo transmutado en rojo el color de la savia verde de la planta; y la rosa roja sigue, al igual que la hoja verde, las leyes puras e inmaculadas del crecimiento. Así, el rojo de la rosa será para mí el símbolo de una sangre en que se expresan instintos y pasiones purificados y liberados de lo bajo, y semejantes

en su pureza a las fuerzas que actúan en la rosa roja". Procuro luego no sólo asimilar tales pensamientos en comprensión, sino también darles vida sintiéndolos. Puedo experimentar una sensación de bienaventuranza al representarme la pureza y la ausencia de pasión en la planta en su crecimiento; puedo generar en mí el sentimiento de cómo ciertas perfecciones superiores deben pagarse con la adquisición de instintos y apetitos. Esto puede transformar la anterior bienaventuranza en un sentimiento grave, y luego puede surgir en mí un sentimiento de felicidad liberadora al entregarme al pensamiento de la sangre roja que, al igual que la savia roja de la rosa, puede llegar a ser el vehículo de vivencias interiores puras. Lo importante es no permanecer emotivamente indiferente ante los pensamientos que sirven para la creación de una representación simbólica.

Después de haber pasado por esta serie de reflexiones y sentimientos, deberá procederse a su transformación en la siguiente representación simbólica: imaginemos una cruz negra; veamos en ella el símbolo de lo bajo superado, de los instintos y pasiones, y allí donde se cruzan los dos brazos representémonos siete rosas rojas resplandecientes, ordenadas en círculo; estas rosas serán el símbolo de una sangre que es, a su vez, expresión de pasiones e instintos depurados y purificados*. Una representación simbólica de esta especie será, pues, lo que debe evocarse en el alma en la misma forma que lo hemos ejemplificado con una representación recordativa. La representación simbólica tiene el poder de despertar el alma de quien se entregue a ella en concentración interior, y durante ésta se procurará excluir toda otra representación: sólo deberá flotar en espíritu ante el alma el símbolo descrito, con la mayor vivacidad posible.

No deja de tener importancia el que, en vez de introducir simplemente este símbolo como representación despertadora,

hayamos hecho preceder su construcción, de ciertas ideas relativas a la planta y al hombre. En efecto: la eficacia de un símbolo de esta especie depende de que haya sido integrado en la forma descrita, antes de utilizarlo como objeto de concentración. Si se evoca sin que previamente se haya recorrido el proceso de su elaboración en la propia alma, queda frío y es mucho menos eficaz. Sin embargo, durante la concentración no se evocarán ante el alma esos pensamientos preparatorios, sino que se dejará flotar ante la mirada espiritual, con la mayor vivacidad, solamente el símbolo, dejando a la vez resonar las sensaciones generadas por la previa actividad mental. De este modo, el símbolo deviene un signo al lado de la experiencia emotiva cuya eficacia depende del grado de capacidad del alma de mantenerse en ella: cuanto mayor tiempo dure esta permanencia, sin que en ella se inmiscuya otro pensamiento discordante, tanto más eficaz será el proceso. No obstante, será bueno, fuera del tiempo dedicado a la concentración propiamente dicho, repetir a menudo la evocación de la imagen por medio de pensamientos y sentimientos de la especie descrita, a fin de que la sensación no vaya desvaneciéndose. Así cuanta más dedicación se tenga para renovar esta experiencia, tanta más trascendencia tendrá la imagen para el alma. (En mi libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?" se dan algunos otros ejemplos de medios para la concentración interior. Particularmente eficaces son las meditaciones, allí descritas, sobre el crecimiento y la marchitez de la planta, sobre las fuerzas generadoras latentes en la semilla, sobre las formas de los cristales, etc... En el presente libro hemos querido ilustrar con un ejemplo la naturaleza de la meditación).

Un símbolo como el aquí descrito no retrata ningún objeto ni ser exterior creado por la Naturaleza, y precisamente a esto se debe su fuerza despertadora de ciertas facultades puramente

anímicas. Quizá se insinúe aquí la siguiente objeción: es verdad que el símbolo, tomado como un todo, no lo produce la Naturaleza; no obstante, se han tomado de ella todos los detalles que lo integran: el color negro, las rosas, etc., todo esto lo perciben los sentidos. Quien se sienta turbado por una objeción de esta especie, deberá considerar que no es la reproducción de las percepciones sensorias lo que despierta lo anímico superior, sino que este efecto lo provoca exclusivamente el modo de combinar estos detalles. Y esta combinación no reproduce nada que exista en el mundo sensible.

Hemos querido ilustrar con un símbolo, a título de ejemplo, el proceso de la concentración efectiva del alma. En la disciplina espiritual pueden utilizarse las imágenes más variadas de esta especie, integrándolas mediante los más diversos procedimientos. Pueden indicarse también ciertas frases, fórmulas, y hasta palabras sueltas, como tema para la concentración; en todos los casos, estos medios tendrán como objeto liberar el alma de la percepción sensoria y moverla a una actividad dentro de la cual carece de importancia la impresión sobre los sentidos físicos, siendo lo esencial el desarrollo de facultades interiores latentes en el alma.

La meditación podrá basarse también en meros sentimientos, sensaciones, etc., lo que resulta particularmente eficaz. Tomemos, por ejemplo, la alegría. En el curso normal de la vida, el alma puede experimentarla si una causa exterior se la provoca; un alma de sensibilidad normal, al percibir un acto de bondad de corazón, sentirá placer y alegría; pero puede así mismo reflexionar sobre un acto de esta especie, y decirse: ese acto ejecutado generosamente, no implica egoísmo, sino interés por un semejante. Y una acción de esta especie puede calificarse de moralmente buena. Ahora bien: el alma del observador

puede independizarse enteramente de la representación del caso concreto que le ha dado placer o alegría, y formarse una idea general y extensa de la bondad de corazón; podrá imaginarse, poco más o menos, que esa bondad nace del hecho de que un alma hace suyo el interés de otra, convirtiéndolo en su propio interés, y así se complace el alma en esta idea moral. Esta alegría no se halla entonces ligada a tal o cual acontecimiento concreto, sino a una idea, y el tratar de mantener viva en el alma esta alegría durante un tiempo prolongado, constituye la concentración en un sentimiento o emoción. No es entonces la idea la que despierta las facultades anímicas interiores, sino la presencia prolongada de un sentimiento no generado por una mera impresión externa particular. Dado que la ciencia espiritual es capaz de penetrar en la esencia de las cosas más profundamente que el entendimiento ordinario, resulta que a raíz de sus experiencias podrá señalar sentimientos aún mucho más eficaces para el desenvolvimiento de las facultades anímicas, si se utilizan como objeto de meditación. Aunque esto es necesario para los grados superiores de la disciplina, hay que tener presente, sin embargo, que la concentración intensa en sentimientos y sensaciones como, por ejemplo, el relacionado con la bondad de corazón, puede ya conducir muy lejos. Pero tengamos en cuenta que la esencia del ser humano difiere según los individuos, y, por lo tanto, los medios eficaces de disciplina pueden ser distintos, y tengamos asimismo en cuenta que el efecto de la meditación será tanto más eficaz cuanto más sosegada y reflexiva sea. Con todo, deberá evitarse cualquier exageración. Cierto tacto interior, fruto de los mismos ejercicios, podrá enseñarle al discípulo a qué atenerse.

Por lo general, será necesario continuar estos ejercicios de concentración interior durante largo tiempo antes de poder notar su resultado. Dos requisitos son indispensables para la

disciplina espiritual: ser paciente y ser perseverante; no podrá lograr gran cosa quien no conquiste esto mediante constante y sosegada práctica, para que la paciencia y la perseverancia constituyan, en todo momento, el rasgo básico del alma.

De lo que antecede se desprende que la concentración interior, (la meditación), es un medio para la adquisición de conocimientos de los mundos superiores, pero también se ve que no puede ser por medio de cualquier tema de representación, sino solamente por aquellos dispuestos en la forma descrita.

La senda aquí señalada conduce, por de pronto, al llamado conocimiento imaginativo, primer grado del conocimiento superior; le precede el conocimiento que se basa en las percepciones sensorias y en la elaboración de las mismas por medio del entendimiento ligado a los sentidos, conocimiento llamado por la ciencia espiritual "cognición objetiva". Por encima de ésta se encuentran los grados superiores del conocimiento, siendo el primero precisamente la cognición imaginativa. El término "imaginativo" podría despertar sospechas en quien creyera que, con "imaginación", se designa únicamente una representación "imaginaria" que no corresponde a ninguna realidad. Tengamos presente que, en la ciencia espiritual, la cognición "imaginativa" debe concebirse como un modo de conocimiento generado en el alma por un estado de conciencia suprasensible. Lo que se percibe en tal estado son hechos y seres espirituales inaccesibles para los sentidos. Como a este estado se llega mediante la concentración en símbolos o "imaginaciones", el mundo que a él corresponde podemos llamarlo "imaginativo", y la cognición respectiva, cognición "imaginativa". Así pues, este término se aplica a algo que es "real" en un sentido distinto de aquel en que lo son los hechos y seres de la percepción sensoria física. El contenido de las representaciones que llenan la viven-

cia imaginativa no tiene importancia, pero sí la facultad anímica que mediante ella se desarrolla.

Salta a la vista la posibilidad de un reparo contra el empleo de las mencionadas representaciones simbólicas, en el sentido de que surgen de un pensar soñoliento o una fantasía caprichosa, lo que hace de dudoso valor todo resultado. Obsérvese, sin embargo, que semejantes objeciones carecen de justificación ante los símbolos que forman la base de la verdadera disciplina espiritual, puesto que estos símbolos, aunque arranquen de una realidad sensible exterior, se escogen de manera tal, que permiten abstracción completa de su relación con esa realidad, y su valor reside únicamente en la fuerza con que obran sobre el alma cuando ésta aparta toda su atención de aquel mundo exterior, suprimiendo toda impresión de los sentidos y eliminando, al mismo tiempo, todo pensamiento alimentado por un estímulo exterior. La mejor ilustración del proceso de la meditación es su comparación con el sueño: por un lado se parece a éste y, por otro, le es diametralmente opuesto; es un sueño que, comparado con la conciencia diurna, representa un estado de vigilia superior. Lo esencial es que el alma, por la concentración en la representación o imagen correspondiente, se ve obligada a evocar de sus profundidades fuerzas mucho más potentes que en la vida ordinaria o en el conocimiento normal, con lo cual se acrecienta su actividad interior. Además, se libera, en la meditación, de su envoltura corporal, como ocurre durante el sueño; pero en vez de pasar, a un estado de inconsciencia, experimenta un mundo no conocido hasta entonces. Este estado, aunque comparable al del sueño en cuanto a su liberación del cuerpo, representa un estado de vigilia superior en comparación con la conciencia diurna ordinaria. De este modo, el alma se experimenta a sí misma en su verdadera esencia íntima y autónoma, mientras que, en la vigilia diurna, debido al desenvolvimiento

menos intenso de sus fuerzas, propio al estado físico, deviene consciente de sí misma sólo por medio del cuerpo, o sea, que no se experimenta a sí misma, sino que se percibe sólo en la imagen que, como reflejo, suscita ante ella el cuerpo o más bien sus procesos.

Desde luego que los símbolos creados en la forma descrita no se corresponden todavía a ninguna realidad del mundo espiritual. Sirven para emancipar el alma de la percepción sensoria y del instrumento cerebral al que, por lo pronto, está ligado el entendimiento, emancipación que no puede tener lugar sino cuando el hombre siente: "ahora me represento algo por medio de fuerzas que no tienen, como instrumentos, mis sentidos ni mi cerebro". Lo primero que el hombre experimenta en este camino, es su emancipación de los órganos físicos, y entonces se halla en condiciones de decir: "puedo hacer abstracción de las percepciones sensorias y del pensamiento lógico ordinario, sin anular mi conciencia; puedo elevarme por encima de él, sintiéndome como un nuevo ser al lado del que yo era antes". He aquí la primera experiencia puramente espiritual: la captación del yo como entidad anímico-espiritual, entidad que, como nuevo yo, se ha desprendido de aquel anterior, sólo ligado a los sentidos y al entendimiento físicos. Si el discípulo se hubiese desprendido del mundo sensible e intelectual sin concentración, se habría sumergido en la nada de la inconsciencia. Claro está que dicha entidad anímico-espiritual ya existía antes de la concentración, pero carecía todavía de instrumentos para observar el mundo espiritual; era, por decirlo así, como un cuerpo físico desprovisto de ojos para ver y oídos para oír. El esfuerzo realizado ha esculpido los órganos en el seno de la sustantividad anímico-espiritual, informe hasta entonces. Lo que el discípulo se ha moldeado de este modo es, a la vez, lo primero que percibe; de suerte que la primera experiencia es, en cierto sentido, la percepción

de sí mismo. Por una necesidad de la disciplina espiritual, en este punto de su evolución, tras la educación de sí misma, el alma se da cuenta de que en las imaginaciones que se presentan como consecuencia de los ejercicios descritos, lo único que, por de pronto, percibe, es a sí misma. Bien es verdad que estas imágenes surgen como si pertenecieran a un mundo nuevo; no obstante, el alma debe reconocer que, inicialmente, no son sino el reflejo de su propio ser, fortalecido por los ejercicios. No basta reconocer este hecho con el debido juicio, sino que también es necesario haber desarrollado la voluntad, en forma tal, que el alma pueda, en cualquier momento, eliminar de la conciencia aquellas imágenes, extinguirlas. El que el alma pueda moverse con toda libertad y soltura mental entre ellas, constituye, en esta etapa, parte de la verdadera disciplina espiritual. Sin esta libertad de movimiento el alma se encontraría, en la esfera de las experiencias espirituales, en situación análoga a quien, al dirigir su mirada hacia un objeto del mundo físico, éste le cautivase de suerte que ya no pudiera apartar de él su mirada.

La única excepción a aquella posibilidad de extinción la constituye un grupo de experiencias imaginativas que, en este grado de la disciplina espiritual, no son para extinguirse. Estas experiencias corresponden al núcleo esencial del alma propia; y el discípulo reconoce en ellas aquel elemento de sí mismo que pasa a través de sus vidas terrenales consecutivas como su ser fundamental. En este punto, el sentimiento de que existen las vidas terrenales repetidas, llega a ser una experiencia real. Respecto de todo lo demás, debe reinar la mencionada libertad de vivencias; y sólo después de adquirir la facultad de extinción es cuando se acerca el discípulo al verdadero mundo exterior espiritual, porque entonces lo extinguido es sustituido por algo en que se reconoce la realidad espiritual. El discípulo se siente crecer anímicamente como un ente determinado que se

eleva sobre lo indeterminado, y tras esta autopercepción, entra a la observación del mundo exterior anímico-espiritual, observación que se produce cuando el discípulo ordena su vida interna en el sentido que indicamos a continuación.

Inicialmente el alma del discípulo es débil en cuanto a todo lo perceptible en el mundo anímico-espiritual. Tiene que desarrollar una gran energía para retener en su concentración interior los símbolos u otras representaciones que ha generado con los elementos del mundo sensible. Si, además, quiere elevarse a una verdadera observación de un mundo superior, no le bastará la retención de estas representaciones, sino que, tras ella, habrá de permanecer en un estado en que no actúe sobre su alma ningún estímulo del mundo exterior sensible, y en el que, además, se borren de la conciencia incluso las representaciones imaginativas descritas. Sólo entonces pueden aparecer en ésta los primeros frutos de la meditación. Se trata ahora de poseer la energía anímica suficiente para percibirlos real y espiritualmente, sin que ellos escapen a la atención, como ocurre cuando todavía es débil el desarrollo de la energía interna: delicado y fugaz es el incipiente organismo anímico-espiritual, que debe captarse en la autopercepción; las distracciones del mundo exterior sensible y sus repercusiones son muy potentes, por más que uno se esfuerce en apartarlas de sí. Entran en cuenta, en efecto, no sólo las distracciones de las que uno es consciente, sino todavía mucho más las que ordinariamente pasan inadvertidas. Pero precisamente gracias a la naturaleza humana, se hace posible un estado de transición: lo que al alma no le es factible en el estado de vigilia, debido a los estorbos que vienen del mundo físico, puede llevarlo a cabo durante el sueño. Quien se entregue a la concentración interior, notará algo particular en su sueño, si presta la debida atención. Sentirá que, durante él, "no duerme totalmente", sino que su alma conoce intervalos en que,

a pesar de estar dormida, despliega cierta actividad; en ellos, las funciones naturales mantienen apartadas las influencias del mundo exterior; influencias que, en vigilia, el alma no puede todavía descartar por sí misma.

Pero una vez que los ejercicios de concentración han surtido efecto, el alma se desprende de la inconsciencia durante el sueño y entra en contacto con el mundo anímico-espiritual, contacto que puede establecerse de dos maneras: que el hombre, durante el sueño, compruebe con toda lucidez, "ahora estoy en otro mundo"; o bien que, al despertar, recuerde la experiencia y piense, "he estado en otro mundo". Es evidente que lo primero requiere más energía interior que lo segundo; de ahí que esto último sea el caso más frecuente para el neófito en la disciplina espiritual. Poco a poco, esta experiencia puede llegar hasta el punto de que el discípulo compruebe al despertar: "durante todo el tiempo que he estado dormido, me he encontrado en otro mundo, del que he salido al despertar". El recuerdo que conserva de los seres y hechos de ese otro mundo, será cada vez más preciso. En ambos casos, el fenómeno que se ha producido en el discípulo es el que puede llamarse la continuidad de la conciencia durante el sueño. No quiere esto decir, ni mucho menos, que el hombre conserve siempre su conciencia durante el sueño; ya es una gran conquista para la continuidad de la conciencia, el que el discípulo que, por lo demás, duerme como cualquier otro ciudadano, capte durante su sueño ciertos intervalos en los que puede contemplar conscientemente un mundo anímico-espiritual, o en el estado de vigilia resucite la contemplación de tales estados de conciencia pasajeros. Pero, téngase en cuenta que lo descrito aquí debe considerarse solamente como estado de transición. Sin duda es provechoso para la disciplina el pasar por este estado transitorio; no se crea, sin embargo, que de él pueda derivarse una visión concluyente

respecto al mundo anímico-espiritual, pues en este estado el alma está insegura y no puede fiarse todavía de lo que percibe. Reconozcamos, sin embargo, que gracias a esas experiencias, va adquiriendo continuamente nuevas energías para mantener alejadas, también durante la vigilia, las influencias perturbadoras del mundo físico exterior y llegar a la observación anímico-espiritual cuando los sentidos no transmiten impresión alguna, cuando el entendimiento ligado al cerebro físico guarda silencio, y cuando también se han eliminado de la conciencia las representaciones de la concentración que sólo han servido de preparación para la visión espiritual.

Lo que la ciencia espiritual proclama en una forma u otra, nunca ha de provenir de una observación anímico-espiritual que no haya sido realizada en pleno estado de vigilia.

Tienen importancia en el progreso de la disciplina espiritual dos experiencias anímicas: la primera, la que le permite al hombre decirse a sí mismo: "incluso abstrayéndome de todas las impresiones que el mundo físico exterior puede ofrecerme, no me parece mi interior un ser de actividad totalmente extinguida al dirigirle mi mirada, sino que lo percibo como un ser que tiene conciencia de sí mismo en un mundo cuya existencia ignoro en cuanto recibo mis estímulos solamente de las impresiones sensorias y del entendimiento corriente". En este momento tiene el alma la sensación de haber producido, dentro de sí misma, de la manera descrita, un nuevo ser que constituye el núcleo anímico esencial, ser que posee cualidades totalmente distintas de las que hasta entonces pertenecían al alma.

La segunda experiencia del discípulo consiste ahora en que pueda tener a su lado su propio ser, como un segundo ser que le acompaña, esto es que aquello dentro de lo cual el discípulo

se sentía contenido hasta entonces, se va convirtiendo en algo que, en cierto sentido, le confronta. Por momentos se siente fuera de aquello que hasta entonces había venido considerando como su propio ser, como su "yo". Es como si, en pleno discernimiento, viviese uno dentro de dos "yoes": el uno, conocido hasta este momento; el otro, por encima del primero, como ser recién nacido; y el discípulo nota que el primero adquiere cierta autonomía frente al segundo, del mismo modo que el cuerpo humano posee cierta independencia frente al primer yo. Esta experiencia es de gran importancia, puesto que le permite al hombre darse cuenta de lo que significa vivir en el mundo que se propone alcanzar por medio de la disciplina.

El segundo Yo, el recién nacido, puede ya ser encaminado hacia la percepción del mundo espiritual, y dentro de este segundo Yo podrá desarrollarse algo nuevo, comparable a un órgano, que para el mundo espiritual tendrá la misma función que los órganos sensorios tienen para el físico. Alcanzado este desarrollo al nivel necesario, el hombre no sólo tiene ya conciencia de sí mismo como Yo nacido, sino que, en adelante, percibirá hechos y seres espirituales en torno a él, en forma similar a como percibe el mundo físico por medio de los sentidos: he ahí una tercera experiencia significativa. Para lograr la mejor adaptación en esta fase de la disciplina espiritual, deberá tenerse en cuenta que, a consecuencia de la intensificación de lo anímico, el amor propio y el egoísmo se presentan en un grado que es desconocido en la vida anímica normal. No sería correcto creer que se trata solamente del amor propio ordinario: en esta fase de la evolución, toma tales proporciones que, más bien, se asemeja a una fuerza natural dentro de la propia alma; para triunfar sobre este egoísmo desmesurado, se necesita de una rigurosa disciplina de la voluntad. No es la disciplina espiritual la que produce este egoísmo: siempre ha estado presente, pero

es la vivencia espiritual la que lo hace aflorar en la conciencia. De ahí que, paralelamente con la disciplina espiritual, deberá practicarse la de la voluntad. ¿Por qué? Existe un vehemente afán de sentirse feliz en el nuevo mundo que uno se ha creado para sí mismo, y el discípulo debe saber neutralizar, por decirlo así, en la forma descrita, lo que había sido el objeto de tantos esfuerzos. En el mundo imaginativo así alcanzado debe uno extinguirse a sí mismo, y a esto se oponen los más poderosos impulsos del egoísmo.

Puede fácilmente surgir la opinión de que los ejercicios de la enseñanza espiritual son algo externo, al margen del desarrollo moral del alma, a lo que hemos de decir que la fuerza moral necesaria para vencer aquel egoísmo no puede obtenerse sin que se haya elevado debidamente la condición moral del alma: es inimaginable el progreso en lo espiritual sin el simultáneo progreso en lo moral; la mencionada victoria sobre el egoísmo sería imposible. Toda verdadera disciplina espiritual es, pues, al mismo tiempo, disciplina moral. Sólo aquel que no conozca una experiencia de esta especie, podrá presentar la siguiente objeción: al creer tener uno percepciones espirituales, ¿cómo saber que se trata de realidades y no de meras fantasías (visiones, alucinaciones, etc.)?

Quien, mediante la disciplina metódica haya alcanzado el escalón descrito, podrá distinguir entre su propia representación y la realidad espiritual, del mismo modo que un hombre de entendimiento sano puede diferenciar entre la representación de un pedazo de hierro candente y la existencia de tal hierro que el realmente toca con la mano: la experiencia normal, y sólo ella, permite establecer la diferencia. Asimismo, en el mundo espiritual es la vida misma la que sirve de criterio. Así como se sabe que en el mundo sensible un pedazo de hierro imaginado, por

candente que uno se lo represente, no quemará, así también el discípulo ejercitado sabe si un hecho espiritual existe solamente en su fantasía, o si es un hecho o ser real lo que impresiona sus despertados órganos de percepción espiritual. En las páginas que siguen se señalarán las precauciones que deberán tomarse para no ser víctima de ilusiones a este respecto.

Es de la mayor importancia que el discípulo haya adquirido una disposición anímica bien determinada, cuando despierta en él la conciencia de un nuevo Yo. En efecto: por su Yo, el hombre gobierna sus sensaciones, sentimientos, representaciones, instintos, apetitos y pasiones. En el alma, ni las percepciones, ni las representaciones, deben dejarse abandonadas a sí mismas: han de quedar ordenadas por las leyes del pensamiento. El Yo, que es el que se sirve de estas leyes, introduce orden y concierto en la vida representativa y del pensamiento, y algo similar sucede con los apetitos, instintos, inclinaciones y pasiones. Las normas éticas devienen los guías de estas energías anímicas; y el Yo, mediante su juicio moral, se convierte en el guía en este dominio. Ahora bien: cuando el hombre hace surgir de su yo habitual un Yo superior, aquél adquiere cierta autonomía y perderá cuanta energía vital fluya al Yo superior. Pongamos por caso una persona que, en este escalón de su evolución y sin haber desarrollado todavía cierta habilidad y energía en el manejo de las leyes del pensamiento y discernimiento, quiera dar a luz a su Yo superior. Tal persona sólo podrá dejarle a su yo habitual la facultad de pensar, en la medida en que la haya desarrollado previamente. Si la capacidad de disciplina mental es demasiado débil, aparecerán en el yo habitual emancipado, un pensar y un discernir desordenados, confusos y fantasmagóricos; y como su Yo recién nacido no podrá ser sino débil, resultará que, en la percepción suprasensible, el yo inferior perturbado se arrogará la supremacía, y el hombre perderá su equilibrio racional en la

observación de lo suprasensible. Si hubiera desarrollado suficientemente la facultad del pensamiento lógico, podría tranquilamente confiar en la autonomía del yo habitual.

Lo mismo ocurre en el dominio de la ética. Quien no haya consolidado su juicio moral, quien no se haya adueñado suficientemente de sus inclinaciones, instintos y pasiones, emancipará su yo habitual en un estado en el que se hallan activas las fuerzas anímicas mencionadas. Puede ocurrir entonces que el hombre, en la comprobación de los conocimientos suprasensibles experimentados, no se deje guiar por un sentido de la verdad tan elevado como el que le gobierna cuando lleva a su conciencia lo que viene del mundo exterior. Y así, con un sentido de la verdad de tal suerte relajada, puede muy bien tomar por realidad espiritual toda clase de fantasmagorías. En la formación de este sentido de la verdad, deben intervenir la estabilidad del juicio ético, la firmeza del carácter, la entereza de la conciencia, todo esto desarrollado en el yo habitual, antes de que el Yo superior despliegue su actividad hacia el conocimiento suprasensible. No se tome lo que acabamos de decir como motivo de desánimo hacia la disciplina espiritual, pero sí como algo que ha de considerarse muy en serio.

Quien tenga la firme voluntad de llevar a cabo todo lo que conduce al primer yo a la firmeza interior en el ejercicio de sus funciones, en manera alguna deberá acobardarse ante la liberación de su segundo Yo para el conocimiento suprasensible, liberación resultante de la disciplina espiritual. Pero siempre deberá tener en cuenta que la autosugestión adquiere un gran poder sobre quien trata de decidir si ha alcanzado o no la madurez requerida. La disciplina aquí descrita le conduce al hombre a un cultivo del pensamiento tal, que no se expone al peligro de equivocarse, como a menudo se supone; cultivo del

pensamiento que da como resultado el que se presenten todas las experiencias interiores necesarias, pero desenvolviéndose de tal manera, que el alma pasa por ellas sin que la perturben aberraciones nocivas de la fantasía. Al faltar el correspondiente cultivo del pensamiento, las experiencias pueden provocar gran inseguridad en el alma. Por eso, el método aquí indicado conduce a que las experiencias se presenten de modo que uno se familiarice con ellas como se familiariza con las percepciones del mundo físico, siempre que se tenga una sana constitución anímica. Mediante el cultivo del pensamiento, se convierte uno más bien en observador de lo que experimenta en sí mismo, en tanto que, sin dicho cultivo, se halla irreflexivo dentro de la experiencia.

Toda disciplina metódica enumera ciertas cualidades en cuya adquisición debe ejercitarse quien desee encontrar el camino hacia los mundos superiores. Estas cualidades son, ante todo, el dominio del alma sobre el curso de sus pensamientos, sobre su voluntad y sobre sus sentimientos, y los ejercicios que se llevan a cabo para obtenerlo, tienen un doble fin. Por una parte, dotan al alma de un grado tal de firmeza, seguridad y equilibrio, que le permiten conservar todas estas cualidades aun después del nacimiento de su segundo Yo; por la otra, dan al segundo Yo el vigor y la entereza interior que habrá menester en su peregrinación.

Lo que el pensamiento humano necesita para la disciplina espiritual es, ante todo, objetividad. En el mundo físico sensible, la vida diaria es el gran maestro que se encarga de enseñársela al yo humano. Si el alma dejara vagar al azar sus pensamientos, al punto se vería obligada por la vida a corregirlos; de lo contrario, ambos se hallarían en conflicto: debe, pues, el alma pensar en concordancia con el curso de las realidades

de la vida. Ahora bien, cuando el hombre aparta su atención del mundo físico sensible, carece de la forzosa reacción correctiva que en éste existe, y entonces, si su pensamiento no es capaz de ser su propio corrector, se tornará vago y fugaz. Por esta razón, el pensamiento del discípulo deberá ejercitarse en forma tal que pueda darse a sí mismo dirección y finalidad, con cuyo objeto ha de adquirir firmeza interior y la facultad de concentrar la atención exclusivamente en un objeto. A este fin, los ejercicios para el cultivo del pensamiento no deberán aplicarse a cosas complicadas y raras, sino sencillas y familiares. Quien consiga, durante meses seguidos y aunque sólo sea por cinco minutos diarios, concentrar sus pensamientos en no importa qué objeto corriente (un alfiler, un lápiz, etcétera), eliminando durante este tiempo todo pensamiento no relacionado con él, ya habrá dado un gran paso en su concentración mental. (Se puede escoger cada día un objeto distinto, o servirse de uno solo durante varios días.) Aun aquel que, por su educación científica se considere "pensador", hará bien en no desdeñar esta sencilla preparación para la disciplina espiritual, puesto que si durante algún tiempo se aplica el pensamiento a algo que le es a uno familiar, se puede estar seguro de que se piensa objetivamente. Quien se pregunte: ¿cuáles son las partes que forman un lápiz?; ¿cómo se preparan los materiales que lo integran?; ¿cómo se juntan después?; ¿cuándo se inventaron los lápices?, etc., pondrá sus representaciones en concordancia con la realidad, mucho más que el que reflexione sobre el origen del hombre o sobre el por qué de la vida. Incluso para la formación de representaciones objetivas relativas a los ciclos saturnal, solar y lunar, el discípulo aprende más por medio de ejercicios sencillos del pensamiento, que por ideas doctas y complicadas. No se trata, por de pronto, de pensar sobre tal o cual cosa, sino pensar objetivamente mediante la fuerza interior. Una vez que el pensamiento haya asimi-

lado la objetividad en un proceso físico sensible fácil de abarcar, se acostumbrará a conservar esta objetividad aun cuando no se sienta dominado por el mundo físico sensible y sus leyes; y el discípulo se deshabituará de dejar vagar sus pensamientos al gusto de su fantasía subjetiva.

El alma del discípulo debe convertirse en soberana, no sólo en el dominio del pensamiento, sino también en el de la voluntad. ¿Cómo? Nuevamente, es la vida la que se impone como soberana en el mundo material, creando en el hombre tal o cual necesidad, que la voluntad se siente incitada a satisfacer. En cambio, para la disciplina superior, el hombre debe acostumbrarse a obedecer estrictamente sus propios mandatos, y, adquiriendo esta costumbre, se sentirá cada vez menos inclinado a desear lo ilusorio. La falta de satisfacción y de estabilidad en la vida volitiva, proviene precisamente del deseo suscitado por cosas de cuya realización no nos formamos un concepto claro. Este estado puede poner en desorden toda nuestra vida afectiva cuando el Yo superior se dispone a surgir del alma, y es un buen ejercicio el darse a sí mismo, durante meses seguidos, una orden precisa para un momento determinado del día: hoy, "a tal hora", harás "esto". Con el tiempo llegará a ordenarse la hora y la forma de ejecutar lo propuesto de tal manera que la ejecución se haga posible de un modo exacto. De este modo se eleva uno por encima de la nefasta costumbre de decir: "quisiera hacer esto", "quisiera hacer aquello", sin pensar en la posibilidad de la ejecución. En el Fausto (II), el gran Goethe pone en boca de la pitonisa: "Amo al que pide lo imposible"; y es el mismo Goethe quien dice: "Vivir en la idea, significa tratar lo imposible como si fuera posible" (Aforismos en Prosa). Estos aforismos no deben considerarse como objeciones contra lo dicho, puesto que lo que Goethe y la pitonisa (Manto) pretenden, sólo puede realizarlo aquel que, habiéndose ejercitado primero en desear lo

posible, se halla en condiciones, por su voluntad firme de tratar lo "imposible" en forma tal que se convierta en posible.

Finalmente, en lo tocante al mundo de los sentimientos, es necesario para la disciplina espiritual que el alma adquiera cierta serenidad, y esto requiere que ella aprenda a ejercer su soberanía sobre las manifestaciones de placer y dolor, alegría y tristeza. Precisamente en lo que corresponde a la adquisición de esta condición de soberana, pueden surgir ciertos prejuicios. En efecto, se podría creer que uno se vuelve apático e indiferente para con sus semejantes, si lo agradable no le regocija, ni le duele lo doloroso; pero no se trata de esto: el alma debe alegrarse con lo agradable; lo triste debe causarle dolor. Lo único que hay que procurar es dominar la expresión de alegría y dolor, de placer y enfado. Si el discípulo se esfuerza en este sentido, no tardará en notar que, lejos de volverse apático, es cada vez más receptivo a todo lo grato y adverso en torno a él, si bien la adquisición de esta cualidad exige estricta observación de sí mismo, quizá por tiempo prolongado. Habrá que poner atención en experimentar plenamente el placer y el dolor, pero sin perder el autodominio en el sentido de dar una expresión involuntaria a lo que siente. No es el dolor justificado lo que deberá reprimirse, sino el llanto involuntario; no la repugnancia ante un acto malo, sino el arrebato ciego de cólera; no la atención que debe prestarse a un peligro, sino el miedo estéril, etc.

Sólo mediante un ejercicio de esta clase logra el discípulo adquirir afectivamente la calma necesaria para evitar que, al nacer el Yo superior, y, sobre todo, al entrar éste en acción efectiva, el alma, como una especie de "doble" lleve una vida malsana al lado de Él. En todo esto, debería evitarse el dejarse llevar por ilusiones personales. Habrá quienes crean que ya poseen en la vida corriente cierta serenidad y, por lo tanto, que no necesi-

tan practicar este ejercicio, sin darse cuenta que son los que más lo necesitan.

En efecto: uno puede muy bien conservar la calma ante las cosas de la vida ordinaria, y luego, al ascender al mundo superior, se hace notar con tanta más fuerza la falta de equilibrio, que sólo estaba reprimida. En la disciplina espiritual, lo esencial no es lo que uno, aparentemente, ya posee, sino que se trata de practicar metódicamente lo que se necesita. Por contradictorio que pueda parecer, no deja de ser cierto lo siguiente: cualesquiera que sean las cualidades que poseemos, solamente aquellas inculcadas por autoeducación, son eficaces para la disciplina espiritual. Si la vida nos ha hecho irritables, la autoeducación deberá hacer desaparecer la irritabilidad; si, por el contrario, la vida nos ha hecho inalterables, la autoeducación deberá sacudirnos para que la expresión de nuestra alma corresponda a la impresión recibida. El que no sabe reírse, no domina mejor su vida que el que, sin dominio de sí mismo, se siente continuamente incitado a reír.

Otro medio para educar el pensar y el sentir es la adquisición de la llamada positividad. Existe una bella leyenda que nos cuenta que Jesucristo pasaba una vez, junto con sus discípulos, cerca de un perro muerto. Mientras que los demás apartaron la vista de este espectáculo repugnante, Jesucristo habló con admiración de la hermosa dentadura del animal. El hombre puede ejercitarse en mantener ante el mundo una actividad anímica semejante a la que se expresa en esta leyenda: lo erróneo, lo malo, lo feo, no deben nunca impedir que el alma vea la verdad, la bondad y la belleza, allí donde se encuentren; positividad que no debe confundirse con falta de discernimiento, con cerrar los ojos ante lo malo, lo falso y lo mediocre. El que admira la "hermosa dentadura" de un animal muerto ve

también el cadáver en putrefacción; pero esto no le impide ver la hermosa dentadura. Lo malo no debe tenerse por bueno, ni lo erróneo por verdadero; pero se puede llegar a adquirir la capacidad de que lo malo no impida ver lo bueno, ni que lo erróneo encubra lo verdadero.

El pensamiento unido a la voluntad logra cierta madurez si se procura que las experiencias o vivencias anteriores no le despojen a uno de la receptividad imparcial para nuevas experiencias. La afirmación: "nunca he oído esto, no lo creo", perderá todo significado para el discípulo, quien deberá tratar, por algún tiempo, no dejar pasar ocasión alguna de recibir algún mensaje nuevo de todo ser y de toda cosa. De todo puede aprenderse algo, si se adopta una actividad distinta a la que existía hasta entonces: del soplo del aire, de la hoja, del balbuceo del niño. Sin duda es fácil excederse en esta facultad de aprendizaje: no pretendemos que, a cierta edad, se haga caso omiso de las experiencias que se han tenido anteriormente; lo que se experimenta en el presente, ha de juzgarse de acuerdo con las experiencias del pasado. Por otra parte, el discípulo deberá cultivar la disposición de aprender siempre algo nuevo; sobre todo, la creencia en la posibilidad de que las nuevas experiencias pueden contradecir las antiguas.

Con esto quedan asentadas las cinco cualidades del alma que el discípulo deberá hacer suyas en la disciplina metódica: dominio sobre el curso de los pensamientos, dominio sobre los impulsos volitivos, serenidad ante el placer y el dolor, positividad en juzgar al mundo, imparcialidad en la captación de la vida. Al que haya dedicado ciertos períodos consecutivos a ejercitarse en la adquisición de estas cualidades, le faltará todavía concordarlas armónicamente en su alma. Para conseguir

esa concordancia, procurará practicarlas simultáneamente por grupos de dos y dos, o de tres y una, etc.

En el método sugerido por la ciencia espiritual, se indican los ejercicios que acabamos de describir, por que si se practican escrupulosamente, no sólo provocan en el discípulo los mencionados efectos inmediatos, sino que vienen seguidos también de resultados indirectos, necesarios para el ascenso a los mundos superiores. Quien los practique suficientemente descubrirá, en el curso de los mismos, muchas insuficiencias y defectos en su vida anímica; pero, a través de ellos, encontrará los medios específicos apropiados para fortalecer y afianzar su vida intelectual, afectiva y volitiva. Todavía necesitará otros ejercicios, según sean sus capacidades, su temperamento y su carácter, ejercicios que resultarán de una manera natural, si los primeros se han practicado con intensidad. Y el discípulo incluso podrá darse cuenta que los ejercicios descritos producen indirectamente efectos no previstos en un principio. Si, por ejemplo, una persona tiene excesivamente poca confianza en sí misma, notará, al cabo de cierto tiempo, que, gracias a la disciplina, desarrolla la confianza que necesita, y lo mismo ocurre con otras cualidades del alma. (En mi libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?" se encuentran ejercicios más específicos y detallados). Es importante que el candidato logre acrecentar estas facultades en un grado cada vez más elevado. En el dominio mental y emotivo, el hombre debe ser capaz de establecer períodos de absoluta calma interior, durante los cuales mantenga alejado de su espíritu y de su corazón todo lo que la vida exterior cotidiana le signifique de dicha e infortunio, de satisfacción y pesadumbre, e incluso de deberes y exigencias. En dichos momentos sólo dejará que penetre en el alma aquello que ella misma admita en su estado de ahonde. A

este respecto, fácilmente puede introducirse un prejuicio: el que el hombre, si durante ciertos períodos del día, mentalmente, se sustrae a la vida y sus deberes, se distancia de ellos. Pero, en realidad, éste no es el caso. Quien se entregue a períodos de paz y tranquilidad interior, recibirá, gracias a ellos, tanto vigor para el cumplimiento de sus deberes en la vida exterior, que su cumplimiento no será peor, sino ciertamente mejor.

Será de gran valor que el hombre se aparte, por completo, en tales períodos, de los pensamientos relativos a sus asuntos personales, y se eleve hasta aquello que le concierna, no sólo a él, sino al ser humano en general. Si es capaz de llenar su alma con las dádivas que proceden del mundo espiritual superior, cautivando su interés con la misma intensidad de una preocupación o asunto personal, su alma cosechará frutos particularmente provechosos. Quien procure, de este modo, poner orden en su vida anímica, llegará, en la observación de sí mismo, a un nivel en que considerará sus asuntos personales con la misma serenidad que si no fuesen suyos; esta calidad de espectador, este poder considerar las experiencias propias, las alegrías y penas personales, como si perteneciesen a otra persona, es una buena preparación para la disciplina espiritual. A este respecto, se obtiene progresivamente el grado necesario, si diariamente, al final de la jornada, se dejan desfilar en orden inverso, ante los ojos espirituales, las experiencias realizadas durante el día: el discípulo debe contemplar su propia imagen dentro de esas experiencias, es decir, verse a sí mismo en su vida cotidiana como desde fuera. Para llegar a cierta práctica en esta auto-observación, se empezará con la representación de pequeños fragmentos de la vida cotidiana, y adquirirá así el discípulo cada vez más habilidad y destreza en este examen retrospectivo inverso, hasta que, después de una práctica prolongada, pueda llevar a cabo una visión sintética en un breve espacio de tiempo. Esta

contemplación hacia atrás de las experiencias, tiene un valor muy especial para la disciplina espiritual por el hecho de que obliga al alma a deshacerse de la costumbre de desarrollar sus representaciones únicamente con apego al curso del suceder físico-sensible. En el pensamiento retrospectivo, las representaciones no dejan de ser correctas, aunque les falte el sostén del suceder físico-sensible, lo que es necesario para habituarse al mundo suprasensible y vigoriza sanamente la facultad representativa. Por esta razón es también provechoso representarse hacia atrás otros decursos aparte de la vida cotidiana, por ejemplo, el desarrollo de un drama, una narración, una melodía, etc. El ideal del discípulo deberá consistir en conservar una actitud de certidumbre interior y sosiego anímico ante los acontecimientos que le salgan al encuentro en la vida, juzgándolos, no según su propia disposición anímica, sino según la propia importancia real y valor objetivo que tengan. Orientándose hacia este ideal, creará en su alma justamente la base para entregarse al ahonde de los pensamientos simbólicos, así como de otros pensamientos y sensaciones descritos anteriormente.

Estos requisitos son indispensables, puesto que las experiencias suprasensibles se edifican sobre el mismo terreno en que uno se encuentra en la vida anímica ordinaria, antes de entrar en el mundo suprasensible. Toda aquella experiencia depende, en un doble sentido, de la posición inicial en que se encuentre el alma antes de dicha entrada. Quien, desde un principio, no cuide que el juicio sano sea la base de su disciplina espiritual, desarrollará facultades suprasensibles por las que percibirá el mundo espiritual de un modo inexacto e impreciso; sus órganos espirituales de percepción se desenvolverán, por decirlo así, de manera incorrecta. Y así como con ojos defectuosos o enfermos no se puede ver correctamente en el mundo sensible, tampoco se puede percibir correctamente con órganos espirituales, si no

se han formado sobre la base de un juicio sano. Quien parta de una disposición anímica inmoral, se elevará a los mundos espirituales de forma tal que su visión espiritual estará como adormecida u ofuscada; se encontrará, frente al mundo suprasensible, en situación análoga a quien observe el mundo sensible en un estado de estupor que no le permite hacer ningún relato de importancia. En cambio, el observador espiritual, a pesar de su estupor, no deja de estar más despierto que una persona en su conciencia habitual, pero sus afirmaciones suponen errores en lo que respecta al mundo espiritual.

* * *

La solidez intrínseca del escalón imaginativo del conocimiento se logra si además de la descrita concentración anímica (meditación), el discípulo logra habituarse al pensar "libre de lo sensorial", esto es, a un pensamiento exento de todo elemento sensorio. El pensamiento formado a base de la observación del mundo físico-sensible, no está desligado de lo sensorio, sin que ello quiera decir que el hombre no pueda formarse sino pensamientos de esta especie. El pensar humano no se halla necesariamente vacío y sin contenido cuando no se deja saturar por observaciones sensorias. El camino más seguro y más indicado para que el discípulo llegue a dicho modo de pensar exento de lo sensorial, consiste en que haga mentalmente suyos los hechos que, respecto al mundo superior, le transmite la ciencia espiritual. Aunque estos hechos se sustraen a la observación sensorial, el discípulo se da cuenta que, con suficiente paciencia y perseverancia, es capaz de comprenderlos. Sin la disciplina espiritual, no se puede investigar ni observar el mundo superior, pero sí puede comprenderse, sin haber pasado por dicha disciplina, lo que los investigadores relatan sobre él. Si alguien objeta que no puede aceptar de buena fe lo que manifiestan los investigadores

espirituales, por no poder comprobarlo personalmente, deberá respondérsele que su objeción es totalmente infundada, puesto que es absolutamente posible, con sólo reflexionar, adquirir la certidumbre de que lo comunicado es verídico. Y si alguien no puede lograrla por mera reflexión, esto no se debe al hecho de que no se pueda "creer" algo que no se ve, sino solamente a que la reflexión no ha sido lo suficientemente imparcial, amplia e intensa. Para dilucidar este punto hay que tener presente que, con el correspondiente esfuerzo interior, el pensamiento humano es capaz de abarcar más de lo que comúnmente se supone, puesto que contiene de por sí una entidad interior en conexión con el mundo suprasensible. Por lo general, el alma no es consciente de ella, porque suele aplicar su facultad pensante tan sólo al mundo sensible, y de ahí que considere incomprensible lo que proceda del mundo suprasensible. Sin embargo, esas comunicaciones son comprensibles no sólo para el pensamiento ejercitado en la disciplina espiritual, sino para todo pensar consciente de sus plenas facultades y dispuesto a servirse de ellas.

Haciendo incesantemente suyas las enseñanzas de la investigación espiritual, el discípulo se acostumbra a formar pensamientos que no están alimentados por las observaciones sensorias; descubre cómo ellos se entretejen y se buscan en el interior del alma, aun cuando su asociación no se halle provocada en virtud de alguna observación sensoria. Lo esencial es descubrir que el mundo mental está animado de vida interior propia, y que, con sólo pensar realmente, ya quedamos situados en un mundo suprasensible lleno de vida. Así uno se dice: existe algo dentro de mí que plasma un organismo integrado de pensamientos, pero a la vez, me identifico con ese "algo". Entregándonos así al pensar exento de lo sensorial, nos damos cuenta de la existencia de algo substancial que afluye a nuestra vida interior, del mismo modo que en la observación sensoria

las propiedades de los objetos sensibles afluyen a nosotros a través de nuestros órganos físicos. Por ejemplo, el observador dirá del mundo sensible: "allí fuera, en el espacio, hay una rosa; no puedo decir que me es desconocida, puesto que se me revela por su color y su fragancia". Del mismo modo, con la suficiente imparcialidad, puede uno decirse, cuando el pensar exento de lo sensorio actúa en uno: "algo substancial dentro de mí se me revela, y asocia los pensamientos entre sí, algo que forma un organismo de pensamientos". Pero existe una diferencia entre las sensaciones experimentadas al observar los objetos del mundo exterior sensible, y lo que se revela substancialmente en el pensamiento no basado en lo sensorial. En el primer caso, el observador se siente frente a la rosa, en tanto que en el segundo, entregado al pensar libre de lo sensorio, experimenta dentro de sí mismo lo substancial que se le revela, y se identifica con ello. Quien, más o menos conscientemente, sólo admita como substancial lo que se halle ante él como objeto exterior, no podrá tener este sentimiento: "lo que es substancial en sí, también puede revelárseme si me identifico con ello". Para discernir la verdad a este respecto, deberá realizarse la siguiente experiencia interior: poder distinguir entre las asociaciones de ideas que establecemos arbitrariamente, y las que experimentamos en nuestro interior cuando imponemos silencio a toda arbitrariedad personal. En este caso podrá uno decirse a sí mismo: "permanezco en completo sosiego; no establezco ninguna asociación de ideas; me abandono a lo que piensa dentro de mí". Entonces estará plenamente justificado el decir que obra en mí algo que es substancial en sí, del mismo modo que está justificado afirmar que la rosa me produce una impresión cuando veo su color rojo y huelo su fragancia. Esta justificación no queda desvirtuada por el hecho de que, al fin y al cabo, el contenido de nuestros pensamientos procede de las comunicaciones del in-

vestigador espiritual; aunque los pensamientos ya existen prefigurados cuando nos abandonamos a ellos, no podemos pensarlos sin que, en cada caso, los creemos de nuevo en el alma. Lo que importa para el caso, es precisamente que el investigador espiritual despierta, en quienes le escuchan y en sus lectores, pensamientos que, luego, ellos harán surgir de su propio interior, en tanto que el que describe la realidad sensible se refiere a objetos que el auditorio o los lectores pueden observar en el mundo sensible.

(El camino que, a través de los resultados de la ciencia espiritual, conduce al pensar libre de lo sensorial es altamente seguro. Pero existe todavía otro más seguro y, sobre todo, más exacto, si bien más difícil para muchas personas: el camino descrito en mis libros "Teoría del conocimiento basada en la concepción goetheana del mundo" y "La Filosofía de la Libertad". En estas obras se pone de manifiesto lo que el pensar humano puede llevar a cabo cuando, en vez de entregarse a las impresiones del mundo exterior físico-sensible, se concentra exclusivamente en sí mismo. Es entonces el pensamiento puro lo que, cual entidad de vida propia, despliega su actividad en el hombre, y no el pensamiento centrado en el recuerdo de lo sensible. Aunque dichas obras no incluyen nada que derive de las comunicaciones de la ciencia espiritual propiamente dicha, ponen en evidencia que el pensamiento puro trabajando en sí mismo, puede llegar a esclarecer lo relativo al mundo, a la vida y al hombre. Esas obras representan un escalón intermedio muy importante entre el conocimiento del mundo sensible y el espiritual, y muestran lo que el pensar puede alcanzar cuando se eleva por encima de la observación sensoria, aunque evitando todavía el acceso a la investigación espiritual. Quien las lea de modo que impregnen totalmente su alma, estará ya en el mundo espiritual, si bien dado como un mundo de pensamien-

tos. Quien sea capaz de vincularse con esta etapa intermedia, andará por camino seguro, y podrá adquirir, frente al mundo superior, un sentimiento que le dará los más bellos frutos para todo el porvenir).

* * *

El objetivo de la concentración (meditación), en las representaciones simbólicas y sentimientos caracterizados más arriba, es la formación de los órganos de percepción superior dentro del cuerpo astral, órganos modelados, en primer lugar, con la sustancia de este cuerpo. Estos órganos dan acceso a un nuevo mundo, en el que el hombre adquiere conciencia de sí mismo como de un nuevo Yo. Son órganos activos y, por serlo, se distinguen de los órganos de observación del mundo físico-sensible. En tanto que el ojo y el oído se mantienen pasivos, dejando que la luz y el sonido actúen sobre ellos, los órganos anímico-espirituales de percepción se hallan en continua actividad cuando perciben y, por decirlo así, se posesionan de los objetos y hechos en plena conciencia. De ahí proviene el sentimiento de que el conocimiento anímico-espiritual equivalga a una unión con ellos, a un "vivir en ellos". Los órganos anímico-espirituales así formados, pueden llamarse, cada uno, "flor de loto", a título de comparación, de acuerdo con la forma que revisten para la conciencia suprasensible. (Hay que tener presente que ese término no tiene nada que ver con la realidad de los órganos más que, por ejemplo, la palabra "ala" cuando se habla en alemán de las "alas [=lóbulos] de los pulmones"). Mediante ejercicios de meditación bien determinados, se ejerce sobre el cuerpo astral una acción diferencial, según se trate de desarrollar uno u otro de los órganos anímico-espirituales, una u otra de las "flores de loto". (Se sobreentiende que no debemos imaginarnos estos "órganos de observación" como algo cuya

representación en una imagen sensible pueda ser una réplica de su realidad; recordemos que estos órganos son suprasensibles, y consisten en una actividad anímica de forma determinada; sólo "existen" en la medida y en el tiempo en que se ejerce esta actividad en el alma; carecen de todo elemento accesible a la observación físico-sensible, del mismo modo que tampoco el hombre se encuentra rodeado de un "vaho" cuando piensa. Quien se obstine en representarse lo suprasensible como algo sensible, no podrá menos que incurrir en malentendidos. A pesar de lo superfluo de esta observación, la insertamos aquí, puesto que frecuentemente se tropieza con adeptos de lo suprasensible que no admiten sino representaciones confeccionadas basándose en elementos sensibles; y también porque se presentan adversarios del conocimiento suprasensible que creen que el investigador espiritual habla de "flores de loto" como si se tratara de estructuras de una materialidad enrarecida). Toda meditación conforme a las reglas, hecha en atención al conocimiento imaginativo, tiene su efecto sobre uno u otro de los órganos. (En mi libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?" se indican algunos métodos de meditación y los ejercicios que obran sobre uno u otro órgano).

En toda disciplina metódica, los diversos ejercicios están dispuestos y se suceden de forma que los órganos en cuestión puedan desarrollarse, ya sea simultáneamente, ya uno después del otro, tras mucha paciencia y perseverancia por parte del discípulo. Quien las tenga sólo en la medida en que la vida corriente nos dota de ellas, no alcanzará gran cosa. En efecto se tarda mucho tiempo, a veces muchísimo tiempo, hasta que los órganos alcancen una formación que permita al discípulo servirse de ellos para la percepción del mundo superior. En ese momento se produce lo que se llama iluminación, en contraposición con la preparación o purificación, que consiste

en los ejercicios para el desarrollo de los órganos. (El término "purificación" expresa que, mediante los ejercicios respectivos, el discípulo, en lo relativo a cierta área de la vida interior, se depura de cuanto proviene del mundo empírico.) Puede muy bien ocurrir que, ya antes de la iluminación propiamente dicha, reciba el discípulo algunos destellos de un mundo superior, los que deberá aceptar con gratitud, puesto que, por su medio, podrá dar testimonio del mundo espiritual. Pero aun en el caso de que durante su período preparatorio, muy largo quizá, no se produzca el fenómeno en cuestión, no por eso deberá vacilar. Quien pueda perder la paciencia porque "todavía no ve nada", patentiza que no ha adquirido todavía la adecuada actitud con respecto al mundo superior. Esta actitud sólo la tiene el que sienta la necesidad de hacer los ejercicios. Recordemos que corresponden a la acción sobre una substancia anímico-espiritual, esto es, sobre el propio cuerpo astral. Incluso, quien "no vea nada", podrá tener el sentimiento de estar trabajando anímica y espiritualmente. Sólo si se tiene una opinión preconcebida de lo que se quiere "ver", no se experimentará este sentimiento, en cuyo caso no se atribuirá ningún valor a lo que, en realidad, es de un inmenso significado. Debería observarse con la mayor sutileza todo lo que se experimenta durante los ejercicios, y que difiere radicalmente de cualquier experiencia del mundo sensible. Entonces el discípulo se da cuenta de que no trabaja sobre su cuerpo astral como si fuera una sustancia indiferente, sino que en éste vive un mundo totalmente distinto, del que nada nos informa nuestra vida sensoria. Entidades superiores obran sobre el cuerpo astral, como el mundo exterior físico-sensible obra sobre el cuerpo físico; y el hombre "tropezará" con la vida superior en su propio cuerpo astral, a menos que intencionalmente se cierre a ella. El repetir sin cesar "no percibo nada", significa casi siempre haber imaginado que la percepción debe

tener tal o cual aspecto; y como no ve lo que se había imaginado que vería, lógicamente afirma "no veo nada".

Quien adopte la actitud adecuada respecto a los ejercicios espirituales, cada vez los amará más, por lo que en sí mismos son. Sabrá entonces que el mero ejercicio lo sitúa ya en el mundo anímico-espiritual y esperará con paciencia y entrega los resultados ulteriores. Esta actitud del discípulo puede aflorar mejor a la conciencia con las siguientes palabras: "Me dispongo a hacer todo lo que de ejercicios sea adecuado para mi ser, y sé que, con el tiempo, obtendré lo que me sea esencial. No lo ansío con impaciencia, pero quiero estar en cualquier momento preparado para recibirlo". Es completamente infundada la objeción de que lo anterior implica que el discípulo andará a tientas, quizá por un tiempo indefinido, ya que, antes de haber logrado un resultado, no puede saber que se halla en el buen camino, puesto que no sólo por resultados se llega a apreciar el valor de la disciplina. Si el discípulo adopta la actitud que conviene, la satisfacción que los ejercicios le procuran, y no su resultado, le da la certidumbre de que anda por buen camino. Ejercitándose correctamente en lo espiritual, se experimenta una satisfacción que no es sólo placer, sino conocimiento, el conocimiento que puede expresarse de esta forma: "Siento que lo que hago me lleva a avanzar por el buen camino". Todo discípulo puede tener este conocimiento en todo momento, con tal de que preste a sus vivencias una atención sutil; si no la cultiva, pasará por alto sus vivencias, al igual que un caminante ensimismado no ve los árboles a la vera del camino.

No es deseable de ningún modo acelerar la realización de un resultado distinto del que se producirá normalmente en el decurso de los ejercicios, pues podría ser que ese resultado no fuese sino una parte ínfima de lo que debería producirse en re-

alidad: en el desarrollo espiritual, un éxito parcial es, a menudo, la causa de un gran retraso en el éxito total. El ir en pos de conquistas parciales insensibiliza al hombre a la influencia de potencias que conducen a escalones más elevados, y la ventaja de lograr algún atisbo extemporáneo del mundo espiritual no es sino aparente, puesto que esta visión anticipada no puede suministrar la verdad, más bien sólo imágenes engañosas.

* * *

Los órganos anímico-espirituales, o flores de loto, se forman de tal manera que la conciencia suprasensible los percibe como situados cerca de determinados órganos corporales del discípulo. Citemos entre ellos aquel cuya presencia se siente como si estuviera situado entre las cejas (la llamada flor de loto de dos pétalos); otro situado en la región de la laringe (la de dieciséis pétalos); el tercero, en la región del corazón (la de doce pétalos); el cuarto, en la boca del estómago. Otros análogos se hallan en la proximidad de otras partes del cuerpo. (Empleamos las expresiones "de dos pétalos", o de "dieciséis pétalos", puesto que los órganos correspondientes pueden compararse con flores del mismo número de pétalos).

Se adquiere conciencia de esas flores gracias al cuerpo astral, y tan pronto como alguna de ellas se ha desarrollado, sabe el discípulo que la posee; siente que puede servirse de ella y que, mediante su uso, efectivamente penetra en el mundo superior. Las impresiones que recibe de ese mundo se asemejan todavía en muchos aspectos a las del físico-sensible. Quien haya desarrollado el conocimiento imaginativo podrá hablar del mundo superior calificando las impresiones que de él recibe de sensaciones de calor o de frío, de percepciones sonoras o verbales, de efectos de luz o de color, pues así es como las experimenta.

Sin embargo, es consciente de que estas percepciones tienen, en el mundo imaginativo, un significado distinto al que les es propio en el mundo real sensible. Reconoce que sus causas no son causas físicas materiales, sino anímico-espirituales. Cuando experimenta algo comparable a una sensación de color, no la atribuye, por ejemplo, a un pedazo de hierro candente, sino que la considera como emanación de un proceso anímico, tal como hasta ahora sólo lo conocía en su fuero interior; sabe que, tras las percepciones imaginativas, se encuentran cosas y procesos anímicos y espirituales, como tras las percepciones físicas se encuentran seres y hechos físico-materiales. Pero, además de esta semejanza del mundo imaginativo con el físico, existe asimismo una diferencia esencial: un orden de fenómenos en éste, que en aquél se presentan en forma completamente distinta. Así, en el mundo físico puede observarse una continua sucesión de génesis y agonía de las cosas, una alternancia de nacimiento y muerte; en cambio, en el imaginativo, el lugar de este fenómeno se halla ocupado por la continua transformación de una cosa en otra. Vemos, por ejemplo, deshacerse una planta en el mundo físico; en el imaginativo, a medida que la planta se marchita, ya apunta la génesis de otra estructura, imperceptible para los sentidos físicos, y en la que se transformará progresivamente la planta en trance de marchitez. Por lo tanto, una vez que la planta ha desaparecido, ocupa su lugar la nueva estructura plenamente desarrollada: nacimiento y muerte son conceptos que pierden todo sentido en el mundo imaginativo; ahí los sustituye el concepto de transformación de lo uno en lo otro. Por ser esto así, son accesibles al conocimiento imaginativo las verdades relativas a la esencia y naturaleza del hombre, expuestas en el capítulo "Integración de la Entidad Humana". La percepción físico-sensible registra solamente los procesos del cuerpo físico, procesos que se desenvuelven en el "dominio de nacimiento y

muerte". Los demás miembros de la naturaleza humana, esto es, el cuerpo vital, el anímico y el Yo, se hallan sometidos a la ley de la transformación, y su percepción se abre al conocimiento imaginativo; quien lo capta, percibe cómo, del cuerpo físico, se desprende aquello que, tras la muerte, sigue viviendo en otra forma de existencia.

Ahora bien, la evolución del discípulo no se detiene en el mundo imaginativo. El que quisiera detenerse en él percibiría, sin duda, los seres que en él se desenvuelven, sometidos a transformación, pero no sabría interpretar los procesos de metamorfosis, ni podría orientarse en ese mundo recién adquirido. El mundo imaginativo es una región intranquila; toda ella es movilidad y transformación, sin ningún punto de reposo. El hombre no llega a tales puntos de reposo hasta trascender el escalón del conocimiento imaginativo, esto es, hasta que se eleva a lo que se llama el "conocimiento por Inspiración". No es necesario que, para conseguir el conocimiento suprasensible, se haya realizado cabalmente el imaginativo antes de dar los primeros pasos encaminados hacia la Inspiración. Los ejercicios pueden estar dispuestos de manera que se realicen paralelamente los que conducen a la Imaginación y a la Inspiración. Al cabo de un tiempo, el discípulo penetrará en un mundo superior, donde no sólo podrá percibir, sino asimismo orientarse e interpretar lo percibido. Es verdad que, por lo general, lo primero que en este progreso se le ofrece al discípulo son unos fenómenos del mundo imaginativo, y al cabo de un tiempo, surge en él la sensación: "ahora empiezo también a orientarme". Con todo, el mundo de la Inspiración constituye todavía algo completamente nuevo frente al de la mera Imaginación: mediante esta última, se percibe la transformación de un proceso en otro, mientras que por aquélla se adquiere conocimiento de las cualidades intrínsecas de los seres que se transforman. Por la Imag-

inación se llega a conocer la manifestación anímica de los seres; por la Inspiración se penetra en su interior espiritual: ante todo, se adquiere conocimiento de una multiplicidad de entidades espirituales y de sus relaciones mutuas. También en el mundo físico nos encontramos ante una multiplicidad de seres; sin embargo, en el mundo de la Inspiración, esta multiplicidad presenta características distintas. En éste, todo ser tiene relaciones bien determinadas con otros seres, originadas no por una acción externa recíproca como en el mundo físico, sino por su constitución interna. Al percibir a un ser en el mundo de la Inspiración, no se le ve ejercer sobre otro una acción comparable a la que ejerce un ser físico sobre otro, sino que son las respectivas constituciones internas las que determinan su mutua relación. Quizá ésta podría compararse con una relación física, si como término de comparación se tomara la relación que existe entre los sonidos o letras de una palabra. Tomemos, por ejemplo, el "alma", constituida por la concordancia de los sonidos a-l-m-a. Ningún impulso ni otra acción exterior pasa, por ejemplo, de la A a la L, sino que ambos sonidos cooperan dentro de una globalidad y su cooperación proviene de su cualidad intrínseca. Por esta razón, la observación en el mundo de la Inspiración es comparable a una lectura: los seres de ese mundo impresionan al observador como grafismos que éste debe aprender, y cuyas relaciones mutuas deben revelársele como escritura suprasensible. De ahí que, a modo de comparación, la ciencia espiritual pueda dar al conocimiento por Inspiración el nombre de "lectura de la escritura oculta".

Cómo se lee esta "escritura oculta" y cómo se puede transmitir lo leído, vamos a ilustrarlo echando mano de los capítulos que preceden. Hemos descrito primeramente la entidad humana en su integración por diversos miembros; hemos mostrado luego, cómo el "cuerpo" cósmico sobre el que el hombre se de-

sarrolla, pasa por los estados consecutivos llamados Saturno, Sol, Luna y Tierra. Las percepciones que permiten conocer, por una parte los miembros constitutivos del hombre y, por otra, los estados consecutivos de la Tierra y sus transformaciones previas, se revelan al conocimiento imaginativo. Pero esto no basta: precisa conocer, además, las relaciones que existen entre el estado saturnal y el cuerpo físico humano, entre el estado solar y el cuerpo etéreo, etc.; mostrarse que el germen del cuerpo físico humano ya nació durante el ciclo saturnal, y que durante el solar, el lunar y el terrestre, ha continuado su evolución hasta adquirir su forma actual; dar cuenta, por ejemplo, de las transformaciones a que el ser humano ha estado sujeto por el hecho de que el Sol se separó de la Tierra, así como también a consecuencia de la separación de la Luna; señalar, además, bajo la influencia de qué causas han podido efectuarse en la humanidad las transformaciones que encuentran su expresión en la época atlante y en los períodos subsecuentes: protoindio, protopersa, egipcio, etc. La descripción de estas relaciones no es resultado de la percepción imaginativa, sino del conocimiento por Inspiración, de la lectura de la escritura oculta, para cuya "lectura" las percepciones imaginativas son como letras o sonidos. Pero esta "lectura" no sólo es necesaria para la investigación de las mencionadas relaciones; la vida humana sería incomprensible en su totalidad, considerada solamente por medio del conocimiento imaginativo. Bien es verdad que basta éste para percibir cómo se desprenden los miembros anímico-espirituales de lo que se queda en el mundo físico tras la muerte; pero si a esta percepción no se asociara la orientación, seguirían incomprensibles las relaciones entre el peculiar estado del hombre inmediatamente después de la muerte y los que le preceden y le siguen. Sin el conocimiento por Inspiración, el mundo imaginativo sería como una escritura que nos resulta imposible descifrar.

Al avanzar de la Imaginación a la Inspiración, no tarda el discípulo en darse cuenta de lo falso que sería renunciar a la comprensión de los grandes fenómenos cósmicos y limitarse a las cuestiones que, por decirlo así, interesan al hombre de un modo inmediato. El no-versado en estas materias podría decirse: "Lo único que me importa es lo que le pasa al alma humana después de la muerte, y me basta con que alguien me instruya al respecto; ¿para qué me habla la ciencia espiritual de algo tan remoto como los estados saturnal y solar, o la separación del Sol y de la Luna?". Sin embargo, quien se haya correctamente adentrado en estas cuestiones reconocerá que, sin el conocimiento de lo que a aquél le parece inútil, no es posible adquirir un saber auténtico de lo que desea enterarse. La descripción de los estados que el ser humano atraviesa después de la muerte, es totalmente incomprensible y sin valor si el hombre no puede ligarla a conceptos derivados de aquello que le es tan remoto. De hecho, la más simple observación en el dominio suprasensible presupone el estar familiarizado con todo ello. Cuando en una planta, por ejemplo, la flor se transforma en fruto, el observador de lo suprasensible percibe una transformación dentro de cierta entidad astral que, durante la floración, cubría y envolvía la planta como si fuera una nube. Sin la fecundación, esta entidad astral habría tomado forma muy distinta de la que posee a consecuencia de ella. Pero todo ese proceso, registrado por la observación suprasensible, sólo será inteligible para quien haya adquirido la comprensión de su esencia, gracias al estudio de aquel gran proceso cósmico en que participaron la Tierra y todos sus habitantes cuando tuvo lugar la separación del Sol. Antes de la fecundación, la planta se encuentra en un estado análogo al de la Tierra entera previa a la separación del Sol; después, la flor se presenta en un estado parecido al de la Tierra ya separada del Sol y cuando todavía se encontraban en

ella las fuerzas lunares. Si se han asimilado las representaciones que sugiere el estudio de la separación del Sol, se comprenderá debidamente el significado del proceso de fecundación de la planta, en el sentido de poder decir: la planta se halla en estado solar antes de la fecundación, y en estado lunar después de ella. Aun el proceso más menudo en el mundo exige, para su comprensión, que se le reconozca como imagen de grandes procesos cósmicos; de lo contrario, permanece tan incomprensible, en cuanto a su esencia, como la Madona de Rafael para quien no pueda ver de ella sino una pequeña mancha azul, por haberse cubierto el resto.

Todo lo que sucede con y en el hombre es imagen de todos los grandes procesos cósmicos que afectan su existencia. Así, para apreciar los resultados de la observación suprasensible relativa a los fenómenos entre el nacimiento y la muerte, como también entre ésta y el nuevo nacimiento, tiene que haberse adquirido la facultad de descifrar las observaciones imaginativas con la ayuda de las representaciones sacadas del estudio de los grandes procesos cósmicos, y es este estudio el que ha de dar la clave para la comprensión de la vida humana. De ahí que, en sentido de la ciencia espiritual, la observación de los períodos saturnal, solar, lunar, etc., sea, a la vez, observación del hombre.

En tanto que por la Inspiración se descubren las relaciones existentes entre las entidades del mundo superior, un grado de conocimiento todavía más elevado permite conocer la esencia interna de dichas entidades: podemos llamarlo conocimiento intuitivo. (Conviene destacar que "intuición" es una palabra de la que se abusa en la vida corriente para designar visión confusa y poco precisa de una cosa, una especie de ocurrencia, concordante a veces con la verdad, pero sin prueba inmediata que la justifique. El conocimiento a que aquí nos referimos,

nada tiene que ver con esta especie de "intuición". Intuición significa un conocimiento de claridad y luminosidad máximas; quien la posee, tiene plena conciencia de su justificación). Adquirir conocimiento de un ser del mundo sensible implica estar fuera de él y juzgarlo según la impresión exterior; el adquirir el conocimiento de un ser espiritual por Intuición, significa haberse identificado totalmente con él, haberse unido con su naturaleza interior. El discípulo asciende a este conocimiento gradualmente: la Imaginación le conduce a experimentar las percepciones, ya no como atributos exteriores de los seres, sino reconociendo en ellas emanaciones de algo anímico-espiritual; la Inspiración le hace penetrar más profundamente en el interior de ellos; por ella, llega a comprender lo que estos seres son el uno para el otro; por la Intuición, penetra en los seres mismos.

Una vez más, las descripciones contenidas en este libro se insinúan ahora para ilustrar el significado de la Intuición. En los capítulos precedentes, no sólo hemos hablado de la manera cómo se realiza la evolución de los ciclos saturnal, solar, lunar, etc., sino que hemos dicho que ciertas entidades intervienen en esta evolución de las maneras más diversas; hemos hecho mención de los Tronos o Espíritus de la Voluntad, de los Espíritus de la Sabiduría, del Movimiento, etc.; al tratar de la evolución de la Tierra, nos hemos referido a Lucifer y Ahrimán; y hemos atribuido la configuración del cosmos a las entidades que participan en ella: cuanto puede averiguarse acerca de estas entidades, es resultado del conocimiento intuitivo. También es necesaria, la Intuición, para conocer la vida humana. Aquello que después de la muerte se desprende del cuerpo físico, pasa en lo sucesivo por diversos estados; los primeros, los que siguen inmediatamente a la muerte, podrían describirse, hasta cierto punto, mediante el conocimiento imaginativo; pero lo que ocurre más tarde, sería totalmente incomprensible para la

Imaginación, si no viniera a secundarla la Inspiración: sólo ella puede investigar la vida del hombre en la región de los espíritus tras la etapa ya mencionada de su purificación. Viene luego algo para lo cual la Inspiración resulta insuficiente, perdiendo, por decirlo así, el hilo de la comprensión. Existe una etapa entre la muerte y el nuevo nacimiento, donde el ser humano sólo es accesible a la Intuición. Sin embargo, esta parte de la entidad humana se halla siempre presente en el hombre, y si se quiere comprender su verdadera naturaleza, hay que buscarla precisamente por Intuición, también en el período entre el nacimiento y la muerte. Si alguien pretendiera adquirir un conocimiento del hombre sólo por medio de la Imaginación e Inspiración, se sustraerían a su observación precisamente los procesos inherentes a lo más profundo de su ser, es decir, los que se desenvuelven de encarnación en encarnación. Esto implica que sólo el conocimiento intuitivo permite la investigación objetiva de las vidas terrenales repetidas, y del karma; toda verdad que haya de transmitirse relativa a esos procesos, habrá de provenir de la investigación por medio del conocimiento intuitivo. Asimismo, si el hombre quiere conocerse a sí mismo en su esencia íntima, habrá de recurrir a la Intuición, pues únicamente a través de ella percibe lo que en él avanza de una vida terrenal a la siguiente.

* * *

Para alcanzar el conocimiento por Inspiración e Intuición también se requieren ciertos ejercicios anímico-espirituales, ejercicios parecidos a los que ya hemos descrito como "concentración interior" (meditación) para alcanzar la Imaginación. Pero mientras que en los que conducen a ésta se toma como punto de partida las impresiones del mundo físico-sensible, en los que conducen a la Inspiración debe suprimirse progresivamente esta conexión. Para que esté bien claro cómo hay que pro-

ceder, consideremos de nuevo el símbolo de la rosacruz. Concentrándonos en él, tenemos ante nosotros una imagen cuyos componentes están tomados de impresiones del mundo sensible: el color negro de la cruz, las rosas rojas, etc.; pero la reunión de estas partes en la rosa-cruz no ha sido tomada del mundo físico-sensible. Entonces, si el discípulo procura eliminar enteramente de su conciencia la cruz negra y también las rosas rojas como imágenes de objetos reales sensibles, conservando en su alma sólo la actividad espiritual que ha combinado esas partes, encontrará en ella un objeto de meditación que paulatinamente le conducirá a la Inspiración, y el discípulo se dirá, poco más o menos, lo siguiente: "¿Qué he hecho anteriormente para combinar en un símbolo la cruz y la rosa? Un proceso anímico; y eso es lo que quiero retener, borrando de mi conciencia la imagen como tal. Luego procuraré sentir en mí todo lo que mi alma ha hecho para engendrar esa imagen, pero me abstendré de representármela en sí misma. Viviré íntimamente en mi propia actividad creadora de la imagen; no me concentraré en ésta, sino en mi propia actividad anímica creadora de imágenes." Este procedimiento de concentración, aplicado a muchos símbolos, conduce al conocimiento por Inspiración.

Otro ejemplo sería el siguiente: el discípulo se concentra en la representación de una planta que nace y perece; deja que se forme en su alma la imagen de esa planta en su devenir paulatino, o sea, brotando de la semilla, poblándose de hojas poco a poco, hasta llegar a la flor y al fruto. Luego, se imagina cómo se va marchitando progresivamente hasta la desintegración total: por el ahonde en una imagen de esta especie, se llega paulatinamente al sentimiento del nacimiento y la muerte, para el cual la planta ya no es sino un símbolo. Si el ejercicio se continúa con perseverancia, de este sentimiento podrá surgir la Imaginación de la transformación que constituye la base del nacer y pere-

cer físicos, y para llegar a la Inspiración correspondiente habrá que añadir algo a este ejercicio de la siguiente manera: traerse a la memoria la propia actividad anímica que ha extraído de la imagen de la planta la representación del nacer y perecer. Se eliminará totalmente de la conciencia la imagen de la planta, y se meditará exclusivamente sobre el proceso interior: sólo por medio de ejercicios de esta clase, será posible elevarse a la Inspiración. Al principio no le será fácil al discípulo comprender plenamente el procedimiento para un ejercicio semejante: acostumbrado a dejar determinar su vida interior por las impresiones exteriores, el hombre empieza a vacilar y a estar indeciso tan pronto como se trate de desplegar una vida anímica en la que quede descartada toda conexión con impresiones exteriores. Estos ejercicios que conducen a la Inspiración, más todavía que los que conducen a la adquisición de Imaginaciones, deberá practicarlos el discípulo sólo si, al mismo tiempo, toma todas las medidas requeridas para asegurar y consolidar el discernimiento, la vida afectiva y el carácter. De proceder así obtendrá un doble resultado: en primer lugar, logrará que los ejercicios no puedan hacerle perder el equilibrio de su personalidad durante la percepción suprasensible; segundo, adquirirá al mismo tiempo la facultad de ejecutar realmente lo que estos ejercicios exigen de él; y sólo los considerará difíciles mientras todavía no haya asimilado cierta disposición de ánimo, así como también ciertos sentimientos y sensaciones. El que con paciencia y perseverancia cultive en su alma las cualidades favorables para la germinación de conocimientos suprasensibles, no tardará en adquirir la comprensión y energía necesarias que la disciplina requiere. El que se acostumbre a hacer frecuentemente la recordación interior de su actuar, no para cavilar sobre sí mismo, sino para elaborar, y en silencio ordenar, las experiencias tenidas durante la vida, obtendrá grandes beneficios: se en-

riquecerán sus representaciones y sentimientos por la constante comparación y relación entre las diversas experiencias de su vida. Se dará cuenta de hasta qué punto aprende algo nuevo, no sólo por las impresiones y experiencias nuevas, sino, sobre todo, por su acción interna sobre las experiencias pasadas. Quien deje que los acontecimientos de su vida, e incluso sus opiniones ya formadas, se midan unos con otros en un libre juego, como si él, con sus simpatías y antipatías, sus intereses y sentimientos personales, fuese completamente ajeno a estas "justas", preparará un terreno particularmente apropiado para las energías de su cognición suprasensible; cultivará, en realidad, lo que puede llamarse la plenitud de su vida interior. Tengamos en cuenta, sin embargo, que lo que importa particularmente es la armonía y equilibrio entre las diversas facultades del alma: cuando el hombre se entrega a una actividad anímica determinada, propende fácilmente a descuidar otra. Por ejemplo, al darse cuenta del provecho que saca de la meditación y la concentración en el círculo de sus propias representaciones, puede tender el discípulo a insensibilizarse a las impresiones del mundo exterior, lo que conduce a la sequedad y desolación de la vida interna. El mayor progreso en este dominio lo realizará quien, además de la facultad de retraerse en su interior, conserve la plena receptividad para todas las impresiones del mundo externo; y no nos referimos aquí solamente a las impresiones llamadas significativas: todo hombre en toda situación, aunque confinado entre cuatro miserables paredes, puede recibir suficientes experiencias si se mantiene en estado de receptividad: no es necesario ir en pos de ellas; se encuentran por doquiera.

Es también de particular importancia el cómo se elaboran las experiencias en el alma. Por ejemplo, alguien puede descubrir que una persona que él u otro individuo venera, posee en su carácter tal o cual rasgo que corresponde a un defecto. Este de-

scubrimiento puede inducirle a reflexionar en dos direcciones. En una de ellas, dejarse llevar a declarar: "conociendo el defecto, ya no puedo seguir estimando como antes a esa persona"; en otra, decirse: "¿Cómo es posible que a quien he venerado y venero, adolezca de ese defecto? ¿Será solamente un defecto, o la consecuencia de su vida, quizá precisamente por sus grandes cualidades? Quien se haga estas preguntas posiblemente llegue a comprobar que su afecto no habrá disminuido en nada por haberse puesto en evidencia una imperfección. Con toda experiencia de esta índole, habrá aprendido algo nuevo, enriquecido su comprensión de la vida. Sin duda sería fatal si, por los beneficios que encierra semejante enfoque, por favorecer su desarrollo interior, se dejase uno inducir a aprobar cualquier cosa cuando se trata de personas que gozan de su simpatía, o tomase por costumbre el pasar por alto todo lo censurable. No habrá beneficio alguno si el impulso de no sólo censurar los defectos, sino también comprenderlos, parte de uno mismo; sólo existirán los beneficios si la actitud se halla dictada por las características del caso, al margen de lo que con ella gane o pierda el observador. Aunque no cabe duda de que sólo se aprende comprendiendo un defecto, no censurándolo, tampoco haría grandes progresos aquel que, en aras de su comprensión, impusiese silencio a todo sentimiento de repudio. También aquí lo que importa es no caer en extremismos, sino establecer la moderación y el equilibrio de las fuerzas anímicas.

Esto vale muy particularmente para una cualidad anímica que es de suprema importancia en la evolución del hombre: el sentimiento de veneración (devoción). Quien lo cultive en sí mismo, o tenga la dicha de poseerlo como don innato, encontrará en él una base excelente para las facultades del conocimiento suprasensible. El que, en sus años de niñez y de juventud, haya podido levantar los ojos con fervorosa admiración

hacia una persona como un ideal elevado, posee en el fondo de su alma una disposición natural favorable para el desarrollo del conocimiento superior. Y quien, más adelante en la vida, en plenitud de juicio, contemple el cielo estrellado, admirando en actitud de entrega total la manifestación de altas potencias, se hace apto con ello para ese conocimiento. Lo mismo ocurre con el que sea capaz de maravillarse ante las potencias que gobiernan la vida humana; y no carece de importancia el que el hombre maduro sea todavía capaz de venerar en el más alto grado a personas cuyo valor sospecha o cree reconocer. Sólo en quien exista este sentimiento de veneración, puede abrirse la visión de los mundos superiores, muy difícil de alcanzar para quien sea incapaz de veneración: la esencia de las cosas permanece oculta para aquel que no quiera otorgar su reconocimiento a nada en el mundo.

Por otra parte si, por el sentimiento de veneración y entrega, el hombre se deja inducir a apagar la saludable conciencia de sí mismo, su autoconfianza peca contra la ley de armonía y equilibrio: el auténtico discípulo espiritual que trabaja sin cesar sobre sí mismo para acrecentar su madurez, no tiene por qué carecer de confianza en su propia personalidad y en el continuo incremento de sus energías. Quien desarrolle en este sentido los sentimientos correspondientes, se dirá: "existen en mí fuerzas latentes que puedo extraer de mi interior, de modo que, cuando vea algo que, por serme superior, he de venerar, no me limitaré a ello, sino que habré de sentirme capaz de desarrollar en mí todo lo que me eleve al nivel de lo que venero".

Cuanto más fácil le sea al hombre dirigir su atención sobre ciertos procesos de la vida que escapan, en un principio, al juicio personal, tanto más fácil le será conseguir los medios para su desarrollo hacia los mundos espirituales. Ilustrémoslo

con un ejemplo: supongamos que una persona se halla ante la alternativa de ejecutar o no determinado acto. Su juicio le dice: "hazlo", pero siente que algo inexplicable en sus sentimientos le retiene. Puede ser, entonces, que no preste atención a ese algo inexplicable, y obre según le dicta su juicio; pero también puede ocurrir que ceda a la presión de ese algo y se abstenga de ejecutar el acto. Si luego sigue de cerca el asunto, posiblemente podrá comprobar que, si hubiese obrado conforme a su juicio, habría hecho algún mal, mientras que la abstención ha tenido consecuencias benéficas: una experiencia de este tipo puede encauzar el pensamiento en dirección bien definida. Porque, en efecto, el hombre podrá decirse: "hay algo en mí que me guía con más acierto que mi propio discernimiento actual; debo prestarle atención, aunque me sea intelectualmente inasequible". Es altamente provechoso para el alma examinar tales situaciones con la debida atención, pues entonces se descubre, como por una especie de vislumbre saludable que poseemos algo más de lo que, en un momento dado, puede abarcar nuestro juicio. Tal atención tiende a ampliar el campo de la vida anímica. Pero también aquí pueden producirse unilateralidades peligrosas: quien por costumbre excluya de sus decisiones todo juicio, obedeciendo a la presión de sus presentimientos, podría convertirse en juguete de toda clase de indefinidos impulsos; y hay sólo un paso de semejante hábito a la falta de discernimiento y a la supertstición. En efecto, toda clase de superstición es nociva para el discípulo, pues para poder entrar, como es debido, en el reino de la vida espiritual, hay que evitar cuidadosamente toda superstición, toda quimera y toda veleidad. No se penetra correctamente en el mundo espiritual por el simple regocijo de participar en una experiencia "que la mente humana no puede comprender": ¡no sirve para el discipulado, tener la predilección por lo "inexplicable". El discípulo debe renunciar a la idea

de que "es místico aquel que, siempre que lo crea oportuno, presupone la existencia de algo inexplicable, inescrutable". El certero sentimiento consiste en reconocer por doquiera la presencia de fuerzas y entidades ocultas, si bien admitiendo que lo inexplorado puede explorarse si se desenvuelven las facultades requeridas.

Es importante que el discípulo mantenga cierta disposición de ánimo en todas las etapas del sendero, disposición que consiste en no polarizar su afán de saber en una sola dirección, preguntando: ¿Cómo responder a tal o cual pregunta?, sino diciéndose: ¿Cómo desarrollar en mí tal o cual facultad? Una vez desarrollada, gracias a una paciente labor interior, las respuestas vendrán por sí mismas. Sin tregua, hay que cultivar esta disposición de ánimo, trabajando sobre sí mismo, madurando continuamente, y absteniéndose de forzar determinadas respuestas, confiado de que llegarán en el momento oportuno.

No obstante, también en este caso la concentración en un solo objetivo puede significar obstáculo. El discípulo, en un momento dado, puede sentir que las fuerzas por él adquiridas le permiten resolver por sí mismo los enigmas más elevados. De modo que también aquí la mesura y el equilibrio en la disposición de ánimo desempeñan un papel importante.

Podríamos mencionar todavía muchas otras cualidades anímicas cuyo cultivo y desarrollo favorecen la adquisición de la Inspiración por medio de los ejercicios; con todo, deberíamos destacar que la mesura y el equilibrio son las dos cualidades anímicas esenciales, pues son ellas las que preparan la comprensión y la capacidad para ejecutar las prácticas que conducen a la Inspiración.

Los ejercicios encaminados a la Intuición exigen que el discípulo elimine de su conciencia, no solamente las imágenes de su meditación a que se ha entregado para alcanzar la Imaginación, sino también el vivir en su propia actividad anímica, actividad en la que se concentró para adquirir la Inspiración. No ha de quedar en su alma literalmente nada de lo que hasta entonces hubiese constituido para él vivencia conocida, exterior o interior. Ahora bien, si después de haberse despojado de las experiencias exteriores e interiores no quedase nada en su conciencia; si esta misma conciencia desapareciese y él quedara sumergido en la inconsciencia, sabría entonces que no ha madurado todavía lo suficiente para emprender los ejercicios que conducen a la Intuición, por cuya razón debería continuar practicando los ejercicios para la Imaginación e Inspiración. Pero llega un momento en que, después de haber eliminado el alma todas aquellas vivencias, la conciencia no queda vacía, sino que algo subsiste en ella como resultado de esta eliminación, a lo que el discípulo puede entregarse en la concentración, tal como antes se entregaba a lo que debía su existencia a impresiones exteriores e interiores. Ese "algo" es de una condición muy especial; algo realmente nuevo en comparación con todas las experiencias anteriores, y que, al experimentarlo, el discípulo se da cuenta de que antes lo desconocía. Sabe que es una percepción, como lo es el sonido real que penetra en su oído; pero también que únicamente puede penetran en su conciencia por medio de la Intuición, del mismo modo que el sonido sólo pudo introducirse a través del oído. Por la Intuición, las impresiones que el hombre percibe quedan despojadas del último remanente de lo físico-sensible; el mundo espiritual empieza a extenderse ante el conocimiento como un campo abierto, en una forma que ya no tiene nada de común con las cualidades del mundo físico-sensible.

* * *

La cognición imaginativa se obtiene por la estructuración de las flores de loto realizadas con la "substancia" del cuerpo astral. Los ejercicios para alcanzar la Inspiración y la Intuición provocan en el cuerpo etéreo ciertos movimientos, formaciones y corrientes, anteriormente inexistentes en él, y que son precisamente los órganos por los cuales la "lectura de la escritura oculta" y lo que está más allá, entran en el dominio de las facultades humanas. Para la visión suprasensible se perciben las transformaciones en el cuerpo etéreo del individuo que ha llegado a la Inspiración e Intuición en la forma siguiente: un nuevo centro del cuerpo etéreo, aproximadamente en la región del corazón físico, cobra conciencia y se estructura para formar un órgano etéreo de donde fluyen, del modo más diverso, movimientos y corrientes hacia las distintas regiones del cuerpo humano. Las más importantes de esas corrientes son las que se dirigen a las flores de loto; las atraviesan pasando por todos sus pétalos, y se vierten como rayos luminosos hacia el espacio exterior. Cuanto más evolucionado esté el discípulo, tanto mayor es la periferia en que estas corrientes son perceptibles. Sin embargo, en la disciplina ordenada no se forma desde un principio aquel centro en la región del corazón, sino que le precede una preparación: aparece primero un centro provisional en la cabeza, que más tarde se desplaza hacia la región de la laringe, para establecerse finalmente cerca del corazón físico. En un desarrollo irregular, este órgano podría formarse desde un principio en la región cardíaca; pero entonces el discípulo, en vez de conseguir una visión suprasensible sosegada y objetiva, correría el peligro de convertirse en un fantaseador visionario. En su desarrollo ulterior adquiere el discípulo la facultad de liberar del cuerpo físico las corrientes y estructuraciones que se

han formado en el etéreo, y de utilizarlas independientemente; las flores de loto, entonces, le sirven de instrumento para mover al cuerpo etéreo. Pero antes deben haberse formado, en toda la esfera que circunda ese cuerpo, ciertas corrientes y radiaciones que lo envuelven como formando una fina malla de contención, y le convierten en entidad cerrada al exterior. Hecho esto, los movimientos y corrientes dentro del cuerpo etéreo pueden entrar libremente en contacto con el mundo anímico-espiritual que lo rodea, y unirse con él, de modo que, el suceder anímico-espiritual exterior se entremezcle con el interior, en el cuerpo etéreo: he ahí el momento en que el discípulo percibirá conscientemente el mundo de la Inspiración. Esta cognición inspirativa no se presenta en la manera del conocimiento relativo al mundo físico-sensible, donde los sentidos nos transmiten percepciones y acerca de las cuales nos formamos luego representaciones y conceptos. No así en el saber inspirativo: lo que en él se conoce, es dado de un modo inmediato, en un solo acto; no existe una reflexión posterior a la percepción. Lo que para el conocimiento físico-sensible no se obtiene sino más tarde en el concepto, es dado simultáneamente en la Inspiración por la percepción misma. Por esta razón, el discípulo que no hubiera desarrollado la mencionada malla alrededor de su cuerpo etéreo, se confundiría con el mundo ambiente anímico-espiritual, hasta el punto de no poder distinguirse de él.

Los ejercicios para la Intuición obran, no solamente sobre el cuerpo etéreo, sino que afectan hasta las fuerzas suprasensibles del cuerpo físico; sin embargo, no se crea que de este modo se provocan en él efectos que son perceptibles para la observación sensoria ordinaria; sólo la cognición suprasensible es capaz de apreciarlos, al margen de todo conocimiento exterior. Estos efectos son la consecuencia de la madurez que adquiere la conciencia al ser capaz de experiencias intuitivas, a pesar de haber

excluido todas las experiencias exteriores e interiores conocidas hasta entonces.

Ahora bien, esas experiencias intuitivas son íntimas, delicadas y sutiles; en comparación con ellas, el cuerpo físico humano en su estado evolutivo actual es burdo; y es por esta razón que dicho cuerpo constituye un poderoso impedimento contra el buen éxito de los ejercicios que conducen a la Intuición. Sin embargo, si éstos se continúan con energía y perseverancia, y con el debido sosiego interior, llegan a vencer aquellos potentes obstáculos. El discípulo lo comprueba al adquirir poco a poco el dominio sobre ciertas manifestaciones de su cuerpo material que anteriormente ocurrían sustraídas a su conciencia; lo comprueba asimismo cuando, por breve tiempo, siente, por ejemplo, la necesidad de dominar la respiración u otras funciones, de manera que se establezca una especie de consonancia o armonía de estas funciones con todo lo que el alma lleva a cabo en los ejercicios o en el ahonde interior. La evolución ideal consiste en no hacer ningún ejercicio, ni siquiera los de respiración a los que acabamos de aludir, por medio del cuerpo físico; sino que todo lo que en él ha de suceder, únicamente aparezca como resultado de los puros ejercicios para la Intuición.

* * *

Al ascender por el sendero que conduce a los mundos del conocimiento superior, el discípulo nota, al llegar a determinado escalón, que la cohesión de las energías que integran su personalidad, adopta forma distinta a la que tiene en el mundo físico-sensible. En éste, el Yo determina el concierto armonioso de las facultades anímicas, ante todo del pensamiento, sentimiento y voluntad; y en las situaciones normales de la vida, estas tres facultades mantienen siempre relaciones determina-

das. Supongamos, por ejemplo, que vemos un objeto determinado en el mundo exterior. Al alma, este objeto le agrada o le desagrada, lo que implica que la representación del objeto va necesariamente seguida de un sentimiento de placer o de rechazo. Puede ser que, además, deseemos poseer el objeto en cuestión, o sintamos la necesidad de modificarlo en uno u otro sentido, lo que implica que la facultad apetitiva y la voluntad se asocian a una representación y a un sentimiento. Esta asociación tiene lugar debido a que el Yo unifica las funciones del representar (pensar), sentir y querer, introduciendo así el orden en los poderes de la personalidad. Este orden saludable y normal quedaría interrumpido si el Yo se mostrase impotente al respecto; si, por ejemplo, el deseo quisiese tomar otro camino que el sentimiento o la representación. Así, no se encontraría en un estado sano de ánimo quien, pensando que esto o aquello es razonable, pretendiera algo que, según su parecer, no es razonable. También sería anormal que alguien quisiese, no lo que le gusta, sino lo que le desagrada. Ahora bien, en el camino hacia el conocimiento superior, el discípulo se da cuenta que pensamiento, sentimiento y voluntad se separan efectivamente, arrogándose cada uno cierta autonomía, y que, por ejemplo, determinado pensamiento ya no impele, como por si mismo, a un sentimiento y volición determinados. Puede suceder que el discípulo perciba algo correctamente en su pensamiento, pero, para tener un sentimiento o llegar a una decisión, necesita hacer surgir de nuevo en su interior un impulso autónomo. Y es que durante la observación suprasensible, el pensar, sentir y querer, no siguen siendo tres fuerzas que emanan del centro común de la personalidad, del Yo, sino que se han convertido en seres independientes formando, como si dijéramos, tres personalidades, razón por la cual habrá que fortalecer al Yo tanto más cuanto que ahora ya no sólo debe mantener el orden entre

tres poderes, sino conducir y gobernar a tres entidades. Adviértase, sin embargo, que esta disociación no debe existir sino mientras dure la observación suprasensible. Y aquí vemos de nuevo claramente cuán importante es que los ejercicios para la disciplina superior vayan acompañados de otros que afiancen y fortalezcan el discernimiento, así como la vida afectiva y volitiva, pues, de no ser así, pronto nota el discípulo que el Yo se muestra débil e incapaz de gobernar debidamente su pensar, sentir y querer. A consecuencia de esta debilidad, el alma se encontraría como descuartizada por tres "personalidades" en distintas direcciones, y cesaría su armonía interior; en cambio, si el desarrollo se efectúa en la debida forma, la transformación mencionada significa un verdadero progreso para el discípulo; el Yo sigue siendo soberano de las entidades autónomas que integran su alma.

Este desarrollo avanza en el curso ulterior de la disciplina: el pensamiento independizado provoca la aparición de una cuarta facultad, ya no solamente anímica, sino anímico-espiritual, equiparable a un influjo espontáneo de corrientes similares a los pensamientos. El mundo entero aparece entonces como una estructura de pensamientos que se yergue ante el observador al igual que el mundo vegetal o animal en el dominio físico-sensible; de un modo semejante, el sentimiento y la voluntad independizados engendran en el alma otras dos fuerzas que obran en ella como seres autónomos, y, por último, una séptima energía y entidad se añade a las anteriores, parecida al propio Yo humano.

Todas estas experiencias se combinan con otra más. Antes de penetrar en el mundo suprasensible, el hombre conocía el pensar, sentir y querer, sólo como experiencias anímicas interiores; tan pronto como penetra en el mundo suprasensible, tiene

percepciones que son expresión, no de realidades físico-sensibles, sino anímico-espirituales. Detrás de las cualidades que percibe en este mundo nuevo, se encuentran entidades anímico-espirituales que constituyen para él un mundo exterior, del mismo modo que, en el dominio físico-sensible, lo son para sus sentidos las piedras, las plantas y los animales. Ahora bien, el discípulo puede percibir una diferencia significativa entre el mundo anímico-espiritual que se le revela, y aquel que estaba acostumbrado a percibir por medio de sus sentidos corporales: una planta del mundo sensible queda como es, sean cuales fueren los pensamientos o sentimientos que el alma humana tenga acerca de ella; éste no es el caso, por de pronto, con las imágenes del mundo anímico-espiritual, pues se modifican según los sentimientos o pensamientos del hombre, de modo que éste les impone el sello de su propia esencia. Supongamos que determinada imagen se presenta ante el discípulo en el mundo imaginativo, y mientras permanezca indiferente se le mostrará la imagen desde cierto aspecto, pero modificará su forma a partir del momento en que le cause placer o desagrado. De modo que, las imágenes no sólo expresan una realidad que existe independientemente del hombre, sino que reflejan también lo que él es; están enteramente impregnadas de su esencia misma, esencia que se extiende como un velo sobre las entidades que se le presentan; entonces, a pesar de encontrarse el hombre ante una entidad real, no es ésta la que él percibe, sino lo que él ha producido. Así pues, puede tener ante sí algo absolutamente verdadero y, no obstante, ver algo falso. Es más: éste no es solamente el caso con respecto a aquella parte de su ser que el hombre registra y reconoce como su propia esencia, sino que todo lo que lleva dentro de sí obra sobre ese mundo imaginativo. Por ejemplo, puede tener inclinaciones latentes que, debido a la educación y al carácter, no llegan a aflorar en la vida

cotidiana; mas no por eso dejan de obrar sobre el mundo anímico-espiritual, que adquiere su peculiar colorido en función de la entidad total del hombre, independientemente de cuanto éste sepa o no de sí mismo.

Para seguir avanzando más allá de esta etapa es necesario que el hombre aprenda a distinguir entre lo que él es y el mundo espiritual exterior, aprendiendo a eliminar todas las proyecciones de su propia individualidad sobre ese mundo: esto se logra únicamente adquiriendo un conocimiento de lo que uno aporta al mundo nuevo. Se trata, por lo tanto, de tener, ante todo, un verdadero y completo conocimiento de uno mismo, para así llegar a la percepción pura del mundo circundante anímico-espiritual. Ahora bien, ciertas leyes de la evolución humana implican que este autoconocimiento se produzca necesariamente como fenómeno natural, al penetrar el hombre en el mundo superior. Recordemos que el hombre desarrolla la conciencia de sí mismo, su Yo, en el mundo físico-sensible habitual. En su ascenso, este Yo se convierte en centro de atracción, no sólo para todo lo que integra al hombre: sus inclinaciones, simpatías y antipatías, pasiones, opiniones, etc., que se agrupan, por decirlo así, en torno a Él, sino asimismo para lo que hemos llamado el karma humano. Si se viera a este Yo despojado de todos sus velos, se observaría que ciertas formas del destino le esperan todavía en esta encarnación y en las siguientes, según haya sido su estilo de vida en las anteriores, y según lo que haya asimilado durante ellas. Este Yo, con todo lo que, de este modo, le queda adherido, es necesariamente la primera imagen que se le presenta al alma humana cuando ésta asciende al mundo anímico-espiritual. Conforme a una ley de ese mundo, al penetrar en él, este "doble" del hombre, será la primera de las impresiones que ahí reciba. Se comprenderá fácilmente la ley que subyace, si se considera lo siguiente. En la vida físico-sensible,

el hombre se percibe sólo en la medida en que tiene una experiencia de sí mismo en su pensar, sentir y querer; mas esta percepción es puramente interior; no se le manifiesta tal y como se le manifiestan las piedras, las plantas y los animales. Además, por la percepción interior, el hombre llega a conocerse sólo parcialmente, puesto que existe algo en él que le impide profundizar este conocimiento de sí mismo, algo que corresponde al impulso de reformar todo rasgo de su carácter tan pronto como, por su autoconocimiento, se percata de la existencia de ese rasgo, a no ser que quiera hacerse ilusiones respecto a sí mismo.

Si el discípulo no cede a este impulso, si simplemente su atención la desvía de sí mismo y persiste en lo que él es, no cabe duda que se priva de la posibilidad de autoconocerse sobre el particular. Si, en cambio, se interioriza y se enfrenta, sin engañarse, con tal o cual rasgo de su carácter, entonces, según sean las circunstancias actuales de su vida, se hallará o no en condiciones de corregirlo; y en este último caso se verá el alma sobrecogida de un sentimiento que podríamos llamar de vergüenza. Así se comporta la naturaleza sana del hombre; el autoconocimiento le suscita muchas modalidades de ese sentimiento de vergüenza. Evidentemente, ya en la vida corriente este sentimiento tiene un efecto bien definido: quien piense sanamente tratará de que aquello que con respecto a sí mismo, suscita ese sentimiento no se manifieste exteriormente en sus efectos, ni repercuta en actos exteriores; la vergüenza es, por lo tanto, una fuerza que impele al hombre a ocultar algo en su interior, hacerlo inaccesible a la percepción externa. Reflexionando debidamente sobre esto, se comprenderá que la investigación espiritual atribuya a determinada vivencia anímica, que íntimamente se relaciona con el sentimiento de vergüenza, efectos todavía mucho más trascendentales. Dicha investigación descubre que, en las profundidades más recónditas del

alma, existe como una vergüenza escondida que no aflora a la conciencia en la vida ordinaria, sin dejar, por eso, de actuar en forma semejante a la vergüenza común y corriente: impide que la esencia más íntima del hombre se le presente como imagen perceptible. Si no existiese esta vergüenza subconsciente, el hombre percibiría ante sí lo que él es en realidad: no tan sólo experimentaría internamente sus representaciones, sentimientos y voliciones, sino que los percibiría al igual que percibe las piedras, los animales y las plantas. Así, pues, este sentimiento vela al hombre ante su propia mirada, y así encubre a la vez todo el mundo anímico espiritual, puesto que si al hombre se le oculta su propia esencia anímica, tampoco puede percibir aquello que, a su contacto, le permitiría desarrollar los órganos para el conocimiento superior, y, en estas condiciones, es incapaz de transformar su ser para lograrlo.

Si, por una disciplina metódica, concentra el hombre su esfuerzo en adquirir estos órganos de percepción, la primera impresión con que se enfrenta es su propia individualidad: percibe su doble, percepción de sí mismo inseparable de la del resto del mundo anímico-espiritual. En la vida corriente, la consabida vergüenza escondida cierra para el hombre la puerta del mundo anímico-espiritual; así, si el hombre intentara dar un solo paso para entrar en él, este latente sentimiento de vergüenza, que surge inmediatamente aunque sin aflorar a la conciencia, le ocultaría la porción del mundo anímico-espiritual que trata de manifestarse: los ejercicios son la llave para abrir ese mundo. En realidad, aquel oculto sentimiento es un gran bienhechor para el hombre, puesto que, de no mediar la disciplina científico-espiritual, todo raciocinio, toda vida afectiva y toda firmeza de carácter adquiridos, no le permiten soportar, sin más, la percepción del propio ser en su forma verdadera, esta percepción que le haría perder toda confianza, todo sentimien-

to, toda conciencia de sí mismo. Para evitarlo, deberán seguirse los mismos procedimientos para el cultivo del juicio sano, del sentimiento y del carácter, que se emprenden a la par con los ejercicios que tienden al conocimiento superior. La disciplina metódica y ordenada le proporciona al hombre, como si fuera espontáneamente, los conocimientos científico-espirituales y los medios de conocerse y observarse, en la medida suficiente para soportar con firmeza la vista de su propio doble, y el discípulo contempla entonces, como en un cuadro perteneciente al mundo imaginativo, aunque en una forma distinta, aquello con lo cual ya se había familiarizado en el mundo físico. Quien, en debida forma, antes haya comprendido intelectualmente la ley del karma, no experimentará particular emoción al ver grabados en la imagen de su doble los gérmenes de su destino; quien, por medio de su discernimiento, se haya familiarizado con la evolución humana y cósmica, y sepa cómo, en determinado momento de esta evolución, las fuerzas luciféricas penetraron en el alma humana, no se asustará al descubrirlas, con todos sus efectos, en la imagen de su propio ser. Todo esto nos lleva a comprender cuán necesario es que el hombre no exija su acceso al mundo espiritual hasta haber asimilado con su entendimiento normal desarrollado en el mundo físico-sensible, ciertas verdades relativas al mundo espiritual.

Antes de desear personalmente introducirse en los mundos suprasensibles, el discípulo debería haber hecho plenamente suyas las enseñanzas contenidas en los capítulos precedentes en el curso de su evolución normal y con sus ordinarias facultades intelectuales.

En una disciplina que no se preocupe por la seguridad y firmeza del juicio, de la sensibilidad y del carácter, puede ocurrir que el mundo superior salga al encuentro del discípulo antes

de haber desarrollado las capacidades interiores necesarias, en cuyo caso el encuentro con su doble le oprimiría y conduciría a múltiples errores. En cambio —cosa también posible—, si el discípulo esquivase por completo ese encuentro y, a pesar de ello, fuese conducido al mundo suprasensible, tampoco se hallaría en condiciones de conocerlo en su forma real, puesto que no sabría distinguir entre lo que él proyecta en las cosas y lo que ellas son en realidad. Esta distinción sólo es posible si el discípulo percibe su propio ser como una imagen en sí y, consecuentemente, mantiene separado de lo que sale a su encuentro todo lo que fluye de su propia vida interior. Para la vida en el mundo físico-sensible, el doble, gracias al repetido sentimiento de vergüenza, se oculta tan pronto como el hombre se acerca al mundo anímico-espiritual, y así oculta, a la vez, todo ese mundo. Como un "guardián", este doble veda la entrada a quien no esté suficientemente preparado; puede llamársele el "Guardián del umbral" del mundo anímico-espiritual.

Pero no sólo al acercarse al mundo suprasensible, sino también cuando tiene lugar la muerte física, se encuentra el hombre con este "Guardián del umbral": gradualmente se le descubre entre la muerte y el nuevo nacimiento. Pero, en este caso, su presencia no puede perturbar al hombre, ya que entonces sabe de la existencia de mundos distintos del que conoce en la vida terrenal.

Si el hombre entrase en el mundo anímico-espiritual sin el encuentro con el "Guardián del umbral" sería víctima de numerosas ilusiones, puesto que no sabría distinguir entre lo que él mismo aporta a dicho mundo y lo que realmente pertenece a éste. La disciplina ordenada conduce hacia la verdad, no hacia la ilusión, y esto implica que, indefectiblemente y en el momento oportuno, se produzca el encuentro con el guardián, encuen-

tro que es, en efecto, una de las medidas preventivas imprescindibles para observar los mundos suprasensibles evitando toda ilusión o quimera. La atención indispensable que ha de tener todo discípulo consiste, pues, en trabajar cuidadosamente sobre sí mismo para no convertirse en soñador, en víctima de cualquier sugestión o autosugestión posibles. Si se observan, como es debido, los preceptos de la disciplina espiritual, se ciegan, al mismo tiempo, las fuentes de donde podría proceder la ilusión; no podemos puntualizar aquí todos los detalles que entran en consideración; sólo indicamos brevemente lo que más importa. Las ilusiones que aquí entran en cuenta manan de dos fuentes distintas: en parte, se deben al hecho de que nuestra propia entidad anímica colorea la realidad. Esta primera fuente de engaños es relativamente de poco peligro en la vida corriente, puesto que el mundo exterior se impone siempre a la observación en su forma propia y bien determinada por más que el observador tienda a colorearlo según sus deseos e intereses. Pero tan pronto como penetra en el mundo imaginativo, sus imágenes se ven modificadas por sus deseos e intereses: tiene entonces ante sí, como si fuese una realidad, lo que él mismo ha formado o, por lo menos, contribuido a generar. Ahora bien, dado que, por el encuentro con el "Guardián del umbral", el discípulo llega a conocer todo lo que le integra y, por lo tanto, lo que puede introducir en el mundo anímico-espiritual, quedando eliminada esta fuente de ilusiones. En efecto, la preparación que el discípulo se impone antes de penetrar en dicho mundo, tiende a hacerle adquirir la costumbre de eliminar su propia personalidad ya incluso en la observación de la vida material, dejando que las cosas y fenómenos le hablen por sí mismos, en la pureza de su naturaleza propia. Después de una preparación suficiente, el discípulo puede esperar con calma el encuentro con el "Guardián del umbral", y así se dará definitivamente

cuenta de si se halla realmente preparado para dejar a un lado su personalidad, aun cuando se encuentre frente al mundo anímico-espiritual.

Pero existe todavía una segunda fuente de errores; cuando se interpreta equivocadamente una impresión recibida. He ahí un ejemplo clásico de este tipo de ilusiones: cuando uno viaja en un tren y cree que los árboles se mueven en sentido contrario, mientras que, en realidad, es uno mismo quien se mueve con el tren. En muchas situaciones, semejantes errores no se rectifican no tan fácilmente como en este ejemplo; no obstante, se comprenderá sin dificultad que, dentro del mundo material, el hombre encuentra siempre los medios para eliminar esta clase de ilusiones si, con juicio sano, toma en consideración cuanto pueda servirle de aclaración. La situación es distinta tan pronto como se avanza hacia las regiones suprasensibles: en nuestro mundo físico, la ilusión humana no puede modificar la realidad; por esta razón, la observación imparcial puede rectificar el error conforme a los hechos; pero esto no es posible, sin más, en el mundo suprasensible. Si ahí queremos observar algún fenómeno, y nos acercamos a él con un juicio erróneo, lo incorporamos al fenómeno en cuestión, entretejiéndolo en él en forma tal que no es posible distinguirlo de inmediato. Entonces no está el error en el hombre y fuera de él el hecho real, sino que el error mismo se ha convertido en parte integrante del fenómeno exterior; de ahí que no sea posible rectificarlo simplemente mediante una observación imparcial de los hechos. He aquí lo que puede ser una fuente inagotable de ilusiones y fantasmagorías para el que se acerca al mundo suprasensible sin la debida preparación. Así como el discípulo adquiere la facultad de eliminar las ilusiones originadas por la coloración de los fenómenos del mundo espiritual según la propia personalidad —primera fuente de error—, debe adquirir asimismo la facultad de cegar la segunda fuente

de errores. Lo que viene de él mismo, puede eliminarlo una vez haya reconocido la imagen de su propio doble; y podrá eliminar lo que constituye dicha segunda fuente de errores, si adquiere la facultad de reconocer, por la naturaleza de un hecho del mundo suprasensible, si este hecho es una realidad o una ilusión. Si las ilusiones tuvieran exactamente el mismo aspecto que las realidades, esta distinción sería imposible; pero no es éste el caso; las ilusiones de los mundos suprasensibles tienen cualidades en sí mismas por las que se distinguen de las realidades; lo que importa es que el discípulo sepa qué cualidades le permiten identificar una realidad.

Nada más natural para el profano que preguntar: ¿Dónde existe, pues, una posibilidad de preservarse contra el error, puesto que tan variadas y numerosas son sus causas? ¿Existe un solo discípulo que pueda afirmar con seguridad que todos sus presuntos conocimientos superiores no son un producto de la sugestión y autosugestión? Quien esto formule, no toma en cuenta que toda disciplina espiritual verdadera, por el mismo modo de cómo ella se desenvuelve, va obstruyendo toda fuente de error. En primer lugar, el verdadero discípulo espiritual adquiere, durante su preparación, suficientes conocimientos relativos a toda posible causa de ilusión y autosugestión, con lo cual está en condiciones de preservarse contra ellas. En verdad, tiene más oportunidad que cualquier otra persona para desarrollar un juicio sano y sensato sobre el curso de la vida; todas sus experiencias le inducen a desconfiar de sugestiones y presentimientos indefinidos; la disciplina le vuelve precavido. Añádase a esto que toda disciplina seria conduce primero a conceptos relativos a los grandes eventos cósmicos, esto es, a temas que requieren un esfuerzo de la capacidad de discernir, con lo que ésta, a su vez, se sutiliza y se agudiza. Sólo quien rehusase desplazarse a dominios tan distantes, contentándose

con "revelaciones" cercanas, podría perder la sutilidad de aquel juicio sano que le da seguridad para distinguir lo ilusorio de lo real. Pero todo esto no es todavía lo más importante: lo esencial reside en los mismos ejercicios que integran la disciplina espiritual correcta; y deberían ejecutarse en forma tal que la conciencia del discípulo, durante la concentración interior, abarcara minuciosamente cuanto se desenvuelve en el alma. Se empieza por construir un símbolo para lograr la Imaginación, símbolo que contiene todavía representaciones de percepciones exteriores; su contenido no parte sólo del hombre; no es él quien lo forma. Puede por lo tanto, equivocarse respecto a su formación e interpretar erróneamente su procedencia; pero al elevarse a los ejercicios para la Inspiración, elimina de su conciencia este contenido, y se concentra solamente en su propia actividad anímica, que crea el símbolo. También aquí es todavía posible el error: por el estudio, la educación, etc., el hombre se ha apropiado el carácter de su actividad anímica, sin poder conocer integralmente su origen; pero finalmente el discípulo elimina también de su conciencia su propia actividad anímica; si entonces queda todavía algo en su conciencia, este elemento no contiene nada que su mente no pueda juzgar claramente; nada puede infiltrarse en este elemento que no se pueda analizar en cuanto a su contenido total. Así pues, la Intuición pone al discípulo en presencia de algo que le muestra cómo está constituida la diáfana realidad del mundo anímico-espiritual, y aplicando los así reconocidos distintivos propios de esa realidad a cuanto entra en su campo de observación, el discípulo podrá distinguir entre la apariencia y la realidad. Con este método podrá estar seguro de quedar tan a salvo del error en el mundo suprasensible, como el mundo físico-sensible se preserva de confundir la imagen mental de un pedazo de hierro candente con un pedazo de hierro que realmente le quema.

Se sobreentiende que esta actitud se aplica únicamente a los conocimientos que uno considera como experiencias propias en los mundos suprasensibles, y no a los que recibe de otras personas en forma de información comprensible para su entendimiento físico y su sano sentido de la verdad. El discípulo se esforzará por trazar una exacta línea divisoria entre lo adquirido de un modo y del otro: por una parte, acogerá con buena voluntad las informaciones relativas a los mundos superiores y procurará comprenderlas mediante su juicio. Si, por otra parte, concibe algo como experiencia personal, como observación hecha por él mismo, es que habrá examinado previamente si la experiencia se le presentó con las mismas características que se le han revelado como esenciales en la Intuición infalible.

* * *

Después del encuentro con el "Guardián del umbral", nuevas experiencias aguardan al discípulo en su ascenso a los mundos suprasensibles; lo primero que notará es que existe cierto parentesco entre este Guardián y aquella fuerza anímica que, en nuestra descripción anterior, resultó ser la séptima y que se constituyó en entidad autónoma. Es más: en cierto sentido, esta séptima entidad es idéntica al doble, esto es, al mismo "Guardián del umbral", y ella le impone al discípulo una tarea especial: conducir y guiar, por medio de su Yo recién nacido, lo que él es en su yo habitual y que le aparece como imagen; de lo que resultará como una lucha con el doble que aspira constantemente a la supremacía. Si se logra establecer la justa relación con este doble, no permitiéndole hacer nada que no suceda bajo la influencia del Yo recién nacido, se consolidan y fortalecen las energías humanas. Ahora bien, bajo determinado aspecto, el autoconocimiento no es lo mismo en el mundo superior que en el material: mientras que en éste el conocimiento de uno mismo se

presenta solamente como vivencia interior, el Yo recién nacido se manifiesta, desde un principio, como fenómeno anímico exterior y aparece ante el discípulo como ser distinto, pero él no puede percibirlo en su totalidad. En efecto, sea cual fuere el escalón alcanzado en el sendero hacia los mundos suprasensibles, siempre quedan otros superiores por ascender, y en cada uno de ellos se perfila más perfecta la percepción del "Yo superior". He ahí porqué no puede revelársele al discípulo sino parcialmente, cualquiera que sea el escalón en que se encuentre. Pero ocurre que cuando se percibe por primera vez algo del "Yo superior", el discípulo se siente sobrecogido por la tentación casi irresistible de considerarlo, en cierto modo, desde el punto de vista adquirido en el mundo físico-sensible. Benéfica es esta tentación, y tiene necesariamente que surgir, si el desarrollo sigue su curso normal: el discípulo debe empezar por observar aquello que se le presenta como doble, es decir, como "Guardián del umbral", y colocarlo ante el "Yo superior", a fin de darse cuenta de la distancia entre lo que uno es y lo que debe llegar a ser. Ante este examen, el "Guardián del umbral" empieza a adoptar una forma totalmente distinta, presentándose como imagen de todos los obstáculos que se oponen al desarrollo del "Yo superior", y así percibe el discípulo qué lastre significa tener que cargar con su yo habitual. Si su preparación no le ha dotado de la energía suficiente para decirse: "no permaneceré estancado en este punto, sino que trabajaré sin cesar para ascender al nivel de mi Yo superior", desfallecerá y se arredrará ante lo que le aguarda. En tal caso, el discípulo se encuentra sumergido en el mundo anímico-espiritual, pero desiste de ulteriores esfuerzos convertido en cautivo de la visión que se manifiesta al alma a través del "Guardián del umbral". Lo significativo aquí es que, en esta experiencia, no tiene uno la sensación de estar prisionero, sino que se imagina experimentar algo totalmente distinto:

quizá la forma suscitada por el "Guardián del umbral" provoca en el alma del observador la impresión de que, en este momento, ya tiene ante sí todos los mundos posibles e imaginables, y, habiendo llegado a la cúspide del conocimiento, ya no necesita esforzarse más: en vez de sentirse prisionero, se considerará como el poseedor inmensamente rico de todos los secretos del Universo. El fenómeno de que se pueda tener una experiencia que aparenta lo contrario del verdadero estado de cosas, no sorprenderá a quien considere que esta experiencia ya implica que uno se halla en el mundo anímico-espiritual, y que una de sus peculiaridades consiste en que, en él, lo que acontece puede presentarse en forma inversa. Ya se hizo mención de esta peculiaridad en este libro, al tratar de la vida después de la muerte.

La efigie que se percibe en esta etapa le muestra al discípulo todavía algo más de lo que patentiza la forma en que, al principio, le apareció el "Guardián del umbral": eran perceptibles en este doble todos los atributos que el yo habitual posee a consecuencia de la influencia de las fuerzas de Lucifer. Ahora bien, en el curso de la evolución humana, esta influencia ha permitido a otra potencia introducirse en el alma humana: la que, en un capítulo anterior, hemos llamado la fuerza de Ahrimán, y que impide al hombre, durante su existencia físico-sensible, percibir las entidades anímico-espirituales del mundo exterior que se hallan tras lo sensible. La mencionada efigie muestra en imagen lo que ha devenido el alma humana bajo la influencia de dicha potencia. Quien vive esta experiencia debidamente preparado, sabrá interpretarla como corresponde, y entonces, poco después, aparecerá otra figura, a la que, en contraste al mencionado guardián que hemos de considerar "menor", podemos dar nombre de "Gran Guardián del umbral". Este advierte al discípulo que no debe permanecer estancado en este nivel, sino seguir trabajando con energía; le despierta la conciencia de

que el mundo recién conquistado sólo cobrará realidad y no se convertirá en ilusión, si el trabajo se continúa como es debido. Pero quien, por una disciplina inadecuada, se encontrara frente a esta experiencia sin preparación, vería verterse en su alma, al llegar ante el "Gran Guardián del umbral", algo así como una sensación de terror inconmensurable, o de miedo sin límites.

Así como el encuentro con el "Guardián menor" le permite al discípulo darse cuenta de si se halla en condiciones de resistir las ilusiones que nazcan al introducirse en el mundo suprasensible, del mismo modo las vivencias que finalmente le conducen al encuentro con el "Gran Guardián" le brindan la oportunidad de comprobar si es capaz de enfrentarse con las ilusiones procedentes de la segunda de las fuentes descritas. Si puede resistir la portentosa ilusión de creer que es suyo el rico mundo de imágenes conquistado, y del que, en realidad, no es sino cautivo, se hallará resguardado para siempre de tomar por realidad la apariencia.

En cierta medida, el "Guardián del umbral" tomará una forma individual para cada ser humano en particular: su encuentro corresponde precisamente a la experiencia que marca la superación de lo puramente personal en las observaciones suprasensibles, así como ofrece la posibilidad de penetrar en un dominio de experiencias exento de colorido propio, valedero para todo ser humano.

* * *

Tras las experiencias descritas, el discípulo se halla en condiciones de distinguir en el mundo anímico-espiritual circundante, entre lo que él es y lo que fuera de él existe; de darse cuenta de cuán indispensable es la comprensión del proceso cósmico descrito en este libro, para comprender lo que es el

hombre y su vida. En realidad, comprendemos el cuerpo físico sólo si reconocemos su génesis a través de los ciclos saturnal, solar, lunar y telúrico; comprendemos el cuerpo etéreo si seguimos su formación a través de los ciclos solar, lunar y terrestre; así como también comprendemos lo relacionado con el ciclo terrestre actual, si reconocemos su paulatino desenvolvimiento. Gracias a la disciplina espiritual, es posible comprobar las relaciones que existen entre todo lo que integra al hombre y los correspondientes hechos y entidades del mundo extrahumano: cada componente de la entidad humana se halla relacionado con todo el resto del mundo. Sin duda que en este libro hemos podido indicar esas correspondencias sólo a modo de bosquejo. Conviene considerar, por ejemplo, que durante el ciclo saturnal, el cuerpo físico del hombre existía sólo en sus rudimentos, y que sus órganos: el corazón, los pulmones, el cerebro, no se desarrollaron hasta más tarde, partiendo de estos rudimentos, durante los períodos solar, lunar y terrestre. De modo que, el corazón, los pulmones, etc., están relacionados con los ciclos respectivos, y lo propio ocurre con los miembros u órganos del cuerpo etéreo, del sensible, del alma sensible, etcétera; el hombre es fruto de la actividad modeladora del mundo que le rodea, y cada detalle de su constitución corresponde a un proceso o a un ser del mundo exterior. En el escalón oportuno de su evolución, adquiere el discípulo conocimiento de la relación de su propio ser con el Cosmos; conocimiento que consiste en la percepción de las correspondencias entre el "cosmos menor", microcosmos, o sea, el hombre mismo, y el "cosmos mayor" o macrocosmos. Cuando el discípulo, por arduo esfuerzo, ha alcanzado este nivel del conocimiento, puede alcanzar otra nueva experiencia: sentirse como parte integrante del Universo entero, sin menoscabo de su plena autonomía; fusionarse con el Cosmos, identificarse con él, sin pérdida de la propia individu-

alidad, grado evolutivo al que podemos llamar "identificación con el Macrocosmos". Conviene tener muy en cuenta que, por esta unión, no cesa la conciencia individual, ni el ser humano se dispersa en el Universo; creerlo así no sería sino la expresión de una opinión engendrada por un juicio indisciplinado.

Los grados del conocimiento superior en el proceso de iniciación que hemos descrito, pueden enumerarse como sigue:

1. Estudio de la ciencia espiritual, valiéndose del juicio adquirido en el mundo físico sensible.
2. Adquisición del conocimiento imaginativo.
3. Lectura de la escritura oculta, correspondiente a la Inspiración.
4. Identificación vital con el mundo espiritual circundante, correspondiente a la Intuición.
5. Conocimiento de las correlaciones entre el microcosmos y el macrocosmos.
6. Identificación con el macrocosmos.
7. Vivencia global de las experiencias anteriores como disposición básica del alma.

No se crea, a pesar de indicar el orden que antecede, que estas etapas vayan a recorrerse una tras otra; la disciplina puede tomar un curso tal que, según sea la individualidad del discípulo, éste haya avanzado sólo hasta cierto grado de perfección en determinado nivel, cuando ya empieza a hacer ejercicios que correspondan al nivel siguiente. Así, por ejemplo, el discípulo tal vez haya adquirido sólo algunos conocimientos seguros en el mundo imaginativo, y, no obstante, ya practique ejercicios destinados a la experimentación propia de la Inspiración, de la

Intuición, o del conocimiento de las correlaciones entre el microcosmos y el macrocosmos.

* * *

Lograda la experiencia del conocimiento intuitivo, no sólo conoce el discípulo las imágenes del mundo anímico-espiritual, no sólo puede leer sus relaciones en la "escritura oculta", sino que se eleva al conocimiento de los seres mismos a cuya cooperación se debe la existencia del mundo al que el hombre pertenece. De este modo llega a conocerse a sí mismo en su aspecto de ser espiritual en el mundo anímico-espiritual; se ha abierto paso hasta llegar a la percepción de su Yo superior, y ha percibido cómo debe seguir trabajando para dominar a su doble, esto es, al "Guardián del umbral". Pero también ha experimentado el encuentro con el "Gran Guardián del umbral", el que se yergue ante él, en constante exhortación a que siga trabajando, y que, desde entonces, será el ideal en pos del cual se afanará el discípulo. Cuando este sentimiento surja en él, habrá alcanzado la posibilidad de saber quién es, en realidad, el Ser llamado "Gran Guardián del umbral": ser que se transforma entonces en la figura de Cristo, cuya esencia e intervención en la evolución terrestre se ha puesto de relieve en capítulos anteriores. Se iniciará entonces el discípulo en el augusto misterio relacionado con el nombre de Cristo. Cristo se le revela como el "gran prototipo del hombre sobre la Tierra".

Habiendo reconocido a Cristo en el mundo espiritual por medio de la Intuición, se comprenderá también lo que tuvo lugar en la cuarta época postatlante, la grecolatina; se sabrá, por experiencia personal, cómo en esa época, el sublime Ser Solar, Cristo, intervino en la evolución terrestre y sigue obrando en esta evolución: así, pues, mediante la Intuición, se le revela al discípulo el sentido y significado de la evolución terrestre.

La senda aquí descrita, que conduce al conocimiento de los mundos suprasensibles, puede seguirla todo ser humano, sea cual fuere su situación dentro de las condiciones actuales de la vida. Al referirnos a tal senda, hemos de tener en cuenta que es idéntica la finalidad del conocimiento y de la verdad, en todos los momentos de la evolución terrestre, si bien los puntos de que parte el ser humano difieren según las épocas. Quien en la época actual desee emprender el camino que conduce a las regiones suprasensibles, no podrá partir del mismo punto del que partía, por ejemplo, el iniciado del antiguo Egipto: los ejercicios que entonces se le imponían al discípulo, no se prestan para el hombre moderno. Desde aquellos tiempos, las almas humanas han pasado por varias encarnaciones, y su progreso de encarnación en encarnación tiene su cometido y su importancia, porque las facultades y cualidades anímicas se modifican de una encarnación a otra. Un examen, tan siquiera superficial, de la vida humana en las diversas épocas de la historia, permite comprobar que, desde los siglos XII y XIII de nuestra era, todas las condiciones de vida se han modificado; que las opiniones, los sentimientos y también las aptitudes del hombre, ya no son lo que eran anteriormente: el sendero hacia el conocimiento superior, tal como aquí queda descrito, es el adecuado para las almas que se encarnan en el presente y toma como punto de partida la situación en que el hombre se encuentra normalmente dentro del marco de la civilización actual.

De época en época, la evolución progresiva conduce a la humanidad a formas siempre nuevas en lo tocante a los métodos para el conocimiento superior, del mismo modo que la vida exterior modifica sus condiciones; entre esta vida exterior y la iniciación debe reinar siempre una concordancia perfecta.

VI.

ESTADO ACTUAL Y PORVENIR DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

No es posible, cuando de ciencia espiritual se trata, investigar el estado actual y el porvenir de la evolución del mundo y del hombre, sin comprender el pasado de esta evolución; en efecto, lo que se ofrece a la percepción del investigador espiritual cuando éste observa los hechos ocultos del pasado, contiene al mismo tiempo todo lo que puede saber del presente y del futuro. En este libro nos hemos referido a los ciclos saturnal, solar, lunar y terrestre, porque no es posible comprender la evolución terrestre si no se observan los hechos de las épocas anteriores: lo que actualmente se presenta al hombre dentro del mundo terrestre, lleva en sí, en cierto modo, los hechos de aquellos ciclos. Los seres y cosas que habían tomado parte en el ciclo lunar han continuado desarrollándose y dando origen a todo lo que actualmente pertenece a la Tierra; pero no todo lo que ha evolucionado de la Luna a la Tierra es perceptible para la conciencia físico-sensible: cierta parte de este legado lunar se manifiesta solamente en determinado nivel de la conciencia suprasensible. Una vez alcanzado este conocimiento, nuestro mundo terrestre queda vinculado a un mundo suprasensible que contiene la parte de la existencia lunar no conden-

sada hasta el estado de percepción físico-sensible. La contiene, por de pronto, como es en la actualidad, y no como era en la prístina época del ciclo lunar. Sin embargo, la conciencia suprasensible puede obtener una imagen del estado antiguo, pues al ahondar en la percepción que puede tener actualmente, se da cuenta de que ésta se va desdoblando por sí misma en dos estampas: una, como la forma que la Tierra tenía durante su ciclo lunar, mientras que el aspecto que ofrece la otra, anuncia una forma todavía en estado de germen, y que sólo en el porvenir será objetiva en el sentido en que la Tierra lo es ahora. Una ulterior observación revela que hacia esa forma futura afluye, enriqueciéndola, eso que, en cierto modo, resulta ser efecto de lo que ocurre en la Tierra actual, o sea, se nos presenta como aquello en que se transformará nuestra Tierra. Los efectos de la existencia terrestre se unirán a lo que suceda en el mundo superior, y de esta unión saldrá el nuevo ser cósmico en que la Tierra habrá de convertirse, tal como la Luna se ha transformado en la Tierra: esta forma futura podemos llamarla estado jupiterino. La percepción suprasensible de este estado comprueba que en el porvenir deben tener lugar ciertos procesos porque, en la parte suprasensible del mundo terrestre procedente de la Luna, se encuentran seres y cosas que adoptarán formas determinadas una vez que, dentro de la Tierra físico-sensible, hayan tenido lugar ciertos eventos. Así pues, en el estado jupiterino habrá elementos que ya están predeterminados desde el ciclo lunar, así como otros nuevos que se incorporarán al conjunto de la evolución tan sólo a través de los procesos terrestres. Por esta razón, la conciencia suprasensible se halla en condiciones de obtener conocimiento previo de lo que ocurrirá durante el estado jupiterino; las entidades y fenómenos que ahí se observan, no poseen carácter gráfico-sensible; ni siquiera se presentan como sutiles formaciones aéreas de las que pudieran

emanar efectos evocadores de impresiones sensorias; son impresiones puramente espirituales de sonido, luz y calor, que no se expresan a través de ninguna envoltura corporal material: sólo puede captarlas la conciencia suprasensible. No obstante, puede atribuírseles a esas entidades un "cuerpo", cuerpo que, sin embargo, consiste en una suma de recuerdos condensados que ellas llevan dentro de su esencia fundamentalmente anímica. Se puede distinguir, en la esencia de esas entidades, entre lo que ellas experimentan actualmente, y lo que es recuerdo de experiencias pasadas, recuerdo que se halla presente en ellas cual si fuera elemento corporal, y del que se percatan tal como el hombre se percata de su cuerpo.

Para un grado de percepción aún superior al que acabamos de señalar como requisito para la cognición de la Luna y de Júpiter, devienen perceptibles seres y cosas suprasensibles que son formaciones perfeccionadas de lo que ya existía durante el estado solar, pero que, debido a su desarrollo posterior, actualmente se halla situado a niveles existenciales tan sublimes que resultan inexistentes para la conciencia que se haya elevado solamente hasta la percepción de las formas lunares. También la imagen de ese mundo trascendente se divide en dos, si el vidente ahonda en él: una de ellas conduce a la cognición del pasado estado solar, en tanto que la otra presenta una forma futura de la Tierra, esto es, la que ella adoptará una vez que se le hayan incorporado los procesos terrestres y jupiterinos. Las facetas de ese mundo futuro constituyen lo que en ocultismo podemos llamar estado venusiano.

De un modo similar, la conciencia suprasensible todavía más desarrollada descubre un estado futuro de la evolución, al que podemos designar como Vulcano, y cuya relación con el estado saturnal es análoga a la existente entre el estado venu-

siano y el ciclo solar, y entre el estado jupiterino y el ciclo lunar. Así, pues, si consideramos el pasado, el presente y el futuro de la evolución de la Tierra, podemos decir que ésta se divide en los ciclos siguientes:

Saturno Júpiter

Sol Tierra Venus

Luna Vulcano

Al lado de estos vastos panoramas de la evolución de la Tierra, la conciencia vidente descubre asimismo detalles relativos a un porvenir más cercano, inmediato, en la inteligencia de que a cada imagen del pasado corresponde otra del porvenir. A propósito de esta conciencia, hemos de insistir, sin embargo, sobre algo que deberá tenerse en cuenta con el máximo rigor. Si queremos adquirir un conocimiento de ello, debemos desistir de la idea de que la mera reflexión filosófica, fruto de nuestra dedicación a la realidad sensible, sea capaz de averiguar algo sobre este particular. Estos temas no pueden ni deben investigarse nunca mediante tal género de reflexión. Quien, por haber recibido de la ciencia espiritual conocimientos relativos al estado lunar, creyera que, por simple reflexión y relacionando las condiciones en la Tierra con las de la Luna, podría averiguar el devenir en Júpiter, se expondría a enormes equivocaciones. Estas condiciones sólo puede investigarlas la conciencia suprasensible elevada al nivel necesario para su observación, y sólo después, lo investigado puede comprenderse incluso sin el recurso de la conciencia suprasensible.

En lo tocante a las informaciones sobre el porvenir, la situación del investigador espiritual es distinta de la que él observa frente a las del pasado. En un principio, el hombre no puede en-

focar los acontecimientos futuros con la imparcialidad de que es capaz cuando trata del examen del pasado. Lo que ha de ocurrir en el porvenir excita su sentimiento y su voluntad, mientras que el pasado le impresiona muy diferentemente; y esto ya es así en el vivir cotidiano. Pero sólo el que conoce ciertas características de los mundos suprasensibles, puede saber hasta qué enorme grado se acentúa esa disposición, y qué formas adopta frente a los hechos ocultos: he aquí la razón por la cual los conocimientos relativos a ellos están sujetos a límites bien determinados.

Así como la gran evolución cósmica puede presentarse en sus estados sucesivos desde Saturno hasta Vulcano, es posible estudiar también períodos más breves, por ejemplo, los que integran el ciclo terrestre. Desde el cataclismo formidable que marcó el final de la antigua civilización atlante, se han sucedido los estados que hemos llamado las civilizaciones protoindia, protopersa, egipcio-caldea y grecolatina; el quinto es en el que se encuentra la humanidad ahora, es decir el presente. Este período, después de haberse preparado desde los siglos IV y V, comenzó a desarrollarse gradualmente durante los siglos XII, XIII y XIV de nuestra era, y se destaca con toda claridad a partir del siglo XV. El período grecolatino, que lo había precedido, empezó aproximadamente en el siglo VIII a.C. Al final de su primer tercio, tuvo lugar la venida de Cristo.

Al pasar del período egipcio-caldeo al grecolatino, se transformaron todas las facultades anímicas del hombre. En el primero, no existía todavía lo que hoy día se conoce como pensar lógico, como concepción racional del mundo; lo que el hombre moderno asimila como conocimientos por medio del entendimiento, lo recibía entonces en una forma adecuada a aquella época histórica, es decir, por una intuición interna inmediata y, en cierto modo, suprasensible. Se percibían las cosas y, al perci-

birlas, surgía en el alma el concepto, la imagen correspondiente; mas para la facultad de cognición así constituida, emergen no sólo imágenes del mundo físico-sensible, sino también, de las profundidades del alma, cierto conocimiento de hechos y entidades pertenecientes a un mundo no sensible, como resto de la antigua y vaga conciencia suprasensible, en un tiempo patrimonio común de toda la humanidad. En el siguiente período, el grecolatino, crecía el número de los que ya nacían sin estas facultades: en su lugar apareció el pensar intelectual sobre las cosas, los hombres se alejaron cada vez más de la percepción inmediata semiconsciente del mundo anímico-espiritual, y poco a poco se vieron limitados a formarse una imagen de ese mundo por medio de su intelecto y sentimiento. En cierto modo, continuó este estado a través de todo el cuarto período postatlante, y sólo quienes habían conservado, como herencia, la antigua constitución anímica, podían seguir recibiendo conscientemente el mundo espiritual de un modo inmediato. Pero estos hombres son representantes extemporáneos de una época anterior; su modo de conocer ya no es el apropiado para la nueva época, puesto que, según las leyes evolutivas, toda facultad anímica antigua pierde su pleno significado cuando aparecen nuevas facultades: adaptada a éstas, ya no puede la vida humana sacar provecho de las antiguas. Mas hubo también quienes, al lado de las facultades intelectuales y afectivas recién adquiridas, empezaron a desarrollar otras superiores de modo absolutamente consciente, por las que podían penetrar otra vez en el mundo anímico-espiritual. Su camino era, sin embargo, desde un principio, distinto al de los discípulos de la antigua iniciación: en ella todavía no hubo que tener en cuenta las facultades anímicas que se desarrollarían solamente a partir del cuarto período. En este cuarto período despuntaron los rudimentos de una disciplina espiritual que, como hemos

dicho en este libro, es la de la época presente. En aquel entonces estaba solamente en sus comienzos; su desarrollo propiamente dicho parte del quinto período (desde los siglos XII y XIII, pero sobre todo desde el XV). Los hombres que, de este modo, procuraban elevarse a los mundos suprasensibles podían, por su Imaginación, Inspiración e Intuición propias, llegar a saber algo de los dominios superiores de la existencia; en cambio, los que se contentaban con sus facultades de intelecto y sentimiento, previamente desarrolladas, podían enterarse sólo por tradición de lo que la antigua clarividencia sabía; tradición que se transmitía de generación en generación, ya oralmente, ya por escrito.

Asimismo, sólo por una tradición de esta especie, pudo la posteridad adquirir conocimiento de la esencia verdadera del acontecimiento de Cristo, a menos de haberse elevado a los mundos suprasensibles. Es verdad que existían también iniciados que todavía conservaban las facultades naturales de percepción del mundo suprasensible y que, desplegándolas, lograban elevarse a un mundo superior, a pesar de dejar desatendidas las nuevas facultades intelectuales y afectivas: por su medio se creó una transición del antiguo al nuevo método iniciático. También en los períodos siguientes hubo personas así constituidas. Lo esencial del cuarto período es precisamente que, por haber perdido el alma el contacto inmediato con el mundo anímico-espiritual, el hombre quedó vigorizado en sus facultades intelectuales y emotivas. Las almas que, al encarnarse entonces, desarrollaron en alto grado estas nuevas facultades, llevaron consigo el fruto de esta evolución a sus encarnaciones en el quinto período. Como compensación por este distanciamiento del mundo espiritual, perduraban para la humanidad las grandiosas tradiciones de la prístina sabiduría, particularmente las relativas a la venida de Cristo, tradiciones que, en virtud de su contenido, proporcionaban a las almas la certidumbre fidedig-

na de mundos superiores. Ahora bien, siempre hubo también hombres que, además de las facultades intelectuales y afectivas, desarrollaban las del conocimiento superior. Y es a ellos a quienes incumbía enterarse de los hechos del mundo superior, y particularmente del Misterio de Cristo, mediante un saber suprasensible inmediato; y eran ellos quienes derramaban la parte de su conocimiento que juzgaban útil y comprensible para las almas de los demás. En armonía con la evolución terrestre, era necesario que, al principio, la propagación del Cristianismo cayese precisamente en una época en que, para gran parte de la humanidad, las facultades de cognición suprasensible no estaban desarrolladas, si era esto lo que daba a la tradición una fuerza tan formidable, indispensable para engendrar la fe en el mundo suprasensible en hombres incapaces de conocerlo por experiencia propia. También afloraban casi siempre (exceptuando un breve período del siglo XIII) ciertos individuos que, por Imaginación, Inspiración e Intuición, eran capaces de elevarse a los mundos superiores; estos hombres son los sucesores poscristianos de los antiguos iniciados, de los guías y adeptos de los Misterios. Su misión consistía en redescubrir, por sus facultades propias, lo que había podido conocerse a través de la antigua sabiduría de los Misterios, y añadir a esto el conocimiento de la esencia del acontecimiento de Cristo.

Así es como nació entre estos nuevos iniciados un conocimiento que abarcaba todo lo que había sido objeto de la antigua iniciación; pero en este conocimiento resplandecía, como centro, el superior saber del Misterio del Hecho de Cristo. Este conocimiento podía introducirse sólo en escala limitada en la vida general, mientras las almas humanas, en este cuarto período, estaban empeñadas en consolidar sus facultades del intelecto y del sentimiento. Se mantenía, por lo tanto, ese saber bastante "oculto". Luego despuntó el nuevo período, esto es, el

quinto, cuyo carácter distintivo consiste en que las facultades intelectuales, prosiguiendo su evolución, florecieron prodigiosamente, y continuarán desarrollándose más allá del presente hacia el porvenir. Arranca la preparación paulatinamente en los siglos XII y XIII, y se acelera desde el XVI hasta nuestros días. Bajo estas influencias, la evolución durante el quinto período se concentró cada vez más en el cultivo de las facultades intelectuales, mientras que la confianza en el saber de los tiempos pasados, como así mismo el conocimiento heredado, perdieron más y más su fuerza influyente sobre el alma humana. Por otra parte, también los conocimientos de la conciencia suprasensible moderna afluían al alma humana con creciente intensidad: "el saber oculto" penetraba en el modo de pensar de los hombres de este período, si bien con influencia casi imperceptible al principio. Es natural que persista el racionalismo con actitud negativa con respecto a tales conocimientos, a pesar de que lo que debe suceder sucederá de todos modos, no importa cuáles sean las impugnaciones temporales. El "saber oculto", que de este modo penetra en la humanidad y que se hará sentir cada vez más, podemos llamarlo simbólicamente el conocimiento del Grial. El que llega a comprender el profundo significado de este símbolo, tal como nos lo presentan la tradición y la leyenda, descubre que por su medio se revela la naturaleza de lo que anteriormente hemos llamado el conocimiento de la nueva iniciación, cuyo centro es el Misterio de Cristo. Así, pues, podemos también dar a los iniciados modernos el nombre de "iniciados en el Grial". El camino a los mundos suprasensibles, cuyos primeros grados se describen en este libro, conduce a la "ciencia del Santo Grial". Este conocimiento tiene la particularidad de que sus hechos sólo pueden investigarse si se han adquirido los medios descritos en este libro; pero una vez investigados, las facultades anímicas desarrolladas en nuestro quinto

período permiten su comprensión. De hecho, se pondrá progresivamente en evidencia que estas facultades sentirán cada vez mayor satisfacción al enfocarse hacia dicho conocimiento suprasensible. Vivimos en una época en que la conciencia común debe darle cabida a esta realidad suprasensible en forma más amplia que antes, a lo que pretende contribuir la información contenida en este libro. En la medida en que la evolución de la humanidad se nutra de lo que el Grial significa, más y más se vigorizará el impulso dado por el Evento de Cristo, y la evolución exterior de la cultura cristiana, progresivamente recibirá su complemento de la cultura interior. Lo que, por Imaginación, Inspiración e Intuición, pueda conocerse acerca de los mundos superiores en relación con el Misterio de Cristo, impregnará cada vez más el pensamiento, el sentimiento y la voluntad del hombre: el "oculto saber del Grial" se revelará y, como fuerza interior, compenetrará cada vez más la vida del hombre.

En el curso del quinto período el conocimiento de los mundos suprasensibles fluirá en la conciencia humana; y al comenzar el sexto, la humanidad puede haber alcanzado nuevamente, pero en un nivel superior, lo que como percepción no sensible, en una forma aún opaca, en tiempos antiguos había poseído; mas esta nueva posesión tendrá un carácter bien distinto de la antigua. En los tiempos antiguos, el saber del alma, concerniente a los mundos superiores, no estaba compenetrado de fuerzas propias del intelecto y del sentimiento; pues, poseía ese saber por inspiración. En el futuro, no solamente tendrá inspiraciones, sino que las comprenderá, y las sentirá como ser de su propio ser. Al hacer suyo un conocimiento sobre tal o cual ser u objeto, la inteligencia encontrará en sus mismas leyes la justificación de ese conocimiento; en cambio, si se hace valer otro conocimiento relativo a un precepto moral o a la conducta humana, el alma se dirá: mi sentimiento se justifica ante sí

mismo sólo si pongo en práctica lo que este conocimiento me exige. Es de esperar que semejante actitud se desarrolle en un número suficientemente amplio de los individuos del sexto período.

En el quinto período se repite, en cierto modo, lo que el tercero, o sea, el egipcio-caldeo, ha aportado a la evolución de la humanidad. En éste, percibía el alma todavía ciertos hechos del mundo suprasensible, percepción que iba entonces desvaneciéndose, a la vez que se preparaban para su evolución futura las facultades intelectuales que, por de pronto, habían de excluir al hombre del mundo superior. En el quinto período, época actual, vuelven a manifestarse los hechos suprasensibles que, en el tercero, percibía la conciencia en estado crepuscular; pero en la actualidad quedan impregnados de las personales facultades humanas intelectuales y emotivas; asimismo los satura lo que afluye al alma humana por el conocimiento del Misterio de Cristo, a consecuencia de lo cual revisten aquellos hechos forma muy distinta de la que tenían anteriormente. En tiempos antiguos, las impresiones de los mundos suprasensibles se experimentaban como potencias que impulsaban al hombre desde un mundo espiritual exterior a él; en adelante, y gracias a la evolución de la nueva era, se experimentarán como un mundo en cuyo seno se desarrolla el hombre y en el que va participando más y más. No hay que creer que la recapitulación de la cultura egipcio-caldea pueda realizarse, de tal manera, que el alma simplemente vuelva a acoger lo que entonces había existido y que ha sido transmitido por tradición; el impulso Crístico, bien comprendido, tiene por efecto que, habiéndolo recibido, el alma humana se siente miembro de un mundo espiritual y, como tal, guía su conocimiento y sus actos; anteriormente se hallaba fuera de dicho mundo.

Así como el tercer período resurge en el quinto, enriquecido con todas las nuevas cualidades adquiridas por el alma humana durante el cuarto, una repercusión similar tendrá lugar en el sexto con respecto al segundo, y en el séptimo con respecto al primero, esto es, el de la India primitiva. Todas las maravillas de la antigua sabiduría hindú, reveladas por los grandes instructores de aquel entonces, surgirán de nuevo en el curso del séptimo período, como realidad viviente en las almas humanas.

Ahora bien, las transformaciones que tienen lugar en la Tierra fuera del hombre, guardan cierto paralelismo con la evolución propia de la humanidad. Tras el séptimo período se producirá en la Tierra un cataclismo comparable al que tuvo lugar entre las eras atlante y postatlante, después del cual los estados evolutivos terrestres, después de la transformación, se desenvolverán a su vez en otros siete períodos, y las almas humanas que entonces encarnen experimentarán, en un nivel más elevado, aquella comunión con un mundo superior ya experimentada anteriormente por los atlantes en estado inferior. Sin embargo, solamente estarán a la altura de las nuevas condiciones terrestres las almas que posean las características que puedan desarrollarse por la influencia de los períodos cuarto, quinto, sexto y séptimo del ciclo postatlante, y la vida interna de estas almas armonizará con lo que la Tierra haya devenido hasta entonces. Las demás almas necesariamente quedarán rezagadas, aunque anteriormente hubieran podido crear ellas mismas las condiciones para seguir desarrollándose. Para las condiciones que sucedan al próximo gran cataclismo se hallarán maduras las almas que, precisamente en la transición del quinto al sexto período postatlante, se hallan creado la posibilidad de saturar los conocimientos suprasensibles con sus recién adquiridas facultades intelectuales y emotivas: los períodos quinto y sexto son, en cierto modo, decisivos. En el séptimo período, las almas

que hubieren alcanzado su meta en el sexto continuarán desarrollándose en la forma adecuada; a las demás, las nuevas condiciones del medio ambiente les ofrecerán pocas posibilidades de recuperar lo perdido; no será hasta mucho más tarde que vuelvan las condiciones en que esto les sea posible.

La evolución progresa de período en período; el conocimiento suprasensible registra no sólo los futuros cambios en los que participe únicamente la Tierra, sino también los que ocurran con el concurso de los demás cuerpos celestes que la rodean. Así, llegará un momento en el que la evolución terrestre y humana habrá progresado hasta el punto de permitir que las fuerzas y entidades que, durante la época lemúrica, tuvieron que separarse de la Tierra para hacer posible el progreso ulterior de los seres terrestres, podrán volverse a unir con la Tierra. La Luna se reunirá de nuevo con la Tierra, cuando haya un número suficiente de almas humanas con la necesaria fuerza interior para hacer fructíferas las fuerzas lunares en provecho de la ulterior evolución. Y esto ocurrirá en una época en que, al lado de la evolución superior alcanzada por cierto número de almas humanas, se desenvolverá otra corriente encauzada hacia el mal. Las almas rezagadas habrán acumulado en su karma tanto error, maldad y falsedad, que, por de pronto, formarán una comunidad especial de malvados y extraviados, violentamente hostiles a la comunidad de los buenos.

Gracias a su evolución, la parte buena de la humanidad adquirirá la facultad de hacer uso de las fuerzas lunares, y así transformar suficientemente la parte mala para que ella pueda participar en la evolución ulterior, como un reino terrestre especial. Gracias a este trabajo de la humanidad ennoblecida, la Tierra, unida a la Luna, se hallará en condiciones de volverse a

unir con el Sol después de cierto período evolutivo, así como también con los demás planetas.

Tras un estado intermedio, que es como una estancia en un mundo superior, la Tierra se transformará en el estado evolutivo Júpiter, en el que ya no existirá lo que ahora llamamos reino mineral, pues sus energías se habrán transformado en fuerzas vegetales: este nuevo reino vegetal, de forma completamente distinta del nuestro actual, será, en el estado jupiterino, el más bajo de los reinos. Superior a él será el reino animal también transformado; y, superior a éste, un reino humano constituido por los descendientes de la humanidad rezagada formada en la Tierra. Por encima de estos reinos se hallarán los descendientes de la buena comunidad terrestre, que formará un reino humano de categoría superior, y gran parte de su actividad habrá de consistir en la elevación de las almas caídas, para que puedan encontrar de nuevo el camino hacia el reino humano propiamente tal.

En el estado evolutivo Venus habrá ya desaparecido, a su vez, el reino vegetal: el reino más bajo lo constituirá el reino animal por segunda vez transformado; por encima de él se superpondrán tres reinos humanos de perfección desigual. Durante el estado Venus, la Tierra permanece unida con el Sol; en contraste con la evolución del período de Júpiter, durante el cual llega un momento en el que Sol vuelve a separarse de Júpiter, y éste recibe entonces la acción solar desde fuera. Más tarde, el Sol y Júpiter vuelven a unirse, y la transformación progresiva de las cosas crea el estado venusiano, durante cuya fase se desprende de Venus un cuerpo celeste especial que contiene todos los seres decididamente hostiles a la evolución, en cierto modo los que integran una "Luna incorregible", que se encam-

ina hacia una naturaleza tan distinta de todo lo que el hombre puede experimentar en la Tierra que no es posible encontrar términos adecuados para describirla. La humanidad evolucionada continúa progresando en un estado completamente espiritualizado, hasta llegar al ciclo de Vulcano, cuya descripción trasciende los límites de esta obra.

Así pues, vemos que del "conocimiento del Grial" resulta el ideal más elevado que pueda concebirse para la evolución humana, a saber, la espiritualización que el hombre adquiere por su propio esfuerzo, espiritualización que aparece en último término como resultado de la armonía que, en los períodos postatlantes quinto y sexto, el hombre establezca entre las facultades intelectuales y emotivas adquiridas, por una parte, y los conocimientos de los mundos suprasensibles, por la otra. La vida interior que él, de este modo, propicia en su alma, acaba por devenir mundo exterior; su espíritu se eleva a las grandiosas impresiones de ese mundo exterior, donde comienza a presentir, y acaba por reconocer, a las entidades espirituales presentes tras esas impresiones: el corazón del hombre siente la infinita sublimidad de un Universo espiritual. Al mismo tiempo, el hombre puede reconocer también que sus propias experiencias intelectuales, emotivas y caracterológicas, son gérmenes de un mundo espiritual en vías de formación.

Quien crea que la libertad humana no es compatible con la predeterminación de la condición futura de las cosas, deberá tener en cuenta que así como el libre obrar del hombre en el porvenir no depende de cómo será lo predeterminado, su libertad tampoco está supeditada a su decisión de cambiarse, dentro de un año, a una casa cuyo proyecto se está haciendo actualmente. Tal hombre será libre en el grado en que pueda serlo de acuerdo con su propia decisión, o sea, cambiarse a una casa cuando esté

construida. En Júpiter y Venus, el ser humano será tan libre, por lo tanto, como corresponda a su madurez interior, precisamente dentro de las condiciones que allí prevalezcan, su libertad no dependerá de lo predeterminado por circunstancias anteriores, sino de lo que el alma sea capaz de decidir, como resultado de su evolución.

* * *

El estado evolutivo terrestre contiene lo que se ha desarrollado dentro de los estados anteriores saturnal, solar y lunar, y el hombre terrestre descubre "sabiduría" en los procesos que se desenvuelven en torno a él, sabiduría contenida en ellos como resultado del desenvolvimiento anterior. Recordemos que la Tierra es descendiente de la "antigua Luna", constituida en "Cosmos de Sabiduría". Al marcar la Tierra el comienzo de una evolución que conduce al hombre a sentirse miembro autónomo de un mundo espiritual, agrega a la sabiduría lunar una energía nueva, el "Yo" que, durante la época terrestre, le infunden los "Espíritus de la Forma", en analogía a la formación del cuerpo físico en Saturno por los "Espíritus de la Voluntad", a la del cuerpo vital en el Sol por los "Espíritus de la Sabiduría", y a la del cuerpo astral en la Luna por los "Espíritus del Movimiento". La colaboración de los "Espíritus de la Voluntad, de la Sabiduría y del Movimiento" dio origen a lo que se manifiesta como sabiduría; y gracias a su actividad, los seres y procesos terrestres pueden concordar sabiamente con los demás seres de su mundo. De los "Espíritus de la Forma", el hombre recibe su "Yo" autónomo, yo que, en el porvenir, concordará con los seres de la Tierra, Júpiter, Venus y Vulcano, gracias a la fuerza específica, el Amor, que durante la evolución terrestre se incorpora a la sabiduría. Esta fuerza debe empezar a germinar en el hombre terrestre, y así el "cosmos de la sabiduría" se convertirá en el

"cosmos del amor". Todo lo que el "Yo" sea capaz de desarrollar en sí mismo debe convertirse en amor, cuyo "prototipo" se manifiesta en el excelso Ser Solar que hemos podido caracterizar al describir la evolución referente a Cristo: Él es quien deposita el germen del amor en lo más profundo de la naturaleza humana; y desde el centro así creado, ha de fluir en toda la evolución. Así como la sabiduría, resultado de procesos cósmicos anteriores, se pone de manifiesto en las fuerzas del mundo exterior terrestre, en las "fuerzas de la naturaleza" actuales, del mismo modo, en el porvenir, el amor se revelará en todos los fenómenos como nueva fuerza natural. He ahí el misterio de toda la evolución hacia el porvenir: el conocimiento y todo lo que el hombre lleve a cabo en sentido evolutivo, es una siembra que debe madurar hacia el amor, y cuanto mayor sea la fuerza de ese amor, tanto mayor será el impulso creador para el futuro. Así, en los futuros frutos de lo que ahora es sólo semilla del amor, yacerá el gran impulso que conduzca al resultado final de la espiritualización descrita. Y ¿cómo crear estas semillas? Cuanto más conocimiento espiritual afluya a la evolución humana y terrestre, tantos más serán los gérmenes de amor capaces de subsistir para el porvenir: el conocimiento espiritual, por su misma naturaleza, se transforma en amor. Todo el proceso anterior, partiendo del período grecolatino y a través de la época actual, nos muestra cómo debe tener lugar esta transmutación en cuya evolución ya hemos entrado. Lo que a través de los ciclos saturnal, solar y lunar, se ha preparado como sabiduría, obra en los cuerpos físico, etéreo y astral del hombre y se manifiesta como "sabiduría universal" externa; en cambio, en el "Yo" se vuelve interior. A partir del estado terrestre, la "sabiduría del mundo exterior" se convierte en sabiduría interior en el hombre; se convierte en germen del amor: la sabiduría es la condición previa del amor; el amor es el resultado de la sabiduría renacida en el "Yo".

Quien por las reflexiones que preceden pudiera sentirse inducido a opinar que la evolución, tal como la hemos descrito, lleva un sello fatalista, no las habría comprendido: quien crea, por ejemplo, que en semejante evolución un número determinado de hombres está condenado a pertenecer al reino de la "humanidad malvada", no se da cuenta de cómo se desarrolla en dicha evolución la relación mutua entre el mundo sensible y el anímico-espiritual. Ambos mundos, aquél y éste, forman, dentro de ciertos límites, corrientes evolutivas separadas, y así, las fuerzas de la corriente del mundo sensible dan origen a las formas de la "humanidad malvada". La necesidad, para un alma humana, de encarnarse en una de ellas, existirá solamente si se ha creado, ella misma, las condiciones para ello. Podría también darse el caso de que para las formas físicas, producto de las fuerzas del mundo sensible, no hubiese almas humanas procedentes de la época anterior, por ser éstas demasiado buenas para cuerpos de esta especie. Estas formas, en lugar de acoger tales almas humanas tendrían entonces que recibirlas desde el cosmos. Las formas caracterizadas sólo recibirán almas humanas si éstas se han preparado para tal encarnación. En este dominio, el conocimiento suprasensible no puede afirmar sino lo que percibe, a saber, que en el lejano porvenir existirán dos reinos humanos, uno bueno y otro malo; pero lo que no le incumbe hacer es inferir intelectualmente, a partir del estado de las almas actuales, un estado futuro que deba producirse por imperativo natural. Las sendas por las que el conocimiento suprasensible debe buscar, por una parte, la evolución de las formas humanas y, por otra, la evolución de los destinos de las almas, son completamente distintas; la confusión de ambas en la concepción del mundo sería un remanente del modo de pensar materialista que, de existir, se infiltraría peligrosamente en la ciencia suprasensible.

VII.

OBSERVACIONES COMPLEMENTARIAS

A Propósito de la Percepción del Cuerpo Etéreo del Hombre

La percepción suprasensible de los miembros superiores del hombre en ningún momento es completamente igual a la percepción por medio de los sentidos exteriores. Cuando el hombre toca un objeto y recibe una sensación de calor, hay que distinguir entre lo que proviene del objeto, esto es, lo que éste emite, por así decirlo, y lo que se experimenta en el alma: la experiencia interior de la sensación térmica es algo distinto del calor que el objeto irradia. Imaginémonos esta experiencia térmica por sí sola, sin el objeto, y representémonosla anímicamente, sin que la haya motivado un objeto físico exterior. Si tal experiencia se presentara simplemente sin motivo, sería una vivencia imaginaria. El estudiante de la ciencia espiritual experimenta tales percepciones interiores sin motivo físico, sobre todo sin motivo procedente de su propio cuerpo. Pero en cierta etapa de su desarrollo, estas percepciones se le presentan en forma tal que puede saber, por la experiencia misma, que su percepción no es imaginaria, sino algo provocado por una entidad anímico-espiritual que pertenece a un mundo suprasensible exterior, al igual que la sensación ordinaria de calor que le ha causado un objeto físico-sensible. Asimismo, cuando se trata de la per-

cepción de colores, hay que distinguir entre el color que se encuentra en el objeto exterior y la sensación cromática interna. Representémonos esta sensación cuando el alma percibe un objeto rojo, e imaginemos que conservamos un recuerdo vívido de esa impresión, apartando la vista del objeto; representemos como experiencia interior este recuerdo: así hemos logrado la distinción entre la experiencia interior del color y el color exterior mismo. Por su contenido, estas experiencias interiores se diferencian radicalmente de las impresiones sensorias externas: llevan el sello de lo que se siente como dolor y alegría, en un grado mucho mayor que las sensaciones sensorias ordinarias. Imaginémonos ahora una experiencia interior de esta especie, surgiendo en el alma sin que esté motivada por un objeto exterior o por su recuerdo. El investigador de lo suprasensible puede tener una experiencia de esta especie y, saber que no se trata de un sentimiento imaginario, sino que es expresión de una entidad anímico-espiritual. Ahora bien, si esta entidad anímico-espiritual provoca en el alma la misma impresión que un objeto rojo del mundo sensible, cabe decir que es roja, con la diferencia de que, si existe un objeto físico, primero es la impresión exterior, y luego sigue la experiencia interior del color; en cambio, en la genuina percepción suprasensible moderna, el orden deber ser inverso: primero se presenta la experiencia interior en forma vaga, al igual que el mero recuerdo de un color; y después una imagen cada vez más viva. Cuanto menos atención se preste al hecho de que el proceso ha de producirse precisamente en la forma descrita, tanto menos podrá distinguirse entre una percepción espiritual verdadera y un engaño imaginario (ilusión, alucinación, etc.). La vivacidad de que la imagen en el caso de la percepción anímico-espiritual, permanezca totalmente vaga como nebulosa representación, o produzca un efecto intenso como un objeto exterior, dependerá enteramente del desarrollo alcanzado por el estudiante de lo suprasensible.

Ahora bien, la impresión general que el vidente recibe del cuerpo etéreo humano puede describirse en la forma siguiente: el investigador de lo suprasensible que haya adquirido una fuerza de voluntad suficiente para que, a pesar de tener ante sí a un hombre físico, pueda hacer abstracción de lo que ve su ojo físico, será capaz de percibir, por medio de la conciencia suprasensible, el contenido del espacio que éste ocupa. Claro está que el investigador deberá haber fortalecido considerablemente su voluntad para abstraerse, no sólo de algo en lo que piensa, sino de algo que tiene delante, hasta el punto de quedar extinguida totalmente la impresión física. Efectivamente, es posible este fortalecimiento de la voluntad, y se logra por medio de los ejercicios que tienen por objeto el conocimiento suprasensible, gracias a los cuales el investigador llega, por de pronto, a la impresión general del cuerpo etéreo. En su alma surge una sensación interna igual a la que tiene al ver, por ejemplo el color de la flor de durazno (melocotón); y esta sensación se intensifica a tal grado, que ello le permite decir: el cuerpo etéreo tiene color de la flor de durazno. Luego va percibiendo cada uno de los órganos y corrientes del cuerpo etéreo. Se puede ampliar su descripción recurriendo a las experiencias anímicas que correspondan a sensaciones térmicas, impresiones acústicas, etc., ya que este cuerpo etéreo no es tan sólo un fenómeno cromático.

En el mismo sentido pueden describirse el cuerpo astral y los demás miembros constitutivos de la entidad humana, y quien tenga esto en cuenta, apreciará en lo justo las descripciones resultantes de la ciencia espiritual. (Véase el capítulo "Integración de la entidad humana")

A Propósito del Mundo Astral

En tanto que limitamos nuestra observación al mundo físico, la Tierra, como morada del hombre, se presenta como un cuerpo cósmico separado, separación que deja de existir tan pronto como la cognición superior se eleva a otros mundos. Por eso hemos podido decir que la Imaginación percibe, simultáneamente con la Tierra en su realidad, el proceso ulterior por el que ha pasado hasta el presente el antiguo estado lunar. La Imaginación así observa no sólo lo suprasensible de la Tierra, sino, inicialmente, también lo suprasensible de otros cuerpos cósmicos, separados físicamente de nuestro planeta. (Se trata por de pronto de una observación de lo suprasensible de los otros cuerpos cósmicos; téngalo presente quien se sienta impelido a preguntar: ¿por qué no nos informan los clarividentes sobre el aspecto material de Marte, por ejemplo? El que hace esta pregunta piensa en sus condiciones físico-sensibles.) Por ser esto así, hemos podido referirnos en este libro a ciertas relaciones de la evolución terrestre con evoluciones simultáneas de Saturno, Júpiter, Marte, etc...

Cuando el cuerpo astral del hombre se desprende de él durante el sueño, forma parte, no sólo de las condiciones telúricas sino también de mundos que la Tierra comparte con otros dominios cósmicos, mundos siderales que ejercen su actividad sobre el cuerpo astral incluso durante la vigilia. Por esta razón creo justificado el término "cuerpo astral".

A Propósito de la Vida Humana Después de la Muerte

En el curso de esta obra nos hemos referido a la fase durante la cual, después de la muerte, el cuerpo astral permanece unido al etéreo. Durante esta fase persiste el recuerdo de todo lo que se ha vivido, recuerdo que se va disipando poco a poco; su duración difiere según los individuos, pues depende de la fuerza con que el cuerpo astral retenga el cuerpo etéreo, es decir, del poder que el primero ejerza sobre el segundo. El conocimiento suprasensible puede obtener una impresión de este poder si observa a un hombre que, a juzgar por el estado psicosomático en que se encuentra, debería estar dormido, pero se mantiene despierto por su energía interior. Entonces puede verse que el tiempo que el hombre es capaz de permanecer despierto sin sucumbir al sueño varía según los individuos. Ahora bien, tras la muerte, el recuerdo de la vida pasada, o sea, la unión con el cuerpo etéreo, persiste aproximadamente tanto tiempo como el individuo es capaz de mantenerse despierto en caso extremo.

Cuando el cuerpo etéreo se separa del hombre después de la muerte (véase el capítulo "El Sueño y la Muerte"), queda del mismo, para su evolución futura, algo como un extracto o esencia de dicho cuerpo etéreo, extracto que contiene los frutos de la vida pasada y es el portador de todo lo que, durante la evolución espiritual del hombre entre la muerte y el nuevo nacimiento, desarrolla como germen para la vida siguiente.

La duración entre la muerte y el nuevo nacimiento (véase el capítulo "El Sueño y la Muerte") está determinada por el hecho de que, por regla general, el "Yo" retorna al mundo físico-sensible cuando éste se ha transformado lo suficiente para ofrecerle al "Yo" nuevas experiencias. En tanto que el "Yo" se halla en los dominios espirituales, su morada terrestre se transforma, trans-

formación que se relaciona, en determinado aspecto, con los grandes cambios que sufre el Universo, por ejemplo los que afectan a la posición de la Tierra con respecto al Sol. Estos cambios, sin embargo, implican ciertas repeticiones, aunque cada vez en conjunción con condiciones nuevas. Exteriormente, estos cambios hallan su expresión, por ejemplo, en el fenómeno de que el punto zodiacal en que el Sol sale al principio de la primavera, recorre un círculo completo en el espacio de 26.000 años aproximadamente. De suerte que esta posición del Sol en primavera, o punto vernal, se mueve de una región a otra. En el curso de la duodécima parte de este ciclo, en el período de 2.100 años aproximadamente, las condiciones terrestres se han modificado lo suficiente para que el alma humana, tras su encarnación anterior, pueda aprender algo nuevo en la Tierra. Pero como las experiencias adquiridas por el hombre son distintas según se trate de encarnación masculina o femenina, el ser humano pasa, por regla general, por dos encarnaciones dentro de ese período: una masculina y otra femenina. Sin embargo, esto dependerá también de las cualidades que el individuo lleve consigo de la existencia terrenal a la postmortem. Así pues, todas estas indicaciones son válidas sólo en lo esencial, y pueden variar del modo más diverso en los detalles. En efecto, el tiempo en que el "Yo" del hombre permanece en el mundo espiritual entre la muerte y el nuevo nacimiento, no depende tan sólo de las mencionadas condiciones del Universo; en otro aspecto, depende de los estados evolutivos por los que el hombre pasa durante ese tiempo. Estos estados conducen al "Yo", después de cierto período, a una condición en que ya no encuentra satisfacción en su experiencia espiritual interior, y en que desarrolla el deseo de un cambio de conciencia cuya satisfacción consiste en encontrarse ante el espejo de la experiencia física. De la sinergia de esta sed interior de encarnar, y la posibilidad, ofrecida por

el Cosmos, de encontrar el organismo físico adecuado, deriva la entrada del hombre en la existencia terrenal. Considerando, pues, que se requiere la conjugación de dos factores distintos, la encarnación tiene lugar a veces cuando la "sed" no ha alcanzado todavía toda su intensidad, porque se presenta la ocasión de una encarnación aproximadamente adecuada, y otras veces, la encarnación tiene lugar cuando la "sed" ya ha sobrepasado su intensidad normal, porque en el momento oportuno no había todavía posibilidad de encarnación: las condiciones vitales en que el hombre se encuentra colocado a causa de su constitución somática, dependen de esas circunstancias.

A Propósito de los Períodos de la VidaHumana

La vida del hombre, tal como se manifiesta en la sucesión de los estados entre el nacimiento y la muerte, puede comprenderse completamente sólo si se toman en cuenta, además del cuerpo físico-sensible, los cambios que se producen en los miembros suprasensibles de la naturaleza humana. Estos cambios pueden considerarse en la forma siguiente: el nacimiento físico implica que el niño se desprende de la envoltura física materna. Las energías que, antes del nacimiento, el embrión compartía con el cuerpo materno, continúan en él después del nacimiento tan sólo como energías autónomas. Ahora bien, la percepción suprasensible registra en el transcurso de la vida fenómenos suprasensibles similares a los sensibles que han tenido lugar con el nacimiento físico. ¿Cuáles son? Hasta la segunda dentición aproximadamente, o sea, hasta la edad de seis o siete años, el cuerpo etéreo está rodeado de una envoltura etérea, envoltura de la que se separa a la mencionada edad, dando "nacimiento" al cuerpo etéreo. Pero el hombre continúa rodeado de una envoltura astral que desaparece, a su vez, en la época de la puber-

tad, esto es, entre los doce y dieciséis años, dando "nacimiento" al cuerpo astral. Y todavía más tarde, nace el "Yo" propiamente dicho. (Los fecundos puntos de vista que para la educación resultan de estos hechos suprasensibles, se hallan expuestos en mi opúsculo "La educación del niño. Metodología de la enseñanza"*; en él se encuentran más detalles relativos a lo que aquí no podemos indicar más que someramente).

Después del nacimiento del "Yo", el hombre se adapta a las circunstancias ambientales y vitales, y desenvuelve una actividad dentro de las mismas en consonancia con los tres miembros, esto es, el alma sensible, el alma racional y el alma consciente, que actúan gracias a la presencia del "Yo". Luego viene una época en la que el cuerpo etéreo involuciona en cierto modo, por un proceso inverso al de su desarrollo después del séptimo año. Mientras que el despliegue anterior del cuerpo astral se caracteriza en que, primero (juventud), desarrolla dentro de sí lo que en el nacimiento existía en él como potencia, y, más tarde, después del nacimiento del Yo (virilidad), se enriquece con las experiencias del mundo exterior, a partir de un momento determinado, hacia la mitad de la vida humana, este cuerpo astral empieza a nutrirse espiritualmente de su propio cuerpo etéreo, y así, lo consume.

En el curso ulterior de la vida, llega el momento en que este cuerpo etéreo, empieza, a su vez, a vivir del cuerpo físico, y con esto se relaciona la decadencia de éste en la senectud.

Así pues, el curso de la vida humana se divide en tres períodos: uno, durante el cual los cuerpos físico y etéreo se desarrollan; otro, en que se desenvuelven el cuerpo astral y el "Yo", y finalmente, el período en que los cuerpos etéreo y físico se transforman en sentido inverso, es decir que, entran en decadencia. El cuerpo astral participa de todos estos procesos entre

el nacimiento y la muerte, pero considerando que, en realidad, no nace espiritualmente hasta entre los doce y dieciséis años, y que en el último período de la vida debe nutrirse de las fuerzas de los cuerpos etéreo y físico aquello que él es capaz de llevar a cabo por sus propias fuerzas, se desarrolla más lentamente que si no estuviera dentro de un cuerpo físico y etéreo. Por esta razón, una vez desintegrados los cuerpos físico y etéreo, el período de purificación (véase el capítulo "El Sueño y la Muerte") se efectúa de tal manera que representa un tercio de la vida entre el nacimiento y la muerte.

Las Regiones Superiores del Mundo Espiritual

Por medio de la Imaginación, la Inspiración y la Intuición, el conocimiento suprasensible se eleva progresivamente hasta las regiones del mundo espiritual en que le son asequibles los seres que intervienen en la evolución del mundo y la humanidad. Asimismo, esos medios le brindan la posibilidad de seguir de cerca, inteligentemente, la evolución del hombre entre la muerte y el nuevo nacimiento. Pero existen regiones superiores todavía, a las que no podemos aludir aquí más que someramente. El conocimiento suprasensible que se ha elevado hasta la Intuición, se mueve en un mundo de seres espirituales, y lo que es asunto de la humanidad actual, se extiende, en cierto modo, hasta ese mundo de la Intuición. Pero el hombre recibe también, entre la muerte y el nuevo nacimiento, las influencias de mundos todavía más elevados, influencias que no experimenta directamente, sino que son los seres del mundo espiritual quienes se encargan de suministrárselas: dirigiendo hacia ellos la mirada, uno se explica todo lo que ocurre con el hombre. Sin embargo, también esos seres espirituales evolucionan, a su vez; y su propia superación constante que les permite conducir

en forma ascendente la evolución humana, puede observarse sólo mediante un conocimiento que trasciende el nivel de la Intuición. Más allá del dominio de ésta se extiende la región donde se teje el plan cósmico en virtud de causas espirituales. Las más elevadas inquietudes espirituales de la Tierra integran, para esos mundos, la categoría más baja. Por ejemplo, dentro del dominio terrenal las decisiones basadas en la razón pertenecen a lo más elevado, mientras que las fuerzas del reino mineral constituyen lo más bajo; en aquellas regiones, las decisiones basadas en la razón ocupan, poco más o menos, el mismo rango que las fuerzas minerales en la Tierra.

A Propósito de los Miembros Constitutivos de la Entidad Humana

Al decir que el "Yo" trabaja sobre los miembros de la entidad humana -los cuerpos físico, etéreo y astral- y los transforma, en orden inverso, en "Yo espiritual", "Espíritu de vida" y "Hombre espíritu", nos referimos al trabajo del yo sobre la entidad humana por medio de las facultades más elevadas, cuyo desarrollo empezó solamente en el curso del ciclo terrestre. Pero dicha transformación está precedida por otra a un nivel inferior, siendo esta otra la que da origen al alma sensible, a la racional y a la consciente. En efecto, al formarse el alma sensible, se producen transformaciones en el cuerpo astral, mientras que la formación del alma racional encuentra su expresión en modificaciones del cuerpo etéreo, y la del alma consciente en modificaciones del cuerpo físico.

Al tratar de la evolución terrestre se estudiaron detalladamente estas transformaciones, de lo que resulta que incluso el alma sensible supone ya un cuerpo astral transformado; el alma

racional, un cuerpo etéreo transformado; y el alma consciente, un cuerpo físico transformado. Pero también se pueden considerar estos tres miembros anímicos como partes del cuerpo astral, puesto que el alma consciente, por ejemplo, sólo es posible por el hecho de ser una entidad astral en un cuerpo físico adaptado a ella; vive una vida astral en un cuerpo físico adaptado para servirle de morada.

A Propósito del Soñar

El estado onírico, caracterizado en el tercer capítulo de este libro, ha de considerarse, por un lado, como resto de la antigua conciencia refleja tal como la poseía el hombre durante el ciclo lunar y gran parte del terrestre, pues es, en efecto, propio de la evolución, que los estados anteriores se proyecten en los posteriores. De modo que, en un aspecto, en los sueños del hombre actual, se manifiesta como remanente lo que anteriormente era un estado normal; y en otro aspecto, este estado difiere de esa antigua conciencia pictórica, ya que, desde el advenimiento del Yo, éste interviene también en los procesos del cuerpo astral que tienen lugar mientras se sueña. Así pues, en los sueños se manifiesta una conciencia refleja modificada por la presencia del Yo; pero, considerando que éste no ejerce su actividad sobre el cuerpo astral conscientemente durante los sueños, ningún elemento perteneciente al dominio de éstos deberá considerarse como formando parte de lo que realmente puede conducir a un auténtico conocimiento de los mundos superiores. Lo mismo puede decirse acerca de lo que, con frecuencia, llaman visión, presentimiento o "segunda vista", fenómenos que se producen por desconexión del "Yo", dando así lugar a la aparición de restos de antiguos estados de conciencia que no tienen inmediato valor para la ciencia espiritual. Lo que se observa en

tales estados, no puede considerarse como resultado auténtico de dicha ciencia.

Alternativa a la Adquisición de Conocimientos Suprasensibles

El sendero que conduce al conocimiento de los mundos suprasensibles, descrito detalladamente en el presente libro, puede llamarse también el "sendero directo cognoscitivo"; paralelamente existe otro, que podemos llamar el "sendero del sentimiento", sin que esto implique que el primero no tenga que ver con el cultivo de la vida emotiva, puesto que, por el contrario, conduce a su máxima profundización. Sin embargo, el "sendero del sentimiento", de un modo directo, va dirigido al mero sentimiento y, sólo partiendo de él, trata de elevarse al conocimiento. Descansa en el hecho de que, cuando el alma se concentra en un sentimiento durante cierto tiempo, este sentimiento se transforma en conocimiento, en percepción imaginativa. Si, por ejemplo, durante semanas, meses o períodos aún mayores, el alma se llena enteramente del sentimiento de humildad, su contenido se transforma en percepción, y avanzando paso a paso en la vivencia de tales sentimientos, puede llegar a encontrar una senda hacia las regiones suprasensibles. Mas para el hombre actual y dentro de las condiciones de la vida moderna, no es fácil este camino, puesto que para ello es casi indispensable el aislamiento y la vida solitaria. En efecto, especialmente al principio de este desarrollo, las impresiones de la vida cotidiana estorban los resultados de la concentración en sentimientos determinados; en cambio, la senda del conocimiento descrita en este libro puede seguirse en cualquier situación de la vida actual.

La Observación de Hechos y Seres Particulares en el Mundo Espiritual

Se puede plantear la cuestión de si la concentración interior y los demás medios descritos para la adquisición de conocimientos suprasensibles, permiten solamente la observación generalizada del hombre entre la muerte y el nuevo nacimiento u otros procesos espirituales; o bien si, por medio de ellos, se pueden observar también procesos y seres bien determinados, por ejemplo, algún difunto en particular. La respuesta será la siguiente: quien, por los medios descritos, adquiere la facultad de observar el mundo espiritual, puede darse cuenta también de determinados pormenores que existen en dicho mundo; se hace apto para entrar en contacto con seres humanos que viven en el mundo espiritual entre la muerte y el nuevo nacimiento. Sin embargo, semejante contacto debería tener lugar sólo después de haberse adiestrado metódicamente en la adquisición de conocimientos suprasensibles, puesto que sólo entonces puede distinguir entre ilusión y realidad en lo tocante a acontecimientos y entidades particulares. Quien intente observar detalles específicos sin previa disciplina adecuada, será víctima de innumerables errores, pues incluso lo más elemental, esto es, la comprensión de cómo deben interpretarse las impresiones respectivas, no es posible sin un avanzado entrenamiento espiritual. La disciplina que conduce al conocimiento de los mundos superiores descritos en este libro, permite observar también la vida de determinado individuo humano después de la muerte; conduce asimismo a percibir y comprender todos los seres anímico-espirituales individuales que desde mundos ocultos ejercen su acción sobre el manifiesto. Sin embargo, justamente la observación certera de los detalles requiere como condición previa la cognición de los grandes hechos del mundo espiritual relacionados con el mundo y la humanidad, hechos que

atañen a todo ser humano. Pretender conocer lo particular con rechazo del conocimiento general, es incurrir en un error. Una de las experiencias ineludibles en la observación del mundo espiritual, es precisamente que la penetración en los dominios de la existencia suprasensible que cautivan nuestra curiosidad en primer término, sólo nos es otorgada si primero nos esforzamos por conseguir la explicación del sentido de la vida, siguiendo senderos serios y difíciles orientados hacia problemas del conocimiento como tal. Sólo si se han seguido estos senderos con afán puro y desinteresado en busca del conocimiento, se adquiere la madurez necesaria para observar detalles cuya percepción no habría servido, anteriormente, sino para satisfacer un deseo egoísta, aun en el caso de haberse uno sugerido a sí mismo la creencia de que aspira a la visión del mundo espiritual sólo por amor, por ejemplo, a un difunto. La percepción de lo particular es posible solamente para el que, mediante un interés serio por las generalidades científico-espirituales y sin ningún deseo egoísta, se haya hecho apto para recibir lo particular como se recibe una verdad científica objetiva.